

Selecta

CRISTINA RODRÍGUEZ TRUEBA

A photograph of a red two-story house with a stone wall in front of it. The house has a red roof, a chimney, and several windows with black shutters. A palm tree is visible to the right of the house. The scene is set in a lush green environment with a white fence in the foreground.

*El
Sueño
de Silen*

El sueño de Silen

María Cristina Rodríguez Trueba

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Ella está recogiendo flores, rosas amarillas de evocador aroma, regalo de su abuela y que, gracias a los mimos del jardinero, podrían competir en un concurso de belleza. Seleccionando los tallos con cuidado para no pincharse, las corta con la tijera para dejarlas en una cesta de mimbre que cuelga de su brazo izquierdo. Una sonrisa comienza a iluminar su precioso rostro. Se incorpora, deja la cesta en la hierba, la tijera dentro y se alisa la tela de su abultada falda. Antes de girarse se pellizca las mejillas para darles color. Ella no sabe que es un gesto innecesario.

El sonido de los cascos del caballo que camina sobre la piedra del camino ha anunciado la llegada de su amado esposo, al que no ha visto desde que esa mañana la dejara adormilada en la cama. Recordar los suspiros que su marido le ha arrancado hace apenas tres horas le provoca un delicioso calor en una zona íntima de su cuerpo, que se extiende hasta su rostro, por la vergüenza que siente ante la descarada excitación que se apodera de ella.

Apenas dos meses casados, un sueño hecho realidad. Vivir con el hombre al que ama en esa maravillosa casa la hace inmensamente feliz, tanto que no puede evitar cantar cuando pasea por el jardín. Estamos a finales del mes de junio y todas las plantas están exultantes. La vida es hermosa para... ¿Qué nombre podría tener una hermosa dama que viviese en la majestuosa casona de indios a finales del siglo XIX? Quizás Isabel, es un nombre de reina.

—¡Jod...!

¡Ya volví a abrir la boca sola y no estoy ni bostezando ni comiendo! La plaza está desierta a estas horas. Por la carretera pasean dos viejecitos a

bastantes metros de distancia. Han girado la cabeza y me están mirando. ¡Es imposible que me hayan podido oír! Estoy segura de que entre los dos suman casi los doscientos años de vida. Dicen que la gente del campo está más sana que la que vive siempre en grandes ciudades, pero que estos dos ancianos me hayan podido escuchar me parece increíble, por mucho Sonotone japonés que lleven en el oído.

La piedra donde me he apoyado está mojada. Noto el pantalón vaquero húmedo y mi cazadora es corta. No habrá modo de taparlo. Tantos años viniendo al pueblo de mi madre y todavía no he aprendido que el 1 de noviembre de 2013 es idéntico a todos los 1 de noviembre que he acudido a poner flores frescas en las tumbas de mis abuelos. A las cinco de la tarde el valle entero rezuma humedad, aunque el sol haya querido acompañarnos en el Día de los Difuntos.

Quizá sus rayos me ayuden a secar la ropa antes de que el agua se cuele por dentro de mis braguitas de algodón y me genere una infección de esas que nunca he tenido, pero que intuyo deben ser muy malas por la cara de preocupación que ponía mi madre al nombrarlas. Cuando era pequeña e íbamos a pasar el día a la playa, al salir de bañarme no dejaba que me quedase ni cinco minutos con la ropa mojada. ¿Sería una preocupación excesiva de mi madre, heredada de mi abuela, o me habré librado de tener infección de orina por tener siempre el culote seco? No tengo interés alguno en descubrirlo hoy, así que cruzo la plaza del pueblo para acercarme al sol.

Me alejo de la fuente pesarosa. Es mi lugar favorito para observar, el sitio perfecto para disfrutar de la casona y donde puedo imaginar las historias de las personas que vivieron en ella hace más de cien años. Es el primer recuerdo que tengo de mis vacaciones en el pequeño pueblo cántabro de ganaderos donde nació y creció mi madre.

Nada ha cambiado, nunca lo ha hecho. El muro de piedra es alto, no tanto como me parecía cuando era pequeña, pero ahora que estoy acercándome

mantengo mi estimación de tres metros. Yo mido un metro y setenta centímetros, llevo algo de tacón y todavía hay un buen número de piedras irregulares perfectamente encajadas desde mi cabeza hasta donde la hiedra cubre el borde.

El sol apenas tiene fuerza, pero es mejor que la sombra. Me quedo quieta, mirando a través de los barrotes de hierro de la verja, recuperando mi imaginaria escena, que podría haberse desarrollado con los primeros propietarios de la casona como actores principales. Siempre las concibo en el jardín, nunca he visto el interior y lo necesitaría para situar a mi protagonista mientras se peina en su habitación o baja por las escaleras para recibir a sus invitados.

La casona siempre me ha parecido enorme, pero, sin un coche aparcado delante, sin una persona que salga por su puerta y sin nadie que me haya podido decir nunca sus dimensiones exactas, solo puedo hacer un cálculo estimado.

A través de rudimentarios sistemas, como compararla con el autobús de línea al pasar este por delante de la fachada principal, obtuve un resultado de seiscientos metros cuadrados de planta. En Internet existe mucha información sobre las casonas de indianos de Cantabria, algunas están a la venta y ofrecen datos de sus dimensiones. En las fotos todas parecen muy grandes y, sin embargo, es posible encontrar algunas que tienen ochocientos metros cuadrados de superficie total y otras que superan los dos mil metros. Hasta que encuentre un sistema más fiable, la longitud del autobús continuará siendo mi sistema de medición.

Es una estructura cuadrada de tres alturas. Las dos inferiores tienen grandes ventanales, que probablemente comiencen en el suelo de cada estancia y sirvan para salir a los pequeños balcones de la fachada, y la tercera ventana más pequeña. El tejado a dos aguas tiene dos casetones con ventanas en forma de capilla en sus alas Este y Oeste.

El exterior está pintado en un tono que no sabría cómo definir: no es rojo, ni granate, ni naranja, ni rosa. Parece que tuviera un poquito de cada uno de esos colores. Cuando el sol está bajo, a punto de ocultarse detrás de las montañas que protegen el valle, sus rayos que iluminan la fachada principal hacen que el color se convierta en fuego.

El muro de piedra perimetral desaparece frente a la entrada para ser sustituido por un cerramiento metálico. Las verjas de hierro tienen motivos de hojas y pequeñas flores y una terminación en forma de punta de lanza para disuadir a los amigos de lo ajeno. Sobre las dos grandes puertas hay una pieza curva que sostiene una placa con la leyenda: «año 1897».

Un camino de piedra comunica el acceso exterior con la escalinata de granito de la puerta principal de la casona. A ambos lados hay flores, plantas y arbustos perfectamente cuidados. Hay varios árboles: un magnolio majestuoso que ahora no tiene flores, un tilo que está desprendiéndose de sus hojas, cedros, robles y dos enormes palmeras, una a cada lado del camino. Mi conocimiento sobre el crecimiento de los árboles es escaso, pero parecen centenarios, plantados seguramente al mismo tiempo que se construía la casona.

El terreno que rodea a la casa está protegido de las miradas indiscretas por el muro de piedra. Es una finca grande, unos catorce mil metros cuadrados con forma de rectángulo. Los dueños de la casa buscaron, como era la costumbre en esa época, el vial más importante del pueblo para edificar. La fachada principal está orientada al camino, ahora carretera comarcal, que atravesaba la aldea. El terreno no es llano, asciende ligeramente detrás de la casona. La ladera rocosa que limita con el muro posterior está cubierta por un encinar tan tupido que no permite entrar para obtener visión alguna de la finca desde el exterior, aunque esta se encuentre a una altura inferior.

¿Calcularíamos bien los metros? Yo tendría unos doce años cuando me empeñé en saber cómo era de grande el terreno. Quería averiguarlo por mi

cuenta, sin preguntar a nadie, porque siempre me ha gustado hacer las cosas a mi manera. De hecho, ya había intentado recorrer su perímetro varias veces el verano anterior.

Comenzaba mi trabajo de campo caminando al lado del muro de la carretera. Al girar noventa grados me adentraba en un camino pisado y abonado por cientos de vacas que pastaban en los prados cercanos. Hasta ahí la cuestión parecía sencilla, pero el asunto se complicaba cuando había que volver a girar a la derecha para recorrer el muro posterior. Caminar pegada a la pared, intentando que las ramas de los arbustos y las zarzas no se me engancharan en el pelo ni en la ropa, era imposible. Las marcas en mis manos y mi cara me lo recordaban durante días. El cuarto lado solo podía recorrerse hasta su mitad, ya que un *chalet* de veraneantes, cuya sola visión me ponía de mala leche, estaba pegado al muro de piedra y había que bordearlo hasta salir nuevamente a la carretera. ¿Quién había sido el descerebrado que había osado construir su insípida vivienda con aires de *chalet* de playa californiana al lado de la casa de mis sueños?

Ese invierno pensé muchas veces en mis inútiles intentos de bordear la finca y en lo tonta que había sido. Para saber la superficie solo necesitaba averiguar la longitud de dos lados, porque se veía claramente que aquello era un rectángulo.

El primer día de vacaciones cogí el metro del costurero de mi tía Sara y dibujé con la tiza una línea de un metro de longitud en el suelo de la plaza para intentar acostumbrar a mis piernas a dar todos los pasos de la misma medida. Pero me resultaba incómodo y poco fiable por lo forzado de la zancada, así que le conté mi plan de topógrafa aficionada a mi amiga Carmen, quien a su vez se lo propuso a su hermano Pedro.

Es dos años mayor que nosotras y en aquel momento, con catorce recién cumplidos, estaba en pleno estirón. Parecía que le habían alargado el cuerpo atándolo a un torno, hasta la cabeza se le había vuelto delgada y larga. Para él

sería muy fácil dar todos los pasos de un modo uniforme. Pero no quería, se había encaprichado con mi prima Sonia esa Semana Santa y estaba muy ocupado persiguiéndola. Parecía su sombra, a donde ella iba, Pedro también, ¿y para qué? Sería para dar testimonio de por dónde andaba mi prima, porque nunca le decía nada.

Le hice una oferta: yo se la presentaría y él correspondería midiendo dos lados de la finca para mí. El muchacho se esforzó, parecía un robot intentando dar cada paso idéntico al anterior, sonriéndome para darme gusto. Y todo para nada. Mi prima no prestó atención a Pedro ni a su cuerpo de vara de avellano. Estaba concentrada en agobiar al hijo del farmacéutico, quien con diecisiete años acababa de volver de estudiar en Boston por medio de un intercambio.

Sonríó al recordar aquellos días. Mi prima parecía un disco rayado, repetía compulsivamente que le parecía sexi cómo vestía el muchacho, cómo reía y, sobre todo, lo sofisticado que resultaba alguien que pronunciaba las palabras en inglés como lo hacían los estadounidenses.

Han pasado dieciocho años, mucho tiempo, aunque parezca un suspiro por lo nítidos que aparecen los recuerdos en mi mente. Mis correrías en bicicleta por el pueblo, las verbenas en la plaza, las excursiones para recoger moras en el bosque para hacer merendolas, nuestras primeras citas... siempre con mi amiga Carmen, sus amigas del colegio y mis primas. No necesitábamos Internet para ser felices.

Capturábamos luciérnagas para meterlas en un tarro de cristal, intentábamos atrapar murciélagos lanzándoles una boina a su paso, como me sugirió mi madre. Según me contó los animalitos entraban en la boina en cuanto la arrojaba al aire, pero yo solo conseguí, después de innumerables intentos, colar la boina de mi abuelo en el balcón de Mariuca la Loca.

Tres días con sus tres noches tardé en armarme de valor para llamar a su puerta, toqué la aldaba con forma de puño, y tres gritos recibí como respuesta. Me marché encogida y sin boina, y tuve que pedir un adelanto de medio año de

mi paga para comprarle una nueva «cubreideas» a mi abuelo. Un par de semanas más tarde la boina apareció junto a una quesada aún caliente encima del coche de mis padres.

Una loca me grita, me ignora, me devuelve la boina cuando le viene en gana. Son actos comprensibles para una mente perturbada. Pero ¿la quesada? ¿Qué sentido tenía ofrecernos un postre? Nadie la comió, aquello podía estar hecho con matarratas. Vaciamos el recipiente por la taza del baño y se lo devolvimos junto con una nota de agradecimiento.

¡En buena hora! Tuvimos quesadas recién horneadas veintisiete días seguidos. Una pena tirarlas porque olían de maravilla, pero ni a los perros les dimos a probar, los queríamos demasiado para arriesgar.

Mi tía Josefina llegó a preguntar en la droguería por las compras recientes de Mariuca la Loca, donde negaron haberle vendido producto tóxico alguno desde hacía meses. Pero eso tampoco convenció a Josefina, que desde entonces pasó a ser «la tía Sherlock Holmes». Según ella, la loca continuaba regalando quesadas porque nos veía vivos, así que insistía. «Hay otras droguerías en la provincia —nos recordaba con gesto de conocimiento profundo en su mirada de miope—. A saber lo que tendrá esa pirada en las alacenas».

Como llegaron, desaparecieron. La mañana del día 28 no hubo quesada, ni la del 29, ni la del 30... Aquello también era muy raro, tanto que después de cinco días de deliberación en el salón de casa de mis abuelos se dio aviso a la Guardia Civil. Dos agentes llamaron varias veces a su puerta, esperaron y, como nadie les contestó, entraron forzando la cerradura para salir con rostro muy serio a los pocos minutos.

Mariuca la Loca estaba muerta y bien muerta. La tía Sherlock puso su mejor cara de cristiana y abordó a los dos agentes. De hecho, aprovechando que eran muy jóvenes e inexpertos, los acorraló, y después de insistir consiguió averiguar que la habían encontrado en el suelo de la cocina con

restos de harina y huevos a su alrededor. Le recomendaron que ningún niño estuviera cerca cuando vinieran a recoger a la mujer, ya que llevaba días muerta por cómo olían los huevos y por lo rígido que estaba su cuerpo. No creían que pudieran meterla en el ataúd, tenía los brazos abiertos y habría que sacarla dentro de una bolsa negra de plástico.

Los primos mayores organizaron inmediatamente una excursión y nos fuimos todos, grandes y pequeños, a pasar el día al río. Nadie quiso ver la ambulancia ni el bulto negro. A mí la quesada me dejó de gustar y en las celebraciones familiares el bizcocho de mantequilla se coronó como el rey de los postres, y se dejó la receta de la quesada en el cajón de los olvidos.

En alguna de nuestras correrías propuse a la cuadrilla saltar la valla de la casona para investigar, pero la propuesta no prosperó. La casona nunca estaba habitada, pero era poderosa. Nadie dijo esas palabras en voz alta, pero sé que todos teníamos ese pensamiento; hoy en día también lo siento así. No se debía profanar, y yo me quedé sin saber cómo serían sus estancias, si tendría muebles o estaría vacía. Continué soñando despierta.

El jardín siempre estaba cuidado, alguien tenía que ocuparse. ¿Cuándo trabajaba la persona que mantenía el césped recortado y los caminos despejados de hojas muertas? Una finca tan grande necesita tiempo, no se siega en cinco minutos y menos en verano, que es cuando la hierba tiene prisa por crecer. Yo todos los días pasaba varias veces por delante y allí nunca había nadie.

Pregunté a mi tío Paco, que tenía costumbre de levantarse al alba para caminar, y me confirmó que sí había un jardinero. Solía llegar a las siete de la mañana y se marchaba cuando todos los primos aún estábamos durmiendo.

Estoy segura de que, si mi tío lo veía, no era precisamente por decisión propia. Su mujer era y sigue siendo la reina de las bayetas en los pies. ¡Menuda histérica! ¿Cómo pretendía mantener sin una mota de polvo una casa de campo, con sus puertas viejas, sus ventanas con holgura y toda la estructura

de madera de más de cien años de antigüedad que soltaba polvo con cada pisada?

Mi tío le estorbaba para limpiar y lo mandaba a caminar. El pobre hombre tenía callos en los callos de tanto subir y bajar colinas. Si profundizo en mis recuerdos, deduzco que a mi tía le sobraba su marido, y no solamente cuando limpiaba, también lo quería lejos cuando íbamos a la playa y se quejaba de que Paco le llenaba la toalla de arena. Cuando hacíamos alguna excursión y después de jugar todos al campo quemado, se alejaba de él aterrorizada por lo mal que le olía el sobaco o cuando, después de una comida familiar, el pobre Paco se lanzaba a contar algún chiste, ella se levantaba meneando la cabeza y murmurando que ya estaba otra vez perdiendo los papeles por tomar demasiado vino.

Tuvieron que pasar muchos años para que yo entendiese que mi tía quería una pareja liberal y a su manera lo había conseguido. Cuando le interesaba mi tío lo tenía cerca y cuando quería estar sola lo mandaba a pasear.

Le pedí que me despertara cuando amaneciese, quería preguntarle al jardinero. Mi tío les chivó mi deseo a mis padres, quienes me prohibieron interrumpir a una persona que estaba trabajando con mis ridículas preguntas. Sabía que me castigarían por desobedecer, pero no podía controlar mi necesidad de saber sobre la casona, así que le robé el despertador a mi abuela y me planté en la puerta a las siete y media.

Ese día no acudió, al siguiente tampoco y al tercero no tuve ocasión de comprobarlo porque me pillaron. Como castigo tuve que limpiar el gallinero durante diez días. No debía de parecerle suficiente penitencia a una de las gallinas que tuviera que limpiar sus excrementos. Ni con la escoba en la mano conseguía salir ilesa. En cuando me agachaba para recoger los huevos, la muy desgraciada me picaba. Esos días se redujo drásticamente la aportación de huevos a la dieta familiar. Rompí más de los que conseguí meter intactos en la cesta, al arrojarlos contra la endemoniada ave cada vez que me acorralaba,

quien por cierto esquivaba mejor que un recortador de toros.

Viviendo nuestras pequeñas aventuras exprimimos los veranos hasta que llegó la gran revolución: la hormonal. Continué montando en bicicleta, pero sustituí la búsqueda de moras por la de los chicos que me gustaban. Empecé a preocuparme por mi aspecto, comencé a llevar sujetador, aunque estaba más lisa que una tabla, porque todas mis amigas lo usaban y significaba que ya no era una niña. Fui distanciando mis visitas. Yo quería estar aquí, pero también quería disfrutar de las fiestas de Bilbao, de mis amigas de instituto, del viaje de estudios, de las fiestas de la universidad, de mi primer novio...

—¡Sabía que te encontraría aquí!

—Ha sido algo fortuito, Carmen. Me he mojado el pantalón al sentarme sobre la piedra de la fuente. Me he acercado porque es el único lugar de la plaza donde aún hay sol.

—Porque estarías como siempre absorta mirando la casona.

—A veces sueño con ella.

—Algo que no me extraña, teniendo en cuenta la fijación que tienes con esa casa, Silen. Si algún día la derribasen, no creo que me atreviese a decírtelo.

—¡Calla, calla! ¿Cómo van a derribar algo tan hermoso? Mejor cambia de tema, que me pone nerviosa imaginarlo.

—¿Dónde están tus padres?

—De tertulia con mis tíos. A mí no me apetecía escuchar los mismos chismes de siempre y salí a dar un paseo. Tu madre me dijo que estabas durmiendo a los niños, así que me he dedicado a comprobar que nada ha cambiado desde mi última visita.

—Esta primavera hicieron obras en el tejado y también pintaron la fachada.

—¿Viste gente dentro?

—No, pero había muchos obreros por el jardín. Montaron andamios para hacer los trabajos.

—¿Ni ventanas abiertas?

—Ni un solo día, te lo puedo asegurar, porque he recorrido esta carretera varias veces por la mañana y por la tarde empujando el cochecito para dormir a la llorona de Alejandra. Menos mal que ha sido la segunda. Si Daniel llega a ser igual de llorón, me planto en el primero y cierro la fábrica.

—¿Y ahora? ¿Ya no lo hace?

—Llevamos un mes sin sentir pitidos en los oídos por sus berridos y espero que sea algo permanente. Vamos a dar un paseo hasta el puente, no suelo tener la suerte de tu compañía.

—Lo siento mucho, Carmen, te llamo cuando puedo y reconozco que a veces pasan meses entre una llamada y la siguiente. Desde que me mudé a Madrid para trabajar apenas tengo tiempo libre. Cuando me conceden un par de días de vacaciones estoy tan agotada que me quedo en mi apartamento o voy a Bilbao a ver a mis padres. No tengo más fuerzas, hoy me he tenido que obligar porque hacía mucho que no te veía.

—¿No mejora?

—¿La exigencia de la empresa? Yo diría que ha aumentado. Siempre hay un nuevo cliente que necesita una campaña publicitaria explosiva. Los horarios son interminables con fechas límites para presentar las campañas que son como días negros en mi calendario. Empiezo a perder la ilusión, Carmen, y tengo dudas sobre la profesión que elegí.

—¿Y vivir en Madrid es como tú imaginabas?

—Me gusta. Siempre hay gente en las calles, puedes cruzarte con una persona una vez y no volver a verla en veinte años. Me fascinan los

rinconcitos donde te puedes encontrar tiendas impensables o pequeños restaurantes llenos de encanto.

—Hablando de restaurantes, ¿sabes quién ha vuelto para hacerse cargo del restaurante familiar?

—No, sorpréndeme.

—Iván.

—¿El rubio?

—El mismo.

—¿No estaba viviendo en Ibiza?

—Esa isla fue solo su primer destino. Mi madre es íntima de su tía y según cuenta ha debido recorrer más mundo que un marinero, y ya sabes que dicen de ellos...

—¿Qué dicen? —Yo nunca he tenido un pariente marinero.

—¡Que tienen una mujer en cada puerto, Silen! ¡Que a veces estás en las nubes!

—¡Ah, no me extrañaría! Era muy guapo, tan rubio con esos ojazos azules, pero tenía unos cuantos años más que nosotras.

—Los mismos años de diferencia que tiene ahora.

—Ahí habló la maestra. ¡Ja, ja, ja! ¿Y cuántos son exactamente? No me atrevo a calcular delante de una profesional.

—¿Serás boba? Tiene ocho más que nosotras, así que, si mis conocimientos en sumas no me fallan, tiene o tendrá en breve treinta y ocho años.

—¿Y qué está haciendo, atender la barra de la cafetería?

—Es cocinero, y bastante bueno, por lo que he podido fisgonear en la red.

—Cuando vivía aquí solo estaba interesado en la «tetilla», y no precisamente en la de la carne de vaca.

—Supongo que todos maduramos, algunos antes que otros. El restaurante está cerrado por obras. Dicen que lo ha tirado todo, que ha dejado solo las paredes, y no todas, algunas también han sido derruidas.

—¿Y lo has visto? Seguramente esté tan cambiado que no lo reconocería.

—Lo harías, te lo aseguro.

—Todas las chicas estábamos loquitas por él, aunque yo creo que a mí personalmente lo que me atraía era la idea de que un chaval tan guapo y mayor se fijase en mí, porque eso significaría que yo era interesante y hermosa.

—Lo has descrito perfectamente. Yo tuve esa fijación con Iván el verano en que me rompí el brazo al caerme de la bicicleta. Rogaba cada noche que se acercase a mí, me preguntase qué tal estaba y me confesara cuánto le gustaba. Pero todo eso desapareció de golpe cuando conocí a Nacho.

—Mi último recuerdo de Iván es tendido en el suelo, encogido, con sus manos encima de sus partes y con la cara congestionada por el dolor.

—Pobrecillo, casi lo dejas estéril.

—¿Sabes que nunca más volví a jugar a los bolos?

—Creo recordar que el problema no fue tu mala puntería, sino la aparición de una avispa que te intentó picar cuando estabas a punto de lanzar la bola.

—Si cierro los ojos, puedo verme a mí nítidamente, concentrada levantando el brazo para lanzar, cuando delante de mí y a pocos centímetros de mi nariz apareció la avispa. Era enorme, le colgaban las patas y tenía cara de mala ostia. La sabiduría popular suele ser muy útil, pero yo creo que en esta cuestión se equivoca totalmente. A mí nunca me han picado porque me he movido cada vez que un bicho de esos con aguijón en el culo ha sobrepasado la barrera de seguridad. Y esta entró en zona roja y con el cañón apuntado a mí

nariz.

—¿Y no se te ocurrió otra cosa que lanzarle el bolo?

—Fue un acto reflejo, Carmen. Es lo que tenía en la mano.

—Pobre muchacho, el gallito del pueblo atacado por un bolo asesino cuando pasaba más hinchado que un pavo delante de la cuadrilla de chicas mayores. Y no contenta con derribarlo, tienes la mala puntería de golpearlo de lleno donde tanto les duele. Cayó al suelo como manzana madura. ¿No sentiste las flechas envenenadas que te lanzó con la mirada cuando por fin pudo incorporarse? Parecía un cabracho, con la cara morada y los ojos llorosos.

—¡Podría haberlo matado, Carmen! Recuerdo que eran los últimos días del verano y que después de aquel incidente me quedé en casa hasta que volvimos a Bilbao. Me negué a salir para no cruzarme con él y nunca más lo vi.

—Al año siguiente fue cuando descubrió Ibiza en un viaje del instituto y ya no regresó.

—¿Te acuerdas de Lolita y de Estefanía? Estuvieron ahorrando durante meses para poder pagarse el viaje a Ibiza. Organizaron hasta una rifa para obtener dinero.

—Las mujeres somos tontas, Silen.

—¡Y que lo digas! A las dos les gustaba Iván. ¿Qué pensaban, compartirlo? «Lolita, tú lo tendrás los días pares y yo, los impares». Aunque quizá lo que les gustase eran los tríos, ¡ja, ja, ja!

—Se fueron a vivir las dos a Barcelona y, si no han cambiado, compartían apartamento. La verdad es que siempre estaban juntas. No sería de extrañar...

—¡Tú y yo no hacemos tríos, Carmen!

—¡Y ni lo vamos a hacer en el futuro, guapa! No pienso compartir a Nacho

ni contigo ni con ninguna otra, pero una cosa te voy a decir: ahora entiendo un poquito a esas culturas donde el hombre tiene más de una mujer. Estar con Nacho es agotador.

—¿Sexualmente?

—Sí. Trabaja de sol a sol para sacar adelante la ganadería. Tenemos dos hijos, de los cuales también se ocupa todo lo que puede. Yo pensaba que algún día bajaría un poco el ritmo, pero no sé si será tanta vida al aire libre, comer productos ecológicos o estar cerca de esos dos toros que están día y noche golpeando las puertas metálicas para ir al encuentro de las vacas... Te aseguro que no todas las leyendas que se oyen sobre la capacidad sexual de algunos hombres son mentira.

—Vamos, que continúa asaltándote todo lo que puede.

Nacho es grande, fuerte, tiene las mejillas coloradas haga frío o calor, como si acabase de correr diez kilómetros. No lo he visto nunca con una chaqueta puesta, siempre en camisa y con las mangas remangadas. No sé cómo pudo aguantar puesto el traje en su boda, aquello sí que fue un acto de amor hacia Carmen.

—Silen, estoy embarazada.

—¿Otra vez? ¡Pero si la pequeña tiene catorce meses!

—No había empezado aún a tomar anticonceptivos, ya que todavía estaba dando el pecho a la niña. Mis padres se habían llevado a los dos para que yo pudiera pintar sin interrupciones la habitación a donde íbamos a pasar a la pequeña. Nacho entró en casa a ducharse antes de ir a hablar con unos clientes. Yo acababa de quitar las toallas para lavarlas y había olvidado colocar limpias. Me pidió una, se la acerqué y dentro de siete meses tendré mi último hijo, porque le he dicho que voy a pedir que me hagan la ligadura de trompas.

—También podría pasar él por quirófano.

—Y se ha ofrecido. No sé, pero algo haremos, Silen, porque yo me planto en tres. ¿Y mis niños de la escuela? Yo soy feliz dando clases.

—Nacerá en junio. La baja por maternidad no te permitirá empezar el próximo curso, pero en noviembre estarás de nuevo rodeada de niños, los tuyos y tus alumnos.

—A mí me daría algo. Ya estoy empezando a notar sudor y no soy yo la protagonista de esta pesadilla. Intentaré ser positiva en mis pensamientos, aunque ahora lo vea todo bastante negro. Mira, tu madre te está haciendo señas con la mano.

—Esto es porque ya no les queda nadie de quien cotillear y tienen ganas de volver a casa. Me ha gustado mucho verte, Carmen.

—Y a mí. Estas visitas telegrama están bien, pero ¿por qué no pides una semana de vacaciones y te quedas en mi casa antes de que nazca el fruto de mi curiosidad?

—¿Curiosidad?

—Quería ver cómo lucía mi amorcito recién salido de la ducha. —Debí de poner muy buena cara, porque no me dejó decir ni dos palabras.

—Calla, calla, que me das envidia. —No recuerdo cuando tuve mi última cita con un hombre—. Volviendo al tema laboral mío, más triste y aburrido, pero mi única realidad, lamento confirmarte que me resulta imposible ausentarme una semana, aunque créeme que lo necesito. Tengo una nueva jefa, una mujer obsesionada con el trabajo, con beber litros y litros de agua y con las galletas con fibra. Está claro que tiene un serio problema de tránsito intestinal que debe de jorobarla bastante y tiene a todo el equipo en tensión día y noche. No creo que pueda resistirlo muchos meses. por lo que estoy dando vueltas a un posible negocio. De momento solo estoy mirando costes, posibles clientes a quien enfocarlo... Quiero cambiar mi vida antes de que la empresa de publicidad me cambie a mí para siempre. ¡Ya te contaré!

Silen, ¿qué vas a hacer con tu vida? ¡Menudo desastre, muchacha! Ponte las pilas, que eres demasiado joven para sentirte tan infeliz. ¡Ni siquiera tienes hipoteca!

Capítulo 2

4 de mayo de 2015. Debería tatuarme esa fecha para tener un recuerdo permanente del día en que volví a nacer de nuevo, ya que en el libro de familia no hay hojas donde incluir este hecho tan extraordinario. Estoy viva y tendría que sentirme eufórica por haber podido esquivar la muerte.

El edificio comenzó a crujir cuando me encontraba en el almacén sacando la nueva vajilla y con la música puesta a todo volumen, algo que podía hacer al estar habitada solo la segunda planta. Por suerte para mí, el hijo de los dueños estaba en casa preparando la bolsa para ir al gimnasio. Si mi cerebro es capaz de pensar ahora es gracias a él.

Tiene quince años y un millón de hormonas en cada centímetro cuadrado de piel. Era uno de mis mejores clientes. Dos bombones al día y una palmera de chocolate debían suponer todo un esfuerzo para su economía de adolescente. Espero que al menos le gustase el chocolate y no tirase a la basura lo que compraba en Chocolate Adiction.

Cuando formalicé el alquiler y entré en el local, ahora cúmulo de escombros, había restos del antiguo negocio, que el dueño había «olvidado» retirar. Mi presupuesto era tan ajustado que me tuve que ocupar personalmente de ir llevando cajas, vasos, manteles de papel y demás objetos sin valor de la antigua taberna al contenedor de basuras, que por cierto estaba muy lejos el muy puñetero.

Vi que Andrés me observaba apoyado en la desconchada puerta de madera del portal. En cuanto le sonreí se armó de valor para preguntarme sobre mi negocio. Yo le conté brevemente mi propuesta: un local destinado a saborear

un placer sin igual, el del chocolate. Tartas, pastas, bombones, helados, batidos... hasta chicles de chocolate se podrían comprar en mi establecimiento.

Andrés se mostró entusiasmado. Estaba contento, de eso no tengo duda alguna, pero yo creo que lo que lo tenía así de eufórico era mi trasero embutido en las mallas. Había elegido ropa vieja con la que estar cómoda, mientras trataba de borrar cualquier rastro de la mugrienta taberna de vino peleón que durante décadas había acogido la planta baja de un edificio bicentenario en el centro de Madrid. Se ofreció a ayudarme a limpiar, a pintar, a poner mis pósteres decorativos. Es una pena que cuando se hacen mayores algunos dejen de ser tan atentos...

El día de la inauguración trajo a sus padres y a todos sus amigos. Las semanas posteriores, repartió propaganda, retiró la basura, colocó sillas... Cualquier excusa era buena para entrar en la chocolatería. En cuanto pude lo intenté gratificar por su ayuda, pero la rechazó. Yo entendí que se mostrara ofendido. Sentía amor platónico hacia mí y me ayudaba de un modo desinteresado. Traté de hacerle comprender que podría ser su madre, que debería ocupar su tiempo libre conociendo a chicas de su edad. Se marchó tan sonrojado que creí que no volvería a verlo, pero al día siguiente entró en la tienda sonriendo como si esa conversación no hubiera existido.

Andrés me salvó porque sabía que estaba dentro, aunque la chocolatería estuviera cerrada al mediodía. Esa mañana habían llegado las cajas y la empresa de transportes las había dejado en el almacén, tal y como les había rogado. No las toqué, ya que estaba muy atareada atendiendo a una excursión de coreanos que, para lo pequeños que eran, comían como si no hubiera un mañana.

Recuerdo perfectamente la sensación de terror que me invadió al llegar los paquetes. Había invertido lo poco que había ganado en seis meses de duro trabajo en cristalería, cubiertos, veinticuatro nuevas sillas y preciosos

manteles de hilo con servilletas a juego. Mi plan era sustituir poco a poco el lote de artículos que había comprado de segunda mano por otros elegidos por mí y más delicados. Las seis mesas, aunque feas y simples, se habían salvado de acabar en la basura gracias a los manteles que ocultarían su decrepito aspecto.

Mi abuela había bordado manteles de hilo hasta poder construir una carpa de circo. Siempre decía: «Un restaurante con mantel de papel es un chiringuito, por mucho nombre bonito que quieran ponerle». Antes, hasta los modestos restaurantes a los que acudían los obreros a tomar el menú del día tenían manteles de tela. «¿Qué va a ser lo siguiente?», exclamaba mi abuela mientras hacía una ristra con los ajos. «¿Hasta dónde piensan extender el uso del papel? El higiénico es un invento maravilloso y esos pañales para bebés que venden ahora, de usar y tirar, no como los de antes, que tenías que limpiar en el río. Pero, si los manteles son de papel, dentro de poco tiempo las sábanas de los hoteles podrían también serlo. ¡Qué vida más triste, niña!».

Todavía pensando si me había excedido eligiendo la calidad del hilo de los manteles, me vi tratando de defenderme en inglés con el hambriento grupo de orientales, que agradecían con una sonrisa hasta la colocación de cada plato sobre la mesa. La guía turística, fan incondicional del chocolate, les había sugerido mi local como algo típico.

—Son incansables. Yo no sé con qué los criarán sus madres en Corea, pero están igual de activos a las siete de la mañana que a las nueve de la noche.

—Como continúen comiendo tanto, hoy van a tener energías para recorrer toda la provincia.

—Menos mal que hay momentos como estos. Tenemos tres cuartos de hora hasta que el autobús nos recoja para ir al Escorial. La empresa me deja libertad para elegir el bar y, la verdad, ya estaba un poco harta de tanto bocadillo de jamón. Una amiga me habló de tu establecimiento y, hasta que el

chocolate me salga por las orejas, pienso traer a mis «niños» cuando tenga la visita por esta zona de Madrid.

—Muchas gracias. Estaré encantada de atenderte a ti y a todos los «niños» que traigas. —Son palabras, no un compromiso, pero la guía parecía sincera y las cajas del almacén, que me estaban arrastrando a un pozo negro y profundo, se convirtieron en salvavidas que me llevaron a la superficie brillante de la esperanza.

Con el ánimo en cotas elevadas cerré al mediodía para dar un pequeño paseo hasta el Palacio Real. Hacía sol y hasta las farolas me parecieron preciosas. Volví para desembalar antes de abrir el negocio. Cuando las madres les dan una dulce merienda a sus hijos no es el momento propicio para hacer escapadas al almacén.

Andrés volvía del instituto cuando yo entraba. Como siempre se mostró muy dispuesto a desembalar, pero rechacé su ofrecimiento, porque bastante me ayudaba y porque no quería darle nuevos argumentos para continuar adorándome. Se giró tan apenado que no puede evitar proponerle que, a media tarde, cuando regresase del gimnasio se pasara para darme su opinión. Con una sonrisa de oreja a oreja entró en el portal y yo atravesé por última vez la puerta de mi proyecto de futuro.

No podría definir lo que sentí cuando salí alertada por las patadas que Andrés estaba dando a mi puerta. La fachada se estaba agrietando como si fuera la placa de hielo de un lago de Finlandia en primavera. Nos alejamos en el momento justo, y ante nuestros ojos su vivienda y mi vida se hundieron entre una gran nube de polvo que nos hizo toser y llevarnos las manos a los ojos.

Cuando el material en suspensión se asentó y pudimos ver las ruinas, comprobamos que otro inmueble también había desaparecido, el que compartía patio de luces con el nuestro. Abracé a Andrés porque estábamos vivos, eso era lo importante, aunque el sentimiento de vacío comenzase a hacerse con el control. La euforia de sabernos sanos y salvos me mantuvo en

pie hasta las diez y veinte de la noche, cuando terminamos de hablar con bomberos, responsables de Urbanismo del Ayuntamiento y Servicios Sociales.

7 de mayo. Sentada en el sofá-cama de mi minúsculo estudio intento asimilar que no voy a poder recuperar ni un maldito mantel. Los bomberos mantienen acordonada la zona. Son casas viejas. Unas se apoyan en otras y podría originarse un nuevo derrumbe por efecto «dominó».

Tengo un seguro, y se supone que uno bueno. Lo será cuando recupere todo lo que he invertido. De momento, no veré ni un euro, ya que el proceso será largo y complicado. Se necesitará un informe que determine las causas del derrumbe. Entonces, mi seguro reclamará el valor del mobiliario y la pérdida de beneficios a los responsables.

Sobre mi propuesta de que me adelanten algo de dinero mientras reclaman a los causantes, el silencio es total. Un siniestro modo de confirmarme que de momento deberé subsistir con mis ahorros y que mi vida ha vuelto al punto que me trajo a Madrid hace cinco años, con dinero para sobrevivir un mes, que es el tiempo que tendré para encontrar un trabajo si no quiero tener que volver a casa de mis padres haciendo *autostop*.

¿Podría encontrar un lugar más económico para vivir? Lo dudo. Estoy en la zona Norte de la capital. Hay muchos edificios nuevos que parecen diseñados para personas como yo, emigrantes que necesitan un lugar pequeño para vivir, barato y donde no sea necesario hacer reformas. Y ese es mi estudio: veinte metros cuadrados. Aunque me alejase más no encontraría nada más barato, a mayor distancia, más metros cuadrados por el mismo precio.

La chica de la inmobiliaria que los alquilaba, como frase atrayente para los clientes, me soltó el día que me lo estaba enseñando: «Se limpia en cinco minutos». ¡Por supuesto que se limpia en cinco minutos! Aquí solo hay cabida para mí. Si entrase el polvo tendría que salir yo, imposible compartir espacio. Por no haber, no hay ni lavadora. Un siniestro cuarto en el sótano está habilitado como lavandería del edificio, todo muy del estilo americano. Yo

solo bajo cuando no me queda más remedio. Me da miedo ese lugar.

El edificio tiene diez plantas de viviendas, la planta baja, que tiene locales destinados a comercios, y dos plantas subterráneas. La más profunda es un gran *parking* que no tengo necesidad de usar, ya que no tengo coche ni dinero para comprarlo. La más cercana a la superficie tiene, además de la lavandería, un montón de trasteros. De hecho, para llegar a las lavadoras hay que atravesar un pasillo recto y muy largo con puertas metálicas numeradas a ambos lados. ¿Cómo no voy a tener miedo si alguna vez se ha apagado la luz del techo justo cuando pasaba y se ha creado el escenario perfecto para ser protagonista de una de las secuelas de la película *Pesadilla en Elm Street*? Me compré una linterna con autonomía para dos horas. Hace que me sienta más segura, ya que, además de garantizar que no voy a quedarme de nuevo a oscuras, podría usarse como arma en caso de necesidad, porque tiene el tamaño de un pepino grande y pesa como una condenada.

El espacio final se destinó a colocar lavadoras y secadoras. Su ubicación resulta un medidor de la valentía de los inquilinos del edificio. «Residencial Conesa» puede leerse con letras doradas encima de la numeración del portal. «Residencial La Casa del Terror» debería haberse llamado. No hay ni una lavandería en muchos metros a la redonda y esa es la única razón por la que acudo a limpiar mi ropa a un lugar tan tenebroso. Paso tanto miedo que mi cuerpo se venga expulsando sudor frío, que hace que la ropa que llevo puesta se ensucie, con lo cual el proceso de acumular prendas sucias comienza antes de dejar limpia la que llevo dentro de una bolsa del supermercado.

Si no ocurre un milagro, me quedarán cuatro visitas al pasillo infernal. Dentro de un mes me habré quedado sin dinero. El ayuntamiento nos ofreció alojamiento para la primera semana. Yo pago el alquiler del mes por adelantado, así que, aunque di las gracias, me marché de la reunión igual que había entrado. Mucha buena intención, palabras amables y sonrisas condescendientes, pero nada que pudiera servirme para solucionar mi

problema de solvencia.

El molesto ruido del portero automático me da un susto que me provoca unos cuantos insultos mentales. Ha preguntado por mí un repartidor de mensajería. Pulso el botón intentando recordar si recibí todos los paquetes que había encargado o alguno quedó pendiente. Si es así, ¿facilité esta dirección? Sí que lo hice como lugar al que remitir las facturas. Vasos, copas para los helados, cubiertos, todo entregado y aplastado por el peso de las centenarias vigas de roble... ¿Qué será?

—¿Silene Ansola Martínez?

—Soy yo. —¿Qué diferente parece mi nombre cuando lo lee una persona que quiere pronunciar la letra «e» final! Yo soy Silen, siempre lo he sido, aunque mi carnet de identidad tenga esa letra que cambia radicalmente el sonido de mi inusual nombre.

—¿Me puede decir su número de DNI?

—Claro. —Voy soltando los números tratando de imaginar qué contendrá el sobre que me entrega en cuanto firmo con el bolígrafo de plástico sobre una pantalla tan rallada que a saber lo que ha podido recoger.

—Hasta luego.

—Adiós. —Me despido de un modo automático y cierro la puerta de mi diminuta morada. De hecho, el espacio que necesita la puerta para permitir el paso de una persona es el único que hay libre de muebles.

Ayer nos citó el Ayuntamiento y hace dos horas he tenido la última reunión con el agente de mi seguro. Imposible que con tan poco margen de tiempo me estén enviando documentación sobre el derrumbe. Podría dedicar el resto del día a mirar el envoltorio, pero sin abrirlo no voy a saber su contenido, así que rasgo el plástico para dejar libre el pequeño sobre que hay en su interior.

En cuanto lo cojo y noto la rugosidad del papel pienso en abogados,

notarios, procuradores y demás profesiones relacionadas con el ejercicio del Derecho. Efectivamente, se trata de un bufete de abogados y, por la dirección donde tienen las oficinas, uno de lujo. Ni me imagino qué texto podría contener la carta, así que no quedará más remedio que seguir abriendo.

Estimada Srta. Ansola Martínez:

El motivo de la presente carta es notificarle que este despacho de abogados tiene indicaciones de un cliente para hacerle entrega de ciertos documentos de relevancia.

Le ruego que, con la mayor brevedad posible, usted nos comunique la forma en la que estima conveniente le hagamos entrega de estos. Si lo desea, puede acudir a nuestras oficinas en el horario que indique, aunque, si lo prefiere y para mayor comodidad suya, nosotros podríamos desplazarnos a su residencia en el día, lugar y hora que tenga a bien informarnos.

Quedando a la espera de sus noticias, reciba un cordial saludo.

El nombre y apellidos del firmante me son ligeramente conocidos. La calle donde se ubican las oficinas es la que congrega a las tiendas más lujosas de Madrid. ¿Y me tienen que dar documentos? Seguro que no son buenos, yo no tengo suerte y debe ser algo tan malo que ni me lo puedo imaginar.

¡Una broma! Por supuesto, ¡ja, ja, ja! ¿Cómo es que no se me había ocurrido? Es una cámara oculta y dentro de pocos días podré ver mi cara de asombro en la televisión. Lo que me faltaba, que millones de personas se rían de mí. De repente, y como por arte de magia, el diminuto estudio contiene múltiples lugares donde podrían haber dejado escondido el objetivo.

—Yo no he dado mi consentimiento, esto es una propiedad privada. Les prohíbo la difusión, por cualquier medio, de imágenes, vídeos, textos o conversaciones sobre mi persona.

¿De dónde he sacado yo esta parrafada que, por cierto, me ha quedado

estupenda? Yo sí que hubiera sido una buena abogada. ¡Lo que se han perdido los juzgados!

No hay respuesta. Si es una cámara de vídeo, es probable que no puedan contestarme, así que tendré que encontrarla yo solita. Divido el trabajo en tres partes; tantas como paredes tiene mi estudio. La cuarta no contiene más que la puerta de entrada y esta no deja escondite alguno donde ocultar una cámara por muy minúscula que sea.

Armario de dos puertas, cajonera con televisión en la parte superior y librería. Reviso cada centímetro y no encuentro nada. La siguiente pared tiene el sofá, que se convierte en mi cama. Palpo la parte superior buscando algún objeto duro que pudiera estar incrustado en la tela del respaldo o los apoyabrazos: negativo. Armarios de cocina, solo son dos y moviendo su escaso contenido compruebo que tampoco hay nada que llame mi atención. Zona central: la pequeña mesa donde solo entra el plato para un comensal con su correspondiente vaso de agua no tiene escondite. Las dos sillas de diseño básico y atemporal, tampoco.

—No se os habrá ocurrido filmarme dentro de mi cuarto de baño, ¿verdad? Espero que no sea cierto, porque sería una intromisión a mi honor y os pondría una demanda que ni el bufete ese que habéis creado como tapadera os serviría para defenderos.

Mi baño es minúsculo, tanto que, aunque lo he tratado de explicar a quienes me han preguntado por el lugar donde vivo, no creo que haya conseguido transmitir lo que realmente significa la palabra «pequeño» en este caso. Frente a la puerta se sitúa el inodoro, tan redondito y chiquitín que parece de casa de muñecas. La puerta no roza al abrir por escasos cinco milímetros. A su lado, el lavamanos y, por último, la ducha, que está encajada en el espacio que deja libre una columna.

Si los dos sanitarios parecen sacados de una casa de liliputienses, la ducha debería ser objeto de estudio. Para poder entrar hay que colocarse «de lado» y

al correr la mampara la sensación, a la que me he ido acostumbrando, es de haber sido encerrada dentro de un ataúd. Yo he cogido práctica, pero al principio me golpeaba los codos cada vez que despistadamente levantaba los brazos sin medir la distancia para jabonarme el pelo. Hay que ser cuidadosa con la esponja, si se cae al suelo, es necesario abrir la mampara para dejar espacio por donde sacar el culo al agacharse para recogerla.

Usar un baño tan pequeño tiene sus ventajas, yo las he tenido que encontrar para no deprimirme cada vez que entro en él. No hay riesgo de que nadie abra la puerta del baño y te encuentre sentada en el inodoro en situación comprometida, con poner los pies en su sitio la puerta queda inutilizada. No se puede engordar, es un baño-dieta. Hay que tener culito de princesa si lo que quieres es poder sentarte sin riesgo de que las carnes rebasen los bordes de la taza.

El espejo está tan cerca de la cara que cualquier granito, mancha de zumo de naranja en las comisuras de los labios o rímel mal aplicado es detectado al instante. La ducha es segura, muy segura, imposible patinarse y caerse: no hay espacio para ello, las paredes me obligarían a permanecer en posición vertical. Y es un baño económico, al ducharse dan ganas de hacerlo rápidamente. Nada de permanecer debajo del agua caliente sintiendo cómo toda la tensión acumulada del día es arrastrada por las gotas de la ducha que reparte el agua en forma de cortina de lluvia. Aquí hay un fino chorrito que cae con fuerza, excesiva porque molesta, y hay que mover la cabeza constantemente para que el agua vaya retirando el jabón.

Tampoco encuentro nada. Me siento de nuevo en el sofá meditando. Es normal que no haya averiguado dónde está el dichoso aparatito. Se supone que es una «cámara oculta» y que estará diseñada para que espías aficionadas como yo no la encuentren en una revisión acelerada.

¿Qué aspecto tengo? Me están filmando y es probable que no pueda parar la difusión, así que me levanto de nuevo de un salto y entro en el baño para

revisarme. Estoy aceptable, teniendo en cuenta que hace una hora estuve lamentándome por última vez de mi mala suerte ante los escombros donde antes tenía mi proyecto de vida.

Tengo ojeras, no he dedicado tiempo a ocultarlas. Y mis ojos me miran sin brillo. Deben de estar secos de tanto como he llorado estos dos días. Menos mal que mi pelo, del que tanto he renegado desde niña, se muestra tan liso como siempre y hace que parezca que he dedicado tiempo a arreglarme, cuando hoy solo han sido cinco minutos.

Piel blanca, ojos verdes y una melena castaña lisa. Esa sería mi definición. Mi pelo no admite ondas, ni capas, ni ningún otro efecto. Es liso, tanto que desde hace años lo llevo con la raya al medio y por debajo de los hombros. Generalmente, y hoy también, lo tengo atado en una coleta porque me resulta más práctico.

Soy la única en la familia que tiene este tono de ojos. «Verdes como el mar furioso», decía siempre mi abuelo. «Verdes como los sapos», le respondía mi prima Amelia, que aprovechaba cualquier ocasión para meterse conmigo y llamarme fea de todas las maneras posibles. «Mi hermana los tenía iguales», sentenciaba mi padre. Ni mi madre ni yo la conocimos. La familia de mi padre era oriunda de Cáceres y ella falleció cuando mi padre tenía dieciocho años. La partió un rayo, y no fue en sentido literal. Un rayo le entró por una pequeña cadenita que llevaba colgada al cuello y, al salir unos cuantos centímetros más abajo, dejó su cuerpo como se podrá imaginar quien ha comprobado alguna vez el poder de las tormentas eléctricas.

Regreso al salón, no hay más sitios a donde ir. Nada de volverse loca eligiendo butaca o habitación. Es rápido decidir si me apetece silla o sofá, es un estudio que no me complica la vida. Y caluroso también lo es, desde que lo alquilé apenas he puesto la calefacción. Mi calor corporal debe ser más que suficiente para mantener caldeado el aire de la estancia.

Me enderezo, no quiero aparecer cheposa y darles más motivos de risa a

los telespectadores, que ya estarán riéndose a mandíbula batiente ante mi torpe búsqueda y mis frases al aire. Tomo la carta y la meto en el bolso. Chaqueta en mano cierro mis dominios y entro en el ascensor, intentando recordar dónde hay una cafetería con *wifi*. Quiero comprobar que no existe ese bufete, pero no quiero hacerlo desde mi portátil, podría estar también manipulado.

Rechazo entrar en un bajo del edificio. Hasta ahí podría haber llegado la broma. Camino varias manzanas al azar hasta que encuentro un lugar al que doy el visto bueno. Refresco en mano, seguramente el último que me pueda permitir, pido la clave para conectarme, escribo en el buscador los datos y espero.

¡Hay reseñas hasta aburrir! De este año, del pasado, de hace cinco, con fotos, con textos sobre sentencias... Existen y, por lo que parece, tienen una extensa trayectoria profesional. ¡Hay que jorobarse! Imposible que se hayan prestado a este juego. Confirmando que el teléfono de contacto que aparece en su página web es el mismo que facilitan en mi carta.

Salgo más perpleja de lo que entré. Hace sol y necesito tomar el aire, aclarar mis ideas. Camino absorta, buscando posibles explicaciones. Podría dar la vuelta a la provincia y pasar después por todas las que conforman el territorio español y continuaría generando hipótesis. ¿Una multa? No tengo coche. ¿Una demanda? Nunca tuve que entregar una hoja de reclamaciones, ni percibí malestar alguno en los clientes, pero ¿y si alguien se encontró una cucaracha en el baño? El bar no tenía cafetera, un lugar calentito donde suelen encontrarse muy a gusto estos bichos a los que tan poco aprecio tengo.

Cuando entré por primera vez a limpiar no encontré ni una. Olvidé a los insectos en general y a los que viven entre humanos en particular, concentrando todas mis fuerzas en desenterrar la madera del suelo y la barra, retirando las capas de mugre que se habían depositado durante años. Limpié durante días hasta que pensé que los brazos se desprenderían de mi cuerpo agotados por tanto frotar. Encontré arañas y una avanzadilla de hormigas a las

que convencí, por medios químicos, de que esa plaza ya estaba tomada y de que debían buscarse otra casa vieja donde construir su hogar.

El día de la apertura me presenté en mi negocio dos horas antes y con los nervios a pleno rendimiento. Limpié, revisé, volví a limpiar donde ya no podía quedar ni un triste ácaro vivo y, cuando solo faltaban cinco minutos para abrir, pasé una última vez por el baño por precaución, ya que no sabía si iba a tener la suerte de estar durante horas pegada a la barra atendiendo a los clientes.

Entré, pulsé el interruptor, cerré la puerta y levanté la tapa de plástico blanca comprada en un almacén chino, que había adornado con pegatinas de tartas de fresa para disimular su humilde origen. Nadie había entrado al baño después de que alquilase el local y brillaba por mi concienzuda limpieza a base de productos concentrados que podrían haber dejado bloqueado a un rinoceronte, así que me senté confiada.

Algo me llamó la atención: una pequeña mancha negra que antes no estaba. Hizo que girase la cabeza comprobando con horror cómo una cucaracha más grande que un gorrión me miraba agitando frenéticamente sus antenas a pocos metros de mi oreja derecha. Ahí estábamos las dos: yo, con mis braguitas y mi pantalón apilados sobre mis deportivas y ella o él, moviendo sus apéndices como si fueran un limpiaparabrisas. Me quedé muy quieta pensando cuál sería el mejor método para interponer espacio entre aquella cosa negra y mi cuerpo, para después, ya desde una distancia prudencial, decidir con calma el modo de enviarla a donde nunca podría regresar.

Agité un brazo y el insecto respondió elevando sus patas, así que ralenticé mis movimientos para no asustarla demasiado. Aquello iba viento en popa, pero en el último segundo, cuando me estaba atando el botón del pantalón, algo debió de salir mal y se lanzó a correr por la pared como si de una prueba olímpica se tratase. Venía hacia mí y, sin pensarlo, cogí la toalla y se la lancé a modo de látigo. Tengo buena puntería cuando de espantar insectos se trata,

porque el bicho salió volando y ejecutó una parábola en el aire, para caer directamente sobre mi pecho izquierdo. El manotazo que me di me dolió más a mí que a ella y en el suelo quedó patas arriba, donde sin piedad alguna acabé su historia con un pisotón de flamenca.

Se me pone el vello de punta al recordarlo. Vacié todo el contenido del bote matamoscas y otros insectos domésticos y cerré la puerta del baño para concentrar su efecto. Cuando los primeros clientes quedaron atendidos entreabrí ligeramente la puerta del baño para que nadie se intoxicara y me encomendé al patrón de los bares rogándole no oír gritos de espanto de algún cliente ante la aparición de los parientes del insecto reclamando su cuerpo para darle digna sepultura.

—Despacho de Torres y Asociados, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes. Me llamo Silen Ansola y hoy he recibido una carta en la que me indicaban que me pusiera en contacto con ustedes para concertar una cita y hacerme entrega de documentos.

—Buenas tardes, señorita Ansola. Estábamos esperando su llamada. Si es tan amable de esperar, le pasaré con la persona responsable.

—Gracias. —La música es bonita. Un punto a su favor.

—¿Señorita Ansola? Me llamo Pablo Vega Castro y soy uno de los socios del bufete. Siguiendo las indicaciones de nuestro cliente, hemos contactado con usted.

—¿Podría saber qué cliente?

—Por supuesto, pero, como comprenderá cuando nos reunamos, el tema a tratar tiene tal relevancia que opino que no deberíamos comentar nada telefónicamente.

—¿Me está diciendo que tengo que acudir a su despacho? —Tiene una voz grave, masculina pero cálida, y me ha hecho añorar sentir que los brazos de un

hombre me acunan contra su pecho, haciéndome saber que todo va a salir bien.

—Yo también podría desplazarme a su domicilio.

—Mejor en su despacho. —No quiero a ningún abogado en mi salón-cocina-habitación. ¿Se sentaría en el sofá-cama o nos miraríamos a los ojos con la pequeña mesa entre nuestros cuerpos como zona neutral?

—Como desee. Yo tengo una cita que acudirá en pocos minutos, pero mañana estaré a su disposición.

Ya veremos tu disposición, Pablo...

—Mañana estará bien. ¿Por la mañana o por la tarde?

—¿Tendrá libre la mañana?

—Sí. —La mañana, la tarde, la semana... Si no encuentro un trabajo, pronto tendré horas libres para dar y regalar.

—¿Le parece bien a las nueve y media?

—Allí estaré.

—Muchas gracias y, por favor, no olvide traer su carnet de identidad.

—No. Hasta mañana.

Cuelgo presagiando que esta noche va a ser muy larga.

Silen, si hubieras hecho caso a tu instinto ahora tendrías en el frigorífico una botella de vino espumoso y podrías tomarte una copa, o dos, las que hicieran falta, para asegurarte el sueño esta noche. Tú y tu tonta conciencia te van a proporcionar otra noche en vela y a ver cómo consigues estar despejada mañana para asimilar la mala noticia que van a darte.

Capítulo 3

Un portero, vestido con un uniforme más vistoso que el de la guardia real inglesa, me ha preguntado a dónde quería ir. Le he contestado algo amilanada ante el destello de sus botones, el brillo de las escaleras de mármol y la mirada inquisitoria de dos gigantescas estatuas de bronce.

Dentro del lujoso ascensor pulso quinta planta y observo ante el espejo de la cabina la ropa que llevo puesta, la más elegante y profesional que he encontrado en mi diminuto armario. ¡Y pensar que tenía miedo de excederme en mi elección!

«Torres y Asociados» escrito con letras en metal envejecido y una puerta doble de madera son los únicos detalles que alteran las paredes blancas del rellano de la última planta. Llego puntual y con dudas, por lo que antes de perder la batalla e irme corriendo asustada toco el timbre y espero.

—Buenos días, señorita Ansola.

La modelo rusa que ha atendido a mi llamada me abre la puerta con una sonrisa digna de desfile de Victoria Secret. Me hace un gesto para que la siga. Increíble la seguridad con la que apoya sus tacones de diez centímetros en la oscura madera del pasillo. El conjunto tan elegante y sexi que lleva puesto, ¿lo habrá pagado con el sueldo que gana trabajando aquí? Si es así, debería ir preparando un currículum actualizado para solicitar trabajo en esta empresa. Apenas tengo tiempo de observar la mezcla de elementos antiguos con otros modernos que decoran el ancho pasillo, cuando abre una puerta y me cede el paso.

—Buenos días, señorita Ansola.

—Hola.

El despacho es enorme. Ocupa una esquina del edificio y todas las persianas, que están recogidas, dejan ver un pedacito de la ciudad. El hombre que me ha saludado tiene el cabello blanco. Gracias al fijador parece que estuviera recién salido de la ducha. Se levanta abrochándose la chaqueta del traje para salir a mi encuentro.

—Encantado de conocerla. Siéntese, por favor.

—Gracias. —Me siento hormiguita. Tantos años trabajando en la agencia de publicidad, atendiendo a clientes histéricos, presentando campañas a mis exigentes superiores y, de repente, he olvidado la máscara de seguridad que aprendí a adoptar para ocultar mis inseguridades.

—Soy Dámaso Torres, fundador del bufete. Tenía muchas ganas de conocerla.

—¡Ah! —Estoy bloqueada.

—Buenos días.

Giro la cabeza inmediatamente. Esa voz la conozco. Es Pablo quien está entrando en el despacho y, si no he acertado, es alguien con una voz muy parecida.

—Hola, Pablo. Llegas en el momento justo. Únicamente he tenido tiempo para presentarme.

—Una discusión entre los conductores de dos coches que han chocado ha sido la culpable, le ruego me disculpe, señorita Ansola.

—Silen, por favor. —Tanta «señorita» me está poniendo muy nerviosa.

—¿Silen? ¿No se pronuncia la «e» final?

—No.

—Silen. —Lo enuncia de nuevo y un ligero escalofrío recorre mi piel.

Pablo es muy atractivo. Pelo castaño con reflejos rubios, ojos azules, tez morena. El traje azul oscuro y la camisa azul clara le sientan estupendamente. Parece el protagonista de un anuncio de ropa de diseñador caro, de esos en los que el creativo selecciona a chicos deportistas y los filma mientras corren con un traje gris marengo y están monísimos, pero claro, ellos lucirían estupendamente con cualquier vestimenta que les pusieran, incluso con el traje de un apicultor. Su percha es de diez.

—¿Deseas tomar un café?

—No, gracias. He tomado uno hace un rato y tengo suficiente dosis de nervios en mi cuerpo. Esta mañana he preparado la taza por costumbre, pero solo he podido tomar dos sorbos; el resto estará viajando en estos momentos por la red general de saneamiento.

Pablo se ha sentado en la otra silla del despacho. Está invadiendo mi perímetro de seguridad. Distingo demasiado bien el tono azul oscuro de sus ojos, su piel bronceada, que hace que parezca recién salido de una playa californiana, y las ondas de su voz, que chocan contra mí y suman tensión a mi pobre organismo.

—También puedo ofrecerte un refresco si lo deseas. Respecto a tus nervios, te intentaré tranquilizar. ¿No le has contado nada, Dámaso?

—No, como ya te dije, has llegado apenas un minuto después de que Silen entrase. Además, él era tu cliente, yo solo quería conocerla.

—Gracias, Dámaso. Me gustaría que te quedaras si lo deseas.

—Te lo agradezco, pero también me gustaría saber que tengo el permiso de Silen.

—¿Permiso para qué? —Menos mal que estas sillas tienen apoyabrazos y sujetan mi tembloroso cuerpo.

—Silen, aunque soy el fundador de este bufete y las canas que peino son testigo de los años que llevo en el oficio, no gestiono todos los casos. Pablo, además de ser el socio más joven, es un abogado brillante con amplios conocimientos económicos. El cliente solicitó que Pablo personalmente se ocupase de su «encargo».

—Pero había un par de cuestiones que quería exponer a Dámaso para que me diese su opinión, así que lo puse al corriente de algunos datos.

—Si ya lo sabes, no tengo inconveniente en que estés presente, Dámaso.
—Mejor acompañada, no quiero quedarme a solas con Pablo.

—Entonces iré a mi despacho a por los documentos. Regreso en un minuto.

—¿Está cómoda, Silen, o desea que pasemos al sofá?

—Estoy bien, gracias, y, por favor, tutéame. —Como para levantarme estoy yo ahora. Lo que tenga que escuchar lo haré sentadita en esta silla.

—Está bien, lo haré encantado. Es una costumbre que aporta en ocasiones demasiado formalismo y hace que sea difícil crear un ambiente cómodo para una reunión como esta.

Pablo cumple su promesa de no sobrepasar los sesenta segundos y entra sonriente. Deja sobre el escritorio tres carpetas de diferentes colores. Toma la roja y la abre sobre sus piernas.

—Silen, hay un pueblo en Cantabria donde has pasado temporadas de vacaciones.

—El pueblo de mi madre.

—Exacto. En ese pueblo, en la plaza hay una casa granate con una verja de hierro y...

—Una palmera a cada lado del camino de entrada. Conozco esa casona de indios.

—Veo que la recuerdas.

—Perfectamente, pero no entiendo por qué estamos hablando sobre esa casona.

—Mi cliente, don Manuel de la Iglesia, en su testamento te nombró heredera y él era el propietario de ese inmueble.

Me pitan los oídos, por eso he debido de entender mal a Pablo y a su grave y sugerente voz.

—¿Ese hombre me incluyó en su testamento?

—Sí.

—¿Quería que tuviera algo que era suyo?

—Buen modo de expresarlo. Quería que fueras la dueña de la casona.

—¿He heredado esa propiedad? —No puede ser, voy a tener que pedir cita a mi médico de familia y contarle que de repente mi oído se ha dañado.

Me mira sonriente, pero yo no estoy para guasas. No entiendo mucho de asuntos legales, pero una idea se abre paso entre el retumbar de mis neuronas: las propiedades tienen gastos, dudo mucho que los setecientos ochenta euros de saldo en mi cuenta de ahorro puedan ser suficientes para pagar al jardinero un mes de su trabajo, así que mucho menos podría hacer frente a impuestos, mantenimiento...

—Silen. —Una mano caliente y cálida ha agarrado la mía y tengo que bajar la vista para, con dificultad, comprobar que es Pablo quien me está tocando—. ¿Necesitas un vaso de agua? Te has puesto muy pálida.

—No. —Nunca he entendido el ofrecimiento de agua que aparece en innumerables secuencias de películas. A mí los nervios no se me pasan por tomar agua, ni aunque tenga gas. Y digo yo que, si fuese así de sencillo, la recetaría el médico como alternativa a la medicina tradicional: «Tómese un

vasito de agua al levantarse, dos al mediodía y medio antes de acostarse». Quizá solo surta efecto si te la ofrecen.

Presiono mis pies contra la cálida madera que cubre el suelo del elegante despacho. Tengo miedo de desmayarme y ofrecer un espectáculo. En las películas la protagonista que recibe una noticia de esta envergadura se queda bloqueada. Yo no siento laxo mi cuerpo, imposible notando lo rápido que late mi corazón. ¿Y mi cerebro? Ese sí que está trabajando como locomotora de carbón que intenta escapar de los indios. Y una pregunta se repite: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué...?

—Imagino que tu mayor deseo ahora mismo es averiguar en qué consiste la herencia y si para ti supondrá una alegría o una carga. Por ello te haré un breve resumen que espero te tranquilice. Después, cuando estés recuperada, te expondré los detalles.

—Bien. —Tú dime lo que sea, Pablo, pero haz que calme mi estómago, porque está comenzando a rebotar y temo que el café pueda salir despedido, lo cual sería una pena, porque ensuciaría el bonito suelo de madera y, sobre todo, por la embarazosa situación en la que ese hecho me dejaría delante de estos dos elegantes varones.

—Manuel de la Iglesia te ha nombrado su heredera como te he adelantado. Además de la casa de indianos, tenía una importante cartera de acciones y dinero en efectivo en dos entidades bancarias.

—Ahhhh, ¿me ha dejado también dinero? Si no me desmayo ahora es porque soy muy terca.

—Hay una tercera cuenta bancaria donde está depositado el dinero necesario para gestionar todos los trámites de tu aceptación de la herencia, los honorarios de este bufete y demás gastos que puedan surgir de esta gestión.

—Vale. —No puedo dejar de temblar y estoy mordiéndome el labio inferior para que no me castañeen los dientes.

—Estás helada. Cálmate, Silen. La herencia podrás aceptarla tranquilamente, Manuel quiso dejarlo todo muy bien atado y yo también. La propiedad no será una carga nunca para ti ni aunque vivas cien años. Hay mucho dinero en las cuentas bancarias y los dividendos anuales de las acciones también aportan una cantidad considerable.

—Pero yo conozco la casona por fuera y recuerdo muy bien su jardín. Es muy caro mantenerla en buenas condiciones; además, hay que pintarla cada pocos años, hay mucha madera en ventanas y aleros, y las plantas requieren mucho tiempo y conocimientos para que continúen tan hermosas como siempre.

Mucho dinero, demasiado para que alguien con mi «suerte» pueda heredarlo. Debo de estar entendiendo mal. Cuando consiga comprender lo que intentan explicarme todo cobrará sentido. Así que, Silen, tranquiliza esos nervios, que cuanto antes lo entiendas, antes te volverás a tu casa de muñecas a lamentarte de tu mala suerte.

—Luego veremos cifras exactas. Anoche hice un pequeño resumen del valor actual de la cartera de acciones y supera los catorce millones de euros. Cada cuenta bancaria tiene más de dos millones de euros. Manuel era un hombre rico, Silen, y ahora lo serás tú.

¿Yo dueña de la casona de indianos? ¿Y con esos millones en el banco? Observo a los dos hombres y mi sentimiento es idéntico al que percibí cuando mi negocio quedó aplastado: «A mí no me está pasando esto, solo les sucede a otras personas que están siempre muy lejos».

—No será una broma, ¿verdad? —Pueden finalizar quienes me estén grabando porque ya tienen suficientes horas de filmación con mi cara de atontada para una serie de catorce capítulos.

—No, Silen, es todo real. ¿Estás segura de que no quieres tomar nada, algo caliente? Te estás poniendo todavía más pálida, algo comprensible, pero

pareces a punto de desmayarte.

—Tengo que bajar a un bar. Necesito un vaso de chocolate caliente. —Ha funcionado en los momentos difíciles y también ahora debería notar sus efectos.

—¿Espeso o ligero?

—Ligero. —Mi cabeza gira al contestarle, por mucho que me cueste mirarlo, porque me perturba. La educación que recibí está ahí obligando a mis ojos a detenerse en los suyos, que me observan con dulzura.

—Como a mí me gusta —responde Pablo sonriente—. Te lo prepararé personalmente. Vivian, mi secretaria, no entiende esa palabra, lo hace tan espeso que parece puré. Ahora regreso. Cuídala, Dámaso, no permitas que se incorpore.

No pensaba hacerlo, pero por si hay dudas levanto mis manos en un gesto que confío se interprete como una declaración de mi voluntad de permanecer en la silla todo el tiempo que sea necesario hasta que mis piernas recuperen la sensibilidad necesaria para llevarme, aunque sea con pasos de borracha, hasta la calle.

Miro mi reloj. Son las diez y cuarto y me voy a tomar una taza de chocolate preparada por un hombre tan atractivo que debería estar prohibido, delante del dueño de uno de los despachos de abogados de más renombre de Madrid y tratando de asimilar que voy a poder entrar en la casona sin tener que saltar la valla. Voy a poder, por fin, recorrer sus habitaciones, imaginar a gente que duerme en sus camas, cocina, celebra fiestas...

—Aquí está. Agarra la taza del asa, porque está bastante caliente.

—Muchas gracias. —Acerco mis labios y como siempre la magia aparece. El primer sorbo me hace suspirar. Espero que haya sido solo mentalmente, pero, por cómo me está mirando Pablo, ha debido de escapármeme alguna nota.

—¿He conseguido prepararlo a tu gusto? Es instantáneo, pero a mí me gusta.

—Está muy rico.

—Sí, y te ha subido el color de repente.

—Eso debe ser porque estoy sintiendo mucha vergüenza. Estáis los dos mirándome y parezco una niña pequeña tomándome el desayuno.

—En los años que llevo ejerciendo he visto cosas increíbles, y algunas muy desagradables —comenta Dámaso apoyando la espalda contra el respaldo de su imponente asiento de cuero marrón—. Resulta muy gratificante dar buenas noticias, Silen, y firmaría por ver escenas como esta todos los días.

—¿Te traigo una taza? —Pablo tiene confianza con Dámaso y bromeando aligera el ambiente para que me sienta menos incómoda.

—Mi mujer me lo ha prohibido y estar casado con la doctora que te controla el nivel de colesterol es muy duro, así que no me tientes.

¿Tendrá mujer Pablo? Probablemente, aunque no veo anillo alguno en sus manos. ¿Por qué estoy pensando estas cosas? Se me han debido desconectar las neuronas ante tanta sobrecarga. Me están ofreciendo una vida nueva y yo pensando en novias y en alianzas.

—Ya estoy bien —comento dejando la taza vacía aún caliente entre mis manos.

—Se te nota. El chocolate es una de las mejores medicinas del mundo.

—Mi mejor amigo. —Se me ha escapado decirlo, pero es cierto, el chocolate ha estado conmigo en mis peores momentos y eso solo lo hace un amigo. Me ha escuchado, nunca se ha quejado y me ha reconfortado. ¿No hacen eso los buenos amigos?

El silencio queda roto por el carraspeo de Dámaso. Pablo me está mirando

intensamente y yo no me encuentro en condiciones de articular frases ocurrentes, así que le sonrío esperando que continúe con su exposición.

—Bien, volvamos entonces al asunto que nos tiene reunidos. La propiedad, las acciones y los saldos en las dos cuentas bancarias están libres de cargas. Si tú aceptas la herencia, no adquirirás obligaciones ni contraerás deuda alguna, Silen. Ayer hablé con el notario y podría recibirnos esta misma tarde si no tienes inconveniente.

—Estoy libre. —Y me siento así ahora que ha desaparecido la necesidad de buscar un trabajo urgentemente, un alojamiento todavía más económico... Soy libre.

—Entonces acudiremos a las seis, si te parece bien.

—Me parece. ¿Conociste bien a tu cliente?

—¿A Manuel? Yo creo que sí, estuvimos juntos varias veces. Comprendo que estés deseando saber sobre la persona que te ha regalado su casa y las razones por las cuales ha tomado esa decisión.

—Me gustaría mucho.

—Intentaré resolver tus dudas, pero antes quisiera que examinaras estos documentos. También me gustaría que acudiésemos juntos a los bancos. Podemos hacerlo caminando, ya que están a pocos metros. Te presentaré a los directores de las dos sucursales, para que, una vez formalizada la aceptación de la herencia, puedas hablar de cualquier asunto relacionado con tu dinero sin tener que tratar con desconocidos.

—Con vuestro permiso os dejaré solos. Tengo que acudir al juzgado con un cliente. Ha sido un placer conocerte al fin, Silen. Espero que nos veamos de nuevo.

Dámaso me da dos besos, lo cual me resulta un poco extraño. Nunca lo hubiera adivinado y me surge una duda que necesito resolver.

—¿Me lo parece a mí o he sido objeto de más de una conversación en este despacho?

—Efectivamente, hemos hablado de ti varias veces estos últimos meses. Por motivos laborales, te lo prometo.

—Te creo. —Y los causantes deben ser sus ojos azules, que me miran como si me conocieran de toda la vida.

—Terminemos, si te parece, de revisar los papeles.

—Si el señor de la Iglesia confió en ti pensando en mi bienestar, yo no debería dudar de ti. Necesito comer algo. Desde que recibí la carta no he podido apenas probar bocado y no quisiera que mis tripas se lanzasen a dar un concierto. Tomar la taza de chocolate ha hecho que ahora note toda el hambre que tengo.

—Buena idea. A mí también me vendría bien un tentempié.

—No es necesario que me acompañes. Pensaba buscar una cafetería y subir de nuevo dentro de media hora.

—Aunque te pueda parecer raro, de vez en cuando me alimento, y lo más curioso es que me gusta. Hoy es un día estupendo para probar eso que los humanos llamáis tortilla de patata.

—¡Ja, ja, ja! No sabéis lo que os perdéis en el espacio exterior. La tortilla de patata es nuestra segunda mejor comida.

—Déjame adivinar... ¿El primer puesto lo ocupa el chocolate?

—Por lo que veo te han informado bien tus superiores antes de enviarte de avanzadilla a la Tierra.

—Somos extraterrestres, no tontos.

Salimos del bufete riéndonos. El espejo del ascensor donde hace apenas una hora me metía por primera vez sintiendo que, con lo hundida que me

encontraba, ya nada podría empeorarlo ahora también sonrío. Toda esa tensión que he comprimido estos días tan duros se ha convertido en ganas de reír, bailar, cantar, comer, aunque no sea chocolate. Pablo continúa intimidándome, pero es muy educado. Resulta un placer disfrutar de su compañía.

—¿Te sientes bien?

—Sí, gracias. —He devorado la tortilla y he bebido de dos tragos el zumo de naranja bajo la atenta mirada de Pablo.

Salimos a la calle. Son las once y media. La ciudad está a estas horas en plena ebullición. Señoras que caminan con aire de tener mucho mundo se mezclan con hombres de trajes y con algún que otro turista fácilmente reconocible por pararse en todos los escaparates de tiendas de diseñadores de fama mundial.

—¿Compartes tu secreto conmigo?

—¿Perdona? —No sé dónde tenía la mente, pero debía estar lejos de mi cuerpo, porque no he entendido a Pablo.

—Estabas moviendo la cabeza a los lados y susurrando.

—Es una mala costumbre, hablar sola. No suelo ser consciente de ello.

—Yo canto en la ducha.

—Gracias por la información, Pablo, pero no es lo mismo. Cantar bajo el chorro del agua de la ducha es algo bastante común y no está considerado como un síntoma de locura.

—A mí me ha gustado verte loca. Y ahora que sabes que no me importa lo más mínimo, ¿podría saber en qué pensabas?

—En que resulta curioso. Estoy delante de tiendas que siempre había creído inalcanzables. Ahora sé la razón, nunca las alcanzaré porque no me interesan. Con esto no estoy diciendo que no compre algo bonito si tengo que

acudir a un evento, pero están en el *top* 10 de mis deseos.

—¿Por eso dejaste tu trabajo en la agencia y montaste Chocolate Adict?

—Sí. —Ni pregunto lo que Pablo sabe de mí. Si un hombre al que nunca conocí me ha hecho heredera de su fortuna, que otro me haya investigado me parece una sorpresa menor y puedo soportarlo.

—Se te veía feliz entre pasteles. Recuerdo una vez que estabas preparando una copa de helado de tres chocolates y no podría decir quién sonreía más, si el niño que estaba esperando su helado o tú.

—¿Entraste alguna vez en mi negocio?

—No, siempre te observé desde la acera contraria.

—Creo que hay unas cuantas cosas que tienes que contarme, Pablo.

—¿Qué te parece si te las cuento esta noche mientras cenamos?

—Me parece que también podrías contármelas ahora, mientras caminamos hacia el banco.

—Considéralo un pequeño chantaje. Durante meses he visto tu foto, he seguido desde lejos tus pasos... Necesitaba observarte para hacer mejor mi trabajo.

—Está bien, una cena, pero en un lugar sencillo, por favor. —Me lo ha pedido tan dulcemente que no he podido negarme y no quiero cenar sola.

—Te llevaré a un sitio que espero te guste. Será sencillo, pero con encanto.

—Espero que tu concepto de «sencillo» coincida con el mío.

—¿Qué te parece si te paso a buscar a las cinco y media, acudimos a la notaría y después cenamos?

—De acuerdo. —Solo lo veré esta noche y quizá algún que otro día más.

Después, cientos de kilómetros nos separarán, seremos una anécdota el uno para el otro. Esta visión del futuro me apena, quiero disfrutar un poquito más de su compañía.

Pablo insiste en llevarme en su coche a mi casa. El también reside en el Norte de Madrid, lo cual no es mucho decir, ya que en esta zona hay más de un millón de personas. Tendría las mismas posibilidades de encontrarlo que si me hubiera dicho que vivía en la provincia de Bizkaia.

Conduce lo que yo describiría como un coche grande y cómodo, si el dueño tiene mujer, tres hijos y dos perros. Imagino que para moverse por Madrid no es lo más apropiado si no quieres ir rechazando todos los posibles aparcamientos porque no tienen espacio suficiente. Me cuenta que monta en bicicleta, tanto de carretera como de montaña. Uno de los socios más antiguos del bufete le comentó que vendía este coche para comprarse un deportivo del que se acababa de encaprichar. Le hizo una oferta y ahora es suyo. La tracción cuatro por cuatro es muy útil si deseas ir en invierno a la sierra y ha estado lloviendo esos días.

—Yo pensaba que saldríais siempre desde vuestras casas.

—Tengo un grupo de amigos con los que entreno por carretera. Generalmente, salimos de nuestras casas en bicicleta y desde ese momento comienza la ruta. Pero, cuando decidimos llevar la bicicleta de montaña, nos acercamos en coches al punto de salida del recorrido elegido. No tiene mucho sentido hacer kilómetros por carreteras con ese tipo de bicicletas cuando están diseñadas para subir montañas por pistas forestales, bajar por laderas o cruzar ríos.

—Eso suena muy duro. —Me duelen las piernas solo con imaginarme a mí montada en una de esas bicicletas, llena de barro y pedaleando con la lengua fuera.

—Hay que acostumbrarse con pequeñas rutas para ir aumentándolas según

se obtiene resistencia. Es un bonito modo de disfrutar la naturaleza. No sé si te has fijado, pero no hay asientos traseros.

—Es verdad —le comento girando la cabeza. Una lona azul cubre el suelo del todo terreno y llega hasta la altura de los cristales. Unas gomas elásticas la mantienen sujeta a los laterales del coche.

—Meto la bicicleta dentro, es mucho más cómodo que amarrarla a las barras del techo. Como suele estar llena de barro, el plástico protege el coche. Al regresar paro en la gasolinera que encuentre y la limpio con la máquina a presión. Retiro el plástico al que también le quito los restos de tierra que pueda tener. Vuelvo a ponerlo, monto de nuevo la bicicleta y al llegar a casa solo tengo que preocuparme de dejarla en el garaje.

—Mucho trabajo. He contado al menos tres deportes desde que sales de casa hasta que regresas.

—Me gusta. Es cierto que ocupa muchas horas de los domingos, pero no tengo que dar explicaciones a nadie porque no tengo pareja, y tampoco tengo aquí a mi familia. La tarde del domingo me dedico a usar el sofá concienzudamente, porque me duele todo el cuerpo del esfuerzo y de los moratones que colecciono cuando me caigo.

Pablo me mira sonriente después de estacionar el coche en doble fila delante de mi portal. No creo que haya sido un comentario casual. Ese «no tengo pareja» ha sonado alto y claro, como subrayado dentro de la frase. Serán imaginaciones mías. Hoy ya se ha producido un milagro. Este chico tan atractivo y moreno por practicar deportes al aire libre no puede estar interesado en mí.

—Estaré aquí a las cinco y media. Hasta luego, Silen.

—Adiós.

Pablo se pierde entre el tráfico y yo entro en el portal saludando a personas cuyas caras no reconozco, cuyas vidas me son ajenas y que no

pueden presentir el giro que ha dado mi existencia. Yo tampoco lo hubiera hecho, observaré todo el tiempo que desee la casona y lo haré con la verja a mis espaldas. No tendré que eliminar de mi paisaje los barrotes de hierro. Mis ojos solo verán casa y jardín. Sobre el resto de las sensaciones no puedo pronunciarme. ¿Cómo saber lo que nunca se ha vivido?

Abro la puerta de mi reino, cierro con tranquilidad y me quedo en medio de la estancia. Recuerdo las caras de los dos directores de las sucursales bancarias, sus ganas de agradar, sus intentos para eliminar cualquier posible pensamiento de pasarme a la competencia. Ellos desconocen mi historia, no saben que, mientras me explicaban las tarjetas a las que iba a tener acceso, los teléfonos directos que me permitirían contactar «para cualquier cosa que precisase», todas las operaciones que podría realizar vía Internet gracias a las claves que recibiría en cuanto se formalizase mi titularidad y demás ventajas de tener una cuenta bancaria con siete cifras... estaba teniendo una revelación: estaba viva, el derrumbe de la casa no me había matado.

La precariedad en la que de repente me había encontrado había ocultado lo más importante: estaba sana y salva, eso es lo que tendría que estar celebrando en ese momento. Con esta nebulosa de ideas y de sensaciones en las que se ha convertido mi cerebro ante tanto acontecimiento impactante, es difícil tener claridad. Aun así, entiendo que no debería haberme lamentado por mi mala suerte; al contrario, debería haber estado dando brincos de alegría desde el momento en que vi que el espacio que yo había ocupado segundos antes desaparecía.

Reviso el armario de la cocina y el pequeño frigorífico. No hace falta tener mucha capacidad de concentración para memorizar mis suministros: un paquete de cereales a medio comer, un *tetrabrik* de leche casi lleno, un puñado de sobrecitos de azúcar y de café soluble, dos plátanos, una manzana, pan de molde, pechuga de pavo en lonchas y queso para sándwich.

Si mi madre lo viera, se echaría a llorar del disgusto. Su niña, la que sacó

la nota más alta de acceso a la universidad de toda la provincia, a la que llamaron para trabajar en la empresa de publicidad deseada por miles de personas, no tiene apenas comida en su casa. Se podrían encontrar más alimentos en cualquier nevera azul portátil un domingo de verano en la playa de Torremolinos.

Mi negocio estaba abierto todos los días de la semana excepto los lunes. Seis días a la semana rodeada de comida y de bebida, dulce pero nutritiva. Con los números ajustados para poder ahorrar y renovar poco a poco el mobiliario, cualquier resto que quedase era incluido como parte del menú del día. Un trozo de tarta, un batido preparado erróneamente, dos magdalenas... nada se desperdiciaba. Tendría que hacerme una analítica, no me sorprendería que tuviera azucarillos flotando en mi sangre. Mi peso no ha variado, he trabajado tanto estos seis meses que todo lo que he comido mi cuerpo lo ha consumido.

No tengo hambre, estoy sola y, sin nadie que me distraiga tan gratamente como ha hecho Pablo, siento mi cuerpo de nuevo bloqueado. Entiendo que es difícil de asumir. Hace unas horas estaba en la miseria, reponiéndome después de vivir una situación traumática. Ahora estoy tratando de asimilar que voy a ser la propietaria de una casa que ha estado presente siempre en mi vida, que he deseado conocer con todas mis fuerzas, que ha sido el escenario de mil historias en mi imaginación. Y voy a ser una mujer rica, muy rica, tanto que no puedo hacerme a la idea de lo que supondrá en mi vida. Le diré al médico que el corazón y el cerebro no los revise, los tengo sanísimos. Si ambos órganos están aguantando tanto trabajo extra es debido a que funcionan perfectamente.

Comeré la fruta y la acompañaré de un vaso de leche. Tengo cita con el notario y no estaría bien que en medio de la reunión mi tripa decidiera intervenir lanzando unos cuantos ruidos. ¿Será como en las películas? ¿El notario leerá un escrito que detalle las propiedades y quién las heredará? Pablo conoció a Manuel de la Iglesia. ¿Y yo? Su nombre me es conocido, pero

creo que es por tantas veces como lo estoy nombrando mentalmente. Quizá si viera una foto... ¿Podría estar vivo? Siempre he entendido que se cita a los herederos cuando la persona que ha hecho testamento fallece, pero desconozco si es posible hacerlo en vida.

¿Cuántas horas faltan hasta las cinco y media? Cuatro y son demasiadas. Me voy a volver loca pensando, haciéndome preguntas y dándome posibles respuestas. El cielo continúa despejado, necesito distraerme y entre estas cuatro paredes no lo voy a conseguir. Saco del armario un pantalón de algodón y una camiseta. Ato a la cintura una sudadera y me calzo mis gastadas deportivas. Tomo la leche, acabo el plátano y con la manzana en una mano, las llaves y mis gafas de sol en la otra salgo al descansillo.

Manuel de la Iglesia, ¿te conocí? ¿Eras rubio, moreno, alto, gordo, joven, mayor? Camino por las calles rebuscando en mis recuerdos y no aparece nada que me dé pistas sobre el rostro del dueño de la casona. ¡Mi padre! ¿Mi madre y él se conocieron, y yo soy el fruto de un encuentro pasional? Mis latidos se han desbocado, mi vida sería una farsa, me cuesta respirar y me estoy mareando.

Me apoyo en la fachada de un escaparate de una tienda de fotos. Hay marcos plateados y otros con colores brillantes. Me fijo en una imagen: un hombre con una niña pequeña en brazos. La chiquilla está sonriendo embelesada observando el rostro del hombre. Ambos son rubios y el tono de sus ojos es idéntico. Mi padre tiene el pelo liso y brillante, siempre ha llevado gomina para retirarlo de la frente. Mi pelo es idéntico, tan liso que ni secándolo atado con una goma se notan ondas cuando lo suelto.

Nuestras caras se parecen tanto que incluso compartimos los mismos hoyuelos en las mejillas, que solo aparecen cuando nos reímos. Es mi padre y plantearme lo contrario ha sido un momento de debilidad provocado por la excesiva tensión a la que estoy sometiendo a mi estado nervioso.

Continúo caminando más despacio tratando de calmar el retumbar de mi

pecho. Las respuestas me serán facilitadas. Pablo, el notario, o gente del pueblo de mi madre, pero entre todos obtendré los datos y con el conocimiento llegará la calma.

Paciencia, Silen, paciencia, eso es lo único que necesitas. ¡Eso y un hombre! Para que te vas a engañar, muchacha...

Capítulo 4

—¡Estás preciosa!

Pablo está cerrándome la puerta del coche. Aprovecho los segundos que tarda en rodear el capó para adoptar una apariencia de normalidad ante el cumplido que, de un modo tan inesperado, acabo de recibir.

—Gracias. He tenido tiempo de sobra para arreglarme; de hecho, me he arreglado tanto por necesidad.

—¿Necesidad?

—He caminado sin rumbo durante tres horas. Yo creo que me he salido de la provincia. Todavía tenía demasiado tiempo, así que he tratado de ocuparlo duchándome, buscando un vestido apropiado, maquillándome...

—Y lo has hecho muy bien.

Lo miro y no puedo evitar ruborizarme. Mi cuerpo es tonto y no tiene cura. ¿Para qué me pongo yo colorada? Es un abogado que está en horas de trabajo, me hace estos comentarios para que no se forme hielo dentro del coche y nos demos un golpe contra una farola.

—Me ha costado y mucho conseguir que los dos ojos quedasen iguales. —Hablar con naturalidad, o al menos intentarlo, es la mejor manera de aligerar el ambiente—. Ni te imaginas lo difícil que resulta aplicar el rímel con el pulso temblando como un flan. He tenido que limpiarme varias veces hasta que he conseguido un resultado decente.

—A mí me sucede lo mismo.

—¿Te pintas los ojos? —Pues nadie lo diría. Es un profesional, no he notado maquillaje al mirarlo. A mí no me gusta que los hombres se pinten por muy anticuada que eso me haga parecer.

—¡No! ¡Ja, ja, ja! Cuando me afeito me resulta difícil igualar ambas patillas, a eso me refería.

—¡Ah! Me estabas dejando anonadada. Ya te estaba imaginando con el rímel en la mano.

—Me gusta mucho tu vestido.

¡Por favor! Yo, tratando de hablar con normalidad y él vuelta a la carga. Se está fijando demasiado en mí, aunque debo reconocer que me halaga un poquito... bastante... mucho... ¡demasiado!

—Gracias de nuevo. Es un capricho que me concedí hace un año. Lo vi en el escaparate y, aunque superaba mi presupuesto, me pareció que me estaba llamando.

—Desconozco cómo se comunica una ropa. A mí ninguna me ha dicho nada hasta el día de hoy. Debo de estar sordo, pero te confirmo que buena vista tengo y es un tono verde especial, como tus ojos.

—¿La notaría está cerca de tu despacho, Pablo? —Es mejor que la conversación gire sobre el motivo que nos tiene dentro de su vehículo.

—A pocas manzanas. ¿Te molesta que hablemos de nosotros? No era mi intención incomodarte.

—Lamento si te ha parecido que soy una maleducada.

—No lo has sido. Tienes un control increíble de tus emociones, Silen. Antes de conocerte trataba de imaginar tus reacciones ante tu herencia. Cuando me enteré de que habías salvado tu vida, supuse que estarías conmocionada y que las nuevas noticias que te daría sobre la casona acabarían por descontrolarte. Concebía gritos, lloros, risas... no sé, un cúmulo de

sensaciones que yo habría soltado como un loco.

—En la calle me he mareado mientras caminaba.

—No debería haberme separado de ti. ¿No tienes familia en Madrid, una amiga con quien estar estos días?

—Mi familia está en el Norte. Sí tengo amistades, pero no la complicidad necesaria para pedir que me acojan en su casa o decirles que vengan a la mía y compartan sofá cama conmigo.

—Podrías quedarte en mi casa.

—¿Cómo?

—Digo que podrías alojarte en la habitación que tengo libre. Tiene su baño propio y, si hace falta, le pondría un pestillo a la puerta. Hoy nos hemos visto por primera vez, pero siento como si te conociera hace mucho tiempo, desde que Manuel me habló por primera vez de ti, y no quisiera que te pasase nada malo.

—Estaré bien, gracias. —Y si tú mantienes las distancias, será más fácil, Pablo—. Creo que me deberías contar ya lo que sabes de tu cliente.

—Ahora tenemos la cita con el notario, ahí obtendrás más información. Cuando salgamos te contaré todo lo que yo sepa y pueda para completar la historia.

Entramos en un *parking* subterráneo y percibo que un sentimiento de pena se cuela en mi cabeza. En el coche estoy bien, la presencia de Pablo es protectora. Sé que mi vida cambiará en unos instantes, pero desconozco si estoy preparada para afrontar los cambios y ser feliz con ellos.

Estimada Silen, imagino que tendrás mil dudas sobre el motivo por el cual estás ahora sentada delante del señor Navarro. También estarás acompañada por Pablo, a quien he tenido la suerte de conocer y que estará ahora mismo sorprendiéndose porque esta carta no es la que él y yo

redactamos hace varias semanas.

El notario levanta la mirada y la dirige hacia Pablo. Yo también soy curiosa y al observarlo descubro que no soy la única que está teniendo sorpresas estos días. Su cara de asombro hace que me sienta acompañada en este viaje emocional.

Estos últimos meses han sido muy importantes en mi vida. He sido un hombre solitario y conocer a Pablo ha supuesto una revelación que, por desgracia, ha llegado un poco tarde. La vida es muy corta, algo que se aprende cuando echas la vista atrás y descubres todo lo que has perdido en el camino. Espero que vosotros memoricéis esta lección a tiempo.

Silen, te vi por primera vez cuando eras una niña. Me llamó la atención el modo en el que mirabas la casona. Estabas apoyada en la fuente de la plaza observando fijamente y te quedaste muy quieta hasta que alguna de tus amigas te arrastró de allí para jugar. Indagué sobre ti y descubrí que te gustaba hacer preguntas sobre la casa. Terminó el verano y te marchaste. Pasó el invierno y regresaste con la primavera para volver a mirarla. Fue entonces cuando decidí que algún día esa propiedad sería tuya.

No tengo familia, pero siento que estamos conectados por la casona. Yo me enamoré de ella cuando la vi por primera vez. Sé que tú también la amas y por eso la cuidarás. Espero que te dé la felicidad que yo me negué.

Pablo, conocerte ha sido un regalo. Nunca he sentido ser tu cliente. Eres un hombre al que admiro y te he llegado a querer como a un hijo. Lamentablemente, tantos años guardando mis sentimientos me ha imposibilitado ser más abierto, pero espero que hayas podido apreciar que toda la confianza que he depositado en ti no se ha debido exclusivamente a tu innegable profesionalidad. Han sido muchos cafés, visitas a los bancos, a tu despacho, paseos por delante del negocio de Silen... Te he llegado a conocer lo suficiente para saber que nunca hubieras aceptado ser beneficiario de mi herencia. Pero, contando con la colaboración del señor

Navarro, he podido ocultarte una propiedad que quiero que aceptes. Es una buena casa y tiene una bonita cochera donde podrías guardar tus bicicletas. Hay una cuenta bancaria abierta a tu nombre donde transferí dinero suficiente para que tampoco sea su mantenimiento carga alguna para ti. A ti, Silen, te encargo el trabajo de asegurarte de que Pablo firme ante el notario.

Gracias, Pablo, por estar a mi lado y gracias a ti, Silen, porque demostrarás que no estaba equivocado.

—Si yo tengo el mismo gesto que estoy viendo en ti, debemos de parecer dos abducidos.

—Ahora entiendo tu comportamiento de esta mañana. Estaba escuchando la nueva carta y me parecía que no tenía relación conmigo, como si yo fuese un espectador y no la persona a la que estaba nombrando el notario.

—Sí, ¡ja, ja, ja! Esa definición es buena. Es una extraña calma, como si no importase lo que estás escuchando porque no es cierto y, por tanto, no hay que ponerse nervioso. Pero yo lo he oído muy bien, voy a seguir las indicaciones de Manuel, por lo que me aseguraré de que aceptes tu herencia.

—No me lo puedo creer, me engañó, Silen.

—Según parece, lo hizo porque creó unos lazos muy fuertes contigo.

—Y yo con él. Fueron pocos meses de trato, pero no desaprovechamos ningún minuto.

—Para él significaste mucho, Pablo. —El notario, que ha permanecido en silencio, se levanta para servir un vaso de algún tipo de licor a Pablo—. Muchacho, te has quedado más pálido que los clientes que esperan escuchar que son los herederos y lo que oyen es que el difunto no les ha dejado nada.

—Me hubiera gustado pasar más tiempo con él, que sintiera que no estaba solo, que supiera cuánto me gustaban nuestras charlas.

—Lo sabía, cuando nos reunimos y me entregó la carta que os he leído, me habló de ti con orgullo.

Pablo está emocionado y ver cómo intenta controlar sus sentimientos hace que sienta ganas de abrazarlo, pero me reprimo porque soy una desconocida, así que me despido por los dos del señor Navarro, llamo al ascensor, entramos en la cabina, pulso planta baja y salimos a la calle. Pablo me sigue como un autómatas y yo camino por las calles esperando paciente a que se recupere.

—¿Me contarás ahora lo que sabes de él? —El té está humeando y espero a que me responda revolviendo lentamente el azúcar con una ridícula cucharilla cuadrada tan diminuta que parece que estuviera moviendo un mondadientes. No entiendo muchas cosas y esta es una de ellas, y menos en esta clásica, cara y conservadora cafetería donde estamos sentados en la terraza, frente a la puerta de Alcalá.

—Pidió cita nueve meses antes de fallecer. Desde hace años el bufete me adjudica todos los clientes con cuestiones relativas a testamentos y herencias. La primera reunión fue muy extraña y me sentí examinado. Manuel me preguntaba y yo respondía, intentando encontrar mi momento para coger las riendas de la conversación, pero eso no ocurrió y se fue sin darme ni un solo dato. Dos días después llegó un talón por el importe de la «no consulta» y di el cliente como perdido.

—¿Y cuándo regresó de nuevo?

—Unas semanas más tarde. Me envió una carta para invitarme a cenar en un restaurante de Madrid. Mi primer impulso fue escribir una excusa para no asistir, pero la curiosidad fue más fuerte y acudí. Cenamos tranquilamente mientras me contaba todo lo que yo necesitaba saber.

—Pero actualmente tienes muchos más datos...

—Sí, tuvimos varias cenas y Manuel se fue sincerando conmigo, aunque yo

estoy convencido de que le conté también muchas cosas personales. Por cada minuto de sus confidencias recibí cinco de las mías, algunas tan íntimas que yo mismo me sorprendía escuchándome.

—Conozco esa sensación, cuando alguien te abre su corazón... Continúa, por favor.

—Manuel nunca conoció a sus padres. Hasta los diez años vivió en un orfanato de Santander. Un matrimonio mayor, que había perdido a su único hijo por causa de un accidente, lo adoptó. Nunca antes había subido a un autobús, y fue en ese primer trayecto cuando descubrió la casona.

»El que sería su nuevo hogar durante varios años estaba a cinco kilómetros de distancia del pueblo. Una vez a la semana podía ver la construcción, cuando acudía con su padre a la plaza del pueblo a intercambiar productos y a comprar lo necesario en la única tienda que había en el valle.

»La casona le parecía un palacio y solía acercarse a mirar a través de la verja de metal siempre que su padre se lo permitía. En aquellos años no estaba muy cuidada. El descendiente del indiano que la mandó construir vivía en Madrid y no acudía nunca. Manuel consideraba un sacrilegio que algo tan bello se abandonase. Un día, cuando se acercaba a echar un vistazo mientras su padre negociaba el precio de compra de un cerdo, escuchó a una niña decirle a su amiga que, cuando ella fuera mayor, viviría en una casa como esa. Era la hija del dueño de la tienda y a él le pareció más hermosa que un ángel.

»Durante años vio crecer a la niña, convertirse en una hermosa mujer a quien nunca se atrevió a hablar. Él no tenía más que un par de zapatos rotos y un pantalón tan grande que tenía que sujetarlo con una cuerda de esparto. Era invisible a los ojos de su querida niña. Cuando cumplió los diecisiete estaba de nuevo huérfano. Sus padres habían fallecido por causa de una infección. Si hubieran tenido dinero con el que comprar los medicamentos adecuados, se habrían curado, pero no lo había y la fiebre consumió rápidamente sus rudos cuerpos hasta que se convirtieron en sombras debajo de las mantas. Él no

estaba dispuesto a pasar toda su vida como un miserable, así que los enterró, vendió los animales y se marchó a México a trabajar.

—Una vida muy dura.

—Debió de serlo porque estaba muy serio cuando lo recordaba. No sé a qué se dedicaría, pero doce años después regresó con dinero suficiente para comprar la casona. Pagó sin regatear la cifra que el díscolo nieto del dueño original le escribió en un papel. Con la propiedad a su nombre se dedicó durante días a pasear por el pueblo esperando cruzarse con su amor platónico. Eso no sucedió y tuvo que entrar a preguntar en la tienda. Como venía tan elegantemente vestido, la mujer del dueño salió presurosa a responder a sus preguntas.

—No estaba, ¿verdad?

—No, se había casado con un diplomático y vivían en Canadá. Manuel nunca le había dicho nada. Habría sido un milagro que ella hubiera intuido su amor y hubiera decidido esperar a su posible regreso. La verdad es que suena todo a película de amores atormentados, pero imagino que la vida tiene cien mil situaciones y los guiones solo reproducen unas pocas.

—¡Dímelo a mí! Si ya no fue bastante rocambolesco que mi adolescente vecino enamorado me salvara la vida avisándome cuando estaba en el almacén, que sea la receptora de la herencia de Manuel y que la casa de mis sueños sea mía es algo que ni la mejor escritora de novelas románticas hubiera podido concebir.

—Cierto, pero esta historia tiene también su parte misteriosa, Silen. Manuel regresó al día siguiente a Madrid para tomar el primer vuelo a México. Durante cinco años se obligó a no pensar en ella, se volcó en el trabajo y multiplicó su riqueza. Hasta que una noche tuvo una pesadilla horrible. Alguien lloraba. No podía ver el rostro de quien derramaba las lágrimas, pero al día siguiente le indicó a su secretaria que organizase un viaje

a España. La mujer, asustada ante lo imprevisto de la situación, le preguntó el motivo, ya que Manuel estaba a punto de formalizar la compra de unas fincas de gran valor y no sabía si tendría que llamar al notario para posponer la firma de los documentos.

—¿Y para qué vino?

—Para ver la casona. Si cuando la compró ya estaba algo abandonada, ahora necesitaba arreglos urgentes, y eso fue lo que hizo en España.

—Desde que yo recuerdo, el jardín ha estado atendido y la casa bien cuidada.

—Desde que tú naciste. Debiste de llorar muy fuerte porque hasta en México lo escucharon.

—¡Mira qué chistoso!

—Podría serlo, pero es lo que Manuel me contó. Tuvo ese sueño el día en que viniste al mundo, Silen, aunque fue años después cuando pudo unir todas las piezas. De hecho, fue tan impactante para él ese sueño que lo primero que hizo al llegar fue entrar en la casona y recorrer todas sus habitaciones.

—¿No lo hizo cuando la adquirió? —Lo de mi nacimiento y lloros de princesa ni pienso comentarlo. No creo en esas cosas...

—No, quería que ella, su amada, fuera quien abriera por primera vez la puerta, regalarle la casona, un sueño que a él lo había ayudado en los difíciles comienzos de su emigración a México.

—¿Y la abrió cuando yo nací? Sí que es coincidencia. —Porque solo es eso.

—Manuel tenía un amigo íntimo en el pueblo, y esa persona comenzó a encargarse del cuidado y de las reformas precisas. Él mismo atendió el jardín hasta que una enfermedad se lo impidió. Desde hace un año su hijo se encarga.

—¡El jardinero al que nunca conseguía ver!

—Yo no conozco nada sobre esa parte de la historia.

—Yo lo buscaré. Continúa, por favor.

—A partir de entonces comenzó a visitar España cada dos o tres años. Se quedaba varios días en casa de su amigo y juntos recordaban los momentos que habían vivido de niños. Comprobaba los trabajos de mantenimiento que encargaba su amigo para que la casona se mantuviera en perfecto estado y cuando se marchaba lo hacía lleno de recuerdos de su vida en la casa familiar, de las visitas al mercado, de sus correrías en el poco tiempo libre que le quedaba... Sobre todo, añoraba el instante en que la niña de la que se enamoró miraba hacia la casona, soñando que algún día sería la dueña y organizaría grandes fiestas.

—Pero hay muchas mujeres en el mundo, Pablo. Alguna tuvo que cruzarse en su camino.

—No lo sé. Imagino que no se quedaría solo todos los años, pero nunca me habló de ello. En una de sus visitas te vio. Le pareció curioso que una niña tan pequeña mirase la casona durante tanto tiempo. Se quedó a comer en casa de su amigo y por la tarde, cuando se acercaban a la plaza a por el coche, ahí estabas tú también, mirando de nuevo.

—Debió de pensar que estaba loca.

—Preguntó a su amigo. El hombre te conocía de vista, pero solo sabía que no vivías todo el año en el pueblo. Manuel no volvió a verte y regresó a México.

—¿No me digas que cuando regresó me encontró de nuevo mirando?

—Tranquila, lo hizo, aunque no el primer día. Habías crecido y casi no te reconoció.

—Continúa con tu relato.

—Pasó una semana en casa de su amigo, algo que nunca había hecho, y tú fuiste la razón. Le recordabas a él cuando tenía tu edad y se quedaba muy quieto observando el jardín, las hermosas verjas... A partir de entonces empezó a acudir todos los veranos, no más de dos o tres días, pero suficiente tiempo para verte crecer mirando hacia la casona. Averiguó el día en que habías nacido y recordó que su pesadilla se produjo en esa misma fecha.

—Sigo pensando que es una mera coincidencia, pero hasta yo estoy empezando a asustarme, Pablo.

—Me contó que durante años siguió tus pasos. La gente de los pueblos es dada a contestar si les preguntas, así que sabía que habías estudiado Publicidad y que te habías trasladado a Madrid. Cuando le confirmaron que le quedaban unos pocos meses de vida fue cuando inició los trámites para vender sus propiedades en México y en España. Te quería dar un regalo, no una obligación. Una parte de su patrimonio lo donó a varias organizaciones que se ocupan de cuidar a niños huérfanos, tanto en España como en México. El resto del dinero es el que obra en tus cuentas bancarias y en la que me ha asignado para cubrir los gastos de la casa que me ha regalado.

—¿Tienes alguna foto de él, o de la casa donde vivía? Tengo que haberme cruzado con él alguna vez. ¿Qué edad tenía cuando murió?

—Setenta y cinco años. Tengo una foto en el móvil, le prometí que la borraría, pero me dio pena hacerlo. Estábamos en una cafetería tomando un pincho de tortilla y se acercó un perrito que parecía abandonado. Tuvo mucha paciencia ofreciéndole pedacitos, que el perro tardó mucho en comer por lo asustado que estaba. Ahí le saqué la foto.

—No le conozco. —Estoy un poco desilusionada. Me hubiera gustado reconocerlo, recordar si un día le sonreí o crucé con él unas pocas palabras, pero el hombre que está mirando afablemente al perrito no está en mis recuerdos.

—Es normal, hay mucha diferencia de edad y Manuel era un hombre muy discreto.

—Me hubiera gustado saber lo que esperaba de mí.

—Que seas feliz, Silen.

—¿Te lo dijo Manuel? —Lo llamo por su nombre como si lo hubiera tratado durante años y lo curioso es que lo siento así. Debe ser la intensidad de estas horas la que está quitándome la perspectiva.

—No, te lo digo yo. La casona no tiene hipotecas ni otros gastos y las cuentas bancarias que ya están a tu nombre te permitirán no tener que trabajar durante el resto de tu vida, si tú lo deseas. No has adquirido ninguna obligación. Esa casa te ha encantado desde pequeña... Ahora vas a poder verla, a vivir en ella si quieres. Creo que tienes todas las papeletas para ser feliz, y más cuando has podido comprobar muy intensamente la precariedad de nuestra existencia.

—Tienes razón.

Miró a Pablo y sonrió. La tiene, pero yo tengo que adaptarme a estas sensaciones.

—Y la frase de «... y tú demostrarás que yo no estaba equivocado», ¿tienes idea de qué podría significar?

—No y, como ya comprobaste por la cara de pasmado que todavía ahora mantengo, esa carta no fue la que yo le había redactado a Manuel.

—Vas a aceptar tu herencia, ¿verdad? Soy la encargada de hacer que firmes y es lo menos que puedo hacer por Manuel.

—Yo no necesitaba ese regalo, Silen. Me pagó muy bien mis honorarios y lo hizo sin que yo lo supiera, porque de haberme presentado un talón lo hubiera roto, créeme.

—Te creo, del mismo modo que creo que se sintió feliz haciéndolo, así que no le des más vueltas. Yo trato de no hacerlo para mantener la cordura. ¿Hay algo más que me puedas contar sobre Manuel?

—No, pero me gustaría hablar contigo de cualquier otro tema que propongas.

—No soy muy buena eligiendo conversaciones. —Ahora mismo mis pensamientos están concentrados en sus ojos.

—¿Tienes hambre, Silen?

—No.

—Pero lo tendrás. Yo me encargaré de tentarte con tus platos favoritos. Conozco el restaurante perfecto.

—¿También sabes lo que me gusta comer? —¿Cuánto sabe de mí este hombre?

—No, ¡ja, ja, ja! Pero tengo un método infalible.

—¿Ah, sí?

—Vamos a ir a un *buffet* excelente que no está muy lejos de aquí. Yo me serviré un poco de muchas cosas ricas y tú me imitarás. Nos sentaremos y el hambre aparecerá. Camarero, ¿me cobra, por favor?

Espero que los caracoles no estén entre sus platos favoritos. Una secuencia de la película *Pretty woman* está ahora mismo pasando delante de mis ojos y no le encuentro gracia alguna...

Capítulo 5

—Me pareció escuchar que íbamos a cenar en un *buffet*.

—Así es.

—Nadie lo diría. —Estamos entrando en uno de los hoteles más lujosos de la capital.

—Te va a gustar.

—Será como tú afirmas si puedo abonar yo la cuenta.

—Te propongo un trato: yo pagaré hoy y tú me invitarás mañana.

—¿Mañana? —Necesito calma y alejarme de Pablo sería la mejor manera para conseguirlo. Siento que me gusta demasiado y solo hace unas horas que nos conocemos.

—Sí, ¿recuerdas lo que te dijo el notario?

—Algunas cosas, pero todo... —Como para recordar estaba yo hace un rato.

—Mañana tienes cita a las doce y media para hacerte entrega de los documentos. Con una copia de ellos tendremos que ir a los dos bancos para que, a partir de ese momento, tengas la titularidad de las cuentas bancarias.

—Esa parte me la perdí. Debía de estar todavía mirándote la cara de asombro que se te quedó cuando leyó la carta de Manuel.

—Me engañó como a un colegial. Por un momento, mientras el notario leía, dudé de todas nuestras conversaciones. Los documentos que yo había

manejado eran reales, pero ¿y el resto? ¿Cuáles fueron sus intenciones? Me intentaba preparar para escuchar cualquier cosa.

—Dímelo a mí, que hasta llegué a pensar que mi madre y él habían tenido algún tipo de aventura o encuentro sexual y yo era el fruto de esa pasión.

—¿Manuel tu padre? ¡Ja, ja, ja! Podría haber sido tu abuelo. Además, cuando tú naciste hacía años que no venía a España.

—Eso lo sé ahora, no este mediodía. ¡Buscaba explicaciones que justificasen por qué había sido elegida como heredera de la casona! Disculpa si mi imaginación no intuyó los motivos, pero coincidirás conmigo en que era un pelín difícil.

—Tranquila, ¡ja, ja, ja! No te enfades conmigo, tienes razón. Yo he visto en mi trabajo algunos clientes con peticiones que podrían llenar un libro bien grueso. Por ello, cuando Manuel me contó sus planes, no me parecieron tan extraños.

—Habrás visto y habrás escuchado mil historias, algunas muy raras, pero que tú también seas heredero de tu cliente será nuevo para ti.

—¡Ya te digo! —Pablo vuelve a poner ese gesto de alucinación que una hora antes ya mostró en la notaría.

—Vamos a entrar y a cenar tranquilamente sin volver a mencionar a Manuel. Yo voy a pagar porque me hace ilusión invitarte y tú, como eres muy educada, aceptarás con una sonrisa. Durante unas horas nos olvidaremos del motivo que ha hecho que nos conociéramos y mañana retomaremos el asunto de la herencia.

Nos hemos quedado parados en la puerta del *buffet*. Pablo me está agarrando suavemente de los brazos y me mira fijamente a los ojos. No me parece una situación muy casual, pero hoy nada lo ha sido y opto por asentir con una tímida sonrisa. El empleado que tan educadamente ha estado esperando detrás del pequeño mostrador también sonrío. Estábamos en medio

sin dejar entrar ni salir al resto de comensales.

—Creo que he engordado al menos dos kilogramos.

—Mentira, pero, si fuera así, tampoco pasaría nada. Estás muy delgada, Silen.

—Es cierto. —Y no es una afirmación hecha por coquetería—. Desde el derrumbe de la casa apenas he podido comer. No tengo báscula en mi apartamento, porque no hay sitio donde posarla sin tropezar con ella, pero no es necesario que me pese para comprobar lo que la ropa me está diciendo, que necesito tres o cuatro kilogramos en mi cuerpo para no parecer enferma.

—Te extenderé una receta: come y cena conmigo todos los días de la semana y te recuperarás antes de que te des cuenta.

—Suenan tentador y me parece que...

—¡Pablo, cariño, qué sorpresa!

No me hace falta girarme para confirmar lo que esa voz y ese empalagoso perfume me han adelantado: una mujer escultural, con ropa destellante, rostro de pecadora y melena ondulada de anuncio. Pablo se ha girado hacia ella antes de que yo haya tenido tiempo de observar posibles cambios en su cara.

—¡Bárbara! No esperaba encontrarte aquí, te creía en Puerto Rico.

—He regresado antes porque papá nos ha dado un susto de muerte.

—¿Le ha pasado algo? —Pablo se muestra preocupado.

Los observo, ella es más o menos tal y como la imaginé. Quizás algo más baja que yo, pero me desprecia desde las alturas gracias a la magia de unas sandalias de tacón tan alto que provocan que los dedos de sus pies luzcan amoratados por la forzada postura con la que los tiene castigados.

¡Y que haya hombres que se excitan cuando ven unos pies de mujer calzando unas sandalias! Eso solo pasa en las películas, donde el psicópata

suelta las hebillas del cazado que lleva la chica sexi de turno, masajea sus deditos y los acerca a su boca. Y lo hace sin una duchita previa, sin lavarlos con agua y jabón para retirar el sudor y el mal olor. ¡Yo no me lo creo!

—Mamá me llamó porque pensaba que le estaba dando un infarto. Como tú comprenderás, tomé el primer vuelo a Miami que encontré y volé hasta Londres, donde tuve que montarme en otro avión hasta Madrid. ¡Una locura! Cuando por fin llegué me comunicaron que el médico le había diagnosticado un cuadro de ansiedad.

—Menos mal —le responde Pablo a doña Pechos de Silicona, Labios de Silicona, Pestañas postizas... Mejor no sigo observando, que esta mujer me recuerda a *Miss Potato* y en cualquier momento podría ver cómo se le cae un rasgo de los que el cirujano plástico ha colocado en su cara.

—He necesitado dos días para recuperarme. Ha sido horrible.

—Imagino.... Perdona, Silen, no os he presentado: Bárbara es una amiga.

—Encantada, Bárbara. —No me ofrece su mano ni acerca su cara. Esto último es un alivio porque su perfume me está mareando.

—No me habías contado nada sobre ella, Pablo. —¡Y simula enfadarse haciendo pucheros de niña pija!

¡Ni falta que hace, guapa! Si vosotros dos habéis tenido algo o lo tenéis es vuestro problema, no el mío. Y si a Pablo le gustan este tipo de mujeres, agradezco a la Potato su aparición, porque me ha aclarado la vista. Él ha sido el abogado de Manuel y por eso me ha tratado como un caballero. Yo, totalmente desbordada por la situación, he babeado durante toda la cena. Es hora de poner fin a esta pérdida de líquidos secándome las babas y empezando a pensar en qué haré mañana, pasado mañana y la próxima semana. Tengo una nueva vida y Pablo no formará parte de ella.

—Por favor, dale recuerdos a tu padre de mi parte. Nos tenemos que marchar, ya hablaremos en otra ocasión, Bárbara.

Pablo está dirigiendo mi cuerpo hacia la salida. Su mano en mi espalda de repente me irrita. ¡No se puede tener todo en la vida, Silen! Este día maravilloso tiene que tener su «peguita» y la de hoy ha sido comprobar que el tipo de mujeres con las que Pablo se relaciona no se parece a mí ni en el color de nuestras encías.

Es socio del bufete. Un hombre de éxito, guapo, educado, divertido... A este tipo de chicos se los sitúa en la lista de los más deseados de Madrid y puede elegir. Yo no he sido su elección. ¡Recuérdalo bien, Silen, tú has sido su trabajo!

—Tienes mi número de teléfono, Pablo. Llámame o ven directamente al *chalet* de la sierra y quédate el fin de semana. La última vez lo pasamos de maravilla.

¿Será zorrilla? Ha movido su melena de leona delante de mí, ha enseñado hasta las muelas del juicio riéndose vete tú a saber por qué, ha puesto morritos, le ha pasado la mano por la cara y lo más importante: Pablo se ha dejado querer. Y no contenta con ello ahora va y me cuenta que ha habido suficiente intimidad entre ambos como para que él haya disfrutado un fin de semana con ella en un *chalet* de la sierra. Silen, aquí no pintas nada. Tienes dignidad, así que búscala donde la tengas guardada, sácala, embadúrnate bien de ella, ponte tiesa y sal por esa puerta antes de que a la Potato se le ocurra darle algo más que una caricia a Pablo.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, Pablo? —De repente noto frío.

—Que Bárbara nos haya bloqueado la salida.

—No pasa nada, Pablo.

—Su primo es amigo mío.

—Ya —murmuro mirando tercamente las baldosas del suelo para no

descubrir aún más el desasosiego que siento en ese momento.

—¿Te encuentras mal?

—Cansada. —Parece darse por satisfecho con esta explicación. ¡Por supuesto que lo está, Silen! Solo soy su clienta y, si se ha podido sentir violento, ha sido debido a lo explícita que ha resultado la Potato delante de mí.

—Claro, te llevaré a casa. No he pensado en ello porque he estado muy a gusto a tu lado y el tiempo se me ha pasado volando, pero imagino que hoy ha sido un día tan increíble que sería un milagro que no estuvieras agotada. Yo también lo estoy.

—Puedo coger un taxi.

—Ni lo pienses. Además, recuerda que yo vivo cerca, así que, por favor, sube al coche, que cuanto antes lo hagas antes estarás en la cama recuperándote.

—Bien. —Lo observo; nada ha cambiado, pero todo es diferente.

—¿Mañana también recogerás tu copia para llevarla al banco?

—Si el señor Navarro me la entrega, la cogeré, pero no la llevaré al banco mañana, tengo otros muchos días para hacerlo. Primero quiero cumplir con el encargo de Manuel.

—Claro, era tu cliente y es tu trabajo.

—Ha sonado muy frío dicho así.

—Pero es cierto. Ya hemos llegado.

Pablo se ha quedado callado, sus manos acarician el volante distraídamente. Me temo que si gira la cabeza y me mira buscando una explicación terminaré de hacer el ridículo y me echaré a llorar. Me muerdo el labio con fuerza y noto el regusto de la sangre en mi boca. Escocerá, pero

terminará curándose y yo también empezaré a hacerlo en cuanto entre en el portal y camine hacia el ascensor sin volver la vista.

—¿Te recojo mañana?

—No, tengo que estar antes en el centro por el asunto del derrumbe.

—¿Podríamos comer juntos?

—Mañana lo hablamos si no te importa. Ahora es tarde...

—Por supuesto, perdona. Que descanses bien y hasta mañana.

Lo miro por última vez antes de salir del coche. Son las once y veinte. Es cierto que estoy cansada, porque soy de carne y hueso y el día ha sido tan rocambolesco que no hay nadie en la Tierra que no se hubiera resentido ante tantas emociones. Pero no me voy a ir a la cama, al menos hasta que haya posado encima de la mesa la ropa que me pondré mañana para ir a la notaria y haya dejado dentro de la maleta el resto de mi ropa y el calzado.

—Buenos días, señorita Ansola. Pensé que también acudiría Pablo con usted.

—Gracias por adelantar la cita, señor Navarro. Anoche recordé que tenía un compromiso justo a esa hora. —Una mentira es suficiente, no quiero inventarme una explicación que aclare por qué no he entrado acompañada de Pablo.

—No se preocupe, dentro de este sobre tiene las dos copias que tiene que presentar en las entidades bancarias.

—¿Tengo que hacer algún trámite más con referencia a la casona?

—No, es suya. Mi secretaria ha depositado los documentos en el Registro de la Propiedad. Bueno, falta un pequeño detalle.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —Ya me parecía a mí mucha suerte que todo me saliese bien esta mañana.

—Las llaves.

—¡Claro!

Las dos llaves están recogidas en un llavero plateado. Una placa con mi nombre encoge mi corazón. Es mía, lo pone en las llaves, las que usaré para abrir la puerta y entrar. ¡Gracias, Manuel! La cuidaré y la querré siempre.

Hacia años que no viajaba en tren. He usado el metro de Madrid muchas veces, pero ir metida cual lata de sardinas a las siete de la mañana para acudir al trabajo en un vagón lleno de grafitis, a varios metros bajo tierra, con doscientas personas adormiladas, no me ha parecido nunca ir en tren. Hay que ver los campos escaparse delante de los ojos, sentir el traqueteo de la máquina... pero dentro del AVE no hay ni ruido ni balanceo y lo echo de menos. ¡Debo estar haciéndome mayor, porque me gustan más los trenes de antes!

Mis manos sujetan firmemente mi bolso. No hay nadie sentado frente a mí. No puedo evitar el instinto de proteger el dinero que llevo dentro de él. No sé para qué he sacado tanto de una de las cuentas bancarias. Será para comprarme una cartera nueva con muchos compartimentos donde poder meter todas las tarjetas de crédito y débito que me han dado, con sus correspondientes tarjetas con coordenadas de seguridad, que harán supersegura cualquier compra que realice por Internet.

Tres mil euros. Imagino que me sentiré más libre si no dependo de las tarjetas, si no voy dejando rastros de mi paso por Valladolid, que pagar en efectivo me hará más anónima. ¡Ni que Pablo me fuera a rastrear! Con el plantón que le acabo de dar no querrá verme de nuevo en su vida.

He dejado muy claro que no me importa su trabajo, ni lo que pueda pensar el notario sobre su profesionalidad, cuando aparezca por la puerta dentro de doce minutos y este le cuente que adelanté la cita. Deseo que Pablo pueda encontrar el modo de salir airoso, que tenga una respuesta rápida que

justifique la situación. ¡Claro, Silen, tú lo que quieres es no sentir tantos remordimientos! Pero es un poquito tarde, el daño ya está hecho y tendrás que soportarlo, porque ese es el precio que tendrás que pagar por dejar ganar a tu cobardía.

He apagado el teléfono móvil. No quiero ver sus llamadas, aunque dudo mucho que las realice. El señor Navarro le habrá contado que llamé a las nueve de la mañana pidiendo adelantar la hora y, a menos que se haya vuelto tonto de repente, ahora mismo estará pensando cosas muy poco bonitas sobre mí.

Huyo, porque eso es lo que estoy haciendo sentada en este tren, y lo hago para protegerme de Pablo, alejándome de él. Anoche debí de parecerle tonta. Creyéndome sexi e interesante, viví un sueño que se transformó en pesadilla. Llegué a ver destellos de colores donde solo hubo profesionalidad y educación.

¿Sentí lo que la gente denomina «flechazo»? No puedo permitir que mis enamoradizos sentimientos me dirijan en este momento crítico de mi vida. Además, noto que tengo una responsabilidad con la casona y, con Pablo en la misma ciudad, no puedo concentrarme en ella. Debo ser fiel a lo que ha sido mi mayor deseo: pasear por sus habitaciones, sentarme y esperar a que me susurre su vida.

—Carmen, ¿puedes hablar o te llamo en otro momento?

—Chica, pareces adivina. Ahora mismo se ha dormido el mayor. A los otros dos Nacho los ha dejado fritos hace rato. Hace unos días compré una docena de patitos de goma y ha sido mejor que escuchar los consejos de *Supernanny*. Todas las noches llenamos la bañera, meto a los tres a remojo, echo los patitos a nadar y me siento en la taza del baño a observar cómo juegan. Yo todavía no me he metido nunca. Las sales de baño que me regalaste espero que no tengan fecha de caducidad, porque aún no las he podido probar.

—Te compraré otras.

—No sé si lo creerás, pero salgo superrelajada del baño de los niños. El calor que emana del agua, el de la calefacción que pongo alta para que no se enfríen al salir, estar sentada sin hacer nada... Vamos, que me quedo tan a gusto que en cuanto se duermen me meto yo también en la cama y descanso como un angelito.

—¿Y me podrías hacer un hueco en ese baño zen tuyo?

—Repíteme la pregunta, por favor. Debe de haber interferencias, porque me ha parecido oír que querías usar mi bañera, y no creo que tengas intención de salir de Madrid para venir a mi baño y regresar por la tarde a tu apartamento. ¿Estás en el negocio o ya has cerrado?

—No estoy en Madrid.

—¿Y estás bien?

—Sí.

—Si tú lo dices... No preguntaré más, pero te conozco, Silen, y tu voz suena rara. No hace falta que te recuerde que te quiero mucho y que estoy deseando verte.

—Pensaba quedarme en tu casa unos días, aunque quizá no haya sido buena idea. ¿Sabes si alquilan alguna casita en el pueblo? Se trataría de un mes.

—Oye, ¿estás de guasa? La habitación del ático tiene tu nombre, aunque no te conozca. Y el baño está desinfectado, nadie lo ha usado nunca. De hecho, creo que la tapa del inodoro tiene la protección de cartón todavía colocada.

—¡Qué nivel! Suena tan bien que vas a tener que echarme de tu casa.

—Para que eso pueda suceder primero tendrás que entrar en ella y me lo creeré cuando lo vea.

—¿Está Nacho a tu lado?

—Sí, a punto de quedarse también dormido en el sofá con el mando de la televisión en la mano.

—Pregúntale si le importa que me aloje unos días, por favor. No quiero molestar.

—No seas tonta, eso no tengo que preguntarlo. Tú vienes y punto.

«¿Quién viene?», se oye preguntar con voz ronca a Nacho. «Silen», responde mi amiga riéndose, «y te pide permiso para hacerlo». Tres segundos más tarde se escucha un suspiro: «Ya te dije yo que vivir en la ciudad iba a ser perjudicial para tu amiga. Eso ni se pregunta, que nos conocemos para algo más que para felicitarnos en las fiestas».

—Ya lo has escuchado, mi costillita te ha contestado y se ha vuelto a quedar en estado de «ahorro energético» mirando la sección de deportes del informativo. ¿Cuándo vendrás? ¿Mañana?

—No, primero pasaré por Bilbao para saludar a mis padres. Los acabo de llamar. Se van a ir a recorrer Andalucía en coche con otra pareja. Mi padre y su amigo se han jubilado, llevan planeando este viaje desde hace meses. Mañana estaré con ellos y, si no hay ningún cambio, el viernes por la tarde me tendrás allí. Ni se te ocurra ponerte a limpiar como loca ni a llenar la nevera. Solo iré si puedo colaborar en todo.

—¡Vale, vale! Tú no te preocupes por esas cosas, solo por venir.

—Tengo algo muy importante que contarte, Carmen, pero solo podrás saberlo tú.

—Todavía guardo nuestros secretos de niñas, así que creo que podré ser discreta con lo que me confíes.

—Confío en ti. Hasta el viernes, Carmen.

—A ti te pasa algo Silen, puedes decírmelo sin miedo. Además de tu madre soy mujer, y bastante mayor que tú, así que no me voy a escandalizar.

¡Otra que me conoce mejor que yo misma! En el portal de casa de mis padres me he contemplado en el espejo y me ha parecido que mi secreto estaba a salvo de miradas indiscretas, pero ha debido de ser un espejismo. Mi madre me ha abrazado tan intensamente que me ha sorprendido su fuerza. Se ha separado para poder examinarme y me ha inspeccionado detenidamente.

—Quiero cambiar de aires, mamá. Necesito pensar, averiguar qué deseo hacer con mi vida y por eso voy a pasar unos días en casa de Carmen. El seguro me pagará todo lo que he perdido y una indemnización por las ganancias que dejaré de recibir al no poder trabajar.

¡Más mentiras al saco! Ni estoy bien ni voy a recibir ese dinero, pero me tranquiliza saber que no miento por mí, lo hago por mis padres. Si supieran cómo ha sido mi última semana, mi madre me daría un pijama, un vaso de leche con galletas y me arroparía como hacía cuando era pequeña. Debajo del ala de mamá no puedo estar a estas alturas de mi vida, por mucho que me seduzca la idea.

—Quizá debiéramos posponer el viaje. Andalucía no se va a mover de sitio. —Mi madre se ha quedado mirándome con cara de preocupación y con una ropa interior en una mano más fina que el hilo dental.

—Estoy bien, y tú vas a estar también muy bien, ¡ja, ja, ja! Desconocía que te gustasen ese tipo de braguitas.

—Ya... —Se está poniendo colorada—. Hija, es la ilusión de tu padre, yo me las he probado y me siento ridícula. La tira se me incrusta en la carne de las caderas y ni te cuento hasta donde llega la tira del culo. Menos mal que no la puedo ver. Me miro y recuerdo los chorizos caseros que hacíamos de niña con la matanza del cerdo, toda la carne comprimida. ¡Ni se te ocurra hablarle de esto a tu padre! A sus ojos siempre serás demasiado joven para casi todo.

—¡Su niña! —Y mi madre piensa parecido, aunque finja ser una mujer de mundo que podría hablar con naturalidad de cualquier tema con su hija.

No puedo estropearles el viaje informándoles sobre mi herencia. Se pondrían tan nerviosos que lo cancelarían y se dedicarían a intentar calmarme y a ofrecer su ayuda constantemente. ¿Y si alguien del pueblo los llama para contarles que me han visto entrando en la casona? ¿Cómo podría justificar que he olvidado contarles algo tan importante? Tengo las llaves temporalmente porque el dueño, que reside en Madrid y a quien conocí casualmente en una fiesta, es probable que la habilite como hotel. Y como favor, aprovechando que estaré unos días en casa de Carmen, seré la responsable de enseñar la casona al arquitecto y al decorador.

Sería otra mentira piadosa. Ese viaje es el sueño de mi padre y por nada del mundo se lo voy a estropear. Los llamé cuatro veces para convencerlos de que estaba perfectamente después del derrumbe. Hasta un *selfi* me saqué para que comprobaran que no mentía y que no tenía ni un solo rasguño. Había instalado el WhatsApp a mi madre en el teléfono que le había regalado en Navidad y ni lo había tocado. Le tuve que dar instrucciones para que pudiera verme sonriendo y con el periódico del día entre las manos, porque sabía que iba a recelar de la antigüedad de la foto. Mi madre también tiene vocación de investigadora privada, debe ser algo de familia.

Encontraré el momento, cuando regresen, para contarles que su hija se ha convertido en una mujer rica. Tienen que disfrutar en calma y recuperar esa parte de la vida a la que renunciaron cuando yo nací.

—Disfrutad todo lo que podáis. Este mes es precioso para visitar cualquier parte de España, conocer sus pueblos, tomar algo sentada en una terraza, pasear... Ya habrá tiempo de sobra para que estemos juntos a vuestro regreso.

—Está bien, pero llámame si necesitas hablar. Es normal sentirse extraña después de lo que le pasó a tu negocio.

—Eso ya lo olvidé. Por suerte no estaba dentro, así que es agua pasada. — No les conté que sí estaba en el almacén y que me salvé por segundos de morir aplastada. ¿Para qué hacerlos sufrir?

—Pero podría haber sucedido dentro del horario de apertura, Silen. Saber que has estado tan cerca de la muerte afecta, aunque no seas consciente, y yo te lo noto.

—Buen argumento para disfrutar más de cada momento, mamá. Hacedlo vosotros también. Me marchó, he quedado con Carmen y no quisiera llegar tarde. Además, voy a ir despacito, porque el coche que he alquilado es automático y no estoy acostumbrada.

—Podrías llevarte el de tu padre, nosotros no lo vamos a necesitar.

—Pensaba que haríais el viaje en el coche vuestro.

—¡Y yo! Pero Patxi ha comprado una furgoneta y a ver quién le dice que no.

—Vais a parecer *hippies*.

—El tanga ya lo tengo. Unas margaritas en el pelo y lista, ¡ja, ja, ja!

—Pasadlo muy bien. Mándame un *wasap* para saber que habéis llegado bien a Cádiz. Ahora que sabes cómo utilizarlo, tienes que sacar fotos y enviármelas.

—Lo intentaré, hija, pero no te prometo nada. Cada vez que cambian los canales de televisión y hay que sintonizarlos de nuevo me acuerdo del que la fabricó, del que aprobó el cambio y de quien inventó el sistema con sus ondas, sus frecuencias y demás palabrejas. Cuando las escucho hacen que la sangre se me convierta en vinagre.

Padres que hacen un viaje en furgoneta y con tangas de colores en la maleta, hija que se convierte en rica heredera de un hombre al que nunca conoció... ¿Me lo parece a mí o este mundo se está volviendo loco?

Capítulo 6

He llegado a casa de mi amiga Carmen cinco minutos antes de la hora del baño, lo cual ha sido una suerte para mí. Ver a sus hijos metidos a remojo en la bañera, rodeados de patitos y espuma, los dos pequeños muy quietos escuchando cómo el mayor contaba una aventura sobre los animalitos mientras los empujaba suavemente para que avanzaran ha sido una delicia. He sido presentada como la tía Silen. Hacía meses que no me veían y dudo que recordasen mi cara, por el modo inocente como me han mirado.

Yo me veo muy joven para llevar con dignidad ese título, pero debe tratarse de una palabra mágica, porque me han aceptado a los pocos minutos. Me ha parecido algo increíble sacar al terremotillo del pequeño Marcos del agua. Lo he envuelto en la toalla, lo he abrazado contra mi cuerpo y he sentido paz, el primer momento de calma desde que se derrumbó mi local.

Se han quedado dormidos los tres en cuanto los hemos metido en sus camitas. No me extraña. Ahora entiendo a Carmen, hasta yo he salido relajada y con sueño del baño. En la cocina encontramos a Nacho, que colocaba los platos y los vasos sobre la mesa. Los envases con la comida china que he traído están abiertos y su olor provoca que salive como un perrito ante una chuleta.

—Ven más a menudo, Silen —me dice Nacho mientras da un beso a su mujer en la boca—. Parece fiesta: has ayudado con los niños, has traído la cena... Hacía meses que no comía arroz tres delicias y ha sido todo un detalle que recordaras cuánto me gusta. Aquí hay comida china para alimentar a un regimiento. No sé si alegrarme por ser tan previsora u ofenderme porque me

estás llamando tragón.

—En todo caso lo primero, Nacho. He traído mucha cantidad porque, si sobra, la podemos meter en la nevera y mañana estará casi igual de buena que ahora.

—Lo que pueda sobrar lo voy a desayunar dentro de pocas horas, así que no hará falta meterlo en el frigorífico. No dará tiempo a que se estropee.

—¿A qué hora te levantas?

—A las cinco y media. A las seis hay que estar en la cuadra ordeñando a las vacas. Si me atraso unos minutos, sus mugidos se oyen en todo el valle.

—¿Hay algo en lo que yo pueda ayudar? Los animales y yo siempre hemos sido buenos amigos.

—Casi siempre, Silen. ¿Acaso olvidaste a la oveja Manolita?

—No, y mira que lo he intentado, pero es imposible. Debo de ser la única mujer a la que una oveja le ha dado un mordisco en el culo. Yo creo que estaba trastornada, no hay otra explicación para que, sin yo hacerle nada, me arrancase el bolsillo de mi pantalón vaquero nuevo.

—Quizás era miope y te confundió con una planta.

—¿Azul? No me convence. ¿Tus vacas alguna vez han hecho algo sospechoso?

—¡Mujer! Mis animales son los más cuerdos de toda la cordillera Norte, pero has venido a descansar, no a ensuciarte de excrementos de vaca hasta la rodilla.

—Ese va a ser mi descanso. Necesito estar ocupada, Nacho, llegar a la cama tan cansada que haga como tus niños: taparme y quedarme dormida.

—Es por tu negocio, ¿verdad? No me extraña. Cuando me lo contó Carmen me dio un vuelco el estómago.

—Pensaba decíroslo en persona, pero cuando llamé por teléfono y tu mujer notó que algo me pasaba decidí contárselo para no preocuparla más. — Mentira, pero no encuentro el momento para contar el resto. Necesito disfrutar de la compañía de mis amigos sin sentirme el centro de todas las conversaciones.

—Entonces, será mejor que nos sentemos a cenar ya, porque mañana te esperan todas las horas de trabajo que gustes.

Carmen me está mirando, y casi no necesitamos hablar para comunicarnos. Me está diciendo que voy a tener que ofrecerle una explicación. ¡Voy a dártela, Carmen! Pienso tan alto como puedo, pero cuando estemos a solas. No quiero de momento involucrar a nadie más. Ya habrá tiempo para que todos lo sepan y me conviertan en el foco de atención del pueblo.

—Estoy desentrenada, así que aguantaré pocas horas, Nacho, pero todavía recuerdo cómo se usa la pala para retirar los pastelitos que dejan las vacas, cómo se limpian las ubres, cómo se deja hierba en los comederos... ¿Tienes unos guantes pequeños que me puedan servir?

—Los de Daniel podrían quedarte bien. Tienes unas manos pequeñas y delicadas, Silen. Míralas bien, porque mañana, aunque tengas los guantes puestos, se te enrojecerán y te dolerán.

—Chicos, vosotros dos podéis continuar hablando sobre manos, vacas, piel agrietada o sobre lo que queráis, pero yo no espero ni un segundo más para meter el tenedor en el arroz.

—Apúrate, Silen, que tu amiga, tan fina como parece, es capaz de comer a dos carrillos y dejarnos sin nada.

—Me parece increíble lo que me estás contando. Eso solo sucede en las películas. Y yo, hablándote del local y dándote ánimos para que pensaras que encontrar un nuevo trabajo sería fácil con tu currículum.

—No te enfades conmigo, estos días he hecho lo que he podido. Tenía y

tengo la cabeza atontada, como si me hubiera tomado un par de cervezas y estuviera viendo mi vida desde fuera. No acabo de acostumbrarme, es algo que no se parece a nada de lo que haya podido sentir antes.

—Me estoy emocionando imaginándome qué sentiría si mi cuenta bancaria tuviera tanto dinero, yo me hubiera vuelto loca. Casi lo estoy ahora y es a ti a quien le ha sucedido.

—Yo tampoco lo termino de asimilar. En Valladolid fui unas cuantas veces a los cajeros de los bancos para solicitar mi saldo disponible.

—No me extraña. ¿Y hay espacio en el justificante para incluir tantos números?

—Sí, ¡ja, ja, ja! Los rompía en mil pedazos después de mirarlos durante un buen rato. Paseaba más tranquila hasta que de nuevo comenzaba a dudar sobre lo que había visto y buscaba de nuevo otro cajero. Ahora no tengo dudas sobre el dinero que hay en las cuentas bancarias y también conozco dónde están todas las sucursales bancarias del centro de Valladolid, qué cajeros funcionan y cuáles están estropeados.

—Pensar en todo lo que se puede hacer con tanto dinero... aunque para ti la casona es lo que más importa.

—Sí, he soñado con ella estas dos noches. En ambas ocasiones me pareció tan real que, cuando desperté sobresaltada en la habitación del hotel de Valladolid, casi me desmayé. No recordaba dónde estaba durmiendo y por un momento creí que me encontraba en una habitación de la casona, y que la moqueta azul, los muebles baratos y las cortinas acrílicas eran parte de la decoración. Me sentí tan furiosa ante semejante afrenta contra el buen gusto que me costó volver a conciliar el sueño. Ayer, ya en casa de mis padres, en cuanto desperté y miré, reconocí mi habitación. Aun así, me quedé desvelada. El sueño había sido de nuevo tan real que me quedó una sensación muy extraña.

—¿Cuándo vamos a ir a verla? Perdón, seguramente prefieras visitarla sola la primera vez. —Carmen está tan alterada que no para de caminar por la habitación.

—No quiero entrar sola, y menos la primera vez. Siento algo de miedo, lo cual sí que resulta curioso después de tantos años deseando verla.

—Yo también quiero verla. Es tu sueño y siempre lo has compartido conmigo, por lo que también estoy deseando abrir esa puerta.

—Entonces iremos cuando tú digas. Yo no tengo hijos, estoy libre como el viento.

—Podría dejar a los niños un par de horas con mis padres después de comer. Los dos pequeños todavía duermen la siesta y el mayor se entretiene solo mirando cuentos.

—Sería perfecto. Muchas gracias, Carmen.

—Mañana por la mañana llamaré a mis padres para que me confirmen que están libres y que pueden ejercer de niñeras. Les diré que necesitamos un rato a solas para recordar nuestros buenos tiempos.

—A mis padres no les he contado nada sobre la herencia. Pensaba decirles que tengo las llaves de la casona porque es propiedad de un amigo, pero me guardé la excusa porque la conversación dio un giro inesperado. Me gustaría que continuase en secreto el mayor tiempo posible, no quiero que todos me miren cuando camine por la calle, que me interroguen, que pregunten cómo me siento... Para mí es más cómodo.

—Me parece buena idea. En un pueblo hablar de los demás es deporte. Estás aquí de vacaciones, esa será la única información que daremos a quien te vea conmigo. Cuando descubran que entras y sales de la casona, ya se nos ocurrirá cómo salir del paso.

—Gracias, Carmen. Solo podía contártelo a ti. Y a Nacho, por supuesto.

—Será nuestro secreto, tuyo, mío y de quienes hayan hecho los papeleos de la herencia, porque, si Manuel ya había fallecido cuando llegó la carta, ¿quién realizó los trámites, directamente el notario?

—Contrató a Pablo para las gestiones. —No tenía que haberlo nombrado.

—¿Pablo? ¿Lo conocías?

—No.

—Como lo has llamado por su nombre...

—Solo lo traté un día.

—¿Me quieres contar algo sobre él?

—No, me acompañó a los bancos y a la notaría. Fin de la historia.

—¿Y tuviste que quedarte un día en Valladolid?

—No, tanto la notaría como el despacho de abogados estaban en Madrid.

—¿Entonces? Pablo tiene algo que ver. Te conozco y hay cosas que no me has contado.

—Nada que ahora tenga importancia. —Aunque la tuviera, ya no hay nada que pueda hacer para deshacer el daño que he causado.

—Si tú lo dices... Voy a intentar dormir, aunque me va a costar. Me he puesto nerviosita perdida, ¡ja, ja, ja!

Carmen se despide guiñándome un ojo y yo, al quedarme sola en la bonita habitación abuhardillada, me meto en la cama pensando en Pablo. Sentí desilusión al encender el móvil y comprobar que no me había llamado. Estaba claro que no iba a hacerlo, yo no lo hubiera hecho, pero, aun sabiéndolo, sentí dolor. ¡No hay quién te entienda, Silen! Fue todo un caballero, no hizo nada incorrecto. Lo dejaste plantado y todavía esperas que te llame.

Una estrella brillante acompañada de varias que lucen más débiles se deja

ver a través de la ventana del tejado. ¿Y si todo fue imaginación mía? La señorita Potato era exuberante y conocía a Pablo, pero eso no significa necesariamente que a él le gusten ese tipo de mujeres. ¿El fin de semana en la sierra? Lo justificó diciendo que era amigo de su primo. Será cierto, pero eso no es impedimento para mantener una relación íntima.

Recordando de nuevo todas las frases en las que Pablo se refirió a mí, sigo encontrando claros signos de que él también sentía interés por mí como mujer. Había estado varias veces observándome, decía que me conocía más de lo que yo imaginaba. Debo de estar demasiado ofuscada y necesitada de afecto, por eso imagino cosas donde no las hay.

La cuestión, Silen, no es si a él en un momento de su vida le gustó Bárbara, la cuestión es si tú le gustabas, y eso ya no va a poder descubrirse porque tú te encargaste de dejar bien claro que no te interesaba como hombre ni lo respetabas como profesional. Duérmete, Silen, y, si mañana despiertas añorando todavía a Pablo, deshazte de él en la cuadra. Déjalo sepultado debajo de una pila de paja sucia, que el tiempo se encargará de hacerlo desaparecer para siempre.

—Espera, que voy a sacarte una foto.

—Ni se te ocurra.

—Mujer, estás abriendo la puerta de tu casona. ¿No deseas tener un recuerdo?

—Deseo que se abra la puerta y esta llave no se mueve.

—Chica de ciudad, hazte a un lado y deja a una mujer de pueblo.

—Toda tuya.

Me retiro para dejar sitio a Carmen. Estoy nerviosa. El corazón me late tan fuerte que creo estar hablando a gritos para oír mi voz. Es el momento que tanto he deseado y no puedo disfrutarlo como yo quisiera.

—¡Ufffff! No puedo. Se me ha quedado el dedo morado de tanto apretar.

—En mis sueños esto no pasaba, Carmen.

—Podríamos pedirle ayuda a Nacho.

—¿Problemas con la cerradura?

—Hola, Iván. Pues sí, se nos está resistiendo.

¡El rubio! Han pasado muchos años, pero en cuanto lo he mirado no he podido evitar sonrojarme. Es el muchacho que estaba tirado en el suelo con las manos en sus partes, lanzándome destellos asesinos con sus llorosos ojos.

—Si tu amiga y tú me dejáis sitio, puedo intentarlo. No garantizo nada, pero por probar nada se pierde.

—Claro.

No me ha conocido, mucho mejor. Iván se ha convertido en un hombre muy guapo. Su pelo continúa siendo rubio. Lo lleva muy corto, y dan ganas de pasar la mano por su nuca para comprobar si es suave o áspero. No recordaba lo azules que son sus ojos rodeados de largas pestañas y lo bonita que es su boca de labios gruesos y dientes blancos.

—Ya está. La cerradura está a la intemperie. Convendría darle de vez en cuando un aceite específico para que esté suave al tacto. —Estas tres últimas palabras están ardiendo, aunque Iván me esté mirando con cara de no haber roto en su vida un plato.

Devuelve la llave a Carmen, aunque es a mí a quien mira. Es un hombre turbador, hasta su voz es perfecta.

—Muchas gracias. El lunes compraremos un espray.

—No hay de qué, Carmen. No sabía que tenías llaves de la casona. ¿La has comprado?

—¿Yo? Ni con cien mil sueldos de maestra podría comprarla.

—¿Y podría saber entonces cómo es que tienes la llave de la puerta?

—La tiene mi amiga. Todo lo quieres saber, Iván.

—Todo lo que tú quieras contarme, Carmen.

—Otro día hablaremos de lo que tú quieras, pero ahora tenemos que dejarte.

—Sí, otro día te preguntaré más cosas.... —Y se aleja mirándome del modo más descarado que podría imaginar.

—Ni las máquinas que hacen radiografías son tan potentes. Menos mal que llevo ropa interior nueva de algodón bien tupidito.

—Olvídate de Iván. No puede evitarlo, pero es un buen tío. Pasa tu primero, que para algo eres la dueña.

—¡Qué extraño sueña eso, Carmen! Es mía, pero voy a necesitar tiempo para acostumbrarme.

Recorremos juntas el camino de piedra que tantas veces observé desde la plaza. El aroma de las flores es intenso, hoy el sol calienta con fuerza y parece que estuviéramos en el trópico. Mis oídos compiten en zumbidos con las abejas que, saltando de flor en flor, recolectan alimento para la colmena. Respiro profundamente tratando de estabilizar mi estómago. Me concentro en mirar las baldosas del suelo para no tropezar, ya que no me fío de mis temblorosas piernas.

—Espero que tengamos más suerte con la segunda cerradura. —Hemos subido los tres peldaños y estoy acercando mi fría mano a la puerta.

—Solo se sabrá probando.

La llave entra suavemente. Giro hacia la derecha y se oye el ruido del pestillo al quedar libre. Empujo y no veo nada, solo oscuridad. Menos mal que he venido acompañada de Carmen. De haber estado sola me hubiera dado

media vuelta con pasos rápidos.

—Tengo la aplicación de linterna en el móvil. Espera un segundo que la busque.

A mí no se me habría ocurrido. Tengo todas las neuronas muy ocupadas y centradas en decirle a mi cuerpo que permanezca haciendo lo que se supone necesita para mantenerse vivo: tomar aire, llevarlo a los pulmones... De momento, solo he podido usar el sentido del olfato y detecto un olor agradable: madera cuidada.

—Ya está. Vamos a buscar un interruptor.

Entramos en un recibidor. Parece grande, pero la apañada linterna del móvil de Carmen ilumina pequeñas porciones que no permiten hacerse una idea de las dimensiones de lo que tenemos delante.

—No funciona, Silen. Es posible que no haya corriente eléctrica en la casa.

Carmen, que se está alejando, me deja a oscuras, por lo que retrocedo dos pasos hasta quedarme de nuevo en la puerta de la casa. ¡En mis sueños la casona derrochaba luz, todo era claro y no había que estar palpando las paredes para encontrar un pulsador!

—Una de dos, los automáticos están bajados o no hay contrato de suministro eléctrico, pero he movido varios interruptores y la luz no aparece. Habrá que abrir las contraventanas.

Veo que la linterna se mueve cerca de mí. Carmen está abriendo la contraventana interna de madera de la ventana situada a la izquierda de la puerta de entrada y yo la imito. Palpando las piezas metálicas que tienen sujeta la madera, las deslizo hasta que queda liberada. Me giro y, aunque todavía es poca luz para un espacio tan grande, lo que veo me deja con la boca abierta.

—¡Es preciosa!

—Y enorme. Solo el recibidor tiene más metros cuadrados que toda la planta inferior de mi casa.

Una escalera de cuento de príncipes y princesas tiene su base en el centro del recibidor. Es de madera oscura y tan grande que podrían usarla simultáneamente cuatro personas sin molestarse. Mi amiga ha desaparecido por una de las seis puertas dobles que puedo ver distribuidas de modo simétrico a ambos lados de la escalera.

Paseando por el centro de Madrid había tenido ocasión de observar, aprovechando la entrada o salida de alguien, el interior de algunos edificios antiguos con escaleras similares. Un primer tramo con varios escalones, que en su descansillo se divide en dos. Sus ángulos de noventa grados permiten ascender a la planta superior por la derecha o por la izquierda y aportan sensación de grandiosidad.

Sin valor para subir yo sola, aunque cuente con la presencia de mi amiga a pocos metros, me dedico a seguir su voz entrando en todas las estancias. La luz natural va dejándonos con la boca abierta ante tanta belleza.

Parece que toda la casa tiene el mobiliario original: salón, biblioteca llena de volúmenes encuadernados en piel, una sala con vitrinas llenas de fina porcelana, comedor con veinte sillas, un cuarto con butaquitas tapizadas en una fina tela verde con motivos de hojas amarillas, que rodean a un piano de cola, otra estancia con una chimenea preciosa y cómodos sillones de cuero a su alrededor. Deduzco que la casona se diseñaría teniendo en cuenta, además del número de personas que en ella vivirían, las que acudirían de visita, porque de lo contrario no imagino qué uso podría darse a tantas habitaciones para reuniones.

Regreso a la base de la escalera y miro hacia arriba. Un pasillo rodea toda la parte superior, de modo que es posible tomar una de las bifurcaciones de la escalera, pasar por delante de todas las habitaciones de esa planta y descender por la otra bifurcación. Es probable que detrás de una de esas puertas se

esconda una nueva escalera que dé acceso a la tercera planta, porque la que yo contemplo termina en la segunda planta.

—Mira, Silen, hay otra puerta detrás de la escalera.

Sigo a Carmen, que ha desaparecido rodeando los peldaños. La puerta oculta un pasillo con dos nuevas puertas y unas escaleras bastante más pequeñas que tienen tramos hacia arriba y hacia abajo. Carmen tiene que hacer de nuevo uso de la linterna, ya que la luz del *hall* no puede salvar la escalera principal, el pasillo y entrar en las dos estancias, que resultan ser la cocina y una especie de despensa y lavadero de ropa.

—Estamos en la zona destinada al servicio, Silen. Según parece, tenían sus propias escaleras para subir y bajar al sótano.

—Es igual que en esa serie que trataba sobre un palacio inglés y había dos mundos dentro: el de los señores, con sus fiestas, sus problemas, sus infidelidades... y el de los criados, con su propio espacio dentro de la casa.

—Las películas se hacen con una base de realidad y los indios no iban a mandar edificar algo diferente a lo que en aquella época era costumbre.

—Vamos a la segunda planta. Estoy deseando ver el resto.

—¡Y yo! Es como una casa de muñecas gigante, Silen. ¡Con lo que me gustaban a mí de niña!

Me apoyo en el pasamano. Está frío y es suave al tacto. ¿Quién habrá puesto su mano donde yo ahora toco? Quizá haya retratos de la familia. Tengo que saber quiénes fueron y si alguna vez vivieron en esta casa.

—¡Impresionante!

—Sí que lo es. El espacio que el *hall* ocupa en la planta primera también lo hace en la segunda.

Cuento seis habitaciones, dos en cada uno de los tres tramos de pasillo.

Encima de la puerta de entrada no hay cuartos, solo dos grandes ventanales que, abiertos, son los que dan luz natural a esta segunda planta.

—Esta gente sí que sabía vivir bien. —Oigo la voz de mi amiga en una habitación—. Menuda cama. No me rozaría con Nacho a menos que yo quisiera. Y con lo que a mí me gusta notarlos cerca mientras duermo...

Las estancias de esta planta son igual de magníficas que las que hemos visto en la parte inferior, por lo que hago una rápida inspección de cada una de las habitaciones con camas con doseles, caras alfombras, espejos de cuerpo entero y chimeneas.

—¿Y la última planta? ¿Cómo se subirá a ella? Tiene ventanas, así que estaría habilitada. —Menuda intriga tengo.

—La primera planta tiene la zona de estar, la segunda los dormitorios. Imagino que la tercera tendrá las habitaciones para el servicio y se accederá por las escaleras de la cocina. De ese modo los dueños se librarían de cruzarse con ellos en momentos no deseados.

—Cada habitación tiene su propio baño, la zona de servicio está aislada del resto. Quien la mandó construir tuvo que ser una persona muy importante en su época.

—Y muy rica, Silen. Lo siento, pero tengo que irme. Mi madre me acaba de mandar un mensaje diciendo que Marcos está más encendido que una bombilla. Le ha puesto el termómetro y tiene treinta y ocho y medio. ¿Cogiste las llaves de mi casa que te di esta mañana?

—Sí.

—Entonces, luego nos vemos.

—Voy contigo, ya terminaremos de verla en otro momento. No me atrevo con el pequeño, pero puedo quedarme con Daniel y con Alejandra y llevarlos al parque o ir a dar una vuelta hasta el río para que tiren piedritas.

—Les encanta arrojarlas sobre esos insectos que flotan. Se puede pasar horas intentándolo.

—Como a la madre, ¡ja, ja, ja! Cada vez que pasábamos te parabas y no había quién te moviera de allí. Seguro que eres un mito en el mundo de los insectos flotantes.

—¿Mito? —Carmen me mira elevando las cejas, mientras yo cierro con llave la puerta de la casa.

—¿No hay una leyenda sobre la mujer de la curva, esa que hace autoestop, monta en el asiento trasero del coche que ha parado y cuando el conductor la mira por el espejo retrovisor no tiene rostro? Tú serías algo parecido, pero en vez de curva sería puente. Cuando te mirasen tendrías una enorme piedra en tu mano, preparada para aplastarlos.

—Joder, Silen, todavía hoy día sigo sin entender muy bien por qué demonios flotan esos bichos y cómo es posible que nunca acertase con una piedra a ninguno.

¡Yo no entiendo muchas cosas! Si al cambiar la hora en primavera duermo una hora más o una menos, ¿cómo es posible que un átomo esté hueco? ¿A quién le puede gustar ser podólogo? La vida es un misterio, amiga, y estamos dejando a nuestras espaldas otro bien grande, porque esta casa tiene una historia que nunca fue contada y quizá yo sea la elegida para escucharla...

Capítulo 7

—¡Totitas!

¿Totitas? ¿Me están llamando tonta? ¿Dónde estoy?

—¡Quero totitas!

Y yo quiero dormir, algo que no parece viable ahora que están espabilándome. ¿Tendrán algún pariente coreano Carmen o Nacho? Porque en este momento Alejandra me está recordando mucho a esos hombrecillos pequeños que con sonrisa permanente devoraban mis pasteles en Chocolate Adict.

—Lo siento, Silen, se me ha escapado.

—¿Qué hora es Carmen?

—Las seis menos cuarto.

—¿Estás segura de que es humana? Anoche cenó más de lo que yo comí en todo el día y me está pidiendo el desayuno. Eso no es normal.

—Te aseguro que es mía. Yo estaba presente cuando nació y no paró de llorar hasta que le di el pecho. Menos mal que no tenía dientes, me hubiera arrancado el pezón la muy sinvergüenza. Ven con mamá, Alejandra, que tía Silen tiene que dormir. Yo te haré tortitas.

—Si dejas a tía vestirse y lavarse la cara, te haré un montón de tortitas. ¿Ya se marchó Nacho a trabajar?

—Sí, yo creo que el ruido de la puerta al cerrarse es lo que ha despertado

a esta tragona.

—¿Los chicos duermen?

—Como dos benditos.

—¿A qué hora vendrá tu madre para quedarse con Marcos?

—A las ocho y media.

—¿Se le pasó ya la fiebre?

—Sí, el antibiótico ha empezado a hacer efecto y está mucho mejor. Ni se ha movido desde hace horas.

—Vuelve a la cama un rato, Carmen. Puedes dormir hasta las ocho, yo te despertaré. Nosotras dos tenemos que cocinar, ¿verdad que sí, tesoro?

—¡Sí! ¡Totitas!

¡Que nunca olvide este momento, que nunca olvide este momento! Alejandra está concentrada moviendo, con todo el cuidado que puede tener una niña de tres años, una cuchara dentro de un recipiente que contiene un poco de harina y agua. Voy a tener que limpiar la mesa, el suelo y a la niña de arriba abajo, pero es la única manera que he encontrado de entretenerla mientras yo bato la auténtica masa que se convertirá en esponjosas tortitas.

Lunes, seis de la mañana. Aún no ha amanecido y ya estoy con las manos en la masa. Ser madre debe ser un trabajo agotador. No me quiero imaginar tener que atender a tres niños todos los días. No tengo pareja y es probable que nunca la tenga si continúo portándome como hice con Pablo, pero pensándolo bien quizá no sea tan malo estar sola.

Ayer viví el domingo más agotador de mi existencia. Dos de las vacas decidieron parir al mismo tiempo y Nacho solo entró en casa cinco minutos para coger un pedazo de pan con queso. Todavía me pitan los oídos. El pequeño Marcos estuvo llorando de un modo intermitente durante horas y yo,

totalmente inexperta en niños con virus que provoca fiebre, ayudé a mi amiga llevándome a los otros dos al parque por la mañana y a coger flores para mamá por la tarde.

Las puñeteras campanillas rosas habían elegido un lugar estratégico para crecer; donde los bracitos de Alejandra no podían arrancarlas con la misma falta de delicadeza que había arrancado todo lo que había tenido a su alcance desde que habíamos salido de casa. Y ahí es donde me salió la vena de salvadora de causas perdidas: intenté alcanzarlas cogiéndolas desde el tallo para darle a Carmen al menos tres o cuatro flores que pudiera distinguir. ¡Lo logré! Y para casa volvimos dejando rastros de la baba del caracol que el siempre dispuesto Daniel me pasó concienzudamente por la pierna, en un intento inútil pero agradecido de calmar la picazón que las ortigas me causaron.

Estos niños son incansables. En cuanto pueda me escaparé hasta la farmacia a comprar vitaminas, las más potentes que vendan. Miro a la princesita de la casa, que está mareando la masa totalmente concentrada. Hay más harina en el suelo que dentro del cuenco. Tres grumos han llegado a su pelo y uno a su oreja derecha, pero está quieta y con eso me conformo.

Remuevo la mezcla pensando que no me extraña que mis tortitas tuvieran ayer tanto éxito. Tanto la leche como los huevos son de la producción propia de Nacho. Alimentación ecológica, animales con espacios dignos donde pastar y moverse. Hasta a mí me está entrando hambre recordando su sabor y estas ganas de comer antes de que haya luz natural en la cocina sí que es toda una experiencia nueva.

—¡Ya está!

—Eres la mejor ayudante del mundo. Toma el trapo y límpiate muy bien las manos. No te acerques a los fuegos porque te puedes quemar. ¿Con qué quieres que las rellenemos hoy?

—Chocolate.

Esta es de las mías. Le encanta el chocolate.

—¿Quieres que también le pongamos nata montada?

—¡Síiiii!

Y mermelada, bacón, sardinas en escabeche... Estoy segura de que devoraría con la misma cara de felicidad cualquier cosa que contuvieran las tortitas. Ayer comimos cocido con todos los sacramentos. Yo apenas pude añadir un trocito de chorizo a las alubias, pero la morcilla y la costilla no resultaron obstáculo para que la pequeñaja acabase con su ración y suplicara a Carmen que le echara un poquito más. Ahí está la razón por la que la gente de campo se cría tan sana y tan fuerte.

Coloco en el plato de plástico con dibujos de Bob Esponja la primera tortita y la cubro de nata y crema de chocolate. Continúo cocinando, porque ayer comprobé la rapidez con la que las devoró y no quiero que se revuelva en su silla.

Se zampa tres en tiempo récord y le niego una cuarta por miedo a que le siente mal. Cocino el resto de la masa dejando las ocho tortitas resultantes encima de la mesa de la cocina para que sirvan de desayuno a quien desee.

—Todavía es muy pronto y todos duermen. ¿Te gustan los dibujos animados?

—Sí —me dice abrazándose a mis piernas.

—Podemos sentarnos un rato en el salón, pero hay que poner la televisión bajita para que no se despierte nadie.

¡Por favor, qué dibujos más feos! Los niños tienen la cabeza cuadrada y no tienen pelo, pero a Alejandra le encantan, así que apoyo la espalda y la nuca en el sofá y contemplo cómo el día comienza a ganar a las sombras de la noche.

Ayer, mientras observaba a los niños jugar en el parque, pensé mucho en la casona. Estaba tan nerviosa cuando fui con Carmen que crucé el tramo de piedra que separa la calle de la puerta sin fijarme en nada. Tantos años imaginando qué aspecto tendrían las zonas de terreno que no podía ver desde los barrotes y los nervios me obligaron a mirar al suelo por el miedo que tenía a tropezar.

Fue extraño entrar y más aún dejar que la realidad expulsase a mi imaginación. Cuando de niña miraba desde la plaza, mi mente rellenaba las estancias con pesados muebles y con cortinas oscuras. El polvo se levantaba a mi paso y el aire tenía el olor del transcurso del tiempo. Pero el sábado noté la casa fresca, viva, como si la familia se acabase de marchar a dar un paseo. Reconozco que me da algo de temor volver a entrar, pero ¿a quién podría contarle que tengo miedo de mi propiedad?

Lo primero que hay que hacer es revisar la instalación eléctrica. No voy a molestar a Carmen con estas tonterías, por lo que, en cuando me despida de los niños y de ella en la puerta de la escuela, pasaré por la ferretería del pueblo para que me den referencias de algún electricista.

Dos y media y comienzan a caer las primeras gotas. Anoche llovió bastante. No estoy acostumbrada al sonido de las gotas al rebotar en las ventanas del tejado y me he despertado varias veces asustada. Esta mañana el cielo estaba despejado y tan limpio que parecía que alguien hubiera sacado brillo al paisaje. El sol había secado los rastros del agua caída y habíamos hecho planes para ir al parque, pero estas nubes han llegado de improviso y me han obligado a pensar un plan b para distraer a los dos mayores, mientras Carmen acude a la peluquería para recortar la rebelde melena de Marcos.

Espero que Joaquín González, el electricista con quien he quedado, tenga por costumbre ser puntual y no me haga esperar donde no hay nada que me proteja. Los segundos pasan, las gotas cada vez son más grandes y el viento más frío. Concentro mi escaso valor en obligar a mis piernas a caminar hasta

la casona. La puerta está orientada hacia el Sur y la propia construcción me protegerá del viento que llega del Norte.

No ha pasado nada, Silen. Estás tocando la piedra y el suelo no ha comenzado a temblar debajo de tus pies. Te has vuelto una miedica. De niña hubieras entrado sin dudarle y ahora ¿de qué tienes miedo? No lo sé, es un sentimiento irracional, ya que no he tenido ninguna mala experiencia dentro de sus paredes. Debe de ser su gran tamaño y la cantidad de detalles que conservan todas las habitaciones, pero me ha parecido sentir que la casa respiraba. ¡Menuda sandez!

—La instalación está en perfecto estado. No tendrá más de cinco o seis años. —Joaquín está revisando el automático y demás mecanismos que están recogidos dentro de una caja en una de las paredes de la despensa—. Recuerdo que José me comentó que le parecieron muy profesionales los empleados de la empresa que realizó el cambio de la instalación eléctrica.

—¿Quién es José?

—El jardinero. Pensé que lo conocías. Como tienes las llaves...

—Pues no lo conozco. —Menudo lío va a ser tratar de ocultar que soy la propietaria. Me voy a callar, ya que es la única manera de no meter aún más la pata.

—Creía que eras la persona a la que el dueño había encargado la gestión y el mantenimiento de la casona.

—No precisamente. ¿Me dices cuánto te debo?

—¿Por echar un vistazo por dentro? Nada, mujer. Me ha encantado entrar y la verdad es que solo he subido el automático.

—Pero sabías cómo hacerlo.

—Eres amiga de Nacho y Carmen, y aquí en el pueblo todos nos hacemos favores.

—Muchas gracias, entonces. No lo olvidaré.

Me obligo a permanecer dentro de la casona mientras Joaquín me deja sola ante el peligro que supone mi loca imaginación. Cuando hemos pasado al lado de las escaleras de servicio, he oído algo. El ruido, que no sabría identificar, provenía del sótano de la casa, al menos eso es lo que a mí me ha parecido.

¡Malditos sótanos de las viviendas de Estados Unidos! Ellos tienen la culpa de que sienta este miedo tan poco racional. Si el ruido se hubiera provocado en la planta alta, no estaría ahora pensando en seres malévolos que viven en el sótano, ni en trampillas tapadas con muebles o cajas llenas de muñecas de porcelana vestidas con trajes antiguos.

Ni borracha se me ocurriría bajar sola esas escaleras sin una linterna en la mano. Está matemáticamente demostrado que en esos espacios siempre hay luces a punto de fundirse. Curiosamente, siempre se apagan cuando la chica mona de la película baja las escaleras llamando a alguien que ha entrado a echar un vistazo y que, según mi modo de ver, si ha bajado por iniciativa propia también podría subir cuando le viniera en gana y sin necesidad de andar persiguiéndolo como si tuviera cinco añitos.

Es una casa vieja y hace mucho viento. Es probable que los pequeños animales que suelen habitar el bosque de encinas cercano hayan encontrado el modo de entrar y tenga un arca de Noé viviendo entre cachivaches antiguos. Por si acaso cierro la puerta con llave y me quedo fuera contemplando el jardín.

Continúa lloviendo y lo hace con fuerza. Huele a hierba mojada y a piedras calentadas por el sol, que, al enfriarse de un modo tan rápido, dejan una ligera niebla a pocos centímetros del suelo.

Tendría que haberle preguntado a Joaquín cómo localizar al jardinero, pero eso habría sido sospechoso. Esta pequeña farsa tiene sus días contados. No quiero montar un castillo de mentiras que se desmoronará tarde o temprano

y me dejará muy mal parada ante la gente del pueblo. Intentaré escaparme mañana en cuanto amanezca para hablar con José. A fin de cuentas, ahora la dueña soy yo y es absurdo que alguien a quien no conozco mantenga este jardín tan bonito... Incluso desconozco si este señor está cobrando justamente por su trabajo.

Las nubes sacuden sus últimas gotas y se alejan tan bruscamente como llegaron. Estoy mirando hacia el frente y hay rejas delante de mis ojos, pero esta es la primera ocasión en que lo que veo es la plaza del pueblo. Estoy dentro. La casa, la hierba, los árboles... todo me pertenece. Incluso una construcción que se deja entrever detrás de los árboles a mi derecha. No veo camino alguno que me pueda llevar hasta allí sin tener que pisar la empapada hierba, por lo que empezaré mi examen rodeando la casona.

Bajo saltando los tres escalones. Hay que otorgarle normalidad a este hecho. Rebuscando entre mis canciones favoritas pincho en mi garganta un éxito de hace un par de años que comienzo a canturrear al compás de mis pasos.

El jardín trasero se extiende hasta el muro formando una ligera cuesta ascendente. Los frutales son los árboles dominantes de esta ladera: manzanos, perales, limoneros, ciruelos, cerezos... Todos están cargados de pequeños frutos que, si no sucede ninguna desgracia, podré comer directamente arrancándolos de las ramas dentro de pocas semanas.

Me fijo en la fachada trasera: unas escaleras adosadas a la pared descienden hasta una puerta de madera sin adornos. Parece ser una entrada exterior al sótano, que también tiene luz natural gracias a seis pequeñas ventanas repartidas en tres de las cuatro fachadas de la vivienda. El ruido que escuché hace unos minutos lo provocaría la que encuentro abierta y que está situada a la derecha de esa puerta. Mantengo mi falta de interés por hacer sola una revisión de lo que pueda haber guardado en el sótano, por lo que continúo rodeando la casona hasta que un claro entre los árboles me deja ver un nuevo

pedacito de la edificación que hace unos segundos descubrí en una de las esquinas de la finca.

Ha dejado de llover. Me quito las deportivas y, dando varias vueltas a los bajos de mis pantalones vaqueros, piso descalza la suave y fresca hierba. Camino de puntillas, experimentando a mi manera qué se siente imitar a Richard Gere en *Pretty woman*. Al atractivo y seductor protagonista pisar la hierba le daría mucho gustito y lo relajaría del estrés de su vida profesional, pero yo solo siento repelús y ganas de volver a pisar asfalto lo más pronto posible.

Se trata de una casita encajada en la esquina del muro de la finca. Calculo un tamaño de cien metros cuadrados. Podría ser una cochera, o servir para dejar los utensilios que hacen falta para mantener el jardín. Puerta doble y dos ventanas orientadas hacia el Este, gran ventanal en su cara Norte y una puerta pequeña a pocos metros del muro Oeste.

Pruebo las dos llaves, pero ninguna coincide con la cerradura. No tengo tiempo de lamentarme, ya que la puerta se abre unos centímetros ante el empuje de mi mano. Es un espacio que alberga una segadora, una desbrozadora, hazas, sierras, sacos de semillas... todo perfectamente ordenado. Aunque las ventanas también tienen contraventanas interiores de madera, la luz pasa perfectamente, ya que están plegadas contra las paredes. Cada utensilio brilla como si estuviera recién sacado de la tienda.

Debajo del gran ventanal que tiene vistas a la casona hay una encimera con una profunda pila de granito blanco y un grifo dorado. Hay un pequeño pero completo baño al fondo y me sorprende lo moderno y funcional que es. Tampoco hay mota de polvo en los sanitarios, que brillan bajo la luz que proyecta una claraboya en el techo.

Me apoyo en el marco del baño y me fijo nuevamente en las dimensiones de este cuarto. Se me está ocurriendo una idea y necesito un dato para poder seguir cavilando, por lo que salgo, rodeo la pared y empujo la puerta lateral,

que tampoco está cerrada con llave.

Aquí no hay ventanas, por lo que me retiro para que mi propia silueta no obstaculice el paso de la luz natural. Este cuarto, algo menor en tamaño que el otro, tiene también aperos de labranza. No pueden verse con total claridad, pero parecen antiguos, de los que se usaban en los pueblos hace muchos años, antes incluso de que yo naciese.

Regreso al primer cuarto y tomo la medida de la segadora con respecto al carrito de golf ayudándome con el palo de un rastrillo. Lo coloco en la puerta del otro cuarto y compruebo lo que me temía, que no entra por pocos centímetros.

Si mi primo Ricardo estuviera a mi lado estaría frotándose las manos. «¡Esa es mi prima!», diría abrazándome sin ningún tipo de control sobre sus forzudos brazos. «Se podría quitar la puerta, picar unos centímetros a ambos lados, ya que hay espacio de sobra, y colocar una puerta de dos hojas con cristales. De ese modo la segadora entraría cómodamente y la estancia tendría luz natural».

Pues bien, yo también he tenido este pensamiento y será debido a que tenemos los mismos genes, porque somos familia, aunque esto sea lo único en lo que nos parecemos. El verbo derribar es la palabra que más le gusta a mi primo de todas las que contiene el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Hace años que no estamos juntos, desde que enterramos a mi abuela. Algo curioso, ya que vive a pocas manzanas de la casa de mis padres. Tiene mujer y dos hijos, que son más malos que el pan sin sal. Ella es una bendita, por lo que mi madre me ha cotilleado.

A mi primo siempre le encantó tirar cosas. En la playa a todos nos gustaba hacer castillos en la arena. Si la marea estaba subiendo, construíamos un gran muro con la vana esperanza de que resistiera la llegada de las olas. Si la marea comenzaba a bajar, cavábamos un agujero que se llenaba de agua y lo rodeábamos de una muralla. El agua del interior se calentaba y a remojo

dejábamos escapar las horas. No recuerdo a Ricardo a mi lado mientras construía, pero a la hora de destruir sus pies eran siempre los primeros en pisar la arena, y lo hacía como si fuera la cosa más divertida del mundo.

¿Y qué pasaba cuando nos construíamos un refugio secreto con palos, trozos de cuerda de esparto y alguna manta vieja que robábamos del arcón de los abuelos? ¡Que no nos dejaba disfrutarlo ni un día! Ninguno era suficientemente seguro para él. «Lo mejor es tirarlo y hacer otro nuevo». Escuchábamos esa frase tantas veces que nos ganaba por cansino y salíamos de nuestro improvisado *chalet* con desgana. Con dos patadas lo dejaba reducido a un montoncito de palos. «¿Veis cómo no estaba bien hecho? Se ha caído en cuanto lo he tocado». ¡A ver, Ricardo, que no vivíamos amenazados por los huracanes ni sufríamos un terremoto cada quince minutos! ¡Que teníamos once años y solo queríamos divertirnos un rato!

Como «derribador» no es una profesión de la que se haya oído hablar mucho, se hizo albañil especializado en reformar casas de campo antiguas. Compró hace años una especie de granero en un pueblo perdido de la meseta. «Un chollo», recuerdo que me decía entusiasmado. «Está para tirarla. Solo se pueden dejar las paredes exteriores, que son de piedra, pero en cuatro escapadas la convierto en una casa de esas que sale en las revistas, prima, y ya vendrás a pasar unos días».

Desde entonces han pasado seis años y continúo sin conocer la casa. Por lo que mi madre me cuenta, cualquier día su mujer lo manda a pasar unas largas vacaciones a ese proyecto de mansión de la que aún se desconoce el plazo de entrega. Está ayudando a otros dueños de casas viejas del pueblo a rehabilitarlas y dedica todos los fines de semana a esa labor. «No me extraña que los chiquillos estén asilvestrados», me comentó un día mi madre, «En ese pueblo no hay nada que hacer, ni más niños, ni un parque, ni tiendas... Y parece que han heredado la afición del padre y que se dedican todo el día a derribar los muros viejos que encuentran. Ana no quiere ir porque allí no tiene

con quién hablar ni nada que hacer en todo el día, pero a Ricardo no hay quién le quite la idea».

¡Pobre mujer! De haberlo sabido a tiempo seguramente le habría dado calabazas a mi primo, pero el amor es ciego, por lo que dicen, y tampoco entiende de números. Ana no comprendió que ellos nunca serían dos sino tres, contando la maza de Ricardo. Ahora está amarrada a un hombre que ama más a su herramienta que a su propia vida. Si ella se lo permitiera, seguramente metería la maza en la cama, bien arropadita entre ambos. ¿Y cuál sería la mayor fantasía sexual de un hombre como mi primo? Probablemente, que su mujer se vistiese con un cinturón de trabajo, un casco de protección, un pico en la mano y se acercase a la cama susurrándole que le encantaría hacer un poco de masa... Ummmm... bien espesita... ¡Para Silen! Que Ricardo es tu primo y no está bien tener estos pensamientos sobre la familia, ni siquiera para distraerte.

Cierro la puerta y dejo que mi vista rebote entre los árboles. Hay momentos en los que el deseo de tener un hombre a mi lado, un compañero con quien poder compartir momentos como este, se acentúa. He tratado de borrar la imagen de Pablo, pero siempre elige aparecer cuando menos lo espero, y me recuerda que ahora mismo podría estar acariciando mi mano, escuchando mis planes, compartiéndolos.

Me apoyo en la pared buscando una postura cómoda con la cual poder lamentarme durante unos minutos. Soy una mujer inexperta en asuntos del corazón y cometí un error que lamentaré toda mi vida: me precipité sin dejar al tiempo actuar, saqué mis propias conclusiones y decidí que era mejor hacer el ridículo en soledad que delante de Pablo.

Siempre me han gustado las historias de amor, las que comienzan bien, se desarrollan mejor y terminan divinamente. Creo que leí demasiadas novelas románticas y me perjudicaron. Mis instintos sexuales no aparecieron pronto, yo diría que todo lo contrario. En Mallorca recibí mi primer beso con lengua,

yo tenía diecisiete años. Fue en la discoteca del hotel donde estábamos alojados disfrutando del viaje de fin de curso del instituto. Y fue un compañero de clase quien se encargó de esa tarea y de que yo viviera un momento que a mí me pareció de todo menos bonito.

¡Qué modo de meter la lengua! No sé si fueron los cócteles que habíamos tomado, nuestras hormonas descontroladas o la inexperiencia de ambos, pero, cuando se acercó a mí y observé cómo abría la boca, yo hice lo mismo. Asier debió de interpretar mi gesto como una invitación y me metió el apéndice hasta la campanilla, lo que me provocó una náusea que hizo que se me saltasen las lágrimas. Disimulé el espasmo de mi cuerpo moviéndome al compás de la música y pasito a pasito me alejé del pobre chaval, que me miraba intentando averiguar si realmente su beso había causado el efecto deseado.

Lo esquivé el resto de la noche y por supuesto que se dio por aludido, ya que lo encontramos durmiendo la borrachera en los sofás de la recepción del hotel cuando de madrugada regresábamos a las habitaciones. La profesora, asustada ante el preocupante aspecto que mostraba su desmadejado cuerpo, llamó a la ambulancia y en el hospital se despertó. Entre vómito y vómito juró que no recordaba nada de lo sucedido y yo acepté encantada su declaración.

Tanto me afectó su inspección bucal que rechacé a los pocos muchachos que ese verano se atrevieron a dirigirme la palabra. Durante el primer curso de la universidad me mantuve muy centrada en mis estudios, pero al comenzar el segundo año mi mirada se cruzó con la de Ekaitz en la biblioteca y durante dos horas me dediqué a hacer prácticas de flirteo, hasta que la cuidadora nos expulsó del recinto por molestar al resto de estudiantes.

Alto, moreno, fuerte y estudiante de Filosofía. Esa mezcla entre su cuerpo de levantador de piedras vasco y su mente sensible fue más fuerte que mi recuerdo, que por cierto ya estaba bastante desvirtuado por el paso del tiempo y por las ganas que tenía de hacer el amor apasionadamente. Ekaitz y yo comenzamos a salir.

Era tierno, me abrazaba y susurraba palabras bonitas y ante tanta atención mis labios se despegaron sin que me diera cuenta. El primer beso fue suave y los siguientes deliciosos. Había tenido la desgracia de tener una primera mala experiencia, pero al lado de Ekaitz comencé a tener unas sensaciones muy agradables en ciertas partes de mi cuerpo que yo había mantenido impolutas hasta el momento.

Y una cosa llevó a la otra. Los besos comenzaron a ser insuficientes y nuestras manos, recorriendo nuestros cuerpos, hicieron el resto. Una noche, después de excitarnos mutuamente, Ekaitz me enseñó unas llaves. Eran del piso de sus abuelos, que estaban pasando el invierno en el Sur. Yo, que tenía mis partes íntimas a punto de combustión instantánea, caminé rápida a su lado hasta el portal. Subimos las escaleras besándonos y al cerrar la puerta ya teníamos medio trabajo hecho: mi camiseta había desaparecido y su pantalón se deslizaba por sus caderas después de que yo le hubiera soltado el botón y le hubiera bajado la cremallera.

¿Y cómo fue mi primera experiencia? A mí me pareció buena. Había oído muchas leyendas y todo resultó más natural y agradable de lo que yo había imaginado. No oí campanillas ni se cubrió de estrellas el techo de la habitación de matrimonio de sus abuelos. Sí sentí cierto mareo, pero estoy convencida de que se debió a la falta transitoria de oxígeno que padeció mi cerebro. El muchacho le puso tanto empeño que se desplomó sobre mí y dejó que sus noventa y cinco kilogramos aplastaran mi pecho.

Ekaitz tenía experiencia. Normal, pensé yo, atendiendo a los escritos de mis novelistas favoritas. Era el hombre y era bueno que supiera cómo tratar a una mujer inexperta. Lo que bien había comenzado no podría desarrollarse mal, solo sería cuestión de práctica y de tiempo.

Las visitas al piso de sus abuelos se convirtieron en algo habitual. Yo tenía casi más ganas que él de sentir lo que en tantas novelas había leído con deleite: esa especie de abandono del cuerpo que surge después de un sexo

maravilloso y lleno de pasión, de tener esos labios hinchados por haber sido mordisqueados, de ver mi imagen en el espejo del baño y comprobar cómo mi pelo estaba revuelto, tenía media sonrisa y los ojos cargados de misterio.

Como supongo ocurre en cualquier relación, nuestros encuentros sexuales fueron evolucionando, pero lamentablemente no hacia el camino que yo estaba deseando recorrer. Después de siete u ocho citas y sin apenas transición, los besos se inscribieron en una cartilla de racionamiento, las palabras románticas se convirtieron en leyenda para mis oídos y, sin haber mostrado yo nunca el menor interés, la cama se transformó en un tatami para la práctica de la gimnasia rítmica.

Pensé, y sigo haciéndolo, que a las manos de Ekaitz llegó un ejemplar del *Kamasutra* y que ese libro fue el culpable de nuestra ruptura. En algunos momentos sentí verdadero dolor: en las rodillas, en la cadera... Una semana entera tuve que tomar calmantes para poder girar la cabeza hacia ambos lados sin que se me escapara un quejido en voz alta.

Cuando descubrí que, sin ser consciente, evitaba pasar delante de la casa de sus abuelos, aunque estuviese de compras con mis amigas, no pude negar lo que ya me temía: que lo nuestro no viajaba en la dirección que yo había elegido. En algún cruce nos habíamos despistado. Todo sería tan sencillo como retroceder para tomar el camino correcto.

Ekaitz no pensaba lo mismo. Según él, nos queríamos durante el día, pero, al llegar a la cama, había que despojarse de cualquier síntoma de romanticismo para que nuestros cuerpos fueran libres en la búsqueda de la satisfacción sexual.

Intenté hacerle ver que yo me sentía muy libre llevando mi romanticismo encima en todo momento, y que sexo y amor son los dos ingredientes que mejor combinan en la cama. ¿Lo intentó Ekaitz? Poco, muy poco, dos besitos rápidos y mal dados, un «te quiero, nena» y su boca ya estaba lejos de mi alcance enfrascada en la búsqueda del santo grial del placer.

Empecé a coger manía a la casa de sus abuelos, al escurridizo punto G, al «vamos a intentarlo una vez más que seguro que te gustará» y al «ni mi bisabuela tenía un follar tan soso». Ekaitz se fue transformando con cada sesión de contorsionismo. Dejé de verlo guapo porque me miraba siempre libidinosamente. Dejé de pensar que nuestras conversaciones eran interesantes porque en cada palabra había una intención sexual implícita... Dejé de desear estar a su lado ni para tomar un café, y ahí se terminó mi primera relación. Nunca volví a tener tanta elasticidad ni a ser tan resistente.

Ni mis amigas ni yo hemos sido nunca muy dadas a hablar en primera persona sobre temas sexuales, pero también se puede leer entre líneas, y eso es lo que hice durante varios meses. Escuché un poco de todo y llegué a la conclusión de que yo había tenido mala suerte y Ekaitz también por obligarme a dejarlo cuando yo sí que había cedido permitiendo, a costa de poner en riesgo mi salud, que alguna de sus fantasías se realizase.

No tuve fortuna durante los siguientes meses. Todos los chicos que me atrajeron me negaron cualquier oportunidad. Tampoco me encontraba tan necesitada como para aceptar cualquier propuesta, por lo que aproveché muy bien mi tiempo libre estudiando inglés y asistiendo a un curso de iniciación a la cerámica con torno.

Fernando se introdujo en mi vida poco a poco. Era un chico tímido, alto y delgado. No tenía el aspecto que a mí me hacía suspirar, pero sus ojos verdes me miraban tan dulcemente que lo que empezó por mi parte como una amistad fue transformándose en cada paseo y en cada visita al cine para ver los últimos estrenos hasta convertirse en una relación seria.

Coincidíamos en la puerta de la Escuela de Idiomas los martes y los jueves. Cuando yo salía él entraba. Los primeros cruces de escaleras los supuse casuales, pero lo «cacé» en más de una ocasión paseando fuera, haciendo tiempo para poder «coincidir» conmigo. Semanas más tarde me confirmó que, cuando yo salía con retraso de mi clase, él perdía la suya. Su

profesor era muy estricto y no permitía el acceso a los alumnos que se atrasaban.

Tenía cara de buena persona. Era pausado hablando, muy educado y parecía tener las ideas muy claras. La cocina era su pasión. Había estudiado Hostelería y estaba trabajando en uno de los restaurantes de más renombre de Bilbao. Compartía vivienda con dos compañeros de profesión, un minúsculo piso del casco viejo de Bilbao que parecía un bote pesquero por el movimiento que tenía el viejo suelo de madera. Recuerdo que alguna vez pensé que la casa era tan vieja que no aguantaría nuestro peso y que en cualquier momento se abriría un agujero y caeríamos, pasando por todas las plantas, hasta quedar hechos puré en el suelo del bar que había en la planta baja. ¿Sería coincidencia, o el destino, que me estaba avisando?

Fernando parecía el hombre perfecto para mí: cariñoso, siempre atento a nuestras conversaciones, sensible, trabajador y un placer para el sentido del gusto, del olfato y de la vista cuando me pedía opinión sobre los platos nuevos que cocinaba.

Solíamos estar a solas en su habitación. La puerta tenía cerrojo y nos daba la privacidad que necesitábamos para besarnos, algo que Fernando hacía realmente bien según mi escasa experiencia. A los tres meses de salir juntos la vivienda quedó vacía durante cuatro días. Sus compañeros, cocineros como él, se iban a Madrid por tema laboral y ese fue el momento elegido por Fernando para proponerme llegar hasta el final.

Asistí encantada, tanto beso me volvía loca de frustración. Yo quería comprobar cómo Fernando me hacía el amor con la misma maestría con la que me mordisqueaba los labios mientras sus manos recorrían mi cuerpo por encima de la ropa.

Cuando llegué el baño estaba lleno de velas con olor a vainilla. En la bañera flotaban pétalos de rosa y la música de fondo completaba el escenario hasta hacerlo perfecto. Fernando me lavó concienzudamente, excitándome

hasta lograr la temperatura de ebullición del agua. Me secó como si yo fuera una niña, lo cual me emocionó, y me hizo el amor con dulzura. Fue un sueño hecho realidad y me dormí recordando cada momento.

Desperté con Fernando a mi lado, me proponía convertir la ducha en un ejercicio estimulante para nuestros sentidos. Yo estaba muy a gusto metida entre las sábanas y no necesitaba estímulos externos, pero accedí gustosa. Aquello estuvo bien, realmente bien, y supuso el comienzo de un día estupendo. Desayunamos tortitas recién cocinadas por Fernando, salimos a dar un paseo, tomamos unos vinitos acompañados de unos pinchos deliciosos y regresamos a casa con la intención, al menos la mía, de tumbarme en la cama para dormir unos ratos y jugar con mi novio otros.

La propuesta de Fernando de pasar de nuevo por la ducha sí que me pareció esta vez muy extraña. Los dos entrábamos por la puerta de su habitación con una risa tonta en la boca causada por el alcohol y la cama nos estaba llamando. La ducha no había dicho ni esta boca es mía. Me dejé caer encima de la colcha y golpeé el colchón, sugiriéndole que se tumbase a mi lado. Y juntos nos quedamos dormidos.

Desperté muy bien, descansada y con ganas de seguir descubriendo a Fernando. Lamentablemente, una llamada de teléfono truncó mi gran plan. Lo reclamaban en el restaurante para cubrir el puesto del compañero que había sido operado de urgencia por una apendicitis.

Las dos semanas siguientes apenas pudimos darnos cuatro besos, yo tenía exámenes y Fernando estaba muy cansado haciendo su trabajo y el del compañero convaleciente. Era jueves cuando por fin entrábamos de nuevo en su dormitorio con tres horas de margen para calmar el deseo que nos tenía en vilo.

La sugerencia de la ducha no fue tenida en cuenta. El pelo mojado en la cama resulta una invitación para los resfriados y esos preliminares también podíamos disfrutarlos debajo de las sábanas. Fernando asintió y

disculpándose se marchó un par de minutos, que yo aproveché para quitarme la ropa e ir calentando las sábanas.

Regresó con las manos ocupadas. Intrigada observé que dejaba en la mesilla un gran cuenco de plástico lleno de agua caliente jabonosa. Empapó la toalla de mano y comenzó a limpiarme donde yo ya estaba limpia. Me había duchado y perfumado antes de vestirme para acudir a nuestra cita, así que aquello estaba más limpio que mi cuenta bancaria.

Me dejé hacer porque pensé que a Fernando le gustaba excitarme de ese modo y porque me agradaban sus atenciones, pero sí que recuerdo que tuve mi primera sensación de que lo hacía demasiado concienzudamente. Las siguientes ocasiones me sirvieron para demostrarme que yo percibía muy bien, porque habría que haber sido idiota para no darse cuenta de que Fernando me lavaba con la meticulosidad del cirujano que va a proceder a operar a corazón abierto.

Aquello no tenía nada de romántico, ni de excitante, ¡ni de nada! Me sentía humillada, porque yo siempre he sido desde niña muy limpia, y más si cabe por ahí abajo, así que no hacía falta tanto repaso con la toalla donde no había más que piel enrojecida de tanto frotar.

Me duché delante de sus ojos en algunas ocasiones. Lo hicimos juntos varias veces y llenó la bañera de agua caliente en demasiadas ocasiones por la cara de susto que se le quedó cuando llegó la factura del gas. Mi paciencia comenzaba a esfumarse y se lo dije una tarde de domingo lluvioso en la que me había empapado en el recorrido entre el piso de mis padres y el de Fernando, porque había huelga de transporte público:

—Yo soy la más interesada en que mi entrepierna esté siempre limpia. No tengo ninguna inclinación en enfermar por falta de higiene, así que no hace falta que me persigas con el trapito, Fernando.

Se puso colorado y por un segundo pensé que me había excedido en mis

palabras. Pero al segundo dos cambié de idea. Fernando cogió aire y, aunque colorado como mejillón al vapor, me soltó:

—Me da asco, Silen, no lo puedo evitar.

—¿Que te doy asco? Tú también tienes lo tuyo ahí colgando y no por eso te paso la abríllantadora cada vez que nos vemos. Confío en que te hayas lavado, Fernando. —Que supiera que mi recelo podría ser idéntico al suyo—. ¿Alguna vez has notado que oliese mal, o restos de lechuga entre mis dientes?

Me miró con cara que parecía de arrepentimiento.

—No, pero mejor tomar precauciones. Soy muy escrupuloso, Silen, no lo puedo evitar.

No me podía creer que estuviéramos manteniendo esa conversación. El tema de la limpieza de mi entrepierna me estaba resultando cuanto menos abochornante. «Debe ser deformación profesional. En la cocina hay que ser muy meticoloso y mantener siempre la superficie de trabajo limpia».

Aquello no tenía arreglo, al menos para mí, comencé a pensar mientras me ataba los cordones de mis deportivas.

—¿Acaso soy yo una lubina? Vamos a dejarlo, Fernando, porque me está entrando dolor de cabeza y creo que esta conversación no tiene sentido ni vamos a llegar a ninguna parte.

A partir de ese momento lo evité y me dediqué a visitar varias veces al día el bidé, ya que, aunque estaba casi segura de que mi higiene íntima había sido hasta ese momento impecable, el muy petardo había plantado la semillita de la duda y tuve que ahogarla a base de litros y litros de agua templada proveniente de ese aparato del baño tan ingeniosamente construido.

Definitivamente la vida en pareja está sobrevalorada. Y el sexo en pareja también lo está. ¿Qué tal si pruebas a repetirlo quinientas veces, Silen? Y si no funciona, tienes el resto de tus solitarias noches para intentar convencerte.

Capítulo 8

—¡Menuda vida! Podría acostumbrarme a ella perfectamente.

—¿A poner pegas cada vez que he intentado comprar algún capricho para los niños? ¿O te refieres a tus intentos para esconderte dentro de los probadores cuando he descolgado el vestido que pienso comprarte? Recuerda que sé qué talla usas, así que no has conseguido nada negándote a probarlo.

—Te recuerdo que una docena de nuevos patitos de goma, un balón, una muñeca, cuatro juegos para la consola de videojuegos y una casita de madera más grande que mi cuarto de baño para que los niños jueguen en el jardín son juguetes, aquí y en Estocolmo. Y del vestido de seda ya te estás olvidando. Es precioso, pero no tiene cabida en mi ropero.

—¿Por qué dices eso?

—¿Dónde encajaría con él puesto? ¿En el colegio? ¿O quizá en el parque, arrodillada con Alejandra mientras escarba en el arenero? ¿Te imaginas? Llegaría al parque subida en las preciosas sandalias de tiras plateadas que también has intentado que me probara, empujando el cochecito de Marcos y con mi vestido que ondea al viento. Me sentaría en un banco a observar cómo juegan y, cuando Alejandra o Daniel me llamasen, me levantaría y se oiría un ruido, el de la tela al rasgarse por quedarse enganchada en las astillas de la madera de los bancos. Iba a regresar muy mona a mi casa con una mano en el culo para tapar el agujero de la tela. Aunque podría ser incluso peor; llega hasta el suelo, si me descuidase y no lo recogiese, correría el riesgo de pisarlo, que se rompieran los tirantes y me quedase en ropa interior delante de todos los del pueblo.

—¡Ja, ja, ja! Dejarías a todas con la boca abierta. ¿Y si me compro el que también nos gustaba, ese que tenía mucho vuelo, y vamos juntas al parque así vestidas?

—No me tientes, que ya me conoces y sabes de sobra lo que me gustan las bromas, pero no puedo. Te recuerdo que soy la maestra de casi todos los niños que van al parque y sus madres me retirarían la confianza si apareciese de repente así vestida.

—¡Lo sé, ya no tenemos quince años y hay compromisos! Pero podrías ir con Nacho a cenar este sábado a un sitio bonito. Yo os reservaría un hotel céntrico y después de tomar una copa.... Ese plan es perfecto para llevar el vestido y las sandalias, y la ropa interior que la ocasión requiere.

—¡Suena tan bien! Pero tu plan no tendría ese final, cenaríamos y después de tomar una copa Nacho me llevaría de vuelta a casa, porque estaría sufriendo por sus treinta vacas.

—Eso puede arreglarse. El muchacho que ayuda a Nacho a media jornada tiene un hermano que podría acudir el domingo a ordeñar. Y lo de los niños también lo tengo solucionado: cena disfrutando de una película de dibujos animados y todos a dormir al ático. Abriríamos el sofá cama que tienes tan bonito y pondría al lado la cuna de viaje. Los dos mayores dormirían conmigo y el pequeñín a un lado.

—Tú no sabes lo que estás diciendo.

—Pero tú sí sabes muy bien cómo disfrutarías esas horas. —Carmen se ha quedado sentada en el sofá que estamos probando, con media sonrisilla y mirando al vacío.

—Soñar es bonito, Silen —me responde Carmen, que se ha levantado perezosa—. Este sofá me ha dado sueño.

—Tu prima Alicia podría ayudarme y dormir en la cama mía. Está

deseando sacarse unos eurillos para irse a Ibiza en agosto.

—¡Ibiza! Menudos recuerdos.

—Iván, ¿tus padres no te enseñaron que escuchar las conversaciones de los demás es de mala educación?

—Lo hicieron, y la vida me enseñó que en ocasiones es mejor ser malo antes que educado, y más divertido.

No se puede negar lo que es tan evidente. Iván llamaría la atención, aunque tuviera la cabeza cubierta con un saco. He vivido en Madrid varios años. Allí te puedes cruzar con multitud de hombres, algunos realmente guapos, como modelos, deportistas, *hippies* ricos vestidos con ropas caras... pero nunca antes he tenido delante a un hombre que reúna tan armoniosamente belleza, atractivo y sensualidad.

—El otro día, cuando entrabais a la casona, tu preciosa cara me pareció conocida, pero no supe la razón. ¡Qué curiosa es la mente! Esa noche en la cama recordé de repente a una niña con muy mala puntería.

Mi cara arde. ¡Qué rabia! No puedo controlarlo y empeora aún más ante la sonrisa complaciente que está formando Iván con esos labios suyos tan bonitos.

—Carmen, tengo que confesarte que me he enamorado perdidamente de tu amiga. No sabía que todavía había chicas tímidas. Resultas muy provocadora, mujer.

—Me llamo Silen, y me pongo roja por muchas circunstancias que nada tienen que ver con la provocación.

—Silen. —Iván deja escapar mi nombre entre sus dientes lentamente. Parece un hipnotizador, pero el efecto se desvanece al instante. Es un papel que desempeña a la perfección: chico guapo y seductor acompaña su sonrisa de anuncio de dentífrico con una verborrea muy predecible.

—Iván, tenemos todavía muchas compras por hacer. Debemos aprovechar el tiempo si quiero que mis padres no queden marcados de por vida después de cuidar demasiado tiempo a mis terremotos.

—Claro, perdonadme. Pasad por el restaurante cuando queráis. Me sería muy útil vuestra opinión sobre el nuevo menú en el que estoy trabajando.

—Silen es experta en chocolate. Ella además puede comer de todo porque nunca engorda. A mí, el acercarme a menos de dos metros de tu cocina hace que aumente de peso.

—Entonces no puedes dejar de probar mi tarta de chocolate y fresas. Dicen quienes la han probado que es afrodisiaca.

—¡Tú sí que estás afrodisiaco por tanto cocinar! —Carmen le ha soltado esto último riéndose y cogiéndome del brazo nos aleja de Iván, que se queda mirándome con esa sonrisita suya tan descarada.

—Puedes soltarme con tranquilidad, no pensaba escaparme. —Aunque cualquiera que me haya visto llevada casi a rastras por Carmen a través de la sección de muebles del centro comercial habrá pensado que seguramente entre nosotras dos podría haber un asunto muy turbio.

—Por eso mismo te he agarrado. Ahí quieta, mirando a Iván con esos ojos tuyos tan grandes, me has recordado a una gacelita delante de un león hambriento.

—¡Menuda comparación! Me ha pillado desprevenida. Pensaba acallar lo justo cuando me has cogido del brazo.

—Entonces, ¿no te gusta?

—¿A mí? ¡Desde luego que no! Tan arrogante, tan chulo, yo no podría enamorarme de un hombre con el carácter de Iván. Me gusta la monogamia y que se practique por ambos miembros de la pareja.

—¿Y Pablo? Ese hombre sí te gustaba.

—¿De dónde has sacado esa idea si solo lo vi un día?

—Me lo pareció cuando lo nombraste.

—En absoluto, Carmen. En mi cerebro está en la misma balda que Iván, en la de hombres que no me atraen y con los cuales nunca perdería el tiempo. — Lo digo poniendo todo mi empeño porque a mi amiga es difícil engañarla.

—Acostúmbrate entonces a ser firme cuando Iván te aborde de nuevo. Lo intentará varias veces, pero al final se cansará y concentrará sus esfuerzos en otra fêmea.

—Estaré preparada. Volviendo a lo que hemos venido, ¿qué opinas sobre el último sofá?

—Comodísimo, para mí el mejor que hemos visto. El tapizado también me parece perfecto para el tipo de decoración que estás buscando.

—Media vuelta, entonces, vamos a encargarlo. Espero que Iván se haya marchado. No quisiera que pensase que estoy interesada. ¡Ah! Y no olvides lo de la cena, el vestido y las sandalias estarán esperándote. El teléfono del restaurante y del hotel los tengo memorizados en mi teléfono, así que habla con Nacho y poned fecha, porque necesitáis esas horas de intimidad.

—No sabía lo cansado que podía llegar a ser acompañar a alguien a gastar dinero, ¡ja, ja, ja! Estoy agotada.

—Estoy de acuerdo contigo. Los muebles grandes como la cama y el sofá necesitaba probarlos para elegir bien y hemos aprovechado el viaje para comprar algunas cosas que me han parecido bonitas, pero el resto de los artículos que voy a precisar para estar cómoda en mi nueva casa voy a encargarlos en tiendas *online*.

—¡Menudo invento! Para mí, que tengo muy poco tiempo libre, es una bendición poder comprar la ropa de los niños sin tener que moverme de casa. La traen, se las pruebo y lo que no les queda bien lo devuelvo en el mismo

paquete. Y como no hay que sacar la cartera parece que no se gasta dinero, lo cual puede ser un poquito peligroso si no me controlo al llevar artículos al carrito de la compra. Tú no vas tener ese problema, puedes comprar sin miedo a rebasar tu límite mensual.

—En Madrid, cuando no tenía dinero y paseaba por las calles, pensaba en todos los caprichos que podría concederme si me tocara la lotería. Ahora que lo tengo he tratado de recordar todos aquellos objetos que me parecían tan apetecibles.

—¿Y la lista es muy extensa?

—No, voy a comprar un coche para devolver el de alquiler y quiero una bicicleta para moverme por el pueblo, como cuando éramos niñas. Ahí se acaba mi lista. Ni para derrochar valgo.

—Tienes toda la vida para decidir, Silen, no tienes prisa. Eso es una de las ventajas de tener tanto dinero; no tienes que tomar decisiones de un modo precipitado y me parece una idea estupenda que te quedes a pasar el verano en el pueblo.

—Sí, estoy tranquila con la decisión que he tomado. Aquí me siento bien, relajada, sin presiones.

—Y tus padres ¿ya saben que estás aquí?

—Sí, se lo conté antes de venir. Se iban a enterar tarde o temprano. De momento les he dicho que tengo un nuevo proyecto en mente y que estoy viviendo en tu casa. Dentro de tres semanas regresarán de su viaje y querrán venir a visitarme. Si lo hacen, los situaré en el jardín, en una zona donde no haya ni un árbol a menos de dos metros y donde la hierba esté más alta para que no se hagan daño si se desmayan.

—Probablemente, a tu madre, con lo apañada que es, se le ocurrirán mil ideas para la casona.

—Y seguro que son todas buenas. A mí me está viniendo un poco grande, Carmen. Las cuentas bancarias no tengo que mirarlas si yo no quiero, pero la casona no se puede ocultar. Me quedo quieta observándola, esperando la inspiración, recorro sus estancias, me siento en las escaleras, me tumbo en las camas... y cuando me canso me marcho sin tener idea sobre lo que voy a hacer con ella.

—Te la han regalado, no traía instrucciones, no se va a mover de sitio, Silen, así que límitate a disfrutar de sus vistas.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Eso no se pregunta. Desde que has llegado no has parado de ayudarnos. ¿De qué se trata?

—La última planta y el sótano no he podido verlos. Esa escalera me da miedo. La planta baja y la superior tienen ventanas y son espacios amplios y, aunque reconozco que también me siento intimidada, soy capaz de pasar ratos siempre y cuando sea de día. Pero la escalera de servicio no tiene ventanas, es estrecha. Ayer me armé de todo mi valor para subir con dos linternas con pilas recién puestas, pero en el primer descansillo me rendí y bajé los escalones saltándolos de dos en dos. ¡Soy una gallina!

—Heroínas hay pocas y casi todas están en las novelas. A mí probablemente me sucedería lo mismo, pero podemos intentarlo juntas linterna en mano, por si acaso.

—¡Gracias!

—¡Espero que en el sótano haya trastos viejos! En las películas siempre están llenos de artilugios de otras épocas. Yo podría rehabilitar alguno, si no te parece mal. Tardaré años porque apenas tengo tiempo libre, pero me relaja lijar la madera, darle una nueva vida a objetos que otra persona usó hace tiempo.

—Todos a tu disposición, si es que hay algo que valga la pena. Y si

encontrásemos varios objetos para reparar, me gustaría regalarle uno a la mujer de José. El otro día, mientras me ayudaba a abrir todas las ventanas para que entrase el olor del jardín en la casa, me comentó que en su habitación tiene unas mesillas que Paula había encontrado en casa de sus abuelos y que había restaurado.

—¡Estuvimos juntas en el curso de restauración de muebles! ¡Fue una lástima que la profesora se marchase a vivir a Albacete! Aprendí lo básico y tengo que recurrir a los tutoriales de Youtube para aprender nuevas técnicas.

—Yo no la conozco. Solo lo que José me ha comentado sobre ella.

—Yo, sin embargo, no lo he tratado a él. Lo conozco de vista porque es del pueblo, pero es mayor que yo y desde que dejó de estudiar se ha dedicado a las vacas. Yo creo que se pueden contar con los dedos de una mano las verbenas a las que ha ido. ¿Y qué tal es?

—Muy buena persona, muy respetuoso. Apenas conocía la casona por dentro. Su padre se encargaba personalmente de abrirla y de cerrarla cuando había obras. Desde que comenzó a hacerse cargo del jardín ha entrado un par de veces a revisar si había alguna fuga o algo se había roto, porque, mientras arreglaba los macizos de flores cercanos, le pareció oír algo.

—¿Y qué era?

—Dice que no encontró nada. El sonido parecía venir del sótano y él tampoco sabía dónde estaban los automáticos generales de la casa, así que salió a por una linterna. Cuando regresó el ruido había cesado. Bajó y rebuscó entre todos los trastos viejos que hay guardados, pero no encontró nada raro.

—No lo tomes en cuenta, Silen, porque habrá sido cualquier tontería que tiene explicación.

—Pero yo también lo he oído dos veces y fue antes de que José me lo contara.

—Será una gotera o un mueble que ha cogido humedad y está a punto de romperse. La madera hace ruidos muy alarmantes cuando cruje. No me pongas esa cara de susto, porque entonces no bajo contigo. Y pensar la guerra que nos diste a todas queriendo saltar la tapia para verla por dentro... ¿Vas a comer algo más?

—No. Y tú, ¿quieres postre?

—¿Ahora que han puesto piscina en el pueblo? Aleja esa carta de helados de mi vista porque estoy a régimen. Ir a la playa y lucir las carnes rodeada de desconocidos es una cosa e ir a la piscina y ponerme en bikini delante de todos los del pueblo es otra muy diferente. El primer día que fui coloqué la toalla cerca del grupo de Rosana, la del pozo. Sus amigas y ellas pasaron horas criticando a los vecinos que se les ponían a tiro.

—¿La del pozo era una muy morena que, cuando hacíamos grupos para jugar a campo quemado, siempre decía que ella tenía que ser capitana, ya que su padre era el más rico del pueblo porque tenía un pozo de agua en el terreno?

—La misma. Ya era tonta de niña por pensar que tener un pozo con agua en el Norte significa ser rico. No ha cambiado mucho, en lo de tonta, me refiero. Su marido es comercial en una empresa que suministra productos para el campo como semillas, abonos y cosas de esas. Un bendito que la aguanta, porque se pasa todo el día viajando y llega a casa por la noche. Si la oyeras hablar de él, parece que fuera el dueño de la fábrica.

—Pasa de ellas. A ti esas cosas nunca te han importado, Carmen. Además, tienes muy buen cuerpo.

—Pero tres embarazos se notan. Tengo la barriga más floja que un acordeón y me niego a estar en la piscina «metiendo tripa» cada vez que me levanto porque luego llego a casa dolorida y con agujetas. Estoy pensando que si las tengo es porque estoy ejercitando los músculos de esa zona. Si lo hiciese

durante dos o tres horas al día, a finales del verano debería tener el estómago liso y duro.

—¡Ja, ja, ja!

—No te imaginas lo complicado que es mantener una conversación y al mismo tiempo hacer todo el tiempo fuerza con el estómago para que se quede quietecito y no se desparrame hasta cubrirme la cinturilla del bikini.

—Yo te veo muy bien ahora. No tienes tripa, Carmen.

—Porque llevo puesta una braga-faja horrible de color marrón. Me la pongo en el baño para que Nacho no me pueda ver. Es antisexi. Si te la pones con un sujetador marrón y te dejas los calcetines negros puestos, no hay valiente que se anime. Hasta yo me deprimó cuando me miro en el espejo y se me quitan las ganas de todo. ¡Tengo que ponerme a régimen ya!

—¡Exagerada!

—Lo dice la que tiene una tabla de planchar por estómago. En fin, es el precio que hay que pagar si quieres ser madre. Hemos acabado más pronto de lo que pensábamos. Son las tres y mis padres seguramente hayan vuelto ya de la piscina con los niños, les hayan dado de comer y estén todos tranquilos durmiendo o viendo la tele. Tienes que dejar todo lo que has comprado en tu casa, así que propongo que vayamos y bajemos a ese sótano para quitar el miedo.

—¿Ahora? —No puedo evitar estremecerme.

—¿Tienes cita con tu príncipe encantador o has cogido hora para hacerte la depilación brasileña? Hay que quitar ese miedo ahora mismo, antes de que yo también termine contagiada.

—Pero tú ya me has ayudado bastante hoy y yo había...

—¿Pensado dejar volar tu imaginación hasta convertir ese sótano en un lugar imposible de visitar en tu vida? Todavía recuerdo lo mal que lo pasaste

después de ver aquella película.

—Yaaaa... ¿La de la chica que, si pronunciaba tres veces un nombre, ese ser volvía del más allá y le salían abejas por la boca? No me lo recuerdes, que todavía hay días en los que me tengo que marchar del baño.

—Esa peli por la que tuvimos que peinararte durante tres semanas aquel verano. ¡Salías de casa con la coleta siempre torcida y llena de bultos! ¡Parecía que te hubiera saltado un gato a la cabeza para limarse las uñas con tus pelos!

—No me podía mirar al espejo del baño de casa de mis abuelos. Tenía miedo de que se me escapase su nombre tres veces y apareciera. ¡Y con el pánico que le tengo yo a las abejas!

—¿Y qué sucedió cuando mi hermano lo dijo al pasar tú y yo por delante del baño mientras se afeitaba los cuatro pelos que él llamaba bigote? Nada, así que no vamos a posponer ni un día más bajar al sótano.

—Está bien. —Y lo comento sintiendo más miedo que vergüenza—. Pero no prometo nada, Carmen. A mí esa casa me tiene acojonada. Será algo irracional pensar así, pero no puedo evitarlo por mucho que entienda que son paredes y muebles.

—Lo intentaremos las dos. Yo tampoco soy la Indiana Jones de España.

¡Pobre Manuel! Si supiera que tengo miedo a la casona...

—¿Ahora oyes algo?

—No. ¿Debería?

—No, mujer, era para desechar que estés loca, ¡ja, ja, ja! Que un hombre a quien no conociste te deje en herencia esta finca y más de veinte millones de euros podría trastornar a cualquiera.

—Entonces te confirmo que lo único que escucho ahora mismo son los

latidos de mi corazón.

La casona está llena de luz natural. Siempre que entro me maravilla su belleza, como si se tratase de la primera vez. Por la escalera podría bajar Scarlett O'Hara y Red Buttler estaría apoyado en la balaustrada con esa media sonrisilla tan suya.

—Dame tu mano. Yo bajaré primero, pero tú me vas a seguir.

Y abajo nos vamos linterna en mano, tan juntitas que parecemos siamesas.

—No ha sido tan doloroso como pensabas, ¿verdad? —No respondo porque temo que me salga un gallo por el miedo que llevo dentro.

Carmen ha empujado las manillas de una de las dos puertas que hay en el descansillo de esta planta subterránea. La primera estancia es oscura como la noche sin luna. Iluminando con la linterna el misterio rápidamente desaparece: es una pequeña bodega. Hay botellas a ambos lados y bastantes telas de arañas. Ahí no entro yo hasta que tenga a mano una escoba con un mango muy largo para retirar las del marco de la puerta.

—Aquí lo más grande que podría esconderse sería un ratón y, si mal no recuerdo, esos bichos te encantaban.

—Ummm, y lo siguen haciendo, con esos hociquitos y esos ojitos tan brillantes, pero el ruido que yo escuché no era el de dos vidrios entrechocando.

—Vamos entonces a investigar qué hay detrás de la otra puerta. ¿Preparada?

—Abre y que sea lo que tenga que ser, Carmen. —¡Qué melodramática me estoy volviendo!

Esta manilla tampoco opone ninguna resistencia a la presión de la mano de Carmen. La puerta se abre y la luz natural inunda nuestro espacio. Las ventanas que están situadas en la parte superior de las paredes del sótano dan mucha luz

y el desorden que mi incorregible mente pintó en esta gran estancia queda borrado de un plumazo ante tanto orden.

—¡Es increíble! Aquí hay mobiliario para llenar otra casa como esta — comenta Carmen caminando entre los muebles—, y todos están muy bien almacenados. Parece una mueblería con sus pasillos, sus secciones de mesillas, lámparas, sillas...

Sigo a Carmen. Yo sola no me quedo por mucho orden que esté viendo. Al pasar cerca de una de las ventanas puedo ver el tejado del *chalet* contiguo. Estamos en la cara Este del caserón, pero al girar hacia la izquierda se pueden ver dos nuevas ventanas y entre estas un acceso.

—Las escaleras por las que hemos bajado están casi en el centro de la casa, así que el sótano las rodea. Mira la puerta. Con razón no podías abrirla desde fuera, tiene el pestillo corrido. ¿Quieres que lo deje abierto?

—No, de momento está bien como está. —Desconozco qué razonamiento ha provocado que diga esta frase, pero voy a seguir mi instinto durante un tiempo, porque para casos como este debe servir, digo yo.

—Me encanta este armario. —Carmen está abriendo una de las puertas de la gran pieza de madera que está arrimada contra la pared—. Es enorme, aquí entraría toda mi ropa, la de Nacho y aún quedaría espacio.

—Podrías ponerlo en tu habitación.

—¡Si es casi más grande que mi cuarto! Y no creo que quedase bien entre mis muebles de línea moderna. Pero no te preocupes, que ya he echado el ojo a un aparador que quedaría divinamente en el comedor.

—Estoy pensando que, cuando hayamos retirado los muebles que te gustan, podría invitaros a vosotros y a la familia de José a una cena al aire libre. Sería una especie de celebración por mi nueva vivienda. Paula y tú tendríais también tiempo para bajar al sótano y seguir mirando mesillas.

—Buena idea. Así de paso os conocéis. Os vais a caer muy bien, creo yo, es muy buena gente. Aquí no se ve nada extraño, Silen. Me he ido fijando en el suelo y está limpio, no hay excrementos ni restos de comida. Si hay algún animal es pequeño y está muy escondido. ¿Vamos al ático? Ya que estamos de inspección...

—Claro.

Sigo a Carmen escaleras arriba recordando el sonido de la segunda vez. Dentro ya de la casona, escuché con claridad una especie de chirrido, como si algo se estuviese quebrando. Salí y no hacía viento, di una vuelta a la finca y todo estaba aparentemente como siempre. ¡Vete a saber lo que oiría y en qué lo transformaría mi mente!

Cuatro habitaciones con camas dobles, un baño y una habitación con cunas y juguetes de la época.

—Estos ricos de antes sí que sabían vivir. Fíjate, Silen, aquí las niñeras los cuidarían mientras los padres estarían abajo en el gran salón, cenando con amigos.

—Un bonito cuarto para crecer. Si yo hubiera vivido en esa época, me habría sentido más cómoda en esta planta, donde todo es más sencillo y más natural.

No hay nada raro, ni en el sótano, ni en el ático de la casona, ruidos se oyen en muchos lugares y no por eso hay que andar buscándoles una explicación. Simplemente hay que comprender que no se puede interpretar libremente aquello que no se ha visto. ¡Eso ha sido todo!

Tan animada me encuentro ante el logro que ha supuesto para mí poder visitar estas zonas que se me antojaban misteriosas que, tomando a Carmen la delantera, bajo las escaleras de servicio saltándolas.

—¡Agh! Menudo susto me has dado, José.

—Lo siento, Silen. He visto la puerta abierta al pasar y tu coche lleno de bolsas y he entrado para ayudarte a descargar.

—Muchas gracias, José, pero no es necesario. He comprado bastantes cosas para la casa, aunque no pesan demasiado. Los muebles que he encargado son los que tenían en la exposición, por lo que llegarán en un par de días. — Estoy tratando de hablar con normalidad, pero mi corazón se resiste y muestra su malestar por el susto recibido, que retumba en mis oídos.

—Imaginaba que te vendrían bien un par de brazos, así que he entrado y te he llamado, pero no me has debido oír.

—Estábamos visitando la última planta. Carmen, te voy a presentar a José.

—Encantada, tu mujer y yo compartimos la afición por la restauración de muebles. De hecho, hicimos el curso juntas.

—Te conocía de vista, pero no sabía que eras la amiga de la que Silen me había hablado.

José sonríe educadamente y, por cómo me mira, deduzco que quiere decirme algo.

—¿Sucede algo? Carmen es mi hermana del alma y puedes hablar delante de ella con tranquilidad.

—Iván me ha preguntado por la casona.

—¿El del restaurante? —No conozco a nadie más con ese nombre en el pueblo; sin embargo, siempre hay que asegurarse.

—Sí, suele salir a correr muy pronto y, si pasa por la verja cuando yo estoy cerca, nos saludamos.

—¿Al amanecer? Yo lo intenté en Madrid y fracasé estrepitosamente.

—El grupito de las solteras estuvo hablando de él en la piscina. Babeaban más que Marcos cuando se ponían a hablar de sus músculos y de lo bien que le

sienta el bañador.

—No sé cuántos kilómetros correrá, pero deben ser bastantes, porque a veces lo veo al pasar hacia la iglesia y al cabo de un rato lo vuelvo a ver de regreso hacia su casa, con la camiseta empapada como si se hubiera dado un chapuzón en el río.

—¿Y qué quería saber? —Pregunta innecesaria, porque estoy casi totalmente segura de que está tratando de averiguar quién es el dueño de la casona.

—Hace días me preguntó por ti y esta mañana ha vuelto a pararse y me ha vuelto a interrogar. Quería saber si tú eres la dueña. Yo contesté que estaba contratado para mantener el jardín, que de esos asuntos no sabía nada. Entonces me respondió que te preguntaría directamente a ti.

—A mí también me han preguntado varias personas —apunta Carmen.

—Lo imagino, es un pueblo y la gente quiere saber. —Recuerdo muy bien cuando, siendo una cría, me paraba alguna persona mayor y me preguntaba: «¿Y tú de quién eres?».

—Yo también he tratado de esquivar las preguntas. Al ser el jardinero deducen que tengo que saber qué persona me ha contratado. Yo he respondido con evasivas, pero la gente se imagina cosas y tarde o temprano se acabará sabiendo.

—Decid entonces la verdad, que soy la nueva dueña. Pero preferiría que no se contase nada sobre Manuel. Yo creo que a él no le hubiera gustado estar en boca de todos.

—Tienes razón, Silen —me dice José—. Yo también opino igual.

—Vosotros ya lo sabéis y a mis padres se lo contaré porque tengo que hacerlo y porque mantendrán el secreto. El resto tendrá que conformarse con saber que soy la propietaria. Sobre cómo ha llegado a mis manos la respuesta

será siempre «Lo siento, pero esa cuestión es privada».

Manuel, si me estás escuchando, quiero que sepas que voy a esforzarme para que te sientas orgulloso de mí. Te lo debo y por ello intentaré concentrarme para tomar las decisiones correctas. Siempre estaré en deuda contigo, pero deberías haberme dejado alguna pista, Manuel, porque me siento más perdida que una española en el metro de Tokio.

Capítulo 9

—No me extraña que Andrés se enamore perdidamente de ti.

¡Pablo! Tanto tiempo con la cabeza agachada intentando eliminar una mancha del suelo ha debido saturar de sangre mi cerebro, porque me ha parecido escuchar su voz. Será José, el jardinero, que ha entrado a comentarme algo, así que para oírlo mejor empiezo a sacar el cuerpo con cuidado, para no golpear mi espalda con el borde de la pila de agua.

—Bueno, bueno... Me voy a girar y ya me dirás cuándo estás visible para que te pueda mirar sin que corra riesgo de desmayarme. No estoy vacunado contra caderas contoneándose.

—Pablo, ¿qué haces aquí? —Me ha dicho algo de desmayarse, creo, pero a mí lo que realmente me preocupa es el hecho de que lo tengo delante de mí, vestido con un pantalón corto, camiseta y unas viejas zapatillas de deporte.

—Disfrutar de las vistas, Silen.

Su boca sonrío al decirlo, aunque sus ojos están serios. Me preparo para recibir sus reproches con la mayor dignidad posible. Compruebo que mi pelo esté bien recogido en la coleta y mi camiseta tape todo lo posible mi pantalón corto. Cruzo mis brazos sobre mi pecho, porque de repente tengo la sensación de que mi ropa no oculta mi cuerpo. La forma en que me está mirando me resulta turbadora.

—Tranquila, no es necesario que te pongas a la defensiva. No tengo intención alguna de charlar en este instante sobre tu «despedida» en Madrid. Ya lo haremos en otro momento.

—¡Ah! —Mejor, aunque quizá hubiera sido más conveniente que me reprochase ahora mi actitud, decir lo siento unas cuantas veces y esperar a que vaciase su enfado hasta que optase por irse. Soy de las que prefiere ser la primera en la cola para vacunarse o en hacer un examen. Los nervios de la espera me provocan dolor de estómago.

—Veo que no se te ha subido a la cabeza tu nueva situación económica y eso desmonta una de mis teorías.

—¿Teoría? —Quisiera desaparecer, pero Pablo está parado en el paso de la puerta y además estoy en mi propiedad. No tendría sentido que huyese de nuevo.

—¿Puedo saber por qué o para qué estás limpiando el garaje?

—Voy a... ¿Y cómo has entrado? Yo siempre cierro la puerta y el jardinero también lo hace. ¿Has saltado la valla?

—De momento, me gano la vida honradamente, o al menos así lo creo yo. Y no tengo ningún interés en partirme el cuello intentándolo. He entrado por la puerta pequeña.

—¿Qué puerta?

—La que he descubierto esta mañana al examinar a la luz del día mi nueva propiedad.

Se acerca y antes de que pueda reaccionar su mano está acariciando mi brazo. Su contacto es al mismo tiempo tranquilizador e inquietante y con esta mezcla de sensaciones salgo al jardín con Pablo tirando de mí.

—¿Necesitas ayuda, Silen?

—No, José, muchas gracias, pero no es necesario. Ha venido un amigo a verme. —El jardinero, que estaba en la parte trasera de la casa segando, ha debido ver desde la distancia que Pablo me lleva hacia la pared Este de la finca y se ha acercado por si necesitaba ayuda.

—¿Amigo? Vas a tener que explicarme ese modo tan extraño tuyo de tratar a tus amigos. Mira la puerta, por tu lado estaba totalmente cubierta por la hiedra. He tenido que abrir un hueco para poder pasar.

—¿Hay comunicación entre ambas casas? —Ese horrible *chalet* con aspecto de burdel de los años treinta, cuyo terreno limita con el de la casona.

—Eso parece. Pensaba que lo sabrías, tanto como te ha gustado siempre esta finca.

—Desde fuera no se puede ver y desde dentro tampoco sentí nada raro cuando caminé por esta parte del jardín. —Con cada paso hacia la puerta noto cómo mis nervios comienzan a hacerse con el control.

—Ahora ya lo sabes, vecina.

—¡Esa es tu herencia! —¡Ay, Manuel, en menudo lío me he metido!

—Exacto, esta casa también pertenecía a Manuel. Ahora vas a tener algo más en qué pensar cuando mires hacia ella.

Pablo me cede el paso y yo, que no quiero que este momento de aparente tregua se rompa, cruzo la puerta sintiendo su aliento en mi nuca.

—Vista de cerca no puedo decir que sea fea, Pablo. —Es un *chalet* que, con las debidas reformas, porque está muy viejito y deteriorado, podría ser incluso hermoso. A mí lo que no me gusta es que esté pegando a la casona y eso no va a cambiar por mucha reforma que hagan.

—Es bonita, Silen, aunque tú no quieras verlo. Perdona un momento, me llaman por teléfono.

Se aleja unos metros para hablar y yo aprovecho para rodear la casa. Se me ha calado el cerebro y no sé cuándo podré volver a arrancarlo, así que suelto el freno de mano y aprovecho la pendiente para dejarme llevar. Cuando quiera volverá a funcionar y entonces pensaré en lo que supone tener a Pablo como propietario y qué consecuencias podría tener en mi vida.

Parece bastante sólida y no está tan estropeada como me había parecido. Reconozco en silencio que el terreno que la rodea es acogedor, ni muy pequeño ni excesivamente grande. Hay árboles que no reconozco y rosales dispersos que, aunque se muestran salvajes por el tiempo que llevan creciendo sin que una mano humana les haya dado forma, tienen las rosas más increíbles que yo haya visto en mi vida.

Me acerco a uno enorme que ocupa una buena porción de muro del terreno trasero. Está situado justo donde los rayos del sol del mediodía no son interceptados por el *chalet*. Los pétalos de las rosas van cambiando de color. En el nacimiento tienen un tono claro, como el de los chicles de fresa que todos hemos comido de niños y que han explotado en nuestra cara al intentar hacer un globo demasiado grande. Gradualmente, va cambiando el tono, hasta que se vuelve naranja en sus puntas. Quisiera acercar mi nariz, comprobar que el olor que flota en el aire es suyo, pero las abejas están tomando su desayuno en ese *buffet* y no pienso sobrepasar la zona segura para no enfadarlas.

Regreso a la fachada principal. Pablo continúa hablando apoyado en una columna del porche. Es grande y profundo, un espacio ideal para poder dejar todos esos muebles de jardín tan maravillosos que anuncian las revistas de casas con estilo. No sé por qué razón, pero me acabo de imaginar a mí misma mientras disfruto de una tarde de siesta tumbada en una hamaca. Me construiré un porche si eso es lo que está pidiéndome mi subconsciente, pero en mi propiedad.

Una celosía de madera sirve de soporte para que una buganvilla crezca exultante. Hay más florecillas moradas que hojas y ocultan totalmente la piscina de las miradas curiosas de quienes intenten cotillear desde el exterior. Yo también habría elegido esa ubicación, al Sur y protegida del viento por el propio muro de la finca. Y yo también habría buscado esa sensación de intimidad que me permitiera nadar sin preocuparme por si mi biquini se ha movido de sitio.

¿Por qué Manuel mantuvo la casona y el jardín cuidados, y dejó esta otra propiedad abandonada? ¿Y por qué compró esta casa? ¿Y la puerta, la mandó colocar Manuel, tuvieron las dos fincas el mismo propietario? ¿Podré cancelar la puerta o tendrá Pablo algún tipo de derecho sobre ese paso? ¿Y qué voy a hacer si eso sucede? ¿Cómo voy a poder vivir con él cerca?

—Te has quedado muy pensativa.

—Estaba mirando la piscina.

—¡Ya! —Me parece a mí que no soy muy buena mintiendo por cómo ha sonado su voz al decirlo—. Es lo primero que pienso arreglar. Tengo que irme. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

—Gracias por la invitación, pero quizá en otro momento, tengo mucho trabajo pendiente.

—Seguro que no es tan urgente como tú dices; además, me debes una explicación.

Pablo tiene sus brazos cruzados sobre el pecho y las piernas levemente separadas. Ni siquiera su boca sonríe y a mí se me está encogiendo este decorado. Quisiera interponer espacio entre ambos, sin embargo, sé que no voy a poder esquivarlo eternamente, así que me resigno asintiendo con la cabeza.

—¿Aquí a las ocho?

—¿Dentro?

—Me gustaría, pero desgraciadamente la casa no reúne las condiciones. Algún día quizá... ¿quedamos en la entrada?

—Perfecto. Hasta luego.

Cierro la pequeña puerta todavía sin creer cómo es posible que unos minutos hayan sido suficientes para cambiar así mi ánimo. Camino hacia la

cochera, que se encuentra en pleno proceso de transición. Ahí estaba yo hacía un momento, feliz rascando los restos de cal que una fuga del fregadero había dejado en las baldosas, y ahora estoy perdida.

Todos mis planes están escapando entre las ramas de los árboles. Mi idílico verano y posible futuro ya no existen, Pablo se ha encargado de borrar mi tranquilidad. Cierro las puertas de la cochera, no tengo ganas de malgastar ni una caloría más antes de saber sus planes.

—Silen, ¿hace falta que te ayude en algo?

—No, José, muchas gracias. Hoy no voy a limpiar más. Las paredes están recién pintadas y los muebles y los electrodomésticos llegarán mañana. Estaba revisando que todo estuviese preparado.

—¿Estás segura de que no quieres que levante un tabique para que la cama tenga su espacio independiente?

—No. Voy a vivir sola, así que no necesito separar el espacio.

—Podríamos tirar la pared que separa el cuarto de las herramientas para que tuviera mayor tamaño. La cama y el sofá van a estar muy juntos. Se podría hacer una caseta de aperos detrás de la casona, nadie la vería.

—¡Si tú pudieras ver dónde vivía yo en Madrid! Ochenta metros cuadrados serán un palacio para mí. —O una cárcel.

Pablo ha hablado de obras, concretamente de la piscina, pero no ha dicho fechas, así que es probable que sea una reforma a largo plazo. También podría estar pensando en ponerla a la venta y las obras serían una especie de «lavado de cara» para hacerla más atractiva.

—No me puedo imaginar cómo sería mi vida entre veinte metros cuadrados. Ni por todo el oro del mundo viviría en una gran ciudad. Prefiero ser pobre, pero disfrutar del aire y de estos árboles.

—Yo también estoy redescubriendo este paisaje, José. —Aunque ahora

mismo tenga sobre la cabeza unos negros nubarrones que no me dejan ver el sol—. Hablando de descubrimientos, ¿tú sabías que existía esa puerta?

—¿Por la que has pasado con tu amigo? Una vez cuando era niño la vi abierta. Una vaca se había puesto enferma y, como no había teléfonos móviles, mi madre me dijo que viniese corriendo para avisar a mi padre. Lo llamé a gritos porque la verja estaba cerrada. Cuando se acercó y le conté lo que sucedía me dijo que entrase y que esperase dentro mientras se cambiaba de ropa.

»Cuando nos íbamos a marchar, me dijo que corriese y cerrase la puerta peatonal que une ambas propiedades. Lo hice y al regresar a casa caminando le pregunté qué estaba haciendo allí. «Tapando la puerta», me contestó. «He plantado hiedra por ambos lados porque el dueño así me lo ha pedido. Dentro de unos meses habrá quedado oculta. Ahora, cuéntame qué le pasa a la vaca». Así ha permanecido hasta que tu amigo ha aparecido.

—Entonces, ¿no la has abierto nunca?

—Yo he seguido con el trabajo de mi padre tal y como él me indicó.

—¿Suele pasear por el pueblo tu padre? Es posible que me esté cruzando con él y no lo sepa.

—Mi padre hace mucho tiempo que no sale de casa, Silen.

—¿Está enfermo? Lo siento, no debería haber preguntado.

Es obvio que a José le duele mucho hablar de su padre y lamento haber sido tan impulsiva interrogándolo. Nos conocemos desde hace pocos días, pero es imposible no sentir empatía ante lo amable y dispuesto que siempre se muestra para ayudarme en cualquier asunto.

—Tiene artritis y le ha afectado bastante las manos, pero puede valerse por sí mismo. Mi madre murió hace un año y no lo ha superado ni lo hará nunca. Mi padre adoraba a mi madre, y ella también lo quería con locura.

Siempre cuidándose uno al otro, apoyándose cuando la vida les daba un revés.

José se emociona al contarme sus recuerdos y yo lo hago porque lo aprecio y porque estos días en casa de Carmen me recuerdan constantemente que, aunque yo no lo haya encontrado, sí hay amores que son tan buenos como el mejor chocolate: dulces, cálidos, apasionados... Ahora otro testimonio, que me confirma que ese sentimiento que las novelas describen es real, hace que mi pecho se contraiga, porque yo también deseo encontrar a alguien con quien compartir cuando cae la tarde.

—Una gripe mal curada y a los pocos días murió de neumonía. Un mes más tarde, y después de mucho rogar, mi mujer y yo conseguimos convencerlo para que se viniera a vivir con nosotros. Solo no podía quedarse más tiempo. Apenas comía, tampoco se aseaba y la casa estaba llena de suciedad. Mi hermana vive en la capital y llevarlo allí habría sido su perdición.

—¿Y qué tal está ahora?

—Bastante mejor. No es el hombre que todos recordamos, pero los niños lo entretienen mucho. Les cuenta historias, les explica cómo hay que plantar los tomates, cómo interpretar los mugidos de las vacas, todo lo que ha sido su vida en el campo. Mis hijos están encantados de tener al abuelo en casa, porque cuando llegan del colegio siempre tienen compañía. Solo sale para acudir al médico, ni siquiera ha querido volver a ver su vivienda.

—He visto a tus hijos en el patio del colegio. Carmen me dijo quiénes eran y no puedes negar que eres su padre. ¡Son iguales que tú! Que vengan cuando lo deseen. Con lo que les gusta el fútbol, aquí tienen un buen campo para jugar.

—¡Ni loco dejo yo que esos dos entren! No quedaría ni fruta en los árboles, ni flores ni un solo cristal sin romper.

—¡Ja, ja, ja! Lo imagino. Chutaban con tanta fuerza el balón que nadie se quería poner de portero. Y no me extraña porque un golpe de un balón duele y bastante.

—Alguna vez he recibido un balonazo y no es nada agradable. Tienen la costumbre de ponerse a jugar en cualquier sitio sin avisar antes. Ya me he acostumbrado a mirar antes de salir de la cuadra porque nunca sabes por dónde puede llegar un balón del cielo y darte en mitad de la cara.

—Junto con los muebles del interior, también encargué un banco que quiero colocar debajo del ciruelo japonés. Quizá tu padre quiera venir algún día y sentarse un rato o dar un paseo.

—Gracias, pero lo dudo. No sabe que su amigo ha muerto. Si viera que se están haciendo trabajos, me preguntaría y tendría que contárselo.

—José, no quiero ser indiscreta, pero ese hombre que entró por la puerta...

—¿Tu amigo? —José me ha visto y sabe que oculto algo.

—Sí, mi amigo. —Dejémoslo con ese nombre de momento—. Es el nuevo dueño del *chalet*. Esta noche voy a cenar con él y te agradecería mucho si pudieras contarme ahora o esta tarde lo que sabes sobre esta casona y sobre el *chalet*. Como ya viste, él ha abierto la puerta y necesito saber si esa comunicación va a ser permanente.

—No hace falta que quedemos más tarde, Silen. Lo que sé te lo puedo decir en dos minutos. Manuel era el mejor amigo de mi padre. Se conocieron en el colegio, y ni los años ni la distancia, cuando él se marchó a trabajar a América, diluyeron ese vínculo. Cuando mi padre venía a segar este jardín, yo no sabía que Manuel era el dueño. Mantener esta casona era un trabajo extra que hacía. Con el tiempo averigüé que Manuel era un hombre muy rico y que había comprado esta finca. Mi padre ha sido siempre un hombre bastante reservado, casi tanto como Manuel, por lo que cuando estábamos todos juntos se hablaba del tiempo, o de las vacas, pero nunca se mencionaban temas personales. Y cuando alguna vez mi hermana o yo nos atrevíamos a hacer alguna pregunta, mi padre se encargaba de dejarnos bien claro que no hay que

entrometerse en la vida de la gente.

»Nunca oí a mi padre hablar de ese *chalet*, ni a Manuel durante el tiempo que estuvo alojado en casa. Por qué razón está esa puerta ahí, también me lo he preguntado yo varias veces. Recuerdo que en una ocasión le pregunté a mi padre si debía podar la hiedra que la ocultaba o dejar que se fuera extendido a lo largo del muro y me dijo que mantuviera el jardín tal y como lo había encontrado. Siento no tener más datos, Silen, pero, si me entero de algo, ten por seguro que te lo contaré.

¿Y ahora qué hago? Parecía tan sencillo mi plan... Pasar el verano tranquila compartiendo ratos con Carmen y algunas de sus amigas, que también fueron mis compañeras de correrías cuando éramos pequeñas. Vivir en mi *loft* cántabro con la vista de la casona cuando me levante cada amanecer y esperar a que pasen los días, los que sean precisos, hasta que una mañana decida qué hacer con mi vida. Esa puerta lo cambia todo. Un vecino guapo y simpático es una tentación, pero ¿cómo es un vecino resentido?

Camino hacia el colegio. En junio se ha reducido el horario de las clases y me he ofrecido para recoger a Daniel y Alejandra, que almuerzan en el comedor escolar, para ir los tres a casa de mis amigos. Carmen no llegará hasta las cinco y ayudarla liberando a sus padres durante unas horas al día de cuidarlos hace que me sienta algo menos «gorriona» por estar viviendo en su casa desde hace días.

El mayor es un encanto y no da nada de trabajo, pero Alejandra vale su peso en oro. ¡Menuda joyita! Es pura energía. A esta niña le sucede algo raro, no es normal que se levante a las siete de la mañana con más energía que una pila alcalina y no baje el ritmo hasta las once de la noche. Definitivamente, debe ser por la cantidad que come, que le da fuerza para cansarnos a todos.

Hoy iremos a las piscinas municipales. El pasado domingo acudimos los seis. Nacho se quedó a remojo en la piscina jugando con los niños las dos horas que pudo escaparse, porque no soportaba estar sin hacer nada tumbado

debajo de la sombrilla.

¡Cómo han cambiado las cosas en este pueblo! Cuando yo era pequeña y hacía mucho sol teníamos dos posibles remedios contra el calor: ir al río a mojarnos los pies o hacer guerra de globos de agua para refrescarnos. Aquellas batallas todavía nos hacen reír al recordarlas.

El complejo deportivo que el Ayuntamiento ha edificado, con no sé qué ayudas concedidas por no sé qué organismo, es una bendición para un pueblo tan pequeño como este. Piscina para adultos y otra para niños, un gran jardín alrededor y vestuarios con taquillas para dejar los artículos personales.

El recinto está vallado y cuenta con un socorrista, que solo coincide con los que aparecen en las películas en el bañador rojo. Es un chaval encantador y camina orgulloso de su cargo vigilando como un halcón a los niños, pero ¡las cosas como son!, castaño, con dos coloretos permanentes y una nariz que parece un higo chumbo, no le encuentro mucha similitud con los rubios adonis que corren por la orilla del mar en Malibú.

Si además de la natación te apetece jugar un partido de pádel o un partido de fútbol, no tienes que irte muy lejos, ya que hay dos pistas cubiertas para darle fuerte a la raqueta y un campo de hierba artificial con gradas cubiertas. La pequeña cafetería con terraza está más concurrida que la Gran Vía madrileña.

El mayor se defiende en el agua. Nada como un perrito, pero no se hunde, que es a fin de cuentas lo importante. Con Alejandra la historia se complica. Hay que ponerle manguitos y flotador si quieres tener algo de tranquilidad. Con estos dos artilugios la supervivencia está asegurada. Lo comprobé observando a Nacho mientras se bañaba con ella en la piscina de adultos. Aunque la «sirenita» se tiraba desde el borde en todas las posturas imaginables, siempre salía a la superficie sonriente. Por si acaso no pienso pestañear cuando estén en el agua, ya lo haré cuando llegue Carmen y me releve de la agotadora tarea que es cuidar a tres niños.

¿Y si le comprase el *chalet*? ¿Y para que querría yo esa casa? Para quitarme el problema, así de claro. Le podría hacer una oferta generosa. A fin de cuentas, ¿para qué puede querer Pablo esa vivienda? Aquí no tiene amistades y su trabajo está muy lejos.

La tarde transcurre entre chapuzones, cremas de sol y mil preguntas que me surgen sobre las intenciones de Pablo. Mi bikini no es la vestimenta más apropiada para tener a Alejandra en mis brazos. Quiere jugar animada por su hermano mayor y con cada movimiento de su cuerpo arrastra la tela peligrosamente.

Menos mal que Marcos duerme la siesta. Cuando se despierta se conforma golpeando con la pala el cubo lleno de agua aliñada con las hierbitas que arranca con pasión.

A las siete y media regreso a casa cansada y con la piel tirante por haber estado tantas horas alternando sol con piscina y sin ninguna respuesta sobre las intenciones de Pablo.

¡Ay, Manuel! Te lo estarás pasando bien comprobando que tu plan va tomando forma, porque aquí no hay nada casual, ¿verdad?

Capítulo 10

Al ver llegar el todoterreno mi corazón comienza a desbocarse. Pablo baja la ventanilla y me sonríe, al menos sus labios lo hacen. Sus ojos están ocultos detrás de unas gafas de sol con cristales de espejo y no me dejan ver lo que me temo: que su mirada está clavada en lo que a mí me pareció, cuando me examinaba delante del espejo antes de salir, un escote discreto.

—Preciosa, como siempre.

—Gracias.

—Solo estoy diciendo la verdad.

Deja el motor en marcha, se baja, rodea el coche y abre la puerta del copiloto. Me complace esa galantería, no pretendería nunca que mi hipotética pareja estuviera constantemente tratándome como si me fuera a romper a cada paso que diera, pero es muy bonito sentirse cuidada. Cuando me dan unas miguitas de cariño mi corazoncito pide más y me entristezco pensando que esto es todo lo que voy a recibir.

—No pongas esa cara porque te puedo asegurar que mis intenciones son lícitas. Sube al coche, por favor.

—¿Vamos a ir muy lejos? Estoy viviendo en casa de unos amigos y no quisiera molestarlos llegando muy tarde.

Como ya me sucedió al despedirme del notario en Madrid, vuelve a apoderarse de mí cierta desazón. Paseando por Valladolid busqué razones que justificaran mi huida y ahogué con ellas la certeza de que mi comportamiento

había sido horrible. Desde entonces las he repetido muchas veces, pero cada vez pesan menos y la verdad asciende un poquito más.

—No, el lugar que he elegido está muy cerca. Monta sin miedo, Silen, no creo que te haya dado motivos para ser tan recelosa.

—No. —Me acerco procurando no pasar muy cerca de Pablo.

Respiro profundamente mientras me ato el cinturón. Pablo parece relajado, pero es una fachada. Noto su tensión al dirigirse hacia mí y me hace predecir una cena difícil que tendré que soportar como penitencia por mi huida de Madrid.

—Parece que fue ayer cuando montabas en mi coche y han pasado casi tres semanas.

—Tampoco es mucho tiempo. —Ahí va mi primer intento para aligerar el ambiente.

—Depende para qué.

—Cierto.

—¿Y qué tal la casona? ¿Es como tú la imaginabas?

—Mejor.

—Dime una cosa, ¿la conversación va a ser todo el tiempo así?

—¿Así?

—¡Así! Yo construyo frases con su sujeto, verbo, predicado... y tú me contestas a cada una de ellas con una triste palabra.

—Lo siento, no me había dado cuenta.

—Ya... claro. Yo había visto fotos, pero no le hacen justicia. Es impresionante, y los árboles son magníficos.

Lo miro interrogante. Solo hemos hablado esta mañana unos minutos.

—He estado observando desde la ventana de la segunda planta del *chalet*. Desde ahí puedo ver incluso tu «casita».

—¡Ah!

Voy a tener que plantar unos cuantos árboles nuevos, o quizá bambú. Tengo entendido que su crecimiento es muy rápido y con los nutrientes precisos es capaz de formar un tupido muro verde. Recurriré a lo que sea necesario para poder salir sin miedo a que sus ojos me puedan estar observando.

—¡Otra vez!

—Quería decir que no me acordaba de ese dato. Trataré de recordarlo.

—Te podría dar los buenos días y las buenas noches cuando te fueras a acostar.

—Por lo que yo he podido ver, harán falta unas cuantas reparaciones en esa casa antes de que esté lista para poder vivir en ella.

—No necesito que las obras hayan finalizado para subir todos los días a esa habitación.

—¿Podría saber dónde vamos a cenar? —Mejor centrarse en la que será nuestra próxima acción. Más tarde intentaré resolver otras dudas.

—Ya casi hemos llegado. El cartel indica «Iván y tú», así que, siguiendo la flecha, deberíamos verlo al final de este camino.

¡No me lo puedo creer! ¿Ha regresado mi mala suerte, o será este el precio que tendré que pagar? Algo bueno y algo malo, buena suerte y mala suerte, todo está relacionado y es normal que después de recibir la herencia tenga que soportar algunos reveses como el que supondrá cenar en el restaurante de Iván con Pablo como acompañante.

—¡Qué bonito!

Pablo tiene razón al afirmar que el lugar es bonito. Yo añadiría acogedor,

elegante... La casa de dos plantas que estoy viendo mantiene la estructura que tenía cuando de niña acudíamos toda la familia los domingos después de misa a comer unas raciones de rabas al restaurante de comida casera que regentaban sus padres: puertas de madera en la planta baja, balconada de madera en la superior y tejado a dos aguas. Una casa sencilla de campo, que ha sido totalmente remodelada hasta hacerla casi irreconocible ante mis ojos.

—Desconocía que tuviera ese jardín tan delicado. He reservado una mesa dentro, pero, si lo deseas, puedo preguntar si sería posible cenar fuera.

—Dentro estará bien, Pablo. —Yo quiero cenar lo más rápido posible e irme a mi casa. Si puedo hacerlo sin tener que ver a Iván, será todavía mejor.

—Entremos entonces.

Pablo ha vuelto a abrir la puerta del coche para que salga y coloca su mano en mi espalda para guiarme al interior. No hay presión, pero noto su calor traspasar la tela de mi vestido. Mientras mis pasos sobre la gravilla hacen un ruido similar al de la lluvia, pienso que las cosas podrían haber sido diferentes. Si esta fuera una cita normal, yo estaría ahora mismo soñando despierta, sintiéndome afortunada por poder disfrutar durante unas horas de la compañía de Pablo. Es una lástima que mi destino esta noche sea otro muy diferente: un interrogatorio del que sin duda alguna no podré salir airosa.

—Son las ocho y cuarto. Nuestra mesa está reservada para cenar a las nueve, así que tenemos tiempo de tomar algo.

—Claro. —Tres cuartos de hora más de sufrimiento.

—¿Quieres que nos sentemos o prefieres que nos quedemos en la barra del bar?

—La barra está bien. —Así no tendré que mirarlo a los ojos en todo momento.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un refresco de naranja.

—¿A estas horas y en este entorno? Esperaba que brindásemos por nuestro reencuentro.

—Tomaré vino entonces; pero algo suave, por favor, no estoy acostumbrada.

—Esa respuesta me gusta más.

Solo pienso acercar mis labios, nada de dejar pasar alcohol a mi cuerpo. No he podido comer por lo nerviosa que estoy y no debo dejar que ni una sola gota llegue a mi garganta, ya que podría ser peligroso debido a la escasa tolerancia que tengo a cualquier tipo de bebida alcohólica.

Dicen que, si preguntas a alguien que ha bebido, siempre obtienes la verdad. Yo, además de confesarme, hago el ridículo cada vez que tomo más de una copa de vino. Me pongo colorada como si hubiera corrido un maratón, mis párpados se niegan a pasar de posición horizontal y mi lengua se vuelve caprichosa trabajando uno de cada tres segundos, lo cual convierte en tarea imposible mantener conmigo una conversación coherente.

Pablo intercambia unas frases con la camarera, quien, por cierto, lo está mirando con demasiada atención para mi gusto. Está realmente guapo: pantalón vaquero oscuro y camisa blanca de manga larga que resalta el tono dorado de su piel. No puedo evitar fijarme en la porción de pecho que el botón abierto de su camisa deja ver. No hay vello y me imagino tocando su piel, soltando sus botones... Vamos, que me he vuelto loca de remate y ni siquiera me han puesto delante la copa. Menuda noche me espera.

—¿Quién te recomendó este sitio?

—El dueño del hotel donde estoy alojado.

—Por aquí cerca no hay hoteles.

—Ya veo que no soy el único que ha estado buscando alojamiento. Hay

una casona de piedra a unos siete kilómetros reconvertida en hotel. Tiene pocas habitaciones y el dueño se ocupa personalmente de atender las llegadas y preparar los desayunos.

—¿Del mismo estilo que la de Manuel?

—¿La tuya? No, esta es algo más pequeña, con fachada de piedra y una torre en uno de sus ángulos. Te gustaría, podríamos ir juntos para que la vieras.

—¿Vas a quedarte muchos días?

—Relájate e intenta disfrutar de la velada, yo lo estoy haciendo.

—Lo intentaré. —Un fracaso asegurado—. Dicen que sus postres son excelentes.

—Y a ti que te gusta tanto el chocolate... —Pablo ha abandonado mis ojos para fijarse en mis labios. No puedo evitar un ligero estremecimiento, que termina erizando mi piel.

—¿Tienes frío? Lo parece —me dice posando su mano en mi brazo—. ¿No has traído una chaqueta? Si quieres, podemos ir a donde estás viviendo para que cojas una. —El Pablo que yo conocí ha vuelto, el hombre atento y educado que me cautivó en solo unas horas. Preferiría tener de anfitrión al controlador. Su enfado antes que esta bondad que me desarma al instante.

—Estoy bien, gracias. Solo ha sido una corriente de aire.

—Sentémonos en esas butacas del fondo.

Y sin que yo pueda negarme su mano está de nuevo en mi espalda guiándome hasta la zona de sofás.

—Por nuestro reencuentro, Silen.

Acerco mi copa de vino a la suya. Miro a Pablo y ruego algo imposible: borrar aquel momento en el que mis pies dejaron de posarse en el suelo para

irse volando con mis absurdos celos. Debería haber sido racional, haber pensado bien entonces lo que estos días sí he tenido oportunidad de meditar: que me porté como una niña tonta, que el momento me superó tanto que llegué a hacer daño a Pablo, una persona maravillosa a la que no sé cómo voy a explicar lo que sentí sin echarme a llorar.

—Está rico —comento al dejar pasar un sorbo de vino para dar algo de calor a mi cuerpo—. Yo apenas tengo conocimientos: tinto, rosado, blanco, algo sobre cómo se elabora y algunas denominaciones de origen, solo puedo decir si me gusta y este está muy bueno.

—Es la frase más larga que has dicho desde esta mañana. Brindemos por ello, ya que, si el causante ha sido el vino, bien merece que tomes más, para que podamos mantener esta noche una conversación equilibrada.

Y así lo hacemos. Me prometo que solo será esta copa, que no aceptaré una segunda, pero necesito que el alcohol me dé su energía y valentía para hacer más llevadera esta velada.

Escucho a Pablo narrar las virtudes del caldo que estamos degustando. Es interesante oírlo hablar sobre uvas, comarcas, barricas de roble francés... El tono de su voz, su mirada amable, su sonrisa al hablar es un momento de tregua que disfruto mientras las palabras despalillado, hollejos y remonte van descubriéndome un mundo que es innegable que a Pablo le apasiona.

—Disculpen, cuando lo deseen pueden subir. Su mesa ya está preparada.

Otra chica, todavía más guapa que la anterior, nos señala las escaleras, dedicando a Pablo una sonrisa que me parece excesiva. ¿Esto que siento son celos? Pues sí que deben serlo, porque me están dando ganas de darle un tirón de pelos a esta mujer y borrarle de golpe esa sonrisita tonta... Y si me dejara guiar en este instante por mis deseos, la rubia de la barra también recibiría lo suyo. Esas pestañas postizas que le sientan tan bien volarían por los aires por los remeneos que le propinaría.

¡Lo que me faltaba! Sentir celos de las empleadas de un restaurante que Pablo no ha visitado antes, y por un hombre que, en las pocas horas que disfruté de su compañía en Madrid, nunca me hizo la menor insinuación. ¿O sí? Necesito otro vino, solo será uno más.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? Por el modo en que has estudiado la carta debes de conocer ya todos los platos de memoria.

Levanto la vista. No podría decir con exactitud el tiempo que me he ocultado detrás de la cartulina, ni lo que he estado pensando, pero tengo claro que no estaba decidiendo si prefiero carne o pescado para cenar.

—Todo parece muy apetecible —le digo sonriendo a modo de disculpa.

—¿Quieres probarlo todo?

—¡Por supuesto que no! Pero no sé qué pedir. Quizá quieras elegir por los dos. —Me parece que está disfrutando de mi desconcierto.

—Por favor. —Pablo llama al *maître*, quien, para mi alivio, no es otra amazona escultural, sino un hombre de mediana edad que faltó el día que repartieron la belleza—. Tomaremos el menú degustación para dos personas.

—Muy bien.

Continuaremos tomando el mismo vino, aunque, a petición mía, otra camarera deja una botella de cristal con agua mineral y una copa. ¡Por favor! ¿Cuándo va a terminar este desfile de modelos?

—Dime por qué lo hiciste.

Estoy colocando la servilleta sobre mis muslos. Todavía estoy meditando sobre lo que me producen estas chicas guapas que merodean alrededor de Pablo y la pregunta me sorprende, por mucho que haya estado preparándome para escucharla.

—¿Qué?

—Ya sabes lo que te estoy preguntado, pero, si quieres, te formularé la pregunta completa: ¿Por qué adelantaste la cita con el notario sin avisarme?

—Lo siento.

—¿Qué sientes, haberla adelantado, no comunicármelo o la sensación de ridículo que sentí cuando le dije al notario que prefería esperar a que tú llegases y me contestó que hacía más de una hora que habías estado con él?

—Todo.

—¿Y puedo saber la razón?

—Estaba confundida. Demasiadas emociones y no podía pensar con claridad.

—A mí me pareciste una persona muy sensata, que soportó con mucha entereza los primeros momentos.

—Pasé muy mala noche. No podía dejar de recordar lo que me habías contado sobre Manuel. Pensaba en la casona, en qué iba a hacer con mi vida... me trastorné.

—No te creo, ni siquiera me estás mirando al decirlo.

—Lo siento de verdad, Pablo. —Es lo único que se me ocurre, disculparme una y otra vez—. Nada que diga puede anular el daño que te haya podido hacer.

—Puedes probar a contarme la verdad, Silen. Te conozco más de lo que puedes imaginar y no me engañas. Pensé que me habías engañado, que en realidad eras una mujer caprichosa y superficial, y te habías ido porque tenías mucha prisa por empezar a gastar el dinero de tu herencia. Por eso, cuando te vi esta mañana frotar el suelo con la misma ropa que solías llevar puesta para limpiar tu negocio, me dejaste desconcertado. Dime una cosa, ¿te molesté en la cena? ¿Dije algo inapropiado?

¡Pobre! Ha estado buscando una explicación, un culpable que podría incluso ser él, algo que me exculpase. ¿Cómo explicarle que me entró miedo? Me preguntaría la razón y ni borracha le confesaría que hui de él. No puedo revelarle que tuve el mismo miedo que siento ahora porque me gusta mucho y yo solo quiero proteger mis sentimientos para que no se lastimen y vaguen durante semanas por mi mente recordándolo. ¿Quién creería la verdad? «Te dejé plantado porque siento cosas cuando estoy cerca de ti». Se enfadaría porque parecería que estoy burlándome. Repetiré lo siento tantas veces como sea necesario.

—¡No! Tu comportamiento fue simplemente perfecto.

—Entonces, no comprendo...

—Cortesía de la casa. Tempura de mar.

—Muchas gracias. —Salvada por la campana de momento—. ¿Me sirves más vino, por favor?

—Claro, disfrutemos de la cena. Ya habrá otro momento donde podamos aclarar esta cuestión sin interrupciones.

Tomo la copa de vino para disimular y sin darme cuenta bebo, porque estoy tan nerviosa que no tengo control.

—Cuéntame más cosas de la casona. ¿Está amueblada o vacía?

—No le falta ni un detalle: muebles, cuadros, alfombras, lámparas... incluso la cocina tiene todas las alacenas llenas.

—¿Y son antiguos?

—Sí. —Respiro un poco aliviada porque la conversación vuelve a desarrollarse en terreno seguro—. Por lo que yo he podido mirar en Internet, tienen el estilo que era costumbre en la época en la que se construyó.

—Me encantaría verla. Me imagino que no me negarás esa satisfacción.

—Claro que no. Puedes verla cuando deseas.

—Deseo muchas cosas, Silen.

Otra vez la morenaza racial interrumpe para traernos una bandeja con diferentes tipos de pan. No sé cómo puede tomar aire sin que los botones de su camisa salgan disparados hasta incrustarse en la pared. Ese pecho es sospechoso, demasiado tieso, demasiado elevado, demasiado grande para lo delgada que está.

Iván se ha puesto morado eligiendo a su equipo, y yo me estoy sintiendo negra ante tanta carne comprimida, sonrisa de anuncio y voz melosa, pero no puedo negar que las tres mujeres son profesionales, despampanantes pero muy eficientes.

—¿Y qué te parece el pueblo? Aburrido, seguramente, para alguien acostumbrado a la capital.

—Me gusta lo que he visto. Un lugar tranquilo, un paisaje precioso, playas de arena blanca cerca y bosques verdes. Es tal y como Manuel lo describía. Me parece el destino perfecto para pasar el verano.

—No hay cine, ni tiendas, ni muchos locales donde poder tomar algo.

—Tampoco hay atascos, ni manifestaciones, ni carreteras cortadas por obras faraónicas.

—No, estamos lejos de todos esos inconvenientes. —Me parece a mí que ha pensado mucho en las ventajas de vivir en este pueblo para haber estado tan pocas horas en él.

—En quince minutos se puede estar en la capital o en el aeropuerto. En Madrid necesito al menos media hora para llegar de mi casa al trabajo.

—Si trabajas en Santander, es una distancia razonable, pero, si lo haces en Madrid, este pueblo te pilla un «pelín» lejos, y es cierto que hay aeropuerto, pero no hay «puente aéreo» ni vuelos todas las horas. Hay tren, pero no es el

AVE, y en invierno, cuando hay nevadas, puedes quedarte atrapado al llegar a la meseta si intentas viajar en coche.

—No todo se reduce a trabajar. Hay fines de semana, puentes, vacaciones de verano. Había olvidado lo relajante que es respirar aire puro, oler la hierba fresca y estar rodeado del color verde, así que lo estoy madurando. Has vivido en este pueblo parte de tu infancia y según me comentaste en Madrid tienes muy buenos recuerdos. Ahora has regresado y por lo que pude ver esta mañana tienes planes para la casona. Sin embargo, me estás presentado la vida aquí como algo incómodo y aburrido. ¿Tanta urgencia tienes por deshacerte de mí?

—¡No! —¿Tan evidente he resultado? Eso parece y me da rabia porque adoro esta tierra y nunca hablaría mal a propósito. Yo solo quiero que se lo piense un poquito y no se muestre tan ilusionado porque me está asustando.

—Tengo compromisos con varios clientes, pero dentro de dos semanas las gestiones habrán finalizado. Hace años que no cojo unas vacaciones largas. Este podría ser el momento, disfrutar de un par de meses de la Cantabria infinita.

—Pero la casa necesita reparaciones, tal y como está no podrías vivir en ella. —Dos meses, sesenta y dos días y ni sé cuántas horas porque no estoy ahora mismo para hacer cálculos mentales. Mi voz ha sonado demasiado aguda, casi estrangulada. Será por la cara de satisfacción que estoy viendo en Pablo.

—El tejado tiene alguna gotera, pero no necesitaría subir a la segunda planta a dormir, ya que en la planta baja hay habitación y baño. He contactado con una empresa de mantenimiento de jardines y piscinas y mañana harán una primera limpieza de la maleza. La misma empresa se encargará de limpiar la casa por dentro y de acondicionar la piscina. La cocina es un desastre, pero con una nevera y un microondas soy capaz de hacer un menú equilibrado. Seríamos vecinos. ¿No te gusta la idea?

—Es tu propiedad, yo no tengo nada que opinar. —¡Uff! ¡Qué cortante ha sonado eso! Arréglalo, Silen—. El mes de julio es muy tranquilo, si lo que estás buscando es descansar. En agosto hay bastantes fiestas, una por cada una de los barrios que tiene el pueblo. Es un buen momento para conocer a los vecinos.

—Yo ya conozco a mi vecina, y es muy guapa, por cierto. Cuéntame más cosas sobre el pueblo...

—¡Ummm! Está buenísimo.

—Me rindo a la evidencia. Si una experta en chocolate pone esa cara, la tarta tiene que ser excelente.

—Todo estaba muy sabroso, pero los postres son mi parte favorita de la carta de un restaurante. —Hemos llegado al último plato en el momento justo en que mis conocimientos sobre el pueblo y sus alrededores se estaban agotando.

—Mira, el cocinero está saludando a todos los comensales. Ahora tendrás tu oportunidad para pedirle la receta. No lo imaginaba así, parece un vigilante de playa californiana.

¿Iván? ¡Señor, el que faltaba en esta fiesta! Me he llegado a relajar conversando con Pablo y he olvidado dónde estamos. Nunca antes había cenado en un restaurante dirigido por un cocinero de prestigio. En mi escasa experiencia como clienta de restaurantes, las únicas personas que alguna vez me han preguntado si la comida estaba rica han sido los camareros, y casi todos con nula intención por saber si realmente me había gustado la ensalada o si el entrecot estaba en su punto o carbonizado.

—Silen, ¿has venido a probar mis postres? Hola, soy Iván, el cocinero.

—Y el dueño.

—Exacto.

A Iván no le gusta Pablo y el sentimiento es recíproco. Parecen dos machos dominantes que se marcan intentando dejar claro a quién pertenece. «A nadie», me gustaría decir, pero calladita es como debo estar. No me gusta Iván y a Pablo no le gusta. Yo ni gano ni pierdo en esta confrontación de testosterona.

—¿Qué tal la cena? ¿Os ha gustado?

—Mucho —digo con precipitación—. Todo estaba exquisito.

—Gracias, Silen. No os molesto más. Quiero saludar al resto de comensales. Muchas gracias por venir, espero que volvamos a vernos —le dice a Pablo educadamente. En cualquier negocio hay que tener mano izquierda y diplomacia, y tener siempre presente que, trabajando, los asuntos personales deben quedar al margen.

Nunca me han gustado esos silencios forzosos en los que cada minuto añadido supone más presión para quien decida ser el primero en romper el hielo. Pablo está siguiendo con la vista a Iván, que pasa entre las mesas agradeciendo la visita y preguntando si la cena ha sido del agrado de los comensales.

No entiendo a Pablo, ni entiendo a los hombres en general. Si tienen una mujer cerca, sacan la tiza, pintan un círculo alrededor de la chica y ponen un cartel de «cuidado con acercarte porque yo soy su guardián». El comportamiento de Iván ha sido correcto. Esa sonrisa de anuncio de blanqueante dental la está dedicando a todas las mujeres de la sala y Pablo debería darse cuenta. Pero por el modo en que frunce el ceño no parece muy convencido. Quizá sea buen momento para tomar una tercera copa de vino. La noche todavía no ha terminado y una ayudita podría ser necesaria.

—¿Nos vamos?

—Sí, y rapidito, por favor.

Estos hombres tienen un sexto sentido cuando les interesa y un oído muy

fino. Nos hemos levantado e Iván, que estaba de espaldas por lo que no podía vernos, se ha despedido apresuradamente de los ocupantes de una mesa para ir a saludar a los que están al lado de las escaleras, ¡justo por donde vamos a pasar nosotros!

—¿Por qué no vienes mañana? Estoy perfeccionando tres nuevos postres y me gustaría que me dieras tu opinión. Podríamos comer juntos en la cocina mientras se elaboran. El restaurante estará cerrado al mediodía, pero puedes entrar directamente por la puerta trasera.

—No podré, me instalarán la línea telefónica y llegarán los muebles que encargué y debo estar allí, pero muchas gracias.

Si no fuera porque caminan y no son peludos, juraría que están olfateándose. Como son humanos, en vez de levantar la patita y orinar alrededor mío, intentan desequilibrar al contrario lanzando frasecitas como la que Iván acaba de soltar, como si él y yo tuviéramos una amistad muy sólida. ¡Sinvergüenza! ¡Solamente lo he visto dos veces desde que le lancé el bolo y me habla como si nos conociéramos de toda la vida! Con un «hasta luego» bastante cortante, Pablo da por finalizada la conversación. Y por si a Iván no le había quedado suficientemente claro que es con él con quien he venido y con quien me voy a marchar, me agarra del brazo y no me suelta hasta que llegamos al coche.

Si todavía me quedaban ganas de estar con algún hombre, se me están esfumando por momentos. Gracias a la bondad de Manuel, la casona es mía y mi futuro económico está asegurado. Lo único que tengo que hacer es disfrutar y los hombres son casi siempre una complicación.

Es cierto que compartir la vida con alguien como Nacho sería maravilloso, pero debe de haber pocos o todos están ya «cogidos». ¿No dicen que hay más mujeres que hombres? No hay media naranja para todas, alguna tiene que quedar sin su mitad. Esa soy yo, el calcetín que siempre queda desaparejado en el cajón. ¿Y lo tiramos por eso? ¡No! porque siempre hay esperanza de que un

día al retirar la ropa seca del colgador aparezca.

—Estás llena de secretos, Silen. Te escapabas en Madrid y ahora me ocultas que ya conocías el restaurante y al dueño, y bastante bien, por lo que parece. Estoy empezando a creer que no te conozco en absoluto.

—Nunca había estado en el restaurante y no sabía que Iván pasaría a saludarnos. Es del pueblo y le conozco desde niña. En quince años lo he visto tres veces, si contamos la de hoy. Cuando venía a veranear no pertenecíamos a la misma cuadrilla porque es unos años mayor que yo.

—Ahora esa diferencia ya no importa, por lo menos, a él no le preocupa en absoluto.

¡Quiero llegar a casa de Carmen ya! Y quiero meterme debajo de las sábanas y dormir. Mañana el sol brillará, los pajaritos cantarán, Pablo se habrá marchado y a Iván le dejaré muy claro que debe enfocar sus esfuerzos hacia otra mujer, porque conmigo está perdiendo el tiempo. Entonces, todo volverá a la normalidad y disfrutaré del mejor verano de mi vida. Si parece tan fácil, ¿por qué no lo siento así?

Capítulo 11

—Buenos días, Carmen. Acabo de mirar la previsión del tiempo y en el mapa han colocado un sol radiante sobre Cantabria hasta el lunes. ¡Tres días seguidos de buen tiempo! Un regalo después de tanta lluvia.

—¡Menos mal! Otro día más oyendo «¿Cuándo vamos a ir a la piscina?» cada cinco minutos y me vuelvo loca. Alejandra ha visto el sol, ha ido corriendo a su habitación, ha vuelto vestida con el bikini y con los manguitos en la mano para que se los hinchase. Una hora lleva con ellos puestos saltando por la casa.

—Ya veo que hoy te van a salir branquias.

—Y escamas y cola. ¡Ah! Y no te olvides del ojo en la nuca. ¿Cómo es posible que sea tan inquieta? Cada tres minutos cambia de piscina. Me mareo persiguiéndola con la mirada, así que le he comprado los manguitos más luminosos que he encontrado: dos cangrejos en color naranja fluorescente. Con lo tranquilo que es el mayor... Pero claro, es normal, cuando encargamos a Daniel estábamos solos, no había ropa de niños que lavar, ni purés que preparar, nada que nos preocupase. Y para llamar a Alejandra hubo que hacer un hueco entre las vacas que parían todas al tiempo, yo, que ya tenía la plaza en el colegio... Estoy casi segura que fue un «aquí te pillo y aquí te mato» o un «¿Se ha dormido? Entonces, no perdamos ni un segundo, dentro de diez minutos he quedado con el veterinario, pero con las ganas que te tengo me van a sobrar cinco minutos». Así nos salió la criatura: un terremoto.

—A saber cómo sale el chiquitajo. De momento, parece que tiene más calma que su hermana.

—Yo también lo creo, pero no voy a echar las campanas al vuelo por si acaso. Los niños pueden cambiar rápidamente. Algunos cuando comienza el curso parece que están atontados de buenos que son. Se dejan quitar los juguetes, nunca protestan y no pegan a los demás. Pero cuando llevan varios meses de curso se transforman y descubren que arreando a otros tienen todo lo que quieren y no hay quien les pare.

—Espero que no suceda eso. No sabría cómo tratar a un niño rabioso. Me acaba de llamar José. Le comenté que podríamos cenar aquí hoy y a Paula también le pareció buena idea. Ayer por la mañana me dejaron las cajas con todas las cosas que había comprado *online*. Estuve media tarde sacando vasos, platos, cubiertos, toallas... Seguramente faltará algo, pero yo creo que tengo lo imprescindible para poder celebrar que la cochera cambia definitivamente de estatus para convertirse en una casa. ¿Qué le parece a Nacho?

—Cuenta también con nosotros. Nacho se acercará en cuando termine de atender al ganado.

—Estupendo. ¿Qué tal si quedásemos a eso de las siete?

—Muy buena hora. Allí estaré. ¿Vas a venir a comer con nosotros? He dejado preparada una ensaladilla en la nevera. Hoy saldré de trabajar a las dos, así que comeremos todos juntos.

—Gracias, pero no puedo. Tengo que dejar el coche de alquiler, ir al concesionario a recoger el nuevo y luego voy a hacer las compras para la cena.

—¿Y nosotros qué llevamos?

—Hambre y sed. Ni se te ocurra traer nada porque ya tengo el menú hecho. Que tengas buena tarde de piscina.

Son ya las once y todavía no he pasado por la ducha. No llegaré a

Santander antes de las doce. El concesionario cierra a la una y media, así que lo mejor será que me prepare ya. ¡Un momento! Necesito comprobar si hay limones maduros en el árbol. La *mousse* de limón es el único plato que voy a cocinar porque se reduce a mezclar los ingredientes para dejarlos luego enfriar varias horas. Mi minicocina no soportaría hacer cena para diez personas, así que compraré todo lo necesario en un gran supermercado del centro comercial, que tiene una excelente sección de platos ya preparados.

Busco un cuenco donde dejar la media docena de limones que necesitaré para hacer el postre. Añado un trapo de cocina en la otra mano para usarlo como arma disuasoria y, si hace falta, convertirlo en mi ametralladora manual. Las flores de los limoneros huelen divinamente y eso mismo deben pensar todos los insectos voladores de la comarca: abejas, avispas y otros bichos, que serán preciosos para sus padres y para los humanos que los estudian, pero a mí que ni se me acerquen porque sobrepasan el tamaño que mi corazón puede soportar. Y no olvidemos a las moscas verdes, que, como suelen posarse en los «pasteles» que van dejando las vacas, me dan bastante asquito.

Cuatro limones en el cuenco y he echado el ojo al quinto por su tamaño y porque tiene una forma perfecta. El árbol también debe pensar que un retoño tan hermoso debe ser protegido y varias ramas llenas de largas espinas lo rodean.

Meto el brazo despacio. Ese limón va a terminar en el cuenco y solo necesito realizar la maniobra prestando atención a los obstáculos y el premio será mío. Lo agarro y tiro para arrancarlo, pero está firmemente sujeto y no se despega. Busco con los dedos el pedúnculo, me río yo sola por la palabrita que José me enseñó ayer para denominar la zona de unión de la fruta a la rama, y comienzo a hacer presión.

Unos segundos de lucha y me alzo como ganadora de esta batalla. Pero este árbol tiene buenos amigos y un zumbido se acerca velozmente por mi izquierda. Tengo el trapo en la mano, aunque necesito ver para poder agitar la

tela, así que olvido que tengo el brazo derecho dentro del ramaje y desplazo mi cuerpo con demasiada rapidez. El insecto se ha marchado antes de poder asustarlo con el trapo naranja con dibujos de ajos y cebollas. Y yo resulto herida levemente en el antebrazo y en la mejilla derecha por culpa de una espina que estaba agazapada detrás de una hoja.

—¡Jo...! Chico, ¡qué agresivo! Si tienes un montón de limones y se te van a caer todos, ¿qué más te da que lo hagan un día antes o después?

Me froto con la mano y tengo sangre. Apenas dos gotitas, un rasponazo que me ha causado más susto que dolor. Me planto en cinco limones. Son grandes y seguramente más que suficientes para que la *mousse* tenga un sabor inmejorable.

Si mi madre me pudiera ver ahora mismo por un agujero, pensaría que, aunque me hice mayor y responsable, hay cosas que no cambian, como por ejemplo que acabe llena de contusiones y heridas intentando coger fruta. «Pareces un mono, todo el día subida a los árboles», solía decirme cuando mi padre y ella daban un paseo por los caminos del pueblo y me sorprendían encaramada a los cerezos.

«Silen, no cojas cerezas de ese árbol, que no está cuidado y tiene más gusanos que fruta». Esa era frase de mi padre. «Silen, baja ahora mismo de esa higuera. ¿Cuántas veces tendré que recordarte que sus ramas son muy traicioneras y que tu tío Isma se partió el brazo de niño por subirse a una?». Y lo más curioso de todo es que a mí no me gustan los higos. Los recogía para llevarlos a casa y que los comiesen otros.

A mí lo que me gusta es trepar a los árboles. Subir y quedarme un rato pasando de una rama a otra siempre me ha parecido muy atrayente y no sé cuál es la razón. ¿Mantendré todavía esa habilidad? No pienso probar en el limonero, pero sí podría intentarlo en el nogal que tengo enfrente. Su tronco se bifurca en dos a una altura razonable, teniendo en cuenta los años que llevo sin practicar este deporte, que por desgracia no está contemplado como olímpico.

No debería hacerlo ahora. Si antes calculé que tenía que darme prisa para llegar a tiempo al concesionario, ahora también debería atender a ese razonamiento e irme a la ducha corriendo, pero solo serán un par de minutos y me apetece hacerlo. Cediendo a este deseo que ha brotado tan espontáneamente, dejo el cuenco de los limones y el trapo en el suelo, y abro y cierro las manos varias veces, comprobando que todavía conservo algo de fuerza en mis dedos.

Poso mis manos en dos ramas, aprieto y dejo caer mi cuerpo hacía atrás para poder elevar la pierna y meter el pie en el hueco del tronco. Una de dos, o he calculado mal o tengo el cuerpo muy rígido, porque mi pie queda a unos treinta centímetros de la distancia deseada y tengo que ir moviendo la pierna tronco arriba, hasta que por fin consigo que mi zapatilla encaje en el lugar deseado.

Con este primer movimiento solo he conseguido quedar colgada como si fuera un chorizo. Agradezco mentalmente a quien decidió que el muro que rodea la casona fuera tan alto. Debo de estar ridícula en esta postura, pero, como nadie puede verme, proseguiré con mis ortopédicos intentos para alcanzar la meta. La corteza es dura, está diseñada para proteger al árbol y no facilita la tarea a alguien como yo, con manos recubiertas de piel fina y mucho tiempo libre para perderlo.

Cuando era pequeña, se terminaban las vacaciones y volvíamos a Bilbao después de pasar todo el verano en el pueblo. Tenía las manos llenas de durezas por haberlas tenido expuestas a pruebas como esta. Me saldrán ampollas, pero no voy a soltarme ahora que parece más cercana la cumbre.

Haciendo un esfuerzo que me parece sobrehumano por cómo me duelen los brazos, mi culo empieza a vencer a la gravedad elevándose. Aprovecho la circunstancia para subir la otra pierna y dejarla en el hueco. Este movimiento me reporta un alivio instantáneo que agradezco en el alma. Sentía la zona de la entepierna a punto de romperse debido al excesivo estiramiento al que había

sometido a mis extremidades.

No sé si alegrarme es lo más razonable. Ahora me siento cautiva del nogal. He agotado mis reservas de energía y mis brazos no se flexionan para dar a mi cuerpo el ángulo que permitiría que mi tronco se eleve lo suficiente hasta poder soltar una mano y agarrar la rama superior. Reconócelo, Silen, tienes que buscar un arbolito más pequeño y hacer algo de ejercicio antes de volver a plantearte un nuevo reto.

¡Qué pena! Parecía tan fácil que me resisto a soltarme. Un cosquilleo en la mano izquierda se encarga de tomar esa decisión por mí. Un bicho marrón con antenas en constante movimiento está pasando por encima de mis dedos y eso hace que saque fuerzas de donde no hay para liberar mis pies y dejarme caer al suelo, que no está tan blando como sería de agradecer. Me incorporo frotándome el culo con ambas manos, lo cual resulta un alivio también para mis manos, que se habían quedado agarrotadas.

Silen, ya has encontrado algo más a qué dedicar tu extenso tiempo libre, a ejercitar tu cuerpo durante media hora cada mañana. Cuarto de hora corriendo por el perímetro de la finca y cuarto de hora intentando subir a un árbol. Aquí hay muchos y debería ser posible encontrar uno aún más fácil de escalar. Practicaré y cuando esté preparada volveré al nogal y terminaré lo que hoy he empezado. Y comeré nueces recogidas una a una por mí sentada en mi sofá mientras el viento arrecia en invierno.

¿Y ese ruido? Se escapa por las ventanas del sótano que hemos dejado José y yo abiertas esta mañana para que no se deterioren los muebles por la humedad. ¿Metal? ¿Cadenas que se arrastran? ¿Fantasmas? ¡Para, Silen! Que estás pensando tonterías y, una vez que las ideas se te meten en esa cabecita tuya, no hay quién te las quite en meses. Abajo no hay ni una sola cadena, solo madera y herrajes. ¡Eso debe ser! Alguna puerta de armario o alacena estará cediendo y, como el sótano es tan grande, habrá eco que aumente el sonido hasta hacerlo sospechoso.

Cualquier día de estos escucharé un estruendo mayor y tendré que alegrarme por el susto que recibiré. Significará que ningún mueble ha caído sobre mi cabeza. Si no fuera por Carmen, ya estarían muy lejos, en la tienda de algún anticuario donde podrían hacer todo el ruido que quisieran. Pero mi amiga tiene planes para cada uno de ellos. A mí no me salen las cuentas. Ni viviendo doscientos años podría restaurar todos los muebles, pero es feliz pensándolo y yo sé muy bien qué es eso, el placer que se siente al darle vueltas a algo agradable. Yo soy la muestra perfecta. He tenido muy buenos momentos mirando esta casona, pensando en qué haría yo si fuera la dueña. Curiosamente, no recuerdo ninguna de mis ideas, solo el placer que me reportaba cavilar mientras mis ojos iban posándose en cada ventana, en cada planta del jardín y en las escalinatas de piedra de la entrada.

Ya no se oye nada, solo los pájaros, y sospecho que ha sido mi imaginación la que está jugando conmigo, transformando unos inocentes y explicables sonidos hasta convertirlos en aullidos de seres del inframundo que, arrastrando cadenas, recorren los pasillos en su búsqueda de la puerta de salida. Silen, Silen, borra esa cinta y sustitúyela por una de Heidi que corre por las praderas de Suiza con la cabritilla que brinca a su lado.

La casa de mis abuelos crujía por los cuatro costados. La madera es una chillona y una chivata. Cuando nos juntábamos todos los primos en verano, siempre intentábamos hacer fiestecillas nocturnas pasando de habitación a habitación, mientras los mayores estaban en la planta inferior descansando después de estar todo el día atendiéndonos.

Conocíamos casi todas zonas del pasillo por donde no había que pisar para no delatar nuestras juergas infantiles. Pero siempre aparecía una nueva tabla acusica que aullaba a nuestro paso. Lo que había empezado como una aventura se transformaba en una amenaza cuando algún tío subía al descansillo para decirnos que, como no nos metiéramos en la cama y nos quedásemos quietecitos hasta las diez de la mañana siguiente, no nos llevarían ese día a la

playa.

Las puertas de la alacena también eran unas auténticas traidoras. Allí se guardaba el chocolate, las pastas y demás dulces que solía haber en casa de mi abuela para agasajar a los invitados. La matriarca era muy estricta en cuestión de alimentación. Ella no había podido comer ni una onza de chocolate hasta cumplidos los cuarenta y en sus cuarenta años restantes tomó muy poco dulce. Era cierto que sus analíticas eran dignas de enmarcarse (ni una sola tasa fuera de los límites normales) y ella estaba convencida de que era debido a los alimentos naturales que siempre había comido.

Señalaba a mi abuelo como prueba de que su método funcionaba. Sería cierto que tendría el colesterol óptimo y que sus triglicéridos estarían mejor que los de un adolescente, pero el pobre hombre era un conejillo de Indias involuntario. Mi abuela le controlaba hasta las veces que iba al baño cada día. Todos los nietos sentíamos compasión ante esa espartana vida a la que su mujer lo sometía e intentábamos asaltar la alacena cuando había ocasión.

Mi abuela mantenía sin engrasar las bisagras a propósito. Gracias al ruido que hacían sus puertas al abrirse, controlaba perfectamente si alguna mano ladrona robaba unas onzas de chocolate. Los primos solíamos cantar a pleno pulmón en el salón mientras el abuelo sisaba alguna pasta.

Algunas veces el sistema funcionaba y en otras ocasiones podíamos comprobar el magnífico oído que la mujer conservaba, pese a sus muchos años. Llegaba corriendo desde la cocina, lo cual también era una proeza para su edad, y sorprendía a su costilla en pleno hurto. Mi abuelo devolvía lo robado murmurando algo que tardé años en entender: «Otra semana a palo seco».

Los muros de esta gran casa son de piedra, pero el interior tiene mucha madera y siempre habrá ruidos. En casa de mis padres también los había, pero de otro tipo. Vivir en un piso y rodeada por los cuatro costados de vecinos puede llegar a ser bastante desconcertante, e incluso molesto en algunas

ocasiones.

Javier y Ana, sin ir más lejos. Compartía con ellos la pared de mi habitación y algo más. «Va a haber que cambiar a la niña de cuarto como el señor mañanero ese no modifique sus hábitos», le escuchaba decir a mi madre si yo me quejaba de los extraños ruidos que oía cuando todavía no había cantado el gallo en ningún pueblo de España. «¿Para tanto será?», le respondía mi padre con una sonrisa picarona que tampoco entendía porque era una niña.

Era para tanto y para más. Javier conducía una ambulancia, un trabajo bastante estresante imagino, pero él todos los días comenzaba su jornada a las seis de la mañana relajado y feliz. ¡Menudos orgasmos le regalaba a todo el vecindario! Aquello parecía el rugido de un león.

Cuando ya tuve edad para comprender por qué él lanzaba ese «¡ohhh!» tan agónico y ella le respondía con un «¡ummmm!» más discreto, me dediqué a observarlos cuando coincidíamos en el ascensor. Tan tranquilos, siempre con la sonrisa en los labios y un «¿Qué tal estás, Silen?». «No tan bien como vosotros», me daban ganas de responder, pero mientras contestaba «Bien, gracias» mecánicamente, no podía dejar de pensar en lo maravilloso que debía ser el sexo para que a las cinco de la madrugada tuvieran ganas de hacer el amor, sacrificando minutos al sueño, para luego irse a trabajar.

A mí a las cinco de la mañana solo me despertaba la alarma del reloj cuando tenía un examen y quería repasar el temario. Y lo hacía siempre asustada porque pasaba bruscamente de estar soñando a sentir en mi cabeza la intromisión de la musiquita de turno. ¿Estarían los dos despiertos cuando comenzaban con sus juegucitos mañaneros, o uno de los dos despertaría al otro? Yo estaba muy intrigada, algo normal a mis catorce años, cuando las inquietudes sobre esa cuestión son una de las mayores preocupaciones de los adolescentes, y más aún teniendo a solo unos centímetros de distancia a una pareja que lo practicaba con entusiasmo cada madrugada.

Mis padres también tenían serenatas algunas noches, la que les dedicaba

Encarnita cuando se iba a dormir. La vecina de arriba era, porque la pobre mujer falleció hace algunos años, una adicta a las verduras. Soltera, muy coqueta, con pocas buenas amigas y todas con problemas graves de visión o el sentido del buen gusto alterado. Alguien debería haberle dicho que la sombra de ojos azul turquesa con reflejos nacarados es un tono demasiado importante para tomárselo a la ligera. ¿Y dónde compraría ese color? Se lo aplicaba en toda la superficie del párpado superior, por lo que gastaría las cajitas en un santiamén.

Imagino que su pelo fue negro en su juventud e intentaba mantener el mismo color a base de tintes mensuales en la peluquería del barrio. Cuando el sol chocaba contra su cabello se producían reflejos azulados y verdosos, y me recordaba a los escarabajos. Las cejas también recibían su dosis de tinte negro intenso. Parecía la *madame* de un lugar de vida alegre de una película del Oeste.

Era una de las mejores clientas de la frutería de Ismael. Se alimentaba solo con verdura, siempre llevaba bolsas cargadas de puerros, acelgas, espinacas y coliflores. A mí me costaba mucho aguantar la risa cuando mi madre y yo subíamos con ella en el ascensor y mi madre suspiraba mirando las bolsas de la compra de Encarnita. A los niños les gusta meterse en la cama con sus padres, aunque sea de vez en cuando y unos minutos. Yo no era diferente a los demás, así que ya había tenido el «placer» de escuchar sus conciertos gaseosos.

Mis padres estaban tan acostumbrados que, dependiendo del tipo de ruido, hacían cábalas: «Eso ha sonado a judías verdes» o «Menudo atracón a coliflor se ha dado hoy la señora». «Fijo», respondía mi madre. «Se ha llevado tres bien hermosas, así que directamente he optado por no abrir la ventana de la cocina en toda la mañana»

Ahora no tengo vecinos con flatulencias o con deseos sexuales irrefrenables. Ahora tengo una casa con más de cien años y tendré que

acostumbrarme a que se queje cuando cambia la temperatura, porque está algo mayorcita.

—Entra si te apetece.

—No, gracias. Solo estaba echando un vistazo.

—Insisto, los coches están hechos para montarse en ellos.

—De acuerdo. —No puedo negarme. Ha abierto la puerta del conductor y me está mirando sonriente.

—Muy cómodo —digo a modo de cumplido.

—¿Qué te parecen los acabados del interior?

—Muy elegantes.

—Prueba también los asientos traseros.

—No es necesario.

—Insisto de nuevo. —El madurito canoso del traje a rayas debe ser un vendedor muy bueno, aunque a mí me parece demasiado «insistente».

—Precioso, ¿verdad? Lo acaban de matricular y he venido a llevármelo.

¡Y yo el mío! Si lo llego a saber, no me hubiera montado.

—Que lo disfrutes.

—Un capricho. Estoy como un niño con zapatos nuevos.

Se nota, se nota.

—Perdona, pero me reclaman para firmar los documentos.

—Sí, claro. —No merece la pena explicarle que yo también he comprado un coche y que a mí también me lo entregarán ahora.

—Hola, Silen. Tu coche está listo. Vamos a mi despacho para la firma.

—Gracias, Agustín.

—¿Sabes lo que estará pensando ese hombre ahora mismo?

—¿El del deportivo? Pues no.

—Estará pensando que un deportivo siempre es una apuesta segura. Ni siquiera lo ha sacado del concesionario y ya ha montado a una hermosa mujer en el asiento de delante y en la parte trasera.

—¡Ja, ja, ja! Los hombres siempre pensando en lo mismo. —Quizá yo estoy atontada—. ¿Tú crees?

—Seguro. Desde que firmó la compra está relamiéndose pensando en todas las conquistas que su nuevo coche va a ofrecerle en bandeja de plata.

—Será por eso por lo que yo no he comprado un deportivo.

—Has comprado lo que necesitabas: un coche seguro, cómodo y con un gran maletero. Vamos a verlo, lo están preparando en el taller.

Prueba de maletero superada. He adquirido todo lo que apunté en la lista y bastantes productos más que han entrado dentro de mi carro de la compra sin poder remediarlo. La zona *gourmet* me llamó cuando buscaba los patés. Yo me resistí porque me conozco muy bien y, siempre que paso entre pastas y bombones, comienzo a salivar y a sentir una desazón que solo se calma cuando rasgo el envoltorio de una chocolatina.

Caminé lentamente haciéndome la despistada y me detuve a comprar panecillos para untar. Volvió a llamarme y esa vez por mi nombre. Pensé que, si podía estar algo más cerca y no caer en la tentación, me haría más fuerte. Casi lo tenía controlado, no entiendo cómo acabé en el pasillo con tres tabletas de chocolate en una mano y una caja de barquillos rellenos de praliné en la otra.

Tendré que plantearme alguna actividad física que ayude a eliminar todo el chocolate, las galletas y los helados varios que viajan conmigo de regreso a casa. Correr queda descartado al instante. Podría cruzarme con Iván y no tengo

ningún interés en comprobar su camiseta pegada al pecho, por mucho músculo que tenga.

Conduzco pensando en hombres sudorosos y, lo mire por donde lo mire, no le encuentro el atractivo a ningún varón que huela a gimnasio abarrotado y sin ventilación. Si alguien me gustase, elegiría verlo recién salido de la ducha, oliendo a colonia y con el pelo mojado por el agua. Ese sería mi momento ideal y no oliendo a demonios, con el cuerpo recubierto de sudor y el pelo pegado la cabeza por el esfuerzo.

Pablo olía muy bien. Probablemente llegará sofocado después de atravesar montes pedaleando en su bicicleta, pero no lo he visto, así que mi imagen de él es dolorosamente perfecta. Le parezco estúpida, estoy segura, y lo peor es que tiene toda la razón. Lamentablemente, lo hecho no se puede deshacer y la vida tiene que continuar.

Una semana ha transcurrido desde nuestra tensa cena. Cuento los días para no olvidar que podría volver a verlo pronto. Debo estar preparada para afrontar ese momento con más confianza en mí misma. Lo haré, pero no hoy. Todavía faltan siete días y esta noche cenaré en buena compañía.

—Carmen, trae bañadores para los niños. Ya te contaré.

La vida es bella, lo decía la película y lo digo yo. ¿No dicen siempre que hay que ser optimista y que lo importante es la salud? Me encuentro bien y no pienso hacerme ningún chequeo, por si acaso me prohíben comer chocolate. También tengo dinero, mucho, tanto que ni se me ocurre cómo podría gastarlo. Amor también tengo, el de mis amigos y mi familia, porque el amor carnal no es imprescindible para sentirse querida... ¿o sí?

Capítulo 12

—¿Pistolas de agua? —Carmen me mira incrédula.

—Las vi en el centro comercial. Pensé que sería una buena distracción para los niños, ahora que hace mucho calor. Podrían jugar un rato en el jardín mientras los adultos charlamos tomando algo antes de cenar.

—Marcos no va a poder caminar con ella en la mano.

—Se la dejaremos vacía para que no pese demasiado, pero tiene derecho a tener una como los demás.

—Vale, tía Silen, lo que tú digas, ¡ja, ja, ja! ¡Qué bien! También han venido los mellizos de José. Y fijate lo que estoy viendo, con qué cariño tratan a mis hijos. Son brutos cuando juegan con niños de su edad, pero a los dos les encantan los pequeños. Y para mí, que casi siempre los veo jugar al fútbol como si estuvieran en la final de la liga, o pelearse, es una delicia observarlos en estos momentos.

—Voy a sacar un par de cubos con agua caliente.

—Concédeme unos minutos hasta que les haya puesto a los tres el bañador.

Carmen entra en mi nuevo *loft*, donde ha dejado una bolsa más grande de la que yo necesito para viajar una semana. Dos bañadores para cada niño, ropa de repuesto y chaquetas por si refresca. Cada día al lado de mi amiga encuentro más razones para no tener hijos. «¡Te quitan la vida, Silen!», me suele decir cuando está colgando la segunda lavadora que ha tenido que poner en unas horas o cuando a Alejandra se le cae el vaso lleno de cacao con leche,

o cuando el pequeño quiere caminar más deprisa de lo que puede para su edad y acaba llorando en el suelo con un buen chichón en la frente.

—Hola.

—Hola, José. ¿No viene Paula?

—Sí, llegará dentro de unos minutos. Voy a cerrar las ventanas del sótano antes de que los hijos de tu amiga se cuelen y tengamos un disgusto.

—Buena idea. Te acompaño. —Si entro muchas veces, el miedo acabará desapareciendo—. Vamos al sótano, Carmen.

Mi amiga me lanza un «ok» sin salir de la casa. Entro con José y cierro la puerta con llave por dentro para evitar tentaciones a los niños. Una caída desde la planta segunda al recibidor podría ser funesta y es mejor prevenir.

—Ayer hablé con mi padre de esta casa.

—No tenía que haberte dicho nada. No quiero que tu padre se disguste y, si le preguntas, sospechará.

—No lo hice, fue casual. Me vio entrar cuando volvía de atender el jardín. Me preguntó por la casa y por los árboles frutales. Yo aproveché la circunstancia para hacerle varios comentarios. Mientras limpiaba la cuadra y él me ayudaba, fuimos hablando, hasta que una ternera dio por terminada nuestra conversación.

—¿Y eso?

—Los terneros suelen ser tranquilos y tímidos, tanto los machos como las hembras. Pero esta primavera nació una ternera a la que mi mujer ha terminado bautizando como Antoñita, la Fantástica. Muge y menea el rabo como si estuviera en una discoteca. Cuando ve a Paula sale corriendo hacia ella y mete la cabeza si ve a dos personas conversando. Ayer me dio un empujón cuando estaba hablando con mi padre y terminé en el suelo, encima de un buen montón de estiércol y con toda la cara llena de babas de la lengua de esa loca. Si de

adulta continúa comportándose así, lo sentiré mucho, pero la venderé. Ahora es pequeña y hace gracia, pero cuando alcance los ochocientos kilogramos se convertirá en un peligro. —José tiene cara de tristeza, quiere mucho a sus animales, pero entiendo que su familia es lo primero—. El tiempo lo dirá.

—¿Y qué has averiguado?

—Muchas cosas. Yo creo que mi padre me ha contado todo lo que recordaba. ¿Quieres saber algo? Ha sido un buen momento. Hacía mucho tiempo que mi padre y yo no teníamos una conversación tan larga. Desde que murió mi madre se ha vuelto todavía más reservado de lo que era.

»La casona la mandó edificar un hombre del pueblo que se hizo rico al emigrar a Cuba. Allí se casó con la hija de otro emigrante gallego. Envío dinero a España y, cuando le comunicaron que la casona ya estaba lista para vivir, su mujer, sus dos hijos y él vinieron a pasar el mes de agosto.

»En septiembre regresaron a Cuba y no volvieron hasta el verano siguiente. Mi bisabuelo y el dueño tenían buena amistad. Mi padre recuerda aquellos domingos de verano, cuando acudía a misa de la mano de su abuelo y este le contaba que la familia dueña de la casona era la que estaba sentada en el primer banco de la iglesia, que ellos mismos habían donado, junto con el dinero necesario para la reparación de la sacristía.

—Los bancos de las dos primeras filas tienen una placa de metal con el nombre de una familia inscrito. Lo recuerdo porque así pasaba el tiempo cuando mi abuela me obligaba a ir a misa. Me aburría escuchando aquellos interminables sermones. Serán los originales. La iglesia guarda todo lo que recibe, así que podría ir un día, apuntar y buscar en Internet.

—Me parece que su apellido era Vargas, pero no estoy seguro. Nunca más volvieron. Aunque hubo multitud de comentarios, nada se pudo averiguar, hasta que, transcurridos más de veinte años, alguien volvió y abrió de nuevo las puertas de la casona. Se trataba del hijo menor y único dueño, ya que tanto

sus padres como su hermano mayor habían fallecido en un incendio. Debía ser todo un personaje, y más para la gente del pueblo: mujeriego, bebedor, fanfarrón... una leyenda de la cual se habló durante años. Fue él quien compró el terreno y mandó construir el *chalet* de tu amigo.

»Cuando el indiano envió dinero para hacer la casona se contrató a gente de la zona. Era un hombre del pueblo y, aunque había hecho fortuna y alternaba con personas adineradas, no había olvidado sus orígenes y tenía buena relación con todos. El hijo, sin embargo, no debía tener interés alguno en que nadie del entorno estuviera merodeando en sus propiedades y trajo a trabajar a personas que nadie conocía. Aquello fue tomado como un desprecio hacia la gente del pueblo. Se convirtió en alguien hostil de quien murmurar.

»Durante muchos años llegaron multitud de coches. Quiénes iban dentro era todo un misterio, ya que no se dejaban ver por el pueblo, aunque permanecían varios días. Los coches se marchaban y nada se volvía a saber, hasta que una nueva comitiva de coches aparecía al cabo de varias semanas. Solían llegar y marcharse de noche, así que era muy difícil ver quién iba dentro. La curiosidad es una razón muy poderosa, y aunque las verjas de hierro que ahora dejan ver ambas casas estaban cubiertas por tablones por indicación del dueño, algún avisado debió de encaramarse al muro y contó que había hombres y mujeres que pasaban de una casa a la otra a través de la puerta peatonal.

—Estarían de juerga. —Si era un vividor, haría fiestas, traería aquí a sus amigos y «amiguitas», y necesitaría mucho espacio para alojar a todos.

—Eso precisamente eso lo que todo el mundo opinaba. Cuando la guerra civil comenzó, los coches cesaron de llegar. Todo quedó de nuevo abandonado. Las dos casas, que hasta entonces habían estado cuidadas, dejaron de atenderse. En pocos meses los jardines se volvieron una selva.

—¿Y cuánto tiempo permanecieron así? —Pablo regresa a mi mente al recordar nuestra charla en aquella terraza de Madrid—. Según me contaron,

cuando Manuel era pequeño la casa seguía abandonada, y continuó así hasta que la compró.

—Exacto, durante cuarenta años nadie acudió. La casona se deterioró mucho, hasta que Manuel la compró. Apareció un día, cuando llevaba años en México. Mi padre y él mantenían la amistad a través de cartas. Mi padre recuerda con emoción cómo se abrazaron después de tiempo sin verse. Aunque ya estaba anocheciendo cuando se encontraron, Manuel insistió en que caminasen hasta la plaza. Allí se pararon y le susurró frente a sus verjas: «Es mía». Se abrazaron de nuevo. Mi padre sabía lo importante que era para Manuel poseer esa casa. También sabía que su amigo había hecho dinero en México, pero desconocía la riqueza que había acumulado, que había luchado con uñas y dientes para conseguir un objetivo: regresar a su pueblo con la cabeza bien alta. Y ser el dueño de la casona significaba conseguir un sueño con el que se dormía cada noche: que su querida niña lo aceptase, se casasen y viviesen felices.

—Para ser un hombre hecho a sí mismo parecía bastante sentimental, me recuerda a las historias románticas de las novelas.

—Era un hombre marcado por su infancia, y creo que la casona fue su faro, una meta que se propuso conseguir, un punto a donde mirar y por el cual luchar.

—Lo entiendo. Para conseguir una meta hay que tener siempre presente la motivación que te impulsa a seguir luchando. Nadie se hace rico sentándose en un banco a esperar. —Bueno, casi nadie. Yo no he peleado para hacerme rica, yo no he movido un dedo y por ello debo tener esa sensación de provisionalidad, porque no he sufrido para conseguirlo.

—Lo recuerdo cuando pasó algunos días en casa de mis padres. Cuando nos visitaba traía siempre regalos para mi hermana y para mí, que todavía conservo. Era un hombre atento y casi siempre silencioso. Cuando mi padre y él querían hablar paseaban por los caminos que rodean la casa. Mi hermana y

yo teníamos prohibido acercarnos si no queríamos enfadar a mi padre.

—¿Sabías entonces que Manuel había comprado esta propiedad?

—No, nunca se hablaba de esta casa cuando estábamos delante. Un día, cuando estaba amaneciendo, mi madre me despertó pidiéndome que viniera aquí a buscar a mi padre. Un zorro había matado a varias gallinas y seguía rondando nuestra casa. Le pregunté a mi padre por qué estaba podando los árboles de la casona y me contestó que se lo habían encargado y que era asunto de mayores. Posteriormente, vi que supervisaba los trabajos de restauración. Ante la misma pregunta mi padre me respondió lo mismo y me di por vencido.

—Igual de reservado que Manuel, por lo que tú cuentas.

—Fiel a su amigo, Silen. Manuel no quería que se supiera y mi padre guardó el secreto hasta que yo le demostré que no hacía falta disimular más. Me encantaban sus visitas. Hablaba con ese ligero acento de las películas de mariachis que veíamos en la televisión. Sus cinturones eran grandes y ostentosos. Una vez nos regaló a mi hermana y a mí un gorro de ranchero que todavía conservo. Lo llevé puesto mucho tiempo, aunque me estaba tan grande que la mitad del tiempo no podía ver lo que tenía delante, pero, como era de Manuel, no me importaban las molestias ni que mis amigos se burlasen de mí.

—Admiro vuestro sentido de la lealtad. Los años que trabajé en publicidad tuve tantas malas experiencias en ese sentido que llegué a pensar que era algo casi normal que algunos compañeros de trabajo fueran capaces de hacer cualquier cosa por conseguir que su idea fuera la ganadora.

—Hace cinco años entendí realmente cómo de profunda era la relación entre ambos, aunque se vieran un par de días al año. Una familia del pueblo estaba en boca de todos porque sus tres hijos no se ponían de acuerdo en cómo repartir la herencia que los padres habían dejado a su muerte. Mi madre debió de pensar que ella tenía la obligación de salvar esa posible confrontación

entre mi hermana y yo, así que habló de ello con mi padre y a Santander marcharon un día para hacer testamento. A mí me gusta criar ganado; sin embargo, a mi hermana siempre le ha horrorizado la vida en el campo. Nos llevamos bien, pero viene muy poco. Es lo que mi madre denominaba «visita de médico».

Me río porque hacía mucho tiempo que no oía esa expresión. Mi abuela también le solía reprochar así al pequeño de mis tíos sus contadas visitas.

—Yo les había contado a mis padres que estaba estudiando la posibilidad de comprar un terreno para aumentar mi ganadería, aunque mi mujer y yo lo estábamos pensando mucho porque no nos salían las cuentas. Mis padres debieron notar que hasta el sueño había perdido dándole vueltas a la cabeza. Mi madre me llamó para que los ayudara con algo de la casa. Cuando fui y entré en la cocina, la copia del testamento estaba encima de la mesa.

»Yo sería el heredero de la casa, la finca donde se sitúa y varios terrenos más que yo creía que mis padres explotaban en régimen de alquiler. A mi hermana le dejaban en herencia dinero por un importe similar al valor de estas propiedades. La vida en el campo no da para hacer tanto patrimonio. Yo no entendía nada, así que mi padre tuvo que contarme que aquellas propiedades y gran parte del dinero habían sido regalo de su amigo Manuel, y que no tenía sentido que me hipotecara de por vida cuando podía usar aquellos terrenos con tranquilidad.

»El *chalet* contiguo también era suyo. Nadie en el pueblo debería saber que Manuel tenía tanto dinero, porque él se lo había pedido expresamente a mi padre como favor. «Eso es todo lo que necesitas saber», me dijo. «Si algún día a mí me pasase algo, te ruego que te asegures de que ni el jardín ni la casona se deterioran. Llamas a Manuel y él te dirá qué hacer». Me dio el número de teléfono de su amigo y ahí terminó la conversación.

—Pero tú sabías quién era yo cuando entré por primera vez y hablé contigo. Sabías que era la nueva dueña, porque Manuel me había hecho

heredera de la casona.

—Cuando mi madre falleció, mi padre todavía hacía la jardinería. Se habían jubilado hacía menos de un año y ya no tenían vacas. Habían dejado alguna gallina para seguir teniendo huevos de corral y mi madre mantenía una pequeña huerta para uso familiar. La artritis comenzaba a ser cada día más evidente y aun así se negaba a dejar que yo viniera a segar o a podar los frutales. Como ya te he contado, al fallecer mi madre dejó de salir de casa. Fue entonces cuando busqué el teléfono de Manuel y lo llamé para decirle lo que había sucedido y que yo me iba a hacer cargo del mantenimiento porque mi padre así me lo había comunicado. Manuel estaba en México. Dos días después llegó y se quedó unos días en casa de mi padre. Cuando se marchó mi padre accedió a venir a vivir con nosotros. Dos días después recibí una carta del banco con información de una cuenta bancaria a mi nombre, con dinero suficiente para pagar a todo un equipo de jardineros durante un año.

—¿Y fue en ese momento cuando te habló de mí?

—No. Hará unos cinco meses lo encontré mientras paseaba por este jardín cuando amanecía. Recuerdo el susto que me dio, estaba muy delgado y demacrado. Fue entonces cuando me habló de ti, de las conversaciones que mi padre y él habían tenido sobre tu pasión por esta casa. No hizo falta que me dijera que se moría, se veía por sus movimientos, por sus comentarios sobre ti como futura dueña. No quiso ir a ver a mi padre, dijo que era lo mejor para ambos. Esa fue la última vez que le vi. Hace un mes la cuenta bancaria que había abierto a mi nombre para pagarme por realizar el mantenimiento del jardín recibió una cantidad enorme de dinero. Lo llamé, pero nadie contestó. Con mis rudimentarios conocimientos de Internet busqué su nombre y apareció una pequeña nota en un periódico de México sobre su muerte. Y eso es todo lo que te puedo contar sobre Manuel, el mejor amigo de mi padre y un hombre generoso en extremo.

—¿Y no dijo nada sobre el *chalet*?

—Ninguno. Mi padre me dijo que era mi responsabilidad mantener el jardín como él lo había hecho durante años y yo he respetado su deseo. La hiedra tenía totalmente cubierta la puerta de comunicación con el *chalet*. De vez en cuando la podó para que no se extienda más allá del muro de separación de ambas casas. Si no lo hiciera, acabaría colonizando el resto de la valla hasta cubrirla totalmente.

—Muchas gracias, José. Gracias por contarme lo que sabes.

—De nada. Imagino que para ti debe ser muy importante conocer la historia. Yo también me haría preguntas de estar en tu lugar. Si surge de nuevo una conversación y puedo enterarme de algo más, te lo contaré.

—Gracias. Ya están todas las ventanas cerradas. Algún día nos encontraremos un mueble roto. He oído algunas veces ruidos. Al principio no entendía la causa, hasta que descubrí que son crujidos de la madera.

—Aquí abajo hay mucha humedad. Estamos rodeados de tierra y no hay ventilación. Si han aguantado hasta ahora en tan buen estado es debido a la calidad de la madera. Deberíamos comprar un higrómetro para saber si estamos haciendo bien o por el contrario estamos aumentando el grado de humedad al abrir las ventanas.

—Es buena idea. —Y lo digo con la boquita pequeña, porque sigo sintiendo un miedo muy considerable a esta zona de la vivienda y solo aceptaré las sugerencias que no me obliguen a entrar sola.

—Le diré a Paula que compre uno en Santander el lunes. Tiene que ir por la tarde al dentista y hay varias ferreterías cerca.

—No sé qué haría sin ti, José. Soy un desastre. Manuel se equivocó regalándome esta casa, no estoy capacitada para cuidarla bien.

—Lo estás haciendo muy bien, Silen. Tú confía en tu instinto.

—Este cubo era el último. Coged las toallas y secaos bien antes de entrar

en casa. Vamos a cenar en cinco minutos.

—Uno más, tía Silen.

—Ya has oído a tu madre, Alejandra, debes obedecer si quieres volver otro día.

Más de diez cubos de agua he dejado debajo del abeto. Miro el reloj y son las ocho y media. Los mayores tienen ya once años y están fuertes como toros bravos, pero los pequeños tendrían que haber disminuido el ritmo después de dar tantas vueltas a la casona corriendo con la pistola en mano. El pequeñín no ha resistido tanta emoción y, después de caminar con esos pasos suyos tan graciosos durante un cuarto de hora, se ha caído y se ha echado a llorar del susto. Carmen lo ha consolado y Nacho, que llegaba en esos momentos, lo ha tenido en brazos hasta que mi amiga ha calentado el biberón. Ahora duerme como un bendito en su silla, tapado con una mantita de patitos, alejado unos metros del ruido para que no se despierte.

—¡Ahhh! —El chorro de agua templada ha impactado en mi nuca y se está deslizando por debajo de mi camiseta, causándome más cosquillas que frío a su paso.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Quién ha sido? —Me giro y, como no podría ser de otro modo, es Alejandra la que está riéndose.

—Te vas a enterar. —Y poseída por el espíritu travieso de mi niñez tomo la pistola de Marcos y la sumerjo para que el agua llene el depósito mientras Alejandra se aleja chillando.

El agujero es pequeño y las burbujas de aire salen lentamente, dejando paso al líquido. Compruebo que se ha llenado medio depósito, coloco el tapón y salgo a la búsqueda de mi atacante, a quien veo alejarse entre los árboles. ¡Cómo corre para tener tan pocos años! Ha cruzado todo el terreno hasta quedarse en la pared que limita con el *chalet*.

—Eres mía, pequeña...

—No, ¡ja, ja, ja! No, tía Silen, ¡ja, ja, ja!

—¡Vale! ¿Te rindes?

—¡No!

Otro golpe de agua, y este me ha dado entre ceja y ceja. Las mujeres somos mentirosas desde pequeñas, pienso mientras aprieto el gatillo.

—¡Me rindo!

¡Por favor, no puede ser! Pablo y su camisa están mojados, y he sido yo quien ha disparado.

—Perdona, no sabía que ibas a aparecer por esa puerta.

Me mira con media sonrisa. Me temo que nada bueno puede brotar de ese gesto, así que empiezo a retroceder.

—¿Me la dejas unos minutos?

—No, Alejandra, no se la dejes. Dámela a mí.

Pero la niña también debe haber notado que es mejor no llevar la contraria a Pablo y se acerca sumisa para entregarle la pistola. Corro hacia los frutales para protegerme hasta que la casa lo haga, pero es imposible ganar metros entre nuestros cuerpos. El primer disparo me alcanza en el muslo, acompañado de la risa de Pablo. A mí no me hace mucha gracia y le pido a mis piernas que lo den todo. Mañana podrán tener agujetas, pero ahora tienen que ser más rápidas.

—¡Ay! —He debido de ser poco amable con mis extremidades, porque de repente he notado que mis pies se torcían. Después caigo al suelo de un modo muy poco elegante.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Has pisado la tierra que ha movido un topo. Déjame ver tu tobillo.

—No me duele, Pablo.

—Me gustaría mucho que obedecieras unos instantes y te mantuvieras quieta.

—De acuerdo. —El modo como me lo ha dicho no me ha dejado elección. Está arrodillado a mi lado. Me quedo quieta porque me lo ha pedido tan suavemente que mi mente ha dicho sí por iniciativa propia.

—Dime si te duele en alguna de las posiciones. —Pablo va moviendo mi tobillo sin dejar de mirarme a los ojos—. Para tu tranquilidad te confesaré que tengo algunos conocimientos. Mi hermano mayor es médico traumatólogo y yo fui su conejillo de Indias mientras estudiaba en la facultad. Cada vez que me caía acudía a su consulta particular, a su habitación, para que me examinara.

—Yo no tengo hermanos.

—Te regalo alguno de los míos. ¿Y esa herida en tu cara?

—Un arañazo esta mañana mientras cogía limones.

Resulta evidente que está aprovechando la excusa para tocarme y me gusta. Para qué negar lo que mi cuerpo anda festejando. ¡Es tan agradable tenerlo cerca, notar su piel caliente sobre mi tobillo, observar su gesto concentrado mientras su mirada se desliza desde mi mejilla hasta detenerse en mis ojos...!

—¿Qué haces conmigo, Silen?

—Nada —respondo agitada—. Me he caído. No lo he hecho a propósito.

—Pero el efecto es el mismo.

Se me está escapando algún doble sentido en esta conversación, porque no es posible que Pablo esté sintiendo algún tipo de deseo hacia mí en ese momento. Lo engañé y en la cena me demostró lo dolido que estaba en su

orgullo.

—No te entiendo.

—Tendremos que continuar esta conversación en otro momento. Por lo que veo tienes invitados.

—Puedes quedarte si lo deseas. —¿Me he vuelto loca? ¿Por qué he lo he invitado?

—Me encantaría. Acabo de llegar de Madrid y solo he parado para repostar en una gasolinera y tomar un refresco de la máquina. Gracias por invitarme, pero no quiero violentarte, estás con tus amigos y es mejor que disfrutes de su compañía.

Desconozco si Pablo es consciente del impacto de su mano. Mientras se mueve hacia mi cuello, está provocando placer en mis neuronas. Mi piel se estremece donde es acariciada y noto que se desplaza en ondas por mi espalda. Podría disfrutar durante horas de esta sensación maravillosa, pero un reducido número de neuronas debe estar resistiendo la fuerza de mi deseo y la conciencia de que en cualquier momento puede venir alguien y sorprendernos en esta romántica postura se impone.

Incorporo mi cuerpo hasta quedar sentada. Pablo no se adapta a mis movimientos, por lo que nuestras caras quedan peligrosamente cerca, tanto que debo regañar a mis ojos por buscar una y otra vez sus labios.

—Quédate —digo convencida. Necesito su compañía, aunque me mantenga excitada toda la noche.

—Está bien. Tengo algunas botellas de vino y algo de comida en el coche. Voy a por ello y regreso.

—Hay comida para todos. Compré el vino que tomamos el otro día, aun desconociendo si será adecuado para estos alimentos.

—Un buen vino siempre combina con todo.

Pablo se levanta y me ofrece su mano para que yo haga lo mismo. Después la aproxima de nuevo a mi cara. Temo hacer una locura si vuelve a conmoverme tocándome.

—Tienes hierba en el cabello —me susurra pasando sus dedos por mi pelo lentamente—. Deberías llevarlo suelto más a menudo.

—Lo haré —respondo seducida ante sus caricias—, pero no mientras cenamos.

¡Silen, sácate del cuerpo esta tontería que te ha entrado! Hay personas esperando para cenar y no deben notar que Pablo genera esos deliciosos efectos en tu cuerpo y en tu mente.

—¡Ummmm! Deshacer esa coleta también me parece muy interesante.

Me giro y lo miro interrogante. Si continúa por ese camino, no vamos a llegar a la mesa. Lo regaño con los ojos. El mensaje es captado inmediatamente. Pablo levanta las manos como muestra de rendición.

—¿Qué saben tus amigos sobre nosotros? Lo pregunto para no meter la pata.

—Solo saben que ya nos conocíamos y que tú eres el nuevo dueño del *chalet*.

—¿Y qué les vas a contar sobre mí?

—La verdad. Creo que no tenemos nada que ocultar y son personas de confianza.

—¿Y yo, tengo tu confianza?

—Sí —le respondo mirándolo extrañada ante el modo como me lo ha preguntado.

—Entonces, deberías contarme a mí también la verdad, Silen.

¿No se supone que somos las mujeres quienes seducimos a los hombres?

Sabía que, pese a ser mujer, no nací con esa cualidad, pero debería ser capaz de percibir cuándo un hombre sí la tiene y cuándo está usando ese don para encandilarme.

Capítulo 13

—¿Has probado el queso acompañándolo de esta confitura? Está buenísimo. Anótame la marca, por favor, para comprarlo mañana sin falta. Solo necesitaré añadir pan y tendré el menú ideal para todo el fin de semana.

—No recuerdo haber comprado ese queso, y estoy segura de que la confitura tampoco estaba dentro de las bolsas. ¡Mira que os pedí que no trajerais nada! —Todos agachan la cabeza simulando estar muy concentrados en la comida que tienen en el plato.

Estoy disfrutando de la cena. Una vez hechas las presentaciones y explicadas las circunstancias en las que nos conocimos, Pablo ha sabido adaptarse rápidamente al grupo. Lo he observado en varias ocasiones y juraría que está cómodo y relajado atendiendo a las historias que Nacho y José le están contando sobre sus vidas en el campo.

Los tres hombres están enfrascados en una conversación sobre la producción de leche. Nacho y José están en su salsa, son hijos de ganaderos. Desconozco a qué se dedicará la familia de Pablo, pero tiene conocimientos y mucho interés por asuntos relacionados con la nutrición de los animales.

Cuando compré la mesa de madera y las dos filas de asientos corridos, dudaba sobre su tamaño, pero ha resultado una elección perfecta. En una más pequeña no habiéramos entrado los diez por mucho que nos habiéramos apretado. Los mellizos de José y Paula distraen en una esquina a Daniel y a la glotona de Alejandra, que se ríe ante cada palabra que los chicos pronuncian sin perder ritmo en masticar y tragar todos los alimentos que tiene a su alcance.

—¿Lo has probado, Silen?

—No —respondo a Nacho, mientras corto una fina loncha del cremoso queso—, pero voy a solucionar la incógnita ahora mismo.

—Añádele la confitura. Solo está rico, pero el contraste con el sabor dulce lo hace irresistible —me sugiere Pablo tentador.

Mastico el primer bocado ante la atenta mirada de mis amigos. No entiendo por qué hay tanta expectación. Lo comprendo cuando los sabores inundan mi boca. La fruta madura combina a la perfección con la cremosidad del queso.

—¡Ummmm, qué rico! Me apunto a la dieta de queso con fruta confitada.

—Es nuestro nuevo sueño —apunta Nacho orgulloso—. Llevamos meses perfeccionando el proceso de elaboración de nuestro propio queso y queremos vuestra opinión.

—Yo he probado tantas muestras de queso que dudo de mi objetividad. —Carmen se mete en la boca un pedacito que ha quedado atrapado en el cuchillo—. Pero me gusta cada día más.

—La confitura la ha hecho Paula —matiza José orgulloso.

—¿También te dedicas a elaborar mermeladas?

—Ha sido desde siempre el modo tradicional de aprovechar la fruta que no puedes comerte fresca y a los niños les encanta.

—En Madrid hay varias tiendas que venden este tipo de productos que elaboran los pequeños ganaderos y agricultores. Lógicamente, son más caros porque se producen de un modo artesanal y requieren más tiempo, pero también hay consumidores deseosos de este tipo de elaboración y aceptan pagar por tener a cambio alimentos sin aditivos y cuya producción respeta el medio ambiente.

—Totalmente de acuerdo, Silen —añade Pablo, que se mete en la boca un nuevo pedazo de queso rebosante de moras confitadas.

—Casi todas las fincas tienen frutales plantados —dice Paula—, aunque poca gente la recoge. Es una pena ver cómo la fruta se cae y se pudre entre la hierba.

—Y leche también tenéis en abundancia.

—¿Estás pensando en hacer negocio, Silen?

—No, Carmen, estoy pensando en que lo hagamos nosotros.

—Es lo que siempre hemos querido —matiza Nacho, cuya cara no puede ocultar el interés que mis palabras están causando en él—, completar el proceso. Las terneras nacen en nuestra cuadra, las alimentamos y allí crecen. Si hiciéramos queso u otros derivados de la leche, llegaríamos al consumidor final con un producto redondo.

—Nosotros tenemos pocos frutales —apostilla José.

—Pero podríamos hablar con los vecinos, pedirles que nos dejen retirar la fruta y a cambio podrían recibir algunos tarros de mermelada o un porcentaje de las ventas. —A Paula le brillan los ojos.

—La idea es buena.

—Por supuesto que lo es, cariño —responde Paula emocionada—. Los niños crecen y cada día tengo más tiempo libre. Mis conocimientos de administrativa serían muy útiles.

—Creo que ahora mismo podrían estar plantándose los cimientos de una nueva empresa con un futuro prometedor. Contad conmigo para lo que necesitéis. Me especialicé en derecho económico, así que podría asesoraros a la hora de formalizar la sociedad.

Pablo me guiña un ojo y, contagiada por este espíritu aventurero que nos ha

atrapado a todos, tomo aire y carraspeo antes de hablar.

—Yo podría aportar el capital necesario y hacer la campaña publicitaria.

—Mamá, ¿qué es capital? —pregunta Alejandra, al tiempo que alarga el brazo para coger un trozo de bizcocho de chocolate.

—Son cosas de mayores, hija.

—Ya hablaremos de ello más profundamente en otra ocasión, porque realmente me parece muy buena idea. En el frigorífico he dejado una botella de crema de orujo y también he comprado vasitos. Voy a traerlo y vamos a brindar por esta noche y por nuestro posible negocio.

Entro sonriendo en mi nuevo hogar. ¡Por fin una señal! Hay que ser realista y no dejarse llevar por la euforia del momento, pero, si otros lo han logrado, nosotros no tendríamos por qué fracasar.

—¿Lo dejo en el fregadero?

—Pablo, quédate fuera con los demás. Ahora mismo lo recojo yo.

—Tus amigos son muy simpáticos, aunque prefiero disfrutar de tu compañía todo el tiempo que sea posible. Te noto relajada, ya no me miras con cara de pajarito asustado.

—¿Pajarito asustado? —pregunto posando mis manos sobre las caderas.

—Sí. A pesar de que me encantan los pajaritos, me gusta más verte así, sonriente, disfrutando de la conversación y mirándome a los ojos cuando te hablo.

Pablo desaparece antes de que pueda contestarle. Tampoco sabría qué decirle. Él lo ha notado, me siento bien, feliz porque tengo la casona a pocos metros, estoy disfrutando de una buena velada con mis amigos, porque dentro de unos meses podríamos tener a cientos de personas que desayunan alimentos del pueblo y porque Pablo hace que sienta mariposas en el estómago y música

cantada por angelitos rechonchos en los oídos.

—Voy a posar lo que no entre en la encimera. Cuando todos se hayan marchado lo fregaré —dice Pablo, que ha regresado con la vajilla y cubiertos que hemos utilizado en la cena.

—Ya lo haré mañana, tengo mucho tiempo libre.

—De momento, pero, viendo la emoción con la que has propuesto esta aventura, te imagino totalmente enfrascada.

—Me gustaría, pero habrá que examinar costes de producción, distribución, qué requisitos hay que cumplir para poder manipular y vender alimentos, y a qué posibles mercados nos podríamos dirigir.

—Lo que yo te he dicho: muy atareada.

—¡Ja, ja, ja! Me sobra tiempo y me gustaría ayudarlos porque ellos no han dejado de hacerlo desde que llegué. Además, necesito concentrar mis energías en algo productivo.

—Me parece una idea genial. La próxima semana tengo que estar en Madrid. Debo realizar las últimas gestiones, pero cuando termine tendré dos meses libres. Tengo amistad con el dueño de una tienda que vende productos ecológicos y podría preguntarle lo que se te ocurra y el viernes próximo contártelo.

—¿Vas a volver?

—Si todavía tenía dudas cuando conducía esta tarde, ahora lo tengo claro.

—¿Y qué tienes claro? —Quiero saberlo, lo necesito.

—Que me quedaré si tú lo deseas. ¿Quieres, Silen?

—Sí —respondo muy bajito.

Una sola palabra, dos letras que llevan en su interior un mensaje más extenso: «Quiero estar contigo, Pablo. Quiero abrirte mi corazón, dejar que

pases y ocupes el vacío que siento cuando no estás a mi lado».

—¿Dónde tienes los vasos? Tenemos un nuevo motivo para brindar. Será nuestro secreto.

Lo observo conteniendo la emoción. ¡Quisiera decirle ahora mismo tantas cosas!

—En esa balda —le digo señalando con la mano.

Pablo es más rápido que mis reflejos y, capturando mi mano, deja un beso en la palma que me hace sonreír.

—Salgamos. Están esperándonos.

—Sí. —Me quedo quieta mirándolo—. Aunque quiero moverme, parece que he olvidado cómo se hace.

—¡Tía Silen! ¿Hay helado?

—Por supuesto que tengo helados. Y voy a adivinar de qué lo quieres. A ver, a ver... ¿chocolate?

—¡Sí!

—Yo también quiero uno —pide Pablo juntando las manos con cara de niño bueno.

—De chocolate.

—¿De qué si no? ¡Ja, ja, ja!

—Lo hemos pasado muy bien, Silen. Muchas gracias.

—A todos por venir. Y vosotros dos también podéis visitarme cuando queráis —digo dirigiéndome a los mellizos—. Y a ti, Paula, te recuerdo que tienes libertad para entrar cuando quieras, aunque yo no esté, y bajar al sótano.

—¡Uf! Miedo me da. Cuando me enamoro de un mueble soy capaz de ponerme el despertador y levantarme a las cinco para ponerme a lijar.

—Esa es mi vida, Silen. Tengo que competir con mesillas y marcos viejos.

—Son amores pasajeros. Siempre vuelvo a tus brazos, José.

—Claro, yo soy mullidito y doy calor —dice José tocándose la tripa—. Ha sido un placer conocerte, Pablo. Cuida a tu vecina mañana y el domingo.

—No te preocupes, pienso hacerlo, aunque se resista.

—Se ha empeñado en que debo descansar los fines de semana y me ha prohibido que venga a atender el jardín.

—José, no te preocupes por los árboles porque no creo que se vayan a mover de sitio. Y la hierba está muy corta, no va a llegarme hasta la rodilla en dos días.

—Ese sí que sería un buen negocio —apunta Nacho ofreciendo la mano a Pablo a modo de despedida—. Podríamos surtir de hierba a unas cuantas ganaderías si tuviésemos un terreno capaz de producir a esa velocidad.

—De momento tenemos más que suficiente con el asunto de los quesos y las confituras. Propongo que hagamos cuentas en nuestras casas y que nos reunamos de nuevo dentro de unos días con más datos. —Carmen le guiña un ojo a Pablo disimuladamente. No sé para qué lo hace, porque todos lo vemos—. Me tranquiliza saber que vas a estar cerca de Silen.

—Adiós, tío Pablo —dice Alejandra abrazándose a sus rodillas.

—Adiós, preciosa.

Cierro con llave la puerta de la finca y Pablo y yo nos quedamos solos.

—Ya tienes un pariente en el pueblo.

—Es un encanto, todos lo son. He adquirido tantos compromisos que voy a tener que apuntarlos en una agenda. Tengo dos citas con Alejandra: una tarde en las piscinas y una merienda en su casita del jardín. Daniel quiere enseñarme su habitación porque es ahí donde tiene los castillos que construye

con piezas. Una vez hechos no se pueden mover porque se romperían. Con los mellizos voy a hacer una excursión hasta la cueva de la poza, donde tienen un escondite secreto que voy a tener el honor de conocer. Y también me he comprometido a visitar las cuadras de Nacho y de José, siempre y cuando me dejen ayudar, aunque sea llevando hierba. Y tú ¿qué me propones?

—¿Qué te parece un paseo por el pueblo, conocer sus rincones, tomar algo en los bares, acercarnos hasta el río...?

—Y por la tarde, baño en la piscina.

—¿Las municipales? Como quieras, pero no vas a poder tumbarte ni cinco minutos si Carmen lleva a los niños. Alejandra tiene vocación de sirenita.

—La mía.

—¿Tiene agua?

—Espero no tener que rociarte con la manguera, que el agua que había cuando he llegado no se haya escapado por las grietas que la empresa ha reparado, aunque estoy dispuesto a todo para que no pases calor.

—¡Me pareció tan deteriorada!

—Eso también creía yo. Habrá que hacerla nueva. Me han garantizado que han sellado las grietas con un producto que debería hacerla estanca, o cuanto menos asegurar que el agua que pierda sea mínima. Quiero disfrutar de la piscina durante el verano. Cuando llegue el otoño ya habrá tiempo para plantearse obras. No quiero tomar decisiones precipitadas.

—Me parece una postura inteligente.

Recojo los vasos vacíos y los envoltorios de los helados, y Pablo me imita agarrando la botella de orujo, que todavía tiene una tercera parte del contenido, y la botella de licor de manzana sin alcohol que compré para que también los niños pudieran brindar.

—Tuviste buena idea comprando esta bebida para los niños. Se han levantado los primeros para chocar sus vasos. A veces es increíble cómo perciben los hechos importantes.

—Te llevas muy bien con ellos. Alejandra te ha añadido a la familia, algo que poca gente consigue.

—Es muy lista. Ha deducido que, si tú eres su tía, yo que estoy contigo debo ser tu tío. Porque es así, estamos juntos y no vas a volver a huir de mi lado.

—No. —Dejo los vasos en la fregadera y al girarme choco contra Pablo.

—Y vas a confiar en mí y a contarme lo que te preocupe.

—Sí. —Libera sus manos de las botellas y pasa sus brazos a ambos lados de mi cintura hasta posarlas en la encimera acorralándome.

—Vuelves a los monosílabos, pero ahora no me importa. No es necesario que hables para lo que pienso hacer ahora mismo.

Sus labios se abren y su boca se acerca lentamente a la mía. Deseo que no haya espacio entre ambos, quiero que me bese, que se haga realidad aquello que he soñado y que me ha despertado anhelante y nerviosita perdida varias noches.

Es un contacto tan suave y controlado que parece irreal. Acercó mi mano a su pecho, donde su corazón golpea con fuerza la piel. Aleja la cabeza hasta poder mirarme a los ojos, transmitiéndome todo su deseo. Sonríó tímidamente, aunque mis pensamientos no lo son.

—Más. —La palabra se escapa y queda suspendida sobre nuestras cabezas.

—Yo también quiero más. —Y su boca se posa firmemente sobre la mía.

¿Se puede contar el tiempo que dura un beso? Y si fuera posible, ¿qué

medida tomaríamos, la que indica el reloj o la que sentimos? Si me preguntasen sobre lo que siento, ¿cuál de las dos percepciones elegiría, decir que un segundo o elegir que parece eterno porque el tictac se ha parado en el mismo instante en que su lengua se ha enredado con la mía?

—Silen. —El susurro sobre mi oreja me causa un escalofrío de placer.

—¿Qué? —Una pregunta quizá innecesaria, porque le acabo de facilitar la contraseña que abre la caja fuerte donde guardaba todas mis respuestas.

—Te deseo —dice dejando pequeños besos en la sensibilizada piel de mi cuello.

—Yo también te deseo.

—¡Silen! A Marcos se le ha debido caer su osito mientras dormía.

—Tu amiga Carmen. —Pablo desliza la mano por su cara intentando recomponerse.

—Te abro —contesto esforzándome para que mi voz no delate el momento que acaba de destruirse de un modo inocente.

—No hace falta. Mira debajo del árbol donde dejé la silla.

—Lo tengo.

—Gracias. Lo siento mucho, amiga —me dice Carmen bajito—. No quería interrumpir, pero, en cuanto se ha despertado y ha visto que no tenía el dichoso peluche entre los brazos, ha empezado a llorar y no me ha quedado más remedio que volver a por él.

—Estábamos recogiendo —le digo sonriendo, aunque conozco a Carmen y sabe interpretar mis gestos mejor que mi madre.

—Sigue recogiendo entonces. Gracias.

Se aleja corriendo Yo me quedo agarrada a los barrotes, avergonzada por haber pedido más besos. ¿Qué estará pensando Pablo sobre mí ahora? Hace

días, huyo. En nuestro reencuentro, me muestro hermética y ahora estoy desatada pidiéndole guerra. Yo encuentro lógicos mis cambios. El miedo inicial dio paso al temor por sus reproches y finalmente sus muestras de cariño y su paciencia han encontrado el punto débil en mi coraza. Ya no puedo ni quiero fingir indiferencia, ni tampoco quiero dar a entender que únicamente aceptaría su amistad. Siento que merece la pena arriesgar y eso es lo que voy a seguir haciendo. Me giro suspirando y camino hacia la casa, sabiendo que por mi parte no habrá más mentiras.

—¿Lo encontraste?

—Sí, Carmen ha salido corriendo. Si Marcos llora, nadie puede dormir en casa. Debe tener los pulmones concentrados, de otro modo, no se entiende cómo un niño tan pequeño puede alcanzar ese volumen.

—¡Ja, ja, ja! Te creo, tengo sobrinos. A veces me han dado ganas de cronometrar todo el tiempo que pueden estar chillando sin coger aire.

—Cuando Alejandra grita porque su madre le niega una galleta, me duelen los oídos. No me extrañaría que los vasos se rompiesen.

—Hablando de vasos, los he lavado a mano para que no se rayen. El resto lo he dejado en el lavavajillas, solo falta meter la pastilla.

—Gracias —respondo sacando una de la cajita. La dejaré a la vista para recordar que lo tengo lleno de platos sucios. Hace mucho ruido. ¡Como para ponerlo por la noche!

—Sí, es tarde y estarás cansada. Yo también empiezo a acusar los efectos del día de trabajo y el viaje desde Madrid. Me voy a meter en la cama y seguramente me quede dormido antes de taparme.

No se mueve y a mí tampoco se me ocurre nada ingenioso que decir. Pablo abre sus brazos y acudo. Me atrae contra su pecho y me dejo guiar. Para qué decir nada cuando nuestros cuerpos ya están dialogando. ¿Suspira mi voz o lo hace mi cerebro? Donde hace segundos notaba fuego ahora siento paz. Aspiro

por última vez su olor antes de iniciar una lenta y dolorosa separación.

—Carmen ha sido oportuna. Estaba demasiado ansioso por besarte y tocarte.

—Yo también.

—Me gusta tu sinceridad. Mañana nos veremos y quiero que todo siga igual que ahora: tú y yo, mientras nos conocemos, quiero que siempre seamos francos el uno con el otro.

—Sí —contesto con valentía—. ¿Te gustan las tortitas?

—¿Y a quién no le gustan? ¿Con crema de cacao?

—Y con confitura de melocotón de Paula. La de moras se terminó.

—Me apunto. Todavía no conozco tus hábitos —me dice con claras segundas intenciones—. ¿A qué hora sueles desayunar?

—¿Qué te parece a las nueve?

—Perfecto.

Despedirnos no está resultando tarea fácil. Un mechón de pelo se libera de mi coleta. Retiro la goma para recoger nuevamente mi cabello, pero Pablo me lo niega con su cabeza.

—Quiero despedirme con este recuerdo: tu pelo suelto sobre tus hombros desnudos.

¿Las palabras tienen temperaturas? Estas son cálidas y me recuerdan al pan recién horneado.

—Hasta mañana, entonces.

¿Por qué las pitonisas tienen que llevar esas ropas tan extrañas? ¿No pueden adivinar el futuro si no están vestidas con una túnica azul turquesa? ¿Y las uñas largas hacen de conector entre la bola de cristal y la mente de la

adivina? Son las tres y diez, y por la noche no es bueno hacerse estas preguntas, y tampoco ver la televisión...

Capítulo 14

—Hace mucho calor, podríamos subir otro día.

—Lo hace, pero no tanto como para desanimarme. ¿Se puede beber de esta fuente?

—Aquí todo el mundo bebe, así que imagino que está demostrado que es potable.

—Está muy fresca.

—Yo también voy a tomar un poco. Enseguida empezaremos a ascender. Todavía hay un buen tramo hasta llegar al bosque.

Esta mañana, mientras desayunábamos, Pablo comenzó a hacerme preguntas sobre el pueblo: dónde está el Ayuntamiento, si hay farmacia, cuál es la ermita donde se hace esa fiesta tan bonita... Pensé que ver el valle desde lo alto sería la manera más rápida de señalar todos esos lugares y que él conociera su ubicación.

Ha llegado viento Sur, algo que en el Norte sucede varias veces al año y que nos desconcierta por el cambio brusco que impone a la temperatura. Hoy el día está despejado, el sol calienta con fuerza porque estamos a finales de junio, y el escaso aire que mueve las hojas de los árboles se parece al que sale de un horno que ha permanecido encendido durante una hora a ciento noventa grados.

El desayuno ha sido una continuación de nuestros últimos minutos antes de despedirnos anoche. Pablo me ha dado un delicado beso en los labios y yo me

he vuelto a abrazar a su cuerpo. La sensación de convertirnos en una única persona fue mi último pensamiento coherente antes de dormir poco y mal. He despertado sintiéndome rara. Acercarme a su cuerpo ha hecho desaparecer todos los miedos que han estado rondándome mientras esperaba su llegada.

Pablo mantiene mi mano entre la suya. Desde que hemos salido de la finca solo la ha soltado en dos ocasiones: para que yo pudiera atarme nuevamente uno de los cordones de mis deportivas y para tomar agua, refrescarse la cara y la nuca.

Me he cruzado con multitud de parejas con sus manos entrelazadas y siempre me ha parecido un bonito gesto de unión. Ahora, sintiendo los dedos de Pablo jugar con los míos, entiendo que trasciende más allá de un simple contacto: compromiso, aceptación, complicidad, entrega, intimidad, unión... Hay un poquito de cada una de estas palabras en ese gesto y me gusta lo que me hace sentir.

Ascendemos entre campos donde vacas blancas con manchas negras están comiendo hierba a dos carrillos, para luego rumiarla con más calma debajo de los árboles. Hay un zumbido constante de insectos voladores, que pasan a nuestro alrededor en una especie de cruce de autopistas. Me mantengo alerta por si alguno de ellos se equivoca de dirección y decide aparcar en mi pelo.

No es buen momento para hablar. La pendiente es importante en este tramo del camino. Tácitamente nos mantenemos en silencio, respirando ruidosamente, hasta alcanzar una bifurcación donde están plantados los primeros eucaliptos que nos darán una sombra muy apreciada en un día como este.

—¡Sombra! Menos mal. Estaba empezando a sentirme como si estuviera caminando por Madrid en verano a las tres de la tarde. Si no cambia la climatología, esta tarde vamos a estrenar por todo lo alto la piscina, porque pienso pasar casi todo el tiempo dentro del agua.

—Sí, hoy es un día estupendo para bañarse y al salir no sentir frío alguno.
—Él y yo juntos en la piscina, nuestros cuerpos cerca y muy poca ropa entre ambos. Me pongo nerviosa solo imaginándolo—. Vamos a tomar el camino de la izquierda.

—Tú mandas. ¿Y a dónde iríamos si escogiésemos el de la derecha?

—Podríamos caminar entre plantaciones de eucaliptos hasta llegar a la ermita de Jesús del Monte. Cuando has conducido desde Madrid, ¿has tomado la autopista hasta Bilbao o has elegido la autovía que pasa por Reinosa?

—Por Reinosa y, al llegar a Torrelavega, dirección Bilbao.

—Entonces has pasado por la ermita. Siguiendo las pistas forestales no podríamos ver el valle, porque los árboles nos lo impedirían. Enseguida llegaremos a una especie de peñasco desde donde hay una vista perfecta de todo el pueblo. Si no los han talado, hay tres arbolitos que dan una sombra estupenda. De niña solíamos subir a merendar cuando hacía bueno.

—Por eso tienes ese cuerpo tan bonito —me dice Pablo halagador—. Me fascinan tus piernas.

—Gracias —contesto ruborizándome, aunque imagino que esta reacción de mi cuerpo queda oculta ante el calor que ya siento en las mejillas por el esfuerzo de la subida.

—Han resistido —dice Pablo señalándome el promontorio, que es bastante más pequeño de lo que yo recordaba.

—Sí y están libres. A las cabras de la zona también les gustaba su sombra y quien llegaba primero se quedaba con el sitio. No conviene enfadar a una cabra, y menos si no tienes una buena vara en la mano.

—Lo anotaré en mi lista de la compra: vara resistente a cabras y a otras especies locales.

Nos sentamos sobre las rocas. No son tan cómodas como a mí me parecía

de pequeña. En cuanto miro al valle, siento como si regresase a los trece años, cuando veníamos para hablar de nuestras cosas porque sentíamos que nadie nos comprendía. Era nuestro lugar de confesiones, y lo será de nuevo. Preciso confiarme para que no quede ninguna duda entre nosotros.

—Pablo, quiero decirte algo.

—Y este es un buen momento para hacerlo —responde con su mirada fija en el pueblo.

—En Madrid me porté mal, y siempre lo lamentaré. Es algo que no puedo cambiar, y nada lo justifica, pero quiero que sepas por qué lo hice.

A pesar de que no me mira, tengo que continuar. Necesito sincerarme, aunque con ello llegue a parecerle aún más idiota, si es que es posible superar las cotas que he alcanzado.

—Cuando llegó el sobre de tu bufete me encontraba hundida, sin negocio, sin dinero y sin ilusiones. Había estudiado aquello que siempre me había gustado para descubrir un mundo laborar feroz para el cual no servía. Volqué toda mi frustración en trabajar en el local hasta conseguir que pareciera un lugar acogedor. Había reencontrado mi camino cuando de repente me volví a quedar sin nada. —Trago saliva para no llorar, un desahogo que no pude permitirme en su momento porque estaba muy ocupada convenciéndome de la suerte que había tenido al resultar ilesa—. Entré en el despacho recelosa y me tratasteis con cariño, algo que no había recibido desde el derrumbe. Mis sentimientos hacia ti comenzaron desde el momento en que me trajiste el chocolate, cuando te sentaste de nuevo a mi lado y observaste cómo lo bebía a sorbitos por lo caliente que estaba. Creí que me mirabas a mí y no a la clienta que iba a recibir una herencia de ensueño. Me esmeré en arreglarme para ti. Mi lado racional repetía que estabas haciendo tu trabajo, que no había otras intenciones en tu amabilidad, pero mi corazón me susurraba que había algo, que esta atracción parecía recíproca. En la cena me relajé y me terminé de creer que te interesaba como mujer. Entonces apareció tu amiga y pinchó mi

castillo hinchable.

—Fue eso. —Pablo se gira sonriéndome.

—Sí, habló de vosotros, de la estancia en la casa de la sierra. Parecía que habíais mantenido cierta intimidad y que podría darse de nuevo. El contraste entre ella y yo era más que evidente: una mujer exuberante, con experiencia y llena de sensualidad frente a una otra sin mucho mundo, discreta en su modo de arreglarse y demasiado delgada para poder resultar sexi a los ojos de un hombre como tú. Sentí vergüenza por haber tenido la osadía de pensar en mí como posible foco de tus deseos y opté por huir, esconderme como los avestruces. No tuve valor para volver a verte y por eso me fui.

—Ven aquí. —Pasa su brazo sobre mis hombros y atrae mi cuerpo contra el suyo.

¿Estaba realmente sonriendo unos segundos antes? Todavía no tengo claro lo que puede estar ahora mismo pensando, pero su abrazo es tan bueno que decido que no me separaré hasta que él lo decida.

—Habrá que llamar a esta piedra «el asiento de la verdad», porque yo también tengo que confesarte algo. Cuando te dije que había estado observándote alguna vez mientras atendías la chocolatería, te mentí. Fueron unas cuantas más; en realidad, fueron bastantes. Me sentí atraído por ti desde que Manuel te señaló con la mano. Quería saber cómo eras, así que le pregunté si tenía alguna foto tuya. Me contestó que tenía algo mejor: la dirección de tu negocio. Cogimos un taxi y nos quedamos mirándote. Llevabas una camiseta roja con una piruleta.

—Y un eslogan que decía: «Con dulce la vida sabe mejor».

—Sí, ¡ja, ja, ja! Saliste del mostrador para darle un barquillo recubierto de chocolate a un niño pequeño. El chiquillo sonreía, pero tú lo superabas. Regresé solo al día siguiente y ahí estabas de nuevo, aún más hermosa y dulce que el día anterior.

»Ya conocía tu rostro. No tenía sentido alguno volver para mirar cómo atendías a los clientes, pero no podía evitarlo. Me daba excusas para pasar por delante de tu tienda en cuanto tenía un rato libre. No quiero que pienses que estoy loco. Manuel me hablaba con pasión de la casona y de cómo para ti también había sido objeto de devoción. Me enamoré de tus gestos, de cómo intentas sujetar los mechones que se escapan de tu coleta detrás de la oreja, de esa costumbre que tienes de poner las manos en tus mejillas cuando estás absorta en tus pensamientos, de tu cara de placer cuando pruebas alguno de los dulces de chocolate.

—Probar es la única forma de saber la calidad del producto. Y a mí me encanta hacerlo, sobre todo cuando se trata de dulce.

—Cuando nos encontramos en el despacho y me miraste, supe que eras tal y como te había imaginado, una mujer tímida que escondía un corazón apasionado. Nos reuníamos porque Manuel había sido mi cliente; él te había convertido a su vez en mi clienta. No podía olvidar ese hecho, y créeme que resultó muy difícil mantener la profesionalidad teniéndote a pocos centímetros durante horas. ¡Me parecías tan frágil! Necesitabas que alguien te abrazara, que te dijera que todo iba a salir bien.

Me emociono. Recuerdo demasiado bien cómo me sentía, perdida en aquel despacho, confundida a partes iguales por la revelación de la herencia y por tener a Pablo a mi lado. Ese abrazo quizá hubiera sido inapropiado, pero me hubiese sentado realmente bien.

—¡Me notaba tan extraña! Me encontraba muy cansada en lo emocional cuando te conocí. Al explicarme lo de la herencia, la mezcla de lo que ya sentía con la sorpresa de saberme rica me produjo un raro efecto. Parecía que las consecuencias de los sentimientos tan angustiantes que había padecido al ver derrumbarse el edificio se compensaban con la llegada de las emociones que tus palabras me hacían sentir, lo que me llevó a una calma artificial.

—Esperaba gritos de alegría, euforia, risas, que te levantas y pasearas

por el despacho, no sé, todo lo que yo creo que hubiera hecho de ser el receptor de la herencia.

—No recuerdo ninguna de esas actitudes cuando el notario te comunicó que Manuel también te había incluido en su testamento.

—Es cierto. Por la noche entendí que mi error había sido prever tus respuestas emocionales partiendo de la base de que yo sí que sabía en qué consistía la herencia. Pero estaba tan alterado teniéndote cerca que no razonaba con claridad y tu calma me hizo sospechar. Quizá yo me había hecho una idea equivocada sobre cómo eras realmente tú y, si me hubiese precipitado en mostrarte mis sentimientos, me habrías rechazado acusándome de sobrepasar nuestra relación profesional.

»En la cena comenzaste a relajarte. Sonreías más abiertamente y, aunque al principio no mostraste mucho interés por la comida, te fuiste sincerando conmigo. Eso me hizo volver a confiar en mis posibilidades. Cuando Bárbara me saludó, yo respondí por cortesía. La conozco hace años y se comporta así con todos los hombres que ella califica como interesantes. Está buscando a alguien que la mantenga, la lleve de vacaciones a lugares exóticos y tenga capital para pagar sus habituales visitas a cualquier clínica donde le aseguren que va a salir más hermosa de lo que entró.

—Me pareció que te iba a besar allí mismo.

—¿Cómo? ¡Ja, ja, ja! A mí Bárbara no me ha gustado nunca. Su familia es encantadora y por eso todos consentimos sus escenitas, pero hasta ahí llega mi concesión. Fuimos a la sierra con las bicicletas. El plan era hacer una ruta larga el sábado y el domingo preparar una barbacoa y descansar todo el día. Seis amigos, tres solteros, dos con pareja y uno con pareja y un niño pequeño. Lo habíamos mantenido en secreto para que nadie nos molestase. Se trataba de un momento de hombres, y no te lo digo en un tono machista. Solo amigos disfrutando de unas horas de calma.

Cuando volvíamos llenos de barro y arañazos la encontramos en la terraza, con una copa de vino en la mano, esperándonos. Si nadie se había ido de la lengua, ¿cómo era posible que Bárbara nos hubiera descubierto? Pura casualidad. Una amiga de ella nos vio comprando cervezas y comida basura en un supermercado y escuchó nuestros planes.

El domingo a las cuatro de la tarde ya estaba de regreso en mi piso. Fue la barbacoa más rápida de la historia. A las doce estábamos encendiendo el fuego y a la una teníamos las costillas en los platos. Casi nos rompemos los dientes intentando arrancar la carne de los huesos, porque retiramos precipitadamente la comida para agilizar nuestra marcha. A la una y media, cuando se ausentó unos segundos de la mesa para atender una llamada de teléfono, tuvimos que reconocer que ninguno aguantaba más sus intentos de seducción. A su regreso nos encontró recogiendo la mesa para ir a Madrid con la promesa de no volver a esa casa por si aparecía de nuevo.

—¿Para tanto fue?

—Yo compartí la habitación con su primo, así que me libré del acoso nocturno, pero las puertas no tenían cerrojo y a los otros cuatro les hizo varias visitas. Llegó un momento en que se hartaron y pusieron una silla inclinada como hacen en las películas, que por cierto no funcionó, pero nos despertó a todos al caer contra el suelo de madera. Salimos sobresaltados y allí estaba llevando una especie de minicamisón, que no dejaba trabajo a la imaginación. En una mano llevaba una botella de cava y en la otra un par de copas. Se metió en su cuarto y no salió el resto de la noche.

—Así contado no parece tan divertido como ella insinuó.

—Es una fantástica. Yo nunca estaría con una mujer como ella.

—Siento haber pensado que podía haber algo entre tú y ella. No te conocía. Al día siguiente, cuando ya había puesto tierra entre nosotros, comencé a dudar. No parecía el tipo de mujer que tú elegirías. También

entendí que, aunque ella fuera tu novia, no tenía motivos para modificar la cita. Te habías portado muy bien y yo había escapado como si tuviera tres añitos.

—No te voy a ocultar que me dolió mucho. Había pasado casi toda la noche en vela buscando la mejor manera de decirte que me gustabas, tanto que ni siquiera me preocupé por saber algo sobre la casa que me había regalado Manuel.

—Y Manuel nos unió de nuevo.

—Sí. Después de varios días sin parar de pensar en ti, en qué podría haber pasado por tu cabeza para que cambiases de repente, de repasar una y otra vez nuestras conversaciones, tus gestos, tus miradas... entendí que no podría quitarte de mi cabeza sin saber la verdad. Y, casualidades de la vida, a los pocos minutos de tomar la decisión me llamó el notario para darme las llaves de la propiedad y la copia de la escritura. ¡Yo era el propietario del *chalet* que odiabas! Ya tenía la excusa que necesitaba para verte. Si no estabas en la casona, al menos alguien me podría contar si te habían visto. Con esa intención viajé hasta aquí.

—Y yo estaba.

—Sí, agachada limpiando el cobertizo. Hacerte rica no se te había subido a la cabeza. Algo muy importante para ti tenía que haber sucedido para que pasases de estar riéndote a mi lado a querer irte inmediatamente a tu casa a dormir. ¡Bárbara! Tenía que ser ella.

—Soy una idiota.

—Y yo también por no darme cuenta de tu cambio. Estoy tan acostumbrado a ignorar a Bárbara que a veces olvido que otras personas no la conocen. Esperaba que me dijeras la verdad, pero te negaste a hablar y regresé a Madrid aún más desconcertado que antes.

—Me daba demasiada vergüenza admitir que sentí celos.

—Yo también los he tenido cuando ese cocinero te habló como si estuvierais juntos todo el tiempo.

—¡Pero yo fui firme rechazándolo!

—Lo fuiste, aunque me dieron ganas de poner su cara a remojo dentro de una de sus cazuelas.

—¿Y por qué regresaste ayer?

—Comprendí que para mí estar a tu lado es lo más importante, tanto que aceptaría lo que quisieras darme. No podía esperar otros siete días, necesitaba estar contigo.

—Te echaba de menos. Contaba los días que faltaban para volver a verte. Pensaba decirte la verdad y suplicar tu perdón.

—Anoche, cuando dijiste más, creí volverme loco. Carmen llegó en el momento justo. Unos segundos más tarde y nos hubiéramos tenido que levantar de la cama para buscar el osito.

—¿Y eso no hubiera sido bueno? —Cuando pensaba que todo estaba aclarado, me encuentro nuevamente desconcertada—. Somos libres.

—Cariño... —Se gira para mirarme a los ojos—. No dudes de mi deseo, porque te aseguro que estuve debajo del agua fría de la ducha mucho tiempo. Lo que no quiero es que nuestro primer recuerdo sea algo precipitado. Imagino un lugar donde nadie nos pueda interrumpir, con luz de velas que iluminen tu rostro, con una bañera grande y profunda y con un cuenco lleno de bombones para cuando nos entre hambre.

—Eso suena de maravilla.

—Sí, tanto que estoy de nuevo bastante incómodo. ¡Ja, ja, ja!

—Me parece a mí que dentro de unos instantes vas a olvidarte por completo de ese problema, porque tenemos otro mayor. ¡Levántate! ¡Rápido!

—¿Qué pasa?

Pablo se gira hacia donde mis ojos están clavados: las astas de una vaca marrón que viene corriendo por el camino con otras dos compañeras que la siguen a pocos metros.

—Son vacas.

—Sí, vacas con cuernos, que embisten.

—No creo. Si las asustamos, se darán media vuelta.

—Eso harán las de las sierras de Madrid, pero estas marrones no se asustan por mucho brazo que muevas. Busca un palo y mantente entre los árboles.

—Me estás empezando a preocupar.

—Es lo que tienes que hacer. ¡Jod...! Hace tantos años que no paseaba por estos montes que he olvidado traer una vara.

La vaca se ha quedado quieta a tres metros. Las otras dos, que la han alcanzado, permanecen a la espera mirándonos. Podría dejarme engañar por sus grandes ojos rodeados de largas pestañas doradas, pero a estas rumiantes las tengo yo muy cazadas. Las dejan en los prados de las montañas durante el verano para que pasten y no están acostumbradas a ser dóciles con la gente.

—No encuentro nada y las piedras grandes están al otro lado del camino. Tengo tiempo de salir, coger una y arrojársela para que se marchen.

—No lo hagas, mejor esperar a que se cansen. Son rápidas y no quiero tener un disgusto.

—Juraría que las tres están descojonándose de nosotros.

—Por mí como si les salen agujetas de reírse, con tal de que se marchen por donde han venido.

—¿Y de qué raza son estas muchachas?

—No lo sé. Siempre las he llamado vacas marrones.

—Pero habrá varias razas de vacas que son marrones.

—Marrones claras, marrones oscuras, pero todas se creen toros de lidia.

Los minutos pasan, ellas no se mueven y nosotros tampoco.

—Esto es ridículo. ¡Ehhhh! ¡Ehhhh!

—¿Qué haces? ¡Vuelve!

Y lo hace corriendo. La vaca que encabeza esta formación militar agacha la cabeza y comienza a correr hacia Pablo. Por suerte, los tres árboles crecen demasiado juntos y no hay espacio para que puedan pasar sus barrigas entre ellos.

El claxon de un todoterreno que está descendiendo por el camino capta la atención de las tres amigas. El copiloto sale agitando la vara y chasqueando el típico «ka-ka-ka», que no sé qué significará en el idioma de vacas, ovejas, burros y demás animales domésticos, pero parece que funciona por la rapidez con la que se alejan de nosotros. ¿Tendría el sonido el mismo efecto sin una vara que apunte al cielo? Lo dudo.

—Esa vaca es un demonio. Parece que tiene un radar para saber cuándo alguien está cerca. Al monte hay que llevar siempre una vara, chicos.

—No lo olvidaremos. Gracias por ayudarnos. —Porque han llegado en el momento justo. Podríamos haber estado horas dando vueltas a los árboles hasta que les entrase hambre o perdiesen el interés.

—¿Queréis montar?

Miro a Pablo, lo interrogo con los ojos y contesta moviendo la cabeza de arriba abajo. Ya hemos tenido nuestra experiencia diaria con el mundo animal.

—Tu cara me suena —dice el conductor.

—Mi abuelo era el Tranquilu.

—Eres la dueña de la casona.

—Sí. —Es un pueblo y ya se sabe que las noticias vuelan. Aquí lo hacen en primera clase, porque la gente está deseando encontrar algún chisme nuevo del cual hablar.

—¿La vas a derribar?

—¡No! —¿Por qué habría yo de querer tirar la casa?

—Como estás viviendo en la cochera, la gente se hace preguntas.

—La casona es demasiado grande para vivir sola. Prefiero los espacios más pequeños.

—Eso es bueno, que no se destruya la historia de un pueblo. Bueno, nosotros vamos al barrio de arriba, ¿y vosotros?

—Nos bajamos en la fuente. Gracias por la ayuda y por traernos.

—No hay de qué. Y no olvidéis coger la vara la próxima vez.

El viento Sur no ha cedido y en el valle el calor se está concentrando, así que volvemos a refrescarnos en la fuente antes de regresar caminando a casa.

—¿El Tranquilu?

—Era el mote de mi abuelo, y estaba bien puesto. Era un hombre tranquilo, casi nunca se alteraba por nada. Ya tenía a mi abuela, que se ponía nerviosa por los dos. Cuando caminaban ella lo hacía siempre dos pasos por delante, cuando tenían consulta en el hospital, el médico preguntaba a mi abuelo y era mi abuela quien respondía. Pero se querían mucho. Mi abuelo la dejaba mandar y ella lo cuidaba como una leona a sus cachorros.

—Tú has heredado su tranquilidad.

—No, yo me pongo nerviosa por casi todo, aunque la gente no lo note.

—Ahora me tienes a mí. Yo te tranquilizaré cuando te pongas nerviosa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo tienes pensado hacerlo?

—No te lo voy a contar, tendrás que esperar para descubrirlo. ¿Hay algún lugar donde podamos comer además del restaurante de tu amigo?

—¡Que no es mi amigo! —lo regaño, aunque sé que me está tomando el pelo—. Podríamos preguntar en el bar de Remi. No hay carta, la señora, que tiene más de ochenta años, cocina cada día lo que le apetece.

—Seguro que está muy bueno lo que le apetezca cocinar. ¿Está lejos o podemos ir andando?

—Es el bar que está frente a tu casa.

—No sabía que estaba abierto al público. Pensaba que llevaba años cerrado.

—Cuando yo era niña ya estaba así. Si no ves gente que entra o sale, es normal que no te imagines que dentro hay una barra de bar y un comedor al fondo. Te advierto que, aunque todo está limpio, el mobiliario, la cubertería y la vajilla tienen más años que la dueña. Y para llegar al baño hay que salir al patio trasero, esquivar a las gallinas, que suelen estar sueltas, y aguantar la puerta tirando de la cuerda que hace las funciones de manilla.

—¡Toda una experiencia! Eso tengo que vivirlo.

—No digas que no te lo advertí. Cuidado con el gallo porque suele estar subido al techo del gallinero y le encanta asustar.

—Vacas marrones, gallos gamberros... Estoy pensando en hacerme un seguro de accidentes. ¿Algún animal más del que tenga que preocuparme?

—De momento, no recuerdo ninguno.

—¿Puedo cogerte la mano?

—¿Eh? Sí, claro —respondo sorprendida ante el placer que me causa que quiera que paseemos cogidos de la mano ante todos los habitantes del pueblo.

—Me encanta sentirte así, que me sonrías, que tus dedos se entrelacen con los míos, que pueda acariciarte y que te sonrojes como estás haciendo ahora mismo.

El calor en mi rostro se intensifica cuando Pablo se detiene para darme un beso, enmarcando mi cara con sus manos. No puedo evitar sonreírle. Me siento feliz ante su dulzura, el modo en que me mira cuando hablo, como si el resto del mundo no tuviera importancia porque nosotros dos llenamos todos los espacios.

—Y a mí me gusta mucho lo que acabas de hacer.

—¡Qué bien! Porque pienso hacerlo muy a menudo.

Llegamos al bar de Remi y Pablo se detiene a examinar la fachada.

—Este lugar solo lo conocerán quienes viven en el pueblo.

—No te creas, de vez en cuando acude algún extranjero preguntando por los huevos de Remi o por su famosa ensaladilla rusa. Debe aparecer alguna reseña de este bar en las guías de viajes. La semana pasada llegó un coche con matrícula de Gran Bretaña. Aparcaron en la plaza y, como no encontraban el bar, preguntaron a unas señoras que estaban sentadas hablando en el poyo de la casa de una de ellas. Aquello debió de ser todo un espectáculo, porque los ingleses no sabían más que unas pocas palabras en castellano y las señoras no tenían conocimiento alguno del idioma de los extranjeros, y tampoco vergüenza, por lo que intentaron hacerse comprender por señas. Como no llegaban a entenderse una de ellas, que había ido de vacaciones con el Inerso a Roquetas de Mar, se hizo la valiente y, recordando a su manera cómo hablaban los ingleses que estaban alojados en el hotel, empezó a ponerle acento a las palabras y a terminarlas en «eision».

»Según me contó Carmen, cuando comenzó a escuchar las frases de los extranjeros que decían que no entendían nada y las parrafadas que Luisa estaba soltando sobre lo bonita que es la misa que se celebra el día de San Roque,

empezó a reírse y no podía parar. Mientras Carmen les explicaba, ya en inglés, que habían tenido el bar de Remi delante de sus ojos todo el tiempo, Luisa no dejaba de hablar sobre campanarios, cristos, romerías y caricos. Y las dos amigas, que lógicamente entendían todo lo que estaba diciendo, le iban aportando nuevas ideas sobre que más cosas debían saber los visitantes sobre cultura y gastronomía local.

—¿Qué son los caricos? —me pregunta Pablo ya dentro del bar de Remi.

—Es una variedad de alubias que se cultiva en la zona. Según mi abuela es un manjar. Remi las prepara con chorizo y están realmente buenas.

—Quizá las pueda probar hoy.

—¿Hoy, con este calor? Yo siempre las he comido cuando hace frío. Si las tiene, te aseguro que no voy a probarlas. Prefiero algo más ligero si continúas pensando en que pasemos la tarde en tu piscina. Estoy muy interesada en seguir con vida muchos años y comer alubias con chorizo no es compatible con tirarse al agua, a menos que quieras revisar si el fondo de la piscina tiene grietas.

—¡Exagerada! Pareces de Bilbao.

—¿Verdad que sí? ¡Ja, ja, ja!

Lista de la compra:

- * Bikinis (y un bañador para ir a la piscina con los hijos de Carmen)
- * Ropa interior sexy
- * Gomas para coletas (no sé dónde estoy dejándolas cuando me las quito, pero estoy segura de que tenía unas cuantas y ahora solo me queda la que tengo puesta)

Capítulo 15

—¡Por fin apareces! Ya estaba buscando el teléfono de la policía.

—¿No pensabas ir tú primero para ayudarme?

—Las gallinas y yo no tenemos *feeling*, y con el gallo ya tuve mi momento de gloria hace unos días. ¿Por qué crees que te he contado antes cómo estaba el baño? Remi hace las mejores tortillas de patata del mundo. El otro día no me apetecía cocinar, así que vine a por el almuerzo. Le pedí que me envolviera media tortilla en papel de aluminio para llevármela a casa, donde pensaba comerla tranquila viendo la televisión. Me sugirió que, si esperaba un par de minutos, me podría llevar la que estaba haciendo en ese momento. Le contesté que sí y pedí un refresco para no estar dentro del bar esperando sin consumir. El plato de ese día eran albóndigas en salsa y están para chuparse los dedos. Me sacó un platito con tres albóndigas como tapa. Separé una, la partí en dos, la pinché con el tenedor y, cuando iba a metérmela en la boca, a un hombre que estaba también en la barra se le ocurrió alargar el brazo para coger el periódico deportivo y sin querer me dio con el codo.

—Lo haría a propósito para que te fijaras en él.

—¡Si apenas se tenía en pie de lo mayorcito que estaba!

—Las ganas no se pierden con los años, Silen. El cuerpo envejece, pero la mente recuerda.

—Te aseguro que ese hombre lo único que recordaba era dónde estaba el periódico. Noté que la salsa se me metía incluso dentro de la nariz. Solo había servilletas de papel y sentía, cada vez que me pasaba una por cara, cómo la

grasa se extendía todavía más, así que tuve que ir al baño a por papel higiénico.

»Aquello no había cambiado desde hacía años. Las gallinas estaban sueltas, algunas estaban comiendo restos de verduras en el gallinero y otras picoteaban el suelo distraídas, por lo que pasé sin problemas al baño. Cuando salí tenía al gallo enfrente, me miraba de muy mala manera, pero lo amenacé con la sudadera que me acababa de quitar y llegué hasta el bar sin problemas. ¿Y a ti qué te ha pasado?

—He cruzado el patio esquivando los excrementos y, si estaba el gallo, no lo he visto. Cuando he abierto la puerta para salir lo tenía delante más plantado que un pistolero. He movido una pierna para ahuyentarlo y el muy desgraciado me ha lanzado un picotazo que no me ha alcanzado por poco. Llevo pantalón corto, sabe que tiene ventaja y me ha acorralado dentro del baño. No había ni una toalla para defenderme, así que he sacado el rollo de papel higiénico y se lo he arrojado. Ha salido volando hasta subirse al gallinero y he pasado corriendo antes de que se le pasase el susto y decidiera atacarme de nuevo.

—¡Ja, ja, ja! Me hubiera gustado verlo.

—Ya lo han hecho las gallinas por ti. Estaban todas quietas mirando la escena. Me he sentido como un gladiador en la arena del circo romano. Menudo matón de barrio tienen como amante. No me extraña que los huevos estén buenos, las tiene a todas contentas. Merece la pena venir a comer porque la ensaladilla estaba buenísima y la masa de las croquetas podría tomarla a cucharadas, pero la próxima vez que tenga que usar el baño saldré, cruzaré la carretera, entraré en el de mi casa y volveré para seguir comiendo.

Me río imaginando a Pablo cara a cara con el gallo mientras el rollo de papel higiénico vuela por los aires deshaciéndose como si fuera un rollito de confeti de los que se lanzan en Nochevieja.

—Venir a este pueblo te ha sentado muy bien, Silen.

Pablo me está mirando, ¡y de qué manera! Me he puesto el bikini. Es negro y se ata tanto en la parte de arriba como en la de la braguita con las típicas cuerdas. El modo como su mirada está clavada en mi cuerpo hace que tenga dudas. ¿Se habrá movido la tela de sitio? Repaso con mi vista mi aspecto y con las manos la parte que no puedo ver. No hay sorpresas. Bueno, sí que hay una y la tengo delante: Pablo en bañador supera con creces al cuerpo de anuncio que mi imaginación creó el día en que nos conocimos.

Que hace deporte es obvio. Tiene una estructura delgada pero musculosa y el vello que cubre su pecho es fino y claro. El bañador azul, que cae sobre sus caderas, deja ver todo lo que necesito para que mi cara comience a sentir un calor excesivo. Confío en que no se aprecie demasiado porque no puedo controlar mis pensamientos.

—La piscina está llena de agua —digo tontamente.

—Y ha llegado la hora de probarla —responde provocador.

—Sí, hace mucho calor.

—Demasiado para tomar el sol sin antes refrescarnos. No tengo aún hamacas, así que he colocado varias toallas en la hierba.

Estoy deseando meterme en el agua. Me siento desnuda y tratar de ocultar mi pecho cruzando los brazos sobre él solo consigue empeorar la situación, porque, al mirar hacia donde los ojos de Pablo se han quedado atrapados, descubro que estoy marcando más mis pechos, apretándolos hasta formar un canalillo considerable. Quiero sentir la protección del agua, aunque también temo que alguien pueda ver lo que estoy segura que va a pasar. Voy a tocarlo y él va a besarme, y vamos a olvidarnos de todo lo que no seamos nosotros dos. Desde anoche no ha vuelto a besarme de esa manera y estoy ansiosa por sentirlo cerca.

Se lanza al agua y emerge a mis pies. Me invita con la cabeza, por lo que

me agacho hasta quedar sentada en el borde. Ni loca me tiraría como él ha hecho. No quiero aparecer con el sujetador en el cuello y la parte de abajo en las rodillas. La piscina es más profunda en uno de sus extremos. Donde estamos el agua solo cubre a Pablo hasta el pecho. Alarga los brazos y sujetándome con sus manos me hace descender hasta quedar atrapada entre la pared y su cuerpo.

—Estaba ansioso por que llegara este momento. Nadie puede vernos y voy a concederme todos los deseos que tengo guardados, voy a besarte, a tocarte y a saborearte.

—¿Y yo también podré hacerlo?

— Por supuesto, esa es mi mayor ansia, sentir que lo haces.

Nos buscamos y, cuando ya no hay espacio entre nuestros cuerpos, olvido que estoy en la piscina, que el agua está fría y que, aunque nadie puede vernos desde la calle, sí podrían oír los gemidos que escapan de mi garganta cuando abandona mi boca para mordisquear mi cuello.

—¡Deliciosa!

Sus ojos me miran y sus manos recorren los bordes del bikini. Yo tampoco puedo tener mis brazos quietos. Poso mis palmas en su espalda, sintiendo la dureza de su cuerpo.

—¿Tanto como el chocolate?

—¡Ummm! Me lo pones difícil, pero la respuesta es sí. Estoy pensando que podría mejorarse dejando caer helado de chocolate sobre tu cuerpo para lamerlo lentamente.

El agua ya no está fría a nuestro alrededor. Necesito refrescarme antes de perder el poco control que aún conservo, por lo que me sumerjo para salir a unos metros.

Apoyo mi cabeza en el borde de la piscina y dejo que mi cuerpo se

balancee suspendido en el agua. Pablo se sitúa a mi lado y me imita.

—Ayer fue Carmen quien nos separó, hoy eres tú quien parece guardar algo de cordura. No sé qué me sucede, pero cuando estoy a tu lado y te beso me cuesta muchísimo controlarme.

Giro la cabeza y lo miro, pero él no lo hace. Tiene la vista fija en algún punto entre las hojas de la buganvilla. Agarro su mano para que comprenda que a mí me sucede lo mismo.

—Es como si tuviera sed, me acercase a ti y el primer beso me diera más, y buscase el segundo y el tercero y con cada uno de ellos sintiera más necesidad de beber.

—Te entiendo. —Por supuesto que lo entiendo, yo siento lo mismo a su lado.

Ahora sí que gira la cabeza y me mira interrogante. Silen, te habías prometido ser sincera siempre con Pablo y ese «te entiendo» podría haberlo dicho cualquiera que estuviera recibiendo una explicación sobre las cláusulas de una hipoteca.

—Te entiendo porque a mí también me cuesta mucho separarme de ti en esos momentos. —Y para enfatizar mis palabras mi cara decide ponerse roja, lo cual resulta increíble, porque estoy dentro del agua y no comprendo cómo mi sangre puede estar tan caliente.

—¡Ufff! Salgo a tumbarme y boca abajo. Te aconsejo que te quedes en el agua durante unos minutos. Necesito serenarme y a tu lado es imposible.

Me alejo riéndome. Pablo ha salido de la piscina y me ha dado la espalda, pero antes de tumbarse gira la cabeza y me lanza un beso. Yo chapoteo durante unos minutos hasta que comienzo a sentir frío. Me acerco a las toallas. Pablo duerme y me dejo caer lentamente a su lado sin tocarlo para que el sol seque mi piel. Yo apenas descansé anoche y, si a él le sucedió lo mismo, es comprensible que al relajarse se haya quedado dormido.

Las pequeñas hojas del árbol neutralizan algunos de los rayos y convierten nuestras toallas en un oasis de temperatura perfecta, para dejarse atrapar por el sueño. No me resisto, es tan agradable y me está llamando tan dulcemente que los ruidos de los insectos se van alejando hasta que desaparecen.

Me molestan los rayos de sol sobre mis párpados. Miro mi reloj, solo ha pasado media hora, pero ha sido tiempo suficiente para que el astro haya cambiado de lugar hasta situarse donde las hojas del árbol no pueden hacer de sombrilla natural.

—¿Hace más calor que antes? —dice Pablo poniendo una mano a modo de visera para poder mirarme sin deslumbrarse.

—Sí, yo creo que ha aumentado.

—Debemos de ser nosotros, Silen. Me fascina tu piel, tan suave y fina. Me pasaría horas tocándola. —Su mano recorre mi espalda.

—Por eso mismo tenemos tanto calor, porque, si tu no me tocas, lo hago yo y eso no hay mente que lo resista. —Yo también quiero sentir su contacto y acaricio su hombro.

—¡Ja, ja, ja! Pondré espacio entre ambos, pero solo serán unos metros. Voy dentro a por un refresco. ¿Quieres tomar uno?

—Sí, por favor.

Pablo entra en el *chalet* y yo aprovecho para estirarme como si fuera un gato. Durante un momento, cuando estábamos en la piscina, he estado a punto de ceder al deseo que me dominaba y pedirle que no se contuviera porque sentía que estaba preparada. Ahora entiendo el esfuerzo que ha debido suponer para Pablo rechazarme. Amarnos por primera vez dentro del agua no habría sido apropiado ni cómodo. Estamos conociéndonos y las prisas no son buenas.

—No tengo limón y tampoco me acordé de llenar de agua la cubitera para tener hielos, pero las Coca-Colas están frías. También he traído patatas fritas.

—Yo tengo hielo en la nevera y hay muchos limones en los árboles de la casona. Voy a por ellos y así aprovecho para traer crema protectora. Me apetece quedarme al sol, pero, si no nos cuidamos, vamos a quemarnos y no quiero pasar la noche en vela.

Me levanto y me alejo antes de que Pablo pueda enredarme de nuevo entre sus brazos. No estaría mal si añadiera un poco de chocolate, no hemos merendado y tengo hambre. Meto el frasco de protección solar, una tableta de chocolate, unos bollitos con pepitas de chocolate y unas galletitas saladas. Cuando como chocolate me gusta alternar con una de esas galletas que tienen cristalitos de sal pegados, ya que al volver a comer algo dulce su sabor se acentúa.

No pienso entretenerme escogiendo limón. Estoy en bikini y me siento desprotegida ante el posible ataque de un insecto volador. El que esté más a mano será el elegido. Lo agarraré con fuerza, tiraré para arrancarlo y me alejaré antes de que ningún bicho barrigón con alas decida que mi cuerpo podría ser una buena pista de aterrizaje.

¡Plof! Un limón se acaba de caer. Le recojo del suelo y compruebo que el árbol se haya desprendido de él, únicamente por estar ya en su punto óptimo de maduración. Está caliente por el sol, su aroma es penetrante y no tiene bichos.

—Pues ya tienes lo que has venido a buscar, Silen. —No me privo de hablar en alto. Estoy sola y, si hay alguien encaramado al muro espiándome, está más loco que yo por dedicar su tiempo a fisgar la vida de los demás, así que no me importa nada si me está escuchando.

Algo me llama la atención: esa imagen que a veces captamos por el rabillo del ojo y que no es correctamente recibida por el cerebro, pero que sirve como aviso para girar la cabeza y prestar atención al chivatazo que hemos captado.

La puerta exterior del sótano está abierta. Yo no la he dejado así y José no ha venido esta mañana a cuidar el jardín, lo cual le habrá resultado bastante difícil por lo excesivamente responsable que es. En la cena la puerta principal de la casona estuvo cerrada en todo momento, ni siquiera Paula bajó a revisar los muebles viejos. Recuerdo perfectamente que hablamos de ello cuando se marchaban, así que no entiendo qué hace esa puerta abierta si nadie la ha tocado.

Acelero el paso tratando de buscar un pensamiento que anule el miedo que está surgiendo. Hace días que dejé de buscar la razón por la cual me da tanta aprensión esa habitación. Es algo que surgió en el momento en que visité por primera vez la casona y ninguno de mis razonamientos ha podido penetrar en este temor irracional. Considero que intentar dormir cada noche a pocos metros es plantarle cara y luchar, aunque aún no haya ganado la batalla.

Entro en el terreno del *chalet* casi corriendo y Pablo, que está mirándome, pone gesto de sorpresa ante mi dramática aparición, que capta antes de que me dé tiempo a disimular.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, es una tontería.

—Tendría que saber de qué se trata para poder decir lo mismo.

—Pásame el refresco, necesito beber.

—Ven aquí y cuéntame lo que sucede. Has salido riéndote y has regresado seria. Déjame ayudarte.

Tomo un trago de refresco, paso mi mano por mis labios y me siento a su lado. Las piernas me tiemblan como si hubiera subido las ochenta y cinco plantas de un rascacielos andando.

—La casona tiene cuatro plantas. Puedes verla cuando quieras, pero ahora te haré un pequeño resumen para que entiendas lo que voy a explicarte.

—Te escucho —responde Pablo incorporándose hasta quedar sentado a mi lado con las piernas cruzadas.

—La planta principal y la segunda planta están unidas por una hermosa escalera de madera. Pero para llegar a las habitaciones que hay debajo del tejado o bajar al sótano hay que tomar otra escalera que está situada en la parte trasera de la casa, al lado de la puerta de la cocina, no puede hacerse a través de las escaleras principales. El sótano sí tiene dos accesos, ya que hay una entrada exterior en la cara opuesta a la puerta principal.

—¡Qué complicación! Con lo fácil que hubiera resultado tener una única escalera con acceso a cada una de las plantas.

—Carmen opina que la escalera de servicio se construyó para que las personas que trabajaban allí no molestasen a los dueños cuando se desplazaban desde sus estancias hasta las zonas de trabajo como la cocina y la lavandería.

—Bueno, es algo que tiene sentido, aunque me sigue pareciendo poco práctico.

—Todas las estancias de la casona están amuebladas, no falta ni un detalle. No me encuentro muy cómoda cuando estoy adentro. Es demasiado grande, está llena de recuerdos que, aunque no son míos, me hacen sentir que estoy invadiendo la intimidad de quien allí vivió. Me parece que en cualquier momento voy a chocarme con el dueño o con su mujer vestida con ropas de aquella época. Si estar dentro me asusta, el sótano me da pavor. Tiene multitud de muebles. De hecho, está lleno y solo he bajado acompañada de alguien. Yo sola no me atrevo.

—Y has hecho bien. No tienes que demostrar nada —apunta Pablo agarrándome las manos para que deje de retorcerme—. Continúa, por favor.

—A veces se oyen ruidos. Los he escuchado yo y también lo ha hecho José.

—¿Ruidos? ¿Qué tipo de ruidos?

—La mayoría de las veces son crujidos que parecen provenir del sótano. Hemos revisado los muebles buscando polillas o termitas que pudieran estar devorándolos, pero la madera aparentemente está en buen estado. Tampoco hemos hallado signos de que algún animal haya encontrado un sitio por donde entrar y tenga allí su nido. Y una de las veces que he bajado con José me pareció escuchar algo muy diferente.

—¿Y qué era?

—Metal que choca, cadenas... no sé. Fue solo un segundo, pero es lo que me pareció oír.

—Podría ser el ruido de las bisagras que están oxidándose.

—Eso mismo dijo José, que hay mucha humedad porque el sótano no está ventilado y porque está rodeado de tierra.

—¿Y has vuelto a oír algo ahora y por eso venías corriendo?

—No, pero he visto la puerta exterior de entrada al sótano abierta y ayer, cuando José y yo bajamos a cerrar las ventanas, la puerta estaba cerrada.

—No estaría cerrada, solo apoyada y el viento la habrá empujado hasta abrirla.

—Esa puerta tiene un pestillo interior y nunca lo hemos tocado.

—Ven aquí, por favor. —Pablo abre sus brazos y me refugio para notar que su piel caliente diluye mi tensión.

—Odio ser tan cobarde.

—Es normal sentir temor ante lo que no podemos explicar.

—Si una nave del espacio aterrizase en mi jardín y un ser con veinte cabezas calvas me pidiera un peine, me parecería normal asustarme, pero estamos hablando de una casa vieja.

—A mí me dan miedo los dentistas.

—¡Jod..., Pablo! ¿Y a quien no le asusta tumbarse, abrir la boca y ver cómo se acerca una aguja? No es lo mismo.

—Vale, buscaré otro ejemplo. ¡Ya lo sé! Los que tienen pánico a los payasos. ¿No es algo irracional sentir miedo de una persona que lleva una peluca naranja de rizos y una pelota roja en la nariz?

—Eso tiene que ser mentira. Lo he visto alguna vez en la televisión, pero estoy segura de que lo dicen de guasa. ¿Alguna vez has conocido a alguien que se asuste por ver a un payaso?

—Yo nunca he ido al circo, así que no puedo opinar. ¿Te importa si le echo un vistazo cuando termine el refresco? No dudo de que habréis mirado bien, pero no vendría mal que efectuase una nueva revisión, por si acaso a mí se me ocurre una explicación para esos ruidos.

—Por supuesto que no me importa. Es un buen momento para visitarla, ahora que el sol está más bajo, sus rayos entran por las ventanas de la fachada principal y dentro hay mucha luz.

Nos quedamos callados. Pablo pasa sus dedos por mi pelo y disfruto de las deliciosas sensaciones que mi cuerpo recibe a cada contacto de mi piel con la suya. Podría ser el paraíso si mi mente decidiera darme un respiro dejando de pensar en la casona y en su lúgubre sótano.

Cada día que paso cerca de ella siento un poquito más de temor. A veces creo que está viva, que respira, que su boca es la entrada principal. Sus ojos son los grandes ventanales de la planta superior y su garganta es la escalera de madera. Me habla y yo, que no entiendo su idioma, creo que son quejidos. No me he atrevido a decirle a Pablo lo que realmente pienso porque siento vergüenza, pero es la verdad y sí que puedo reconocérmelo a mí misma.

Tener tanta imaginación no supone siempre una ventaja, por muchas veces que me lo dijera mi profesora favorita de la universidad. Si pudiera

controlarla, no pasaría las noches tapada hasta las orejas y sintiendo más miedo que vergüenza.

—Voy dentro a por mis deportivas y salgo.

—Ponte una camiseta también. Abajo hace bastante frío.

Parezco mi abuela dando consejos. Siempre que he bajado al sótano he sentido escalofríos, así que al entrar a por la llave me calzo mis zapatillas, me pongo un pantalón corto y una camiseta de manga larga.

Pablo aparece con una de sus desgastadas camisetas que tan bien le sientan.

—Es preciosa. Y huele muy bien dentro, como a fruta recién recogida.

—Sí, deben ser los muebles. Las ceras que usaron para conservarlos estarán mezcladas con alguna esencia, porque cuando te acercas a ellos el olor se vuelve más intenso.

—Ahora entiendo que la hayas deseado tanto, Silen.

Pablo está asomando la cabeza a las estancias. Yo prefiero esperar en la puerta donde el sol, que ya está descendiendo, proyecta mi alargada sombra sobre el suelo del recibidor. Me hace comentarios, pero su voz se pierde en esos espacios tan grandes y no entiendo lo que dice. Le pediré que repita sus palabras en cuanto termine de pensar en que yo realmente nunca deseé poseer la casona. Cuando me sentaba en la fuente de la plaza y me quedaba mirándola, estaba imaginando cómo sería por dentro. No estaba pensando en mí como propietaria, eso no era trascendental, y ahora tampoco lo es, solo quería entrar, descubrir cómo era. Ahora lo puedo hacer, quería que estuviera a salvo de personas que pudiesen dañarla y eso ya no podrá suceder.

—Silen, te decía que voy a bajar al sótano.

—Voy contigo. Tengo que superarlo, por lo menos, intentarlo.

Busco su mano y desciendo detrás de Pablo. La sensación se repite. Siento más miedo al acercarme que cuando ya estoy dentro. Aquí todo es normal, los muebles no tienen cara ni tiemblan a mi paso. No hay ojos rojos que me miren desde los rincones oscuros, ni voces que me susurren «Silen, no podrás escapar de aquí. Nos perteneces».

—Si lo vaciases y pintases las paredes y el techo de color blanco, te parecería un espacio estupendo para cualquier uso que quisieras darle: gimnasio, *txoko* para reunirse en invierno... ¡Cuántos muebles! Son muy parecidos a los de arriba. No entiendo por qué lo hicieron. ¿Y no están estropeados por la polilla?

—Carmen estuvo examinando varios porque le gusta restaurarlos y comentó que están en perfecto estado, no encontró nada. Yo me limité a buscar agujeritos en la madera y tampoco vi nada.

—¡Pues sí que es curioso encontrar tantos muebles repetidos! Lástima no poder tener delante a quien los compró para preguntarle la razón. Ya veo la puerta, vamos a ver qué le pasa.

Aunque he soltado su mano no me separo de él.

—Mira, es la pieza de metal que está atornillada al marco, se ha desprendido y por eso la puerta se ha abierto.

—¿Serán esos los ruidos que he estado escuchando?

—¿Y qué podría ser si no?

—Claro. —Los crujidos, el ruido de metal, ahí tengo a mi explicación. Aunque hay algo que no entiendo: ¿dos tornillos y una pequeña placa de hierro pueden hacer tanto ruido para que desde el exterior se escuche?

—En el *chalet* tengo una caja de herramientas. La metí en el coche porque pensaba ocuparme de algunas de las reparaciones más urgentes que necesita esa vivienda. Este cerrojo está oxidado y doblado, no se puede volver a

colocar. Imagino que, al ser sábado y por la tarde, a esta hora no encontremos una ferretería abierta.

—No importa, ya se reparará el lunes.

—Pero podemos asegurar la puerta con un par de tablones, para que te sientas más tranquila.

—Bien —respondo distraída.

—Silen, no te preocupes porque no pienso separarme de ti.

—Estoy bien —le digo sonriendo—, solo ha sido el susto de ver la puerta abierta y no saber la razón.

—Es normal. Vamos a por el martillo y los clavos.

—En mi cobertizo hay tablones apilados en una esquina. Eran las baldas que desmontamos para habilitar la zona donde yo vivo.

—Estupendo. Ya tenemos todo lo necesario para hacer una cerradura a la manera tradicional, ¡ja, ja, ja! ¿Me acompañas?

—Ya sabes que voy a decir que sí.

—¡Qué curioso! Unos golpes con el martillo sobre unos clavos y me siento bien.

Giro la cabeza sorprendida. Yo estoy sacudiendo las toallas para retirar las hierbas que se hayan podido clavar en el tejido y no por eso me siento mejor.

—No me mires con esa cara, cariño. Soy el hombre más feliz del mundo a tu lado, pero siempre me han gustado las herramientas: martillo, sierra, destornillador... Cualquier tornillo o arandela me atrae.

—Entonces lo tendré fácil el día de tu cumpleaños.

—Desmontar un grifo que gotea o cambiar un portalámparas es algo que

puedo hacer yo solo. En mi trabajo tengo que tratar con otros abogados, con notarios o con organismos públicos. Generalmente, no tengo problemas, pero en algunas ocasiones me cruzo con algún profesional que a mi parecer no lo es, o burocracia que retrasa interminablemente los procesos. Por eso me gustan las pequeñas reparaciones, un destornillador, mi destreza y tiempo, sin agentes externos que retrasen mi trabajo.

—Apretaré los grifos hasta que la rosca se desgaste si eso te hace feliz.

—¡Mejor apriétame a mí! Te doy derecho para que lo hagas sobre cualquier parte de mi cuerpo, prometo no quejarme.

—Sí.

—¿Solo sí?, Estás ausente, Silen. Continúas pensando en ese sótano. ¿Quieres que busquemos un hotel y pasemos la noche en la capital?

—No.

—¿No?

—No me has dejado aclararme. —Ha sido más rápido que yo, y mi intención era explicar por qué me negaba.

—¡*Touché!*

—Todas las noches me acuesto convenciéndome de que voy a estar bien, que voy a dormir relajada, que despertaré tranquila. Conseguirlo significará que he vencido al miedo. Pero cuando me meto en la cama y me quedo quieta no puedo evitar sentir temor, ante cualquier ruido me despierto con el corazón que me galopa y pienso si no será mejor rendirme y volver a casa de Carmen.

—¿Y por qué no lo haces? No tienes que demostrar nada a nadie, Silen.

—Me lo debo a mí.

—Entonces tendremos que dormir juntos.

—¿Eh? —Nadie me había propuesto con anterioridad mantener intimidad

de un modo tan poco romántico.

—Para ahí esa mente tuya, que empiezo a conocerte. He dicho dormir juntos, el resto de los ingredientes los estás echando tú al guiso.

—Por supuesto, dormir. —¿Y por qué no me alegra saber sus intenciones?

—Mi habitación solo tiene una cama, pero en tu casa la cama y el sofá están casi pegados. Es perfecto, no tendrías que irte y yo estaría a tu lado haciéndote compañía.

—Si dormimos como tú dices, ya sabes cómo vamos a terminar.

—Tengo voluntad de hierro. Esperaré el tiempo que sea necesario hasta que tú estés convencida y me des permiso.

—Te creo —le digo acariciando su hermoso rostro—, y no me asusta. Ya no soy una niña pequeña, ¿sabes?

—Si tenía alguna pequeñísima duda, se ha resuelto en cuanto te he visto aparecer en bikini.

¿Es cierto que su mirada me está hablando o solo soy yo quien está realizando una traducción condicionada por las sensaciones que me provoca?

—Entonces, podríamos preparar algo de cena y tomarla fuera como hicimos anoche. Sobró bastante comida y, si no recuerdo mal, todavía hay un pedazo del queso que trajo Nacho.

—Estupendo —me responde relamiéndose—. Yo puedo aportar ensaladas y vino.

—No necesitamos más. Voy a ducharme. Dame media hora, allí te espero.

—Espera un momento.

Un paso y tengo su boca sobre la mía. Mi cerebro se resetea, ya no recuerdo ni temor ni incomodidad. Solo siento y me gusta demasiado cómo se expresa mi cuerpo ante las provocaciones de la lengua de Pablo en mi boca.

—Ahora puedes irte.

—¡Ah! —digo sofocada.

Me voy a tomar mi tiempo debajo del agua. Algunas de mis mejores ideas han surgido mientras me jabonaba el pelo: viajar a Dublín en verano para practicar inglés trabajando en una cadena de hamburguesas para pagar mis gastos o apuntarme a clases de cocina como actividad extraescolar cuando tenía once años. Curiosamente, todas las campañas de publicidad en las que colaboré tenían relación con el mundo de la alimentación. Mi afición a la cocina, y más concretamente a la repostería, me concedió pequeños momentos de gloria en reuniones con los ejecutivos de las empresas.

He de reconocer que salí de algunas duchas con ideas bastante descabelladas. Hacerme un corte de pelo de chico fue seguramente la peor. Me marché de la peluquería con el flequillo sobre la frente, aunque la peluquera intentó, con secador de mano y grandes dosis de paciencia, que mi corte de pelo se diferenciase en algo del que llevan los niños que aparecen en los reportajes sobre la vida de los pueblos nómadas de Mongolia.

La culpa la tuvo el champú «para un rizo vivo» que descubrí una tarde en la que mi madre me pidió que fuera al supermercado a por varios productos que había olvidado. Si eran tres artículos, traje dos y uno de ellos fue aquel bote amarillo con la foto de una chica monísima con una melena ondulada que le llegaba hasta la cintura.

Yo me apliqué una cantidad generosa como indicaba el envase. No entendía yo muy bien con quién había que ser generoso, pero por si acaso llené la palma de mi mano con el amarillo champú y masajee hasta que la espuma amenazó con cubrirme los ojos. Cuando me peiné ya empecé a sospechar. Aquello parecía igual de liso que siempre. «Secar como siempre» continuaba indicándome el fabricante, así que entré en la cocina a desayunar, porque nunca he usado secador de pelo a menos que tenga mucha prisa por arreglarme. Cuando terminé y regresé al baño a cepillarme los dientes, ni un

solo cabello se había movido de sitio. Cabreada ante tal fraude y cansada de llevar coleta, pedí cita esa misma tarde en la peluquería y ahí me terminé de enfadar. Durante seis meses desayuné de mal humor porque cada mañana, al mirarme al espejo, comprobaba que mi cabello aún no había alcanzado la longitud precisa para hacerme una coleta.

Fue entonces cuando aprendí una lección que hasta el día de hoy no he olvidado: una idea seguirá siendo buena o mala se estudie una o mil veces. No importa esperar días, si continúa pareciendo buena siempre se estará a tiempo de llevarla a cabo. Una mala idea disfrazada de buena puede ser nefasta si no se descubre y para ello sí que es imprescindible esperar, volver a revisarla cuantas veces sea preciso y no adoptarla en el momento en la que brota.

Pensaré en Pablo mientras me ducho hoy y en cómo Manuel ha cambiado doblemente mi vida uniéndola a la suya. Cada día lamento más no haber tenido la suerte de conocerlo.

—¿No puedes dormir?

—No. —¿Cómo voy a hacerlo sintiéndolo tan cerca?

—Yo tampoco.

—También yo te he oído moverte. ¿Es incómodo el sofá cama?

—No, de hecho, nunca había estado en uno tan cómodo, pero no tengo sueño. Intenta dormir, aprovéchame esta noche.

Aprovéchame ha sonado tan tentador que, si antes tenía dificultades, ahora se han duplicado. Hace calor, tanto que tengo que retirar la sábana hasta mi cintura.

Trato de quedarme inmóvil. El sueño acudirá cuando menos lo espere y, si soy paciente, cuando me quiera dar cuenta la luz de la mañana me dirá que he superado la prueba con éxito. ¿Y si cuento? ¿Será leyenda o tendrá fundamento? Vamos a probar, Silen, porque estás más despejada que un búho

mientras caza ratones.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Cuatrocientos veintisiete, cuatrocientos veintiocho... ¡Me rindo! Pensar en números me está despejando aún más. Se trata de dejar la mente en blanco. Hay un río, sus aguas son cristalinas y pasan cantarinas entre las rocas calentadas por el sol. ¡Imposible!

—Silen.

—¿Qué? —respondo incorporándome.

La suave luz de cortesía que he dejado encendida permite que nos podamos mirar a los ojos. Pablo se ha levantado y está esperando al lado de mi cama. Desplazo mi cuerpo a un lado, tomo la sábana, la apilo a mis pies y extiendo mi brazo para ofrecerle mi mano.

Cinco sentidos: vista, oído, olfato, tacto y gusto. Mis ojos no necesitan mucha luz para distinguir la sonrisa de Pablo. Sus palabras de amor son susurros que flotan en mis oídos. Respiro su cuello y memorizo su esencia. Mis manos al viajar por su cuerpo crean un mapa de su piel en mi cerebro. Rozo sus labios con mi lengua y reconozco su sabor como parte de mí. Los cinco sentidos envían constantemente datos a mi cerebro, y es ahí donde reside el más importante, el sexto, que identifica a los otros cinco y los mezcla hasta crear un encantamiento. Ese hechizo que provoca que hacer el amor se convierta en magia y que sienta que no existe en el mundo un lugar mejor donde estar.

—¿Cuál es la historia de tu nombre? No conozco a nadie llamado así. La verdad es que ni siquiera lo había oído con anterioridad.

Mi cabeza descansa sobre el hombro derecho de Pablo y el resto de mi cuerpo está muy pegado al suyo. Todavía es de noche. Ahora que nuestros deseos se han calmado, después de entregarnos, hemos buscado por el suelo la sábana para cubrirnos.

Me encanta deslizar la palma de mi mano por su pecho. Los latidos de su

corazón me hacen sentir en paz con la vida. Presiento que, mientras pueda seguir notándolos, siempre sabré que estoy en casa. Ahora entiendo a quienes dicen tener miedo a enamorarse. Sin notar este sentimiento es imposible imaginar el dolor que supone perderlo. Quizá esté todavía conmocionada después de haber hecho el amor con Pablo, de percibir cómo sus manos me transmitían todo lo que su cuerpo sentía, de oír las palabras que susurraba mientras su boca me besaba. Quizá mi cerebro necesite un tiempo para recuperarse, para volver a recobrar su capacidad de analizar después de que haya entregado un pedacito de mi alma en cada respuesta que he pronunciado, en cada caricia y en cada beso.

Quisiera, como habrán deseado todos los amantes, que el tiempo se parase, que este momento fuera eterno, que me asegurasen que todo va a salir bien, que siempre voy a sentirme a salvo entre los brazos de Pablo. No hay garantías, el amor no es un contrato, ni el más duro e indestructible de los elementos del universo. Es nuestra creación y antes de comenzar a hablar me prometo no olvidarlo nunca, recordar siempre esta sensación para que la parte de mi alma que he cedido a Pablo no quiera abandonarlo nunca.

—Cuando mis padres se casaron fueron a pasar la luna de miel a Torremolinos. Una de las familias de extranjeros que se alojaban en el hotel tenía una hija. Mi madre siempre dice que era una niña preciosa y que sonreía constantemente. Escuchó cómo la llamaban varias veces Silen y guardó ese nombre en la memoria. Mi padre y ella querían tener hijos y decidieron que, si era una niña, se llamaría así.

—Y llegaste tú.

—Sí, me hice de rogar, pero lo consiguieron. Cuando mi padre acudió a registrar mi nacimiento el responsable buscó el nombre y le comunicó que en el libro de familia debería constar el nombre completo: Silene. Mi padre ni se lo pensó. Yo era Silen desde el momento en que había abierto la boca para llorar por primera vez y eso no lo iba a cambiar una «e» más.

—Tendré que felicitar a tu madre por elegir ese nombre y a tu padre por no tener dudas al registrarlo. Es precioso y me encanta pronunciarlo. ¿Sabías que es un nombre de flor?

—Sí, soy una especie de campanilla.

—Eres muy bonita.

Besa mi pelo y, aunque intento mantener los ojos abiertos, porque lo único que deseo es grabar estos instantes, el sueño me seduce asegurándome que va a cuidarme, que me va a mecer entre sus brazos haciéndome sentir la misma felicidad que ahora me inunda, que cuando despierte nada habrá cambiado.

La vida es como una caja de bombones, nunca sabes cuál te va a tocar. Recuerdo esa escena de la película y pienso que a mí me tocaron todos los que tenían licor dentro. Si solo has mordido los que están rellenos de alcohol, es imposible imaginar el placer de uno relleno de praliné. Ahora lo sé.

Capítulo 16

Carmen: «Buenos días, ¿qué tal tu fin de semana? Me pareció entender a Pablo que tendrá que estar de nuevo en Madrid el lunes, pero por si acaso he preferido escribirte».

Silen: «Hola, se ha marchado hace tres horas. Ha sido un fin de semana perfecto».

Carmen: «Lo imaginaba. Ya me contarás...».

Silen: «Sí, hoy es la función. ¿A qué hora podemos ir los espectadores?».

Carmen: «A las doce. Luego pasaremos al patio, donde estarán colocadas las mesas con refrescos y pinchos».

Silen: «Luego nos vemos entonces. Un beso».

Carmen: «Otro para ti, aunque seguramente te hayan dado muchos estos días».

Silen: «Siempre hay espacio para el de mi mejor amiga».

Dejo el móvil sobre el sofá y regreso al baño para hacerme una coleta. ¿Dónde dejaría la goma? Siempre tengo dos o tres de repuesto en la cajita donde guardo la bisutería que de vez en cuando uso cuando tengo ánimo para arreglarme.

Recuerdo que Pablo dejaba mi pelo suelto el viernes por primera vez. Mi cuerpo también lo ha memorizado y me lo demuestra estremeciéndose mientras vuelvo a la cocina para recoger la goma que él dejó hace unas horas sobre el

horno microondas.

Apenas hemos dormido y, si yo me siento dolorida y cansada, él lo estará aún más cuando, después de conducir cuatro horas, tiene que trabajar todos los días hasta tarde para asegurarse de que el mes de julio va a poder quedarse a mi lado.

Siempre recordaré la sensación que tuve al girarme en la cama el domingo por la mañana y sentir que unos brazos me atrapaban. Recibir los buenos días de Pablo fue el comienzo del mejor domingo de mi vida.

De vuelta en el baño me coloco delante del espejo para arreglarme el pelo y me gusta lo que veo: una mujer con ojos adormilados pero brillantes y sonrientes. Tengo muchos planes en la cabeza, aunque tendrán que esperar hasta esta tarde.

Ahora necesito un tiempo para pensar, en Pablo, en mí, en el presente y en el futuro. Nada mejor que hacerlo subida en su bicicleta. Esta semana voy a tener tiempo de sobra para probar la de Pablo y saber si son suficientemente cómodas las denominadas *mountain bikes*, o por el contrario busco un modelo más sencillo.

Hay algo que sí tengo muy claro: me niego a ir pedaleando sobre una bicicleta que lleve cesta en el manillar. No sé por qué razón, pero tengo manía a los cestos en las bicicletas. Debe ser mi vena guerrera. Mi bicicleta me dará momentos placenteros e ir hasta el supermercado para volver con una lata de guisantes, una barra de pan y cuatro yogures de plátano no me parece a mí una acción muy aventurera. Si voy en bicicleta, tengo que hacer compras y no quiero llevarlas de la mano. Utilizaré el método tradicional: repartiré el peso en dos bolsas, las colgaré de las asas en cada extremo del manillar y a pedalear equilibrada con cuidado de no golpear el contenido con las rodillas, porque eso duele y bastante.

Me cuelgo mi bolso pasándolo sobre mi cabeza para que no se caiga, meto

el teléfono, por si acaso recibo un *wasap* de Pablo, y saliendo cierro la puerta con llave.

—Buenos días, Silen.

—Buenos días, José. —No lo he oído esta mañana. ¿Llevará tiempo en el jardín y yo sin enterarme?

—¿Te viene bien si me pongo ahora a segar?

—Por supuesto. —Así que acaba de llegar.

—No quería molestar.

—Pablo se marchó hace horas. —Antes de que la conversación nos haga sonrojar a ambos, busco cómo cambiar de tema. De repente, recuerdo que tengo que contarle algo—. Voy a pasar por la ferretería. El sábado encontré la puerta exterior del sótano abierta. El cerrojo estaba oxidado y el pestillo, en el suelo, deformado.

—Repararé la puerta. La madera está a la intemperie y al Norte. Es probable que se esté hinchando por causa de la lluvia. Habrá que rebajarla antes de volver a colocar el pestillo en el marco, para que no vuelva a dañarse por causa de la tensión.

—Pablo me dijo que seguramente los ruidos que escuché desaparezcan cuando la puerta se repare.

—Una explicación tenían que tener, solo faltaba encontrarla. De todos modos, me sigue pareciendo buena idea colocar el indicador para medir el grado de humedad.

—A mí también. Son muebles de bastante valor y no quiero que se dañen. Me voy a dar un paseo en bicicleta. Hasta luego, José, y ven cuando quieras. Además, Pablo no regresará hasta el viernes.

¡Jooooddd...! El asiento no parecía tan duro cuando me monté ayer para que

Pablo pudiera colocarlo a mi altura. La tela del pantalón corto que llevo puesto es muy fina y la braguita tiene muy poco tejido en esa zona. Voy a quedar perjudicada para toda la semana. ¿Quién hace los chistecillos sobre mujeres en bicicletas contentas? Deben ser hombres, porque este movimiento de mi entrepierna al pedalear sentada en algo tan duro no es ni agradable, ni una sensación neutra, es doloroso.

Primera idea que brota entre los verdes campos: revisar que mi futura bicicleta tenga un sillín mullido y probarla si hace falta dando vueltas dentro de la tienda. Me elevo dejando que mis piernas hagan todo el esfuerzo. ¡Menudo alivio! Parece sencillo pedalear así, pero solo es una ilusión. Los muslos comienzan a arderme y mis gemelos amenazan con trepar si no los dejo descansar.

Resiste el escozor, Silen. ¡Qué menos que completar la ruta que has elegido, llegar hasta el río y volver! Ya puedo ver el puente y no pienso bajarme por mucho que esté empezando a sentir un tipo de calor ahí abajo que no se parece en nada al que Pablo me hizo sentir. Comienzo a girar el manillar en el puente, pero esta bicicleta tiene unas ruedas muy grandes, mis recuerdos son lejanos y solo incluyen paseos en una bicicleta mucho más pequeña. ¡Qué torpe estoy! Me voy a meter dentro de una zarza y seguro que está llena de arañas, así que giro más el manillar para evitarla.

¿Qué sucede? ¿Por qué los pedales parece que no ejercen ahora resistencia a la presión de mis pies? ¡Qué mala suerte! La cadena cuelga y la bicicleta no es mía. Un tractor se acerca y, si no quiero acabar en el río, deberé buscar un lugar donde poder tumbar la bicicleta y colocar la cadena en su sitio.

Dirijo la bicicleta hasta un prado que no tiene valla ni rumiantes que estén tomando un tentempié. Me inclino y observo: hay tres platos y varios piñones. Parece que incluso he tenido suerte, porque la cadena no se ha soltado de una tercera pieza que pende de los piñones y que tiene una especie de protección. Mis dedos son pequeños, pero no hubieran entrado en esa ranura.

Cuando creo que he conseguido meter cada uno de los dientes del plato dentro de los espacios de la cadena, descubro que me ha resultado tan sencillo porque se ha soltado del piñón. Esto no va a ser tan fácil como prometía, voy a tener que arrodillarme. No aguanto ni un segundo más en cuclillas. ¿Cómo podrán hacerlo algunas personas? A lo mejor les falta alguna pieza a mis articulaciones. Me resulta imposible dejar caer el culo hacia atrás sin que el resto de mi cuerpo lo siga. La hierba está alta y notar cómo me roza los muslos me está poniendo nerviosa. Me retiro el bolso y lo coloco en el suelo. Que mis dos rodillas puedan posarse me parece casi imposible, pero menos da una piedra. Las junto y como si estuviera rezando me dejo caer sobre la tela del bolso.

¡El que faltaba! ¡El abejorro! ¿Se acercan a todo el mundo o poseo algún tipo de imán para que tengan debilidad por mi cabeza? Lanzo mi mejor revés y la palma de mi mano golpea de lleno al peludo insecto, que sale despedido como si fuera un cohete. ¡Ahggggg, que repelús! Me pica la cara y me froto antes de recordar que tengo los dedos llenos de una espesa grasa negruzca.

—¿Problemas con la bicicleta?

—Sí, pero espero resolverlos pronto, Iván.

—Si me dejas, te ayudaré con la cadena y con la marca de guerra que acabas de dejar en tu mejilla.

Sin tiempo para alejarme, Iván retira su muñequera y me la pasa por la cara.

—No se ha quitado totalmente, pero ahora está mejor. El otro día, la cerradura; ahora, la bicicleta. Voy a tener que mirar algunos tutoriales sobre cambiar ruedas o eliminar goteras del tejado para estar preparado ante futuros encuentros.

—Han sido coincidencias. Tengo que aprender a hacerlo yo sola.

—Me parece bien, yo te enseñaré cómo hacerlo sola la próxima vez,

señorita Autosuficiente.

No contesto. Después de dejar la cadena anclada a uno de los piñones, Iván va moviendo despacio uno de los pedales con una mano al tiempo que utiliza la otra para guiar la cadena sobre los dientes del plato más grande.

—Ya está lista para pedalear de nuevo. ¿Puedo tomar agua del botellín?

—Sí, lo he rellenado antes de salir.

—No bebo mientras corro, pero ahora que ya he parado noto una sed terrible. ¿Hacia dónde ibas?

—Volvía a casa.

—Yo también. Iremos juntos. —Y sin darme tiempo a rechistar, levanta la bicicleta y la coloca nuevamente sobre el asfalto—. El sábado os vi. Estabais comiendo en el bar de Remi.

—No me di cuenta.

—Entré a tomar un vino con mi padre. Le encanta su tortilla y a mí también. La comemos a escondidas de mi madre para no hacerla sufrir. Mi padre se puso a hablar con el carnicero y fue entonces cuando me fijé en vosotros. Lo vuestro va en serio, ¿verdad?

—Esa pregunta es muy personal.

—Era en realidad una afirmación.

Lo miro sospechando, pero la sonrisa de Iván no me aclara nada. Pone las manos en los manillares y por un momento temo por sus intenciones, aunque parece que solo quiere que me detenga. Desea decirme algo que intuyo solo podrá hacerse si ambos nos quedamos quietos y habrá que dejarlo.

—Quiero disculparme por haber sido tan capullo la noche en la que cenasteis en mi restaurante. Me gusta bromear con las mujeres y flirtear, pero nunca lo hago si sé que puedo perjudicar a dos personas que se quieren. Pensé

que solo erais amigos, que él estaba intentando llevarte a la cama siendo galante. Cuando vi cómo te miraba, cuando me despedí de ti con esa broma sobre probar la tarta, me arrepentí.

—No estropeaste nada. —No le puedo explicar en qué momento de nuestra relación nos encontrábamos cuando fuimos a cenar a su restaurante.

—¿Amigos entonces?

—Amigos. Perdona si no te doy la mano, pero ya sabes cómo la tengo.

—¡Ja, ja, ja! —Volvemos a caminar y la brisa se lleva mis sentimientos negativos hacia Iván. Comenzamos de nuevo. Estoy convencida de que será una buena amistad la que a partir de ahora nos unirá—. Así que eres la dueña de la casona, ¿cierto? ¡Qué envidia! Siempre que paso corriendo miro imaginando cómo sería tener ahí mi restaurante. No puedo comprar, pero si algún día quieres alquilar, ¿me avisarás?

—No he pensado en ninguna de las dos opciones, pero recordaré tu interés.

—Y ahora que tienes la vida resuelta, ¿qué planes tienes?

—¿La vida resuelta? —¿Qué es lo que sabe Iván sobre mí?

—Has comprado la casona y tienes hasta jardinero. Una inversión como esa solo la puede hacer quien puede mantenerla, y hace falta mucho dinero para poder pagar impuestos y todas las reparaciones que necesita un lugar tan grande.

—Ya veo que, además de un excelente cocinero, eres también un buen hombre de negocios. —Prefiero hablar sobre otros asuntos—. Tu restaurante me pareció muy acogedor.

—Muchas gracias. Estoy muy contento con el resultado.

—¿Utilizas productos locales?

—Pocos, alguna verdura y miel de un apicultor que tiene una pequeñísima producción.

—¿No te parece que sería bueno para tu restaurante poder incorporar en tu carta platos preparados con alimentos producidos en el pueblo: quesos, yogures, nata, fruta, mermeladas, legumbres...?

—¿También tienes empresas relacionadas con la alimentación? ¡Eres una caja de sorpresas, Silen! ¡Claro que me gustaría! Es mi tierra y siempre he presumido de haber nacido y crecido en Cantabria.

—De momento solo son ideas en mi cabeza, pero estoy segura de que en un futuro no muy lejano serán una realidad.

—Te has convertido en una mujer de éxito. Empiezo a lamentar no haber jugado a los bolos cuando éramos críos.

—¿Y qué relación guardan los bolos y el éxito? Infórmame porque me he perdido.

—Mi amigo Víctor jugaba siempre y tiene una empresa con más de cien empleados. Mi primo Juan María también jugaba y vive en Miami casi retirado de la vida laboral porque logró hacer una gran fortuna construyendo chalés para millonarios. Tú tienes la casona...

—Eso son coincidencias.

—Cuando tenías el bolo en la mano y aquel bicho se acercó, recuerdo que te miré porque siempre me ha hecho gracia la gente que se asusta ante un animalito tan pequeño. Tenías cara de determinación, con el ceño fruncido siguiendo con la mirada al insecto, decidida a impedir que te tocara. De hecho, cuando me arrojaste el bolo lo hiciste con tanta energía que casi me dejaste lesionado de por vida.

—Lo siento. —Me pongo colorada al instante, como si no hubieran pasado tantos años. Recuerdo en mis dedos el peso y la textura de la madera, y froto

mi mano contra mi pierna para arrancarme el recuerdo.

—¡Ja, ja, ja! Ese amigo tuyo tiene mucha suerte, Silen. Eres deliciosa, no cambies nunca.

Para cambiar tendría que saber primero qué tengo de deliciosa. Debe ser todo el chocolate que como.

—Pensaba que solías correr más pronto. —Volvamos a cuestiones neutrales, por favor.

—Cierto. Ya veo que a cualquier hora hay reporteros aficionados incluso en los lugares más insospechados.

—Me lo contó el otro día José.

—Otro gallo mañanero como yo. Me gusta levantarme muy pronto y salir a correr. Me carga de energía para trabajar hasta la hora de la siesta. Ahí he de reconocer que soy muy español. Suelo descansar al menos cuarenta y cinco minutos.

—Son las diez y media. ¿Tanto tiempo corres? —Este hombre es sobrehumano. Ya me parecía a mí que tanta belleza no era normal.

—¡No! ¡Ja, ja, ja! Los domingos por la noche el restaurante suele estar cerrado, pero ayer tuve un compromiso. Acudió a cenar un grupo de inversores estadounidenses. Están en España para valorar si su cadena de hoteles de lujo tendría suficiente clientela en nuestro país. Si el proyecto prosperase, yo dirigiría los restaurantes de esos hoteles.

—¡Qué interesante! Te deseo mucha suerte.

—De momento todo está en el aire. Querían probar mi cocina. Eran cuatro. Vaciaron seis botellas de vino tinto. Cuando se fueron lo hicieron tratando de imitar a Julio Iglesias y despertaron a los vecinos. Que me perdonen me costará al menos tres o cuatro paellas de bogavante. Paco y Emilia viven solos y ya habrán cumplido los ochenta hace tiempo. Nunca te imaginarías lo que

pueden llegar a comer sin la dentadura postiza: hasta costillas a la barbacoa. Es un misterio lo que tienen en esas encías, pero arrancan carne y mastican como si las tuvieran forradas de oro.

»Me acosté pasadas las tres de la madrugada. Hoy, cuando el despertador ha comenzado a sonar a las siete, le he dado un empujón, ha caído al suelo y he continuado durmiendo hasta las nueve. Acabo de recordar que tengo en el despacho los folletos de una empresa de alimentación que tiene una sección con productos de Cantabria y sus precios.

—¡Genial! Toda la información es buena. Sería estupendo poder sacar al mercado alimentos que nadie más ofrezca. Ya sabes, encontrar nuestro espacio.

—Luego lo buscaré y lo dejaré en la barra para que lo recojas cuando quieras. Si prospera, mantenme informado. Un buen plato tiene que tener los mejores ingredientes para que el resultado sea perfecto, por lo que siempre estoy buscando los productos que hagan que lo bueno sea aún mejor. ¿Ese perro es tuyo?

—¿Qué perro? —Giro la cabeza y lo descubro a unos pocos metros de distancia—. No.

—Estaba cerca de ti cuando intentabas colocar la cadena a la bicicleta. Al acercarme yo salió corriendo, pero no nos ha perdido de vista y nos ha seguido.

—Es un cachorro.

—De un bicho que va a ser enorme. Fíjate en sus patas, son muy fuertes.

—No lo llames bicho, que me recuerda a los que corretean por el suelo. Es un perrito muy guapo.

El tono de mi voz le ha gustado y meneaba la cola tímidamente. Quién sabe si entiende la palabra guapo. A todos nos gusta que nos halaguen y los animales

lo comprenden a su manera.

—No tiene collar, está muy delgado y sucio. Tiene todas las papeletas para ser un perro sin dueño, Silen, y por lo que parece está llamando a tu puerta.

—Quizá sí lo tiene y no le han querido poner un collar, o se ha escapado.

—¿Has traído teléfono móvil? Yo cuando salgo a correr no llevo nada excepto la llave de casa.

Me señala su ropa y entiendo que su camiseta de tirantes y su culote acrílico que desde la cintura hasta debajo de las rodillas se ajusta como si de una segunda piel se tratase no dejan lugar donde poder llevar algo que pese más de diez gramos. Una diminuta cremallera en la zona lumbar delata un minibolsillo donde debe tener guardada la llave. Prefiero no mirar mucho hacia la zona delantera porque ese tejido es más fino que un panti. Todo está ahí bien recogidito. Doy fe de que a Iván no le falta nada y que lo que pude golpear con el bolo sigue en su sitio.

—Toma.

—Gracias.

Tengo por costumbre alejarme de quien está hablando por teléfono. Me molestaría descubrir que soy una de esas personas que escucha las conversaciones ajenas. Aprovecho el momento para intentar acariciar al cachorro. Mete la cola entre las patas y se aleja mirándome fijamente. Tiene miedo, me temo que lo hayan maltratado o asustado hasta coger temor a todas las personas.

—He hablado con Norberto. Es el veterinario de la zona y buen amigo mío. Colabora con asociaciones y protectoras de animales. Me ha dicho que más personas le han preguntado por ese perro. Lo han visto bastantes días merodeando por los contenedores de basura y durmiendo en el porche de una casa que desde hace años está deshabitada y tiene el cerramiento roto.

—¡Qué pena!

—Han intentado cogerlo, pero es muy receloso. En cuanto tratan de acercarse se marcha corriendo y desaparece.

—Yo también lo he intentado y se ha alejado, aunque no se ha ido.

—Le gustas, Silen, y quiere que lo adoptes. Ha sido amor a primera vista.

—Pero yo todavía no sé lo que voy a hacer cuando termine el verano — digo como defensa.

—¿Y quién lo sabe? Tengo que irme. Estoy citado dentro de una hora y aún no he desayunado.

Lo miro sorprendida. ¿Una cita? Hubiera jurado que a Iván no le gustan las citas, parece más un hombre de momentos espontáneos.

—¡Ja, ja, ja! ¿Tanto se me nota? Hemos hablado con normalidad y me he comportado como lo hacen dos personas que se aprecian, yo al menos lo he intentado.

—¡No, perdona! Simplemente me he dejado guiar por lo que pensaba de ti. Creía que no te gustarían las citas formales con mujeres.

—Es un hombre.

—¡Ah! —A ver qué digo ahora para no meter más la pata.

—Se llama José Luis.

—Bonito nombre. —¿No estará pensando en contarme sus amoríos con otro hombre? A mí me parece muy bien que también le atraigan las personas de su mismo sexo, pero no tenemos la suficiente confianza para que me cuente sus intimidades.

—Va a hacerme una demostración.

—¿José Luis?

—Si. Él va a enseñármelo y después yo lo voy a probar.

—Me imagino. —¿Cuántos metros faltan para separarnos? Voy a acelerar el paso para llegar al cruce antes de que se forme una imagen en mi mente que luego me cueste borrar.

—Es representante de una empresa que fabrica maquinaria para profesionales. Tienen un horno nuevo que cocina a presión y a muy baja temperatura. Quiere hacerme una demostración y la cita es dentro de una hora.

Lo miro y está sonriendo de oreja a oreja. ¡Menuda guasa tiene Iván! Pero no puedo evitar reírme cuando comienza a parodiarse a sí mismo como si José Luis fuese el amor de su vida.

—Ummm, José Luis. Caliéntame el horno, que voy a meter mi embutido dentro.

—¡Calla, tonto! ¡Ja, ja, ja!

—No creo que José Luis nos esté escuchando y, si lo estuviera haciendo, también se estaría ahora mismo partiendo el pecho. Tiene mujer y tres hijas. Es un tipo cojonudo, pero no me atrae en absoluto. Yo tengo otros gustos.

—¿No? —Que yo me aclare, ¿le gustan los hombres, las mujeres o ambos?

—En absoluto. Me gustan las mujeres, ¡qué se le va a hacer! Nací así y así moriré. Te advierto que en las noches de luna llena mi deseo se vuelve irrefrenable y vago por los caminos buscando damas, así que, si no quieres que te asalte, sé buena chica y cierra la puerta con llave. Hasta luego.

—Adiós.

No sé cuándo bromea o cuándo está hablando en serio, pero me ha gustado hablar con él. Este es un pueblo demasiado pequeño para que vivan dos personas que no se aprecian. Quiero poder caminar sin temor a quién me puedo encontrar. Es un alivio tachar a Iván de mi lista de personas no deseadas; de hecho, era el único.

—¿Y ahora qué hacemos tú y yo?

Cada vez que miro al cachorro me parece más lindo. Me responde meneando su larga y peluda cola con fuerza. Tiene unos ojos oscuros y sinceros. Si estoy quieta, él también lo hace. Aprovecho para mirarlo con detenimiento.

Siempre me han gustado mucho los perros y, si son grandes, todavía más. A pesar de que mis conocimientos sobre razas no son muy extensos, me parece que mi nuevo amigo tiene genes de mastín. Desgarbado, orejas caídas y espolones en sus patas traseras. Un pelo esponjoso color *beige* recubre el noventa y cinco por ciento de su piel. El cinco por ciento restante es marrón oscuro y está concentrado en su oreja izquierda. Sin otro interés que no sea aclarar su sexo, reviso la zona y confirmo que es todo un machote.

¿Cuántos meses tendrá? ¿Crecerá todavía más? El espacio no es problema. La finca de la casona tiene metros suficientes para correr y saltar a su antojo. ¿Podría ser una nueva señal? Desde que recibí la herencia todo parece orientarme al pueblo, a que viva de modo permanente aquí. Adoptar a un perro sería un gran paso para mi establecimiento definitivo. Me conozco de sobra para saber que no podría irme y dejarlo aquí al cuidado de otra persona. Este animal promete alcanzar el tamaño de una ternera. Un piso no sería una buena elección si lo que se quiere es conservar la vivienda en condiciones aceptables para ser habitada.

Sin pensar más, porque sé que mi subconsciente ha decidido ya por la parte racional de mi cerebro, comienzo a caminar despacio. Mi nuevo amigo me sigue acompasando sus pasos a los míos. Juraría que él también lo tiene claro y que quiere que vivamos juntos. Tiene una mirada profunda y llena de nobleza. Solo le hace falta tiempo y cariño para que pueda volver a confiar en las personas. A mí me sobra tiempo y mi amor ya lo tiene seguro. Nada puede ir mal.

Llegamos a la plaza. No hay coches haciendo maniobras, es un buen

momento para atravesarla. Camino comprobando que mi perro me siga. Me paro a un metro de la carretera, aquí está la complicación. Si no puedo cogerlo no hay modo de garantizar que, si cruzo, no lo atropellará un coche. Solo puedo confiar en que el instinto que lo ha mantenido con vida hasta ahora también funcione evitando que intente pasar en un mal momento.

No hay coches ni a izquierda ni a derecha. Cruzo rezando que me siga y con la llave en la mano abro rápidamente la verja de hierro y la aseguro con el peso de la bicicleta para evitar que se cierre. Entro velozmente en casa y rebusco en el frigorífico. Salgo conteniendo el aire, respiro aliviada cuando compruebo que su cabeza está dentro de la finca. El resto del cuerpo también tiene que entrar. La acera es ancha, pero los coches pasarán a pocos centímetros de su cola. Eso podría asustarlo y hacer que se gire sin control con un final que no quiero predecir.

—Vamos a tener que ponerte un nombre —le digo a mi nuevo amigo. Las salchichas de Frankfurt son devoradas y consigo que avance por el camino de piedra hasta que puedo ver todo su cuerpo—. ¿Razas? ¿Qué te parece ese nombre?

Razas me mira. Meneando el rabo me contesta que le gusta y mucho. Entro a por mi segundo y último paquete de salchichas y repito movimientos. Continúa estando más cerca que yo de la verja y tiene la ventaja que le dan sus cuatro patas. Si se asustase, llegaría mucho antes que yo y probablemente lo perdería para siempre o se golpearía contra un vehículo al salir despavorido.

Entro de nuevo: lechuga, tomates, leche, yogures descartados, un *pack* de fiambre de pechuga de pavo es lo único que podría acabar de convencer a Razas. Salgo con la primera loncha en la mano. Lanzo y cae a pocos centímetros sobre la hierba. Enrollo la siguiente para que alcance más distancia, pero en su corto vuelo se despliega y vuelve a quedarse demasiado cerca de mi cuerpo para la opinión de Razas, que se sienta a esperar nuevos proyectiles.

Busco en la cocina algo para dar peso a las lonchas, pero debería atarlas con una goma. El perro se las comería y acabarían en su estómago. Es entonces cuando me fijo en el paquete de galletas rellenas de chocolate. Por probar nada se pierde. Salgo agarrando una como si fuera un plato volador.

Se rompe en varios pedazos y Razas acude a olisquear. Levanta la cabeza y me mira. Me dice que la galleta no se parece a las salchichas. Es un olor extraño y no hay que meter a la boca aquello que no se conoce por si es peligroso. Le respondo mordiendo una galleta, comiendo con la boca abierta al mejor estilo del monstruo de las galletas, que, como no tenía garganta, iba dejando caer por los costados todo lo que se metía en la boca.

—¡Umm, qué buena!

¡Jodd..., que me ahogo! Un pedacito ha entrado en mi garganta por dirección prohibida y toso entre lágrimas, hasta que lo peor pasa y puedo volver a enfocar a Razas.

Como lo haya asustado no comerá. Podría llamar a José para que se acercase sigilosamente y cerrase la puerta desde el exterior, pero no me parece un buen modo de comenzar una relación de confianza. Seguiré apostando por la comida como primer paso para que Razas se relaje y compruebe que no quiero hacerle daño.

Arrojo una segunda galleta, que cae a los pies de Razas. Nuevamente acerca su gran hocico y, después de una inspección concienzuda, mete un trozo ayudado por su rosada lengua. Lo mueve de un lado antes de decidirse a colocarlo entre sus potentes muelas, donde es triturado. Lástima no tener una cámara para immortalizar este momento, el que parece ser el primer chocolate de Razas, cuya cara se ilumina al sentir su intenso sabor dulce. El resto de los trozos desaparece en segundos. Para confirmarme lo mucho que le gusta, mueve la cola ostentadamente.

No tengo buena puntería. Yo necesito abejorros intimidadores para dar en

el blanco y no un perro peludo. Se termina el paquete de galletas y he ganado cuatro metros, pero a mí me sobra este tipo de munición y salgo con pastas de té y bombones rellenos de praliné.

Voy dando pequeños pasos hacia la puerta haciéndolos coincidir con cada descenso de la cabeza de Razas hacia el suelo para coger los bombones. Sin movimientos bruscos consigo cerrar la puerta ante la atenta mirada del perro.

—No te puedo dar más. Ya sé que te gusta, a mí también, pero, si comes demasiado, te pondrás malo y tengo que cuidarte. ¿Tienes sed, Razas? Yo la tendría si me hubiera zampado tantas galletas, así que voy a entrar a buscar un cubo y a llenarlo con agua de la fuente que tienes a tu derecha.

Lleno el cubo hasta el borde. Razas me sigue con la mirada y se relame, porque debe ser su manera de decirme lo apetecible que le está pareciendo acercarse su lengua y empezar a beber.

El teléfono suena y corro a la cocina. Razas se queda moviendo la cabeza a ambos lados ante la canción que comienza a sonar como tono de llamada, Donna Summer y Barbara Streisand cantan a dúo *Enough is enough*.

—Acostúmbrate porque es mi canción favorita y la vas a oír muchas veces. Hola, Pablo.

—¿No estás sola? Si lo prefieres, hablamos más tarde.

—No estoy sola, un chico me acompaña y es muy guapo. —Me siento feliz y con ganas de bromear con Pablo. ¿Me habrá contagiado Iván de ese humor suyo tan gracioso?—. ¿Quieres hablar con él?

—¿Debería?

—Podrías intentarlo, pero no creo que vayáis a entenderos muy bien por teléfono. Es mejor hablar cara a cara. Cuando algo le gusta meneas la colita y pone las orejas muy tiesas. Es un perro y se llama Razas.

—¿Qué raza?

—Alguna tendrá. Se llama Razas y ahora mismo me está mirando. Le acabo de dejar agua y ni bebiendo pierde detalle. Tiene madera de perro guardián.

—Cuéntame cómo ha entrado un perro en el jardín. ¿Dejaste la puerta abierta y se coló dentro?

—No, salí con tu bicicleta a dar un paseo, se me salió la cadena y cuando estaba colocándola de nuevo apareció. —No es necesario contar que en esa escena también estaba Iván. No aportaría ningún dato de interés y sí que podría preocupar a Pablo—. Fue amor a primera vista y aquí estamos los dos.

—¡Ja, ja, ja! Así que ahora somos una familia, ¿eh?

—No lo había pensado, pero suena bien: residencia de Pablo, Silen y Razas.

—Con ese nombre que le has puesto va a haber colas para comprobar quién es el tercero en discordia.

—Y Razas les enseñará lo guapo y elegante que puede llegar a ser un perro. ¿Qué tal va todo por ahí? ¿Sale según tus planes?

—Bien, el viaje ha sido bueno y todo transcurre según lo previsto. He podido adelantar otra cita. Estoy deseando volver a verte, cariño, y voy a intentar terminar cuanto antes.

—¡Umm! Yo también quiero que las horas pasen muy rápido para volver a sentirte.

—Tengo que dejarte. Estaba esperando a que el registrador de la propiedad llegara y acaba de hacerlo. Voy a hablar con él antes de que otro asunto lo entretenga.

—Suerte.

Me parece oír un «te quiero» antes de colgar el teléfono, pero no podría

asegurar si ha sido real o solo mi mente, que juega conmigo. ¿Es posible que me haya oído a mí misma pensándolo? ¡Qué cosas más raras me ocurren últimamente!

—Te voy a hacer un *tour* por la finca, Razas. Tengo un cuarto de hora. Luego iré a ver la función de Alejandra y Daniel. Aquí no tienes nada que temer. Te voy a dejar agua limpia, porque has llenado el cubo de babas.

Razas me mira girando la cabeza rítmicamente y me encanta que preste tanta atención.

—Esta tarde te compraré comida, un cuenco y una caseta. Empecemos por rodear la casona. Mientras caminamos no estaría mal que buscaras cuál será tu baño particular. Pero que esté alejado de mi casa, por favor. No estaría bien que fueras dejando minas por todo el jardín. Las podrías pisar incluso tú.

No sé si me entiende, pero se fija mucho y eso es lo que cuenta, su buena voluntad. Llegamos caminando a los frutales, Razas me sigue a varios metros de distancia, pero el rabo ya no lo esconde entre las patas. Parece que se encuentra algo más relajado.

Sin que encuentre una explicación, Razas se adelanta. Baja la escalera y comienza a arañar la puerta de entrada al sótano. Todos mis miedos regresan de golpe y me hacen temblar. ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué un cachorro está tan interesado en entrar?

—Vámonos —digo bloqueada—. Tengo que irme ya si quiero ver la función.

—Hola, Silen.

—Hola, Paula. No te había visto, estaba buscando a los padres de Carmen para hacerme cargo un rato de Marcos.

—Ni te preocupes. A todos los chiquitines que han venido a ver la función los han sentado en la primera fila. Nunca se mueven. En cuando salen a actuar

y a cantar, a los niños se les abren las bocas y así se quedan hasta que sus padres los recogen. Ver a sus hermanos mayores y a sus primos actuar los deja como hipnotizados. Alguno aplaude con tanta energía que dan ganas de filmarles en vídeo a ellos en lugar de inmortalizar a los que están en el escenario.

—Tus hijos ya estarán terminando esta etapa.

—Sí, se despiden de este colegio. El próximo curso comenzarán el instituto y me da mucha pena. Se hacen mayores, Silen, y yo con ellos.

—Eres muy joven, Paula. ¡Somos muy jóvenes! ¿Quién sabe? Podrías tener más hijos.

—¡Calla, calla! Ahora empiezo a tener tiempo libre. Me gustan mucho los niños, pero criar a dos al mismo tiempo fue muy duro. Tengo ganas de volver a disfrutar un poco de todas las cosas que dejé apartadas para cuidarlos. Yo ya cumplí con la maternidad, ahora te toca a ti.

—¿A mí?

—Te gustan los niños. Un día te despertarás sintiendo que ha llegado el momento, que necesitas tener un bebé entre tus brazos. Yo vendré a visitarte, lo cogeré, lo acunaré y cuando me canse me podré ir a mi casa y dormiré tranquilamente. No sé qué habrá pensado Pablo de nosotros, pero a mí me ha caído realmente bien, y hacéis muy buena pareja.

—Se sintió muy cómodo y está deseando que nos volvamos a reunir.

—¿Es verdad que se va a quedar en el *chalet* todo el verano? Parece muy deteriorado.

—Le hacen falta arreglos, pero no está tan mal como se ve desde la calle. El domingo hizo una lista interminable de productos que va a comprar en una tienda de bricolaje. Va a estar muy entretenido.

—Tu casa sí que está preciosa. Podrías llamar a una de esas revistas

donde la gente enseña su vivienda, seguro que aparecería en el siguiente número. La cena estuvo tan animada que me marché sin ver por dentro la casona.

—Ven cuando acabe la función, si es que puedes.

—Encantada. Vamos a comer aquí, así que hoy no tengo que cocinar ni limpiar.

—Ya me dijo Carmen que se solía preparar un aperitivo en el patio.

—Comenzamos hace años con unas bolsas de patatas fritas y unas latas de refrescos para los niños. Fuimos añadiendo tortillas de patatas, aceitunas, galletas, empanada de bonito... Este año va a ser una bacanal porque la nieta de la hermana de Remi comenzó este curso el colegio y ella, como no tiene hijos ni nietos, se ha nombrado abuela segunda y va a traer una cazuela de albóndigas y una fuente rebosante de leche frita.

—¡Ummm! Hace años que no pruebo la leche frita. Desde que murió mi abuela. A mi madre no le queda bien la masa. Es mejor no nombrarla porque se pone de mal humor. Yo no he traído nada. Iré a la tienda. Podría comprar embutido y bombones.

—¡Ni se te ocurra! Hemos tenido en cuenta a los invitados. Tu siéntate y disfruta.

¡Ay, Silen! Vas a tener que rebajar tu dosis diaria de chocolate si no quieres que tanto atracón de comida te deje el cuerpo como una gelatina. ¿Cuántas calorías se consumirán haciendo el amor?

Capítulo 17

—He comido demasiado. Esta noche voy a tener pesadillas.

—¡Ay, José! —se lamenta Paula—. Todos los años te pasa lo mismo. ¡Como para ir contigo a un hotel de esos que tienen *buffet* para desayunar, comer y cenar! Hay que saber parar, porque siempre actúas igual: te acercas a las mesas como si no hubieras comido en una semana.

—No me he dado cuenta. Estábamos charlando y, como no hay platos donde servirme, no puedo controlar qué cantidad estoy comiendo. Solo he cogido un poquito de cada bandeja.

—¡Te parecerá poco! Este año hemos participado cincuenta y dos familias. Cinco se han encargado de las bebidas y todas, menos el agua, tienen calorías. Cuarenta y siete familias hemos traído comida. Un poquito de cada bandeja es una barbaridad.

—Había gusanitos, patatas fritas y gominotas, y tú ya sabes que a mí esas cosas no me gustan —protesta José, defendiéndose de la auditoría que está realizando Paula.

—¡Cuatro madres, Silen! Las que siempre ponen como disculpa que no tienen tiempo para cocinar y proponen ser las encargadas de llenar la mesa de chucherías para los niños. Si a cuarenta y siete le restamos cuatro nos da un resultado de cuarenta y tres platos de comida.

—¡Las croquetas de Berta no las he tocado!

—¿Las que parecían salchichas gigantes? —Una mala experiencia que no

pienso repetir.

—¡Esas! ¡Joder, Paula! ¿No se lo dijiste?

—Todas creíamos que este año no las iba a traer. En la reunión que mantuvimos hace una semana para organizarnos recibió unas cuantas indirectas muy directas. Marian, la mujer del carnicero, dijo que eran un peligro porque los niños jugaban con ellas arrojándolas. Su madre había pisado una y se había dado un buen patinazo, que no terminó en tragedia porque un padre la había sujetado a tiempo. Le propusimos aceitunas sin hueso y aceptó a regañadientes.

—Había un montón de aceitunas en un cuenco azul. —De eso me acuerdo muy bien porque quien las colocó olvidó dejar algo de líquido para que no se secasen. Cuando acerqué la mano para coger una, me arrepentí al comprobar que estaban arrugadas y secas por el sol del mediodía. Disimuladamente la oculté en mi servilleta mirando de reojo, por si alguien se daba cuenta.

—¡Y las dichas croquetas! Esta mujer solo entiende lo que le interesa. ¿Y cómo estaba la que probaste?

—¡Horrible! No escupí porque había gente mirándome, así que bebí un buen trago para pasar esa especie de masa seca llena de grumos.

—¿Te la comiste entera? —José me está mirando con gesto de incredulidad.

—¡No! Soy muy joven para morir. Disimulé como pude con la croqueta en la mano. Quería dejarla, pero siempre había alguien observándome, así que no me quedó más remedio que entrar en el colegio y buscar los baños. La partí en varios trozos y tiré de la cisterna rezando para que no se atascase. ¿De qué estaba hecha? Sabía fatal. Mordí algo duro, pero me dio tanto repelús que volví a colocarlo ayudándome de la lengua dentro de la bola, para pasarlo todo junto.

—Es gallina, y más vieja que mi abuela.

—¿Croquetas de gallina vieja? ¡Qué asco! Así que noté sabor a grasa rancia.

—¡Ya, lo siento! Tenía que haberte avisado. ¿Y qué me dices de las albóndigas, José? No te has separado de la mesa hasta que se han agotado. Esta noche no vamos a dormir, tú porque te encontrarás mal y yo porque me despertarás constantemente con tus vueltas y tus quejas.

Yo también he perdido la cuenta de las albóndigas que he comido y del bizcocho hecho con la nata de sus vacas que ha preparado una chica cuya cara me parecía conocida. Lo he añadido a mi lista mental de alimentos que podrían formar parte de nuestro futuro negocio.

Las croquetas con perdigones de Berta han inaugurado mi lista negra de alimentos que nunca formarán parte de nuestra hipotética carta de productos locales. Tendría que tener un enemigo realmente malo para merecer la tortura de comer una de esas horribles masas grasientas.

Hemos llegado a la verja de la casona. Antes de meter la llave me giro para anunciarles que no estaremos solos en la finca.

—Hay un perro dentro.

—¿Tuyo?

—Si nadie lo reclama, lo será. Está asustado, así que no creo que se acerque. Hay que cerrar bien la puerta para que no lo pille un coche.

Razas está olfateando una ventana del sótano cuando llegamos. Verlo hace que mi estómago se revuelva y comience a sentir frío en junio, a las tres de la tarde y con un sol que ya querrían para sí en el Caribe.

—¿Cómo se llama? —pregunta uno de los mellizos. Son idénticos y nunca sé si estoy hablando con Sergio o con Álvaro.

—Razas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Razas, ven!

—Ya verás cómo en pocos minutos están los tres juntos —sentencia José empujando la puerta con fuerza, para asegurarse de que esté correctamente cerrada.

Los mellizos han empezado a correr y Razas ni se lo ha pensado. Salta y ladra a unos dos metros.

—Los niños con los niños quieren estar, es un cachorro y quiere jugar. Te aseguro que va a quedar rendido y que no se va a mover en toda la tarde.

—¿Te has fijado en qué estaba haciendo cuando hemos entrado?

—Yo sí —apunta Paula al comprobar que José niega con la cabeza—. Estaba oliendo al lado de la casona.

—Eso quería contaros. Cuando lo he conseguido meter en casa esta mañana, he creído que sería bueno que reconociera el terreno. También quería que se acostumbrara a mi voz, así que he empezado a caminar hablándole. Razas me ha seguido y lo primero que hemos hecho es rodear la casona. Ha ido directamente a la puerta del sótano y ha comenzado a arañar con sus patas la madera. Ahora estaba también olisqueando una ventana. Es posible que mi obsesión con ese sótano me esté volviendo loca, pero no encuentro una razón para que un cachorro, que ha entrado por primera vez en la finca hace dos horas, quiera meterse en el sótano con tanta insistencia.

—Vamos a bajar para salir de dudas.

Dejamos a los chicos arrojando un palo a Razas, que parece haber perdido parte de su miedo y deja que se acerquen a pocos centímetros.

—¡Guau! —dice Paula—. Menudo capricho. Un lugar precioso para visitar, pero yo tampoco podría vivir aquí. Es demasiado grande, demasiado fría, me daría miedo.

¡Menos mal que no soy la única que piensa así! Es un alivio escuchar que

una mujer responsable y madre de dos niños que se están criando saludablemente pasaría miedo si tuviera que dormir en una de sus enormes camas.

Hacemos un rápido *tour* por la casona antes de tomar las escaleras, mientras Paula pronuncia exclamaciones ante cada mueble que descubre. Sin habernos puesto de acuerdo previamente cedemos el paso a José para que sea él quien descienda el primero.

—¡Estoy hiperventilando! Son demasiadas maravillas juntas. —Paula está viviendo el sueño de cualquier restaurador. No puedo evitar reírme ante los gestos que hace delante de un juego de seis sillas de comedor. ¡Esas ya tienen dueño! Espero que a José le parezcan cómodas.

—Ya tenemos resuelto el misterio.

Paula y yo nos hemos quedado rezagadas y al oír a José acudimos intrigadas.

—Es un cuervo.

—¿Y cómo ha llegado al sótano? —Está en el suelo y me da pena ver que ya no hay vida en su cuerpo.

—Puede llevar varios días dentro, pero seguramente haya entrado por la puerta cuando se rompió el cerrojo.

—¿Y ha muerto en dos días?

—Entraría enfermo. Los animales suelen buscar escondites cuando se encuentran mal y se sienten vulnerables.

—Yo no noto mal olor.

—Ni yo, pero para un perro como Razas, que se ha criado salvaje, la carroña es todo lo que conoce. Ellos tienen un olfato mucho más fino que el de los humanos. Hay que recoger el cuerpo, Silen.

—Voy a por una bolsa de plástico, ahora vuelvo.

Silen, la próxima vez que tengas miedo de esta casa te vas a dar una vuelta entera al perímetro de la finca descalza como castigo. Ya verás cómo así se te pasan las ganas de pensar tonterías.

Llego a las escaleras corriendo y las subo de dos en dos. Corro nuevamente de puntillas y, cuando salgo al exterior, respiro aliviada al sentirme de nuevo en zona segura. Regresar al sótano sin rodar escaleras abajo solo es posible gracias a la balastrada de madera que está encastrada en la pared, que ha soportado mi peso cuando me he tropezado por intentar bajar demasiado rápido.

—He traído dos. Voy a meter la mano dentro de una para no tener que tocar al pobre animal.

—En este bosque de encinas que comienza junto al muro hay zorros e incluso jabalíes. Es también el hogar de muchos pájaros que buscan la protección del follaje cuando llega la noche.

—¿Tan cerca? —Es maravilloso saber que hay animales que viven libres a unos metros y que no es algo que solo pueda verse en los zoológicos.

—La parte alta de la colina está vallada y los cazadores no pueden pasar.

—¿Y qué hay arriba?

—Una cabaña para el ganado. Eso es lo que se puede ver desde las rejas de las puertas de entrada.

—No sabía que había un camino.

—Ni yo hasta hace unos años. Está oculto por la maleza y espero que así continúe durante mucho tiempo. Es como una reserva natural. Los animales pequeños pueden pasar entre los barrotes de las verjas y eso los protege de la gente. Sin esa valla los animales huirían a zonas más seguras.

—No he investigado nunca esa parte del pueblo. De niña intenté pasar por la parte exterior del muro y me pareció una selva igual de densa que las que se pueden ver en los documentales de la televisión. Hace falta botas para pisar sobre las rocas y un machete para cortar las zarzas. Lo único que no vi fueron insectos enormes, aunque seguro que los hay camuflados en el paisaje.

—Ahora que tienes a Razas será más difícil que se acerquen. Lo olerán y se alejarán.

—Está sucio. La única agua que ha recibido es la de la lluvia. Hasta yo soy capaz de notar su olor a varios metros. Tendré que acercarme hasta el veterinario esta tarde: necesitará vacunas, un alimento adecuado y debería registrarlo a mi nombre si esta semana no aparece nadie reclamándolo.

—No te vas a aburrir hasta que venga Pablo. —Paula me guiña un ojo.

—De hecho, no sé si me va a dar tiempo a hacer todo lo que desearía. Quiero ir al Ayuntamiento y solicitar información sobre esta casona. Me gustaría también hablar con el cura del pueblo por si guardan datos sobre los feligreses que hacen aportaciones. Debo ir al centro comercial, porque apenas tengo ropa para estar cómoda en el jardín. Quisiera también encargarme de dos tumbonas y una bicicleta. También me gustaría acudir una mañana al organismo que se encarga de todo lo relacionado con las producciones de alimentos. Hay que saber normativas y si hay ayudas o plataformas que impulsen la difusión de productos de Cantabria por el resto del territorio nacional o el extranjero.

—No fue entonces una conversación intrascendente.

—No, José. Sinceramente, creo que merece la pena profundizar.

—Yo a duras penas terminé los estudios obligatorios. Solo entiendo de vacas, de cuándo hay que dejar un campo descansar y cuándo se puede plantar maíz. Pero me gustaría intentarlo, que mi esfuerzo pudiera llegar a una mesa de Sevilla o de Zamora resulta tentador.

—¡Esa es muy buena motivación!

—¡Niños, en cuanto llegemos tenéis que pasar por la ducha directamente!

Hemos salido de casa conversando tranquilamente para sorprendernos por la que podría ser una foto digna de enmarcar: los mellizos tumbados rostro arriba, sus manos cubren sus rostros y Razas intenta lamerles la cara.

—El tímido ya se soltó.

—¡Ah, José! Les va a dejar el pelo lleno de babas.

—¿Y lo bien que lo están pasando los tres? Cuando lleguen a casa una buena jabonada y listo.

Sergio y Álvaro se ríen a carcajada limpia cada vez que notan que la lengua les chupa las orejas. Razas ladra alegre moviendo el rabo con ímpetu.

—Yo también quiero mimitos de Razas.

Me acerco y Razas al descubrirme se queda inmóvil. Me arrodillo y me dejo caer en la hierba. ¡Jod...! ¡Qué lengua más grande tiene este perro! ¡No me ha dado tiempo a protegerme con las manos!

—Nos vamos, Silen. Tengo que ir a Santander al médico y me llevo a los mellizos para comprarles ropa.

—Hasta luego, chicos. Volved cuando queráis —consigo decir a duras penas, moviendo la cabeza para que la lengua del perro no tenga tiempo de colarse entre mis dedos y acabar donde nunca debería.

¡Muchacho, qué mal hueles! Necesitas un baño y urgentemente. Su pelo es suave, pero está lleno de polvo, restos de hierbas y otras sustancias cuya procedencia prefiero desconocer. Consigo incorporarme aprovechando el tiempo muerto que Razas me concede para rascarse detrás de la oreja. Al instante noto picor en la cabeza, en la espalda, en el cuello... Estoy pensando en la cantidad de pulgas que pueden estar viviendo cómodamente en ese

cuerpo peludo y me están dando ganas de rascarme hasta las uñas.

—¡Eres un perro muy guapo!

Razas domina la lengua española, al menos la palabra «guapo», porque al escucharla su rabo se mueve tanto que noto el aire que levanta y sus orejas se pliegan hacia su nuca, poniendo una cara de bueno que me lo comería a besos si no fuera por los inquilinos, las legañas, la mancha de grasa y un aliento capaz de mustiar un ramo de rosas en dos expiraciones.

—¡Tendrá que esperar todo lo demás! —le digo levantándome del suelo —. Voy a ducharme y vamos a ir al doctor de perros.

¡No tengo collar! Podría cortar un par de metros de la cuerda que compré hace unos días para hacer un colgador de ropa al estilo tradicional, de árbol a árbol. Podría ponérsela al cuello ahora que tengo su confianza, pero ¿salir al exterior? Si tirase, no tendría fuerza para sujetarlo. Me he podido incorporar cuando él me ha dejado. He intentado apartarlo con mi mano y Razas ni se ha enterado. No me puedo arriesgar, así que habrá que cambiar el plan.

—Buenas tardes.

—Hola.

Norberto me saluda con un fuerte apretón de manos y una sonrisa contagiosa. Es un hombre grande, con su camisa y pantalón vaquero parece sacado de una película de *cowboys* ambientada en el estado de Montana.

—Cuéntame, Silen.

Lo miro sorprendida intentando recordar si realmente le he dicho mi nombre al entrar en la clínica veterinaria.

—Ya sabes que en un pueblo las noticias vuelan. Todos conocemos de ti al menos dos datos: que eres la dueña de la casona y que te llamas Silen. Algunos recuerdan además que tus abuelos tenían la ganadería más limpia de la comarca y cuentan tus correrías de niña con todos los animales que te

encontrabas.

—¿Y sabes también lo de Razas?

—¡Uf! Lo siento —añade con cara de fingida afectación—. Me has pillado. Ayer falté a clase de cotilleos del bar de Remi. Hice pira y pasé el día en la playa. Tendré que recuperar el tiempo perdido asistiendo esta semana un par de horas más. ¿Es el mote de una familia? Yo llegué hace dos años y todavía estoy colocándome.

—¡Ja, ja, ja! Es el perro que esta mañana me ha seguido. Me han contado que ya te habían hablado de él.

—¿El mastín?

—Exacto.

—Entonces el daño no ha sido tan grave como pensaba, de eso sí que estoy enterado. Hace días que anda por el valle. Tendrá unos ocho o nueve meses y mucho miedo en el cuerpo. El jueves intenté acercarme para comprobar si tenía instalado el microchip y no pude aproximarme a menos de diez metros.

—Está en la finca.

—Nadie lo ha reclamado y por cómo se comporta lleva meses viviendo solo. Te ha elegido, es un chico listo.

—Y un cochino. Está lleno de suciedad y creo que tiene una colonia de pulgas viviendo en su cola, otra en su cuello y varias formándose en su lomo. No me atrevo a sacarlo. Me deja tocarlo, pero no sé qué pasaría si lo sacásemos a pasear con una correa, porque es muy fuerte y grande.

—Has hecho bien. Es mejor que se acostumbre al collar, que note la correa y cómo tú lo diriges caminando por la finca. También sería recomendable que, al menos las primeras salidas, las hicieras acompañada de alguien que pueda ayudarte en caso de necesidad.

—Buena idea. —Pablo tiene músculos, en sus brazos, en sus piernas... Los recuerdo muy bien y temo comenzar a sonrojarme si mi cabeza continúa reviviendo cómo los descubrí.

—Esta tarde tengo que visitar varias ganaderías y no sé a qué hora terminaré, pero, si me dejas tu número de teléfono, te podría llamar al finalizar la última visita y acercarme para examinar a Razas.

—¡Genial! Estaré en casa cuando me digas. No tengo comida para él y está muy delgado. ¿Qué me recomiendas? ¿Dónde podría comprar el collar, una caseta y un bebedero de agua resistente? Ha volcado el cubo de plástico donde le he dejado agua, lo ha agarrado y se ha marchado corriendo con él entre los dientes. No ha calculado bien y al pasar al lado de una de las palmeras lo ha dejado inservible.

—¡Necesitas un kit completo! Si me dejas, yo me ocuparé de todo excepto de la caseta. Si la deseas, habrá que encargarla, aunque no te la recomiendo de momento. Estamos en verano y es un perro para cuidar al ganado. Le gusta dormir al aire libre y suelen ser muy buenos vigilantes por la noche. Lo meteré todo en la furgoneta y tendrás entrega a domicilio.

—¡Y algo para las pulgas, por favor! No quiero que se extiendan por el jardín.

—¿Teniendo un perro donde vivir? Son pequeñas, pero no tontas. No te preocupes, llevaré champú para eliminarlas y un collar para protegerlo de las garrapatas.

Salgo rascándome el muslo. En cuando oigo nombrar al bichito me entran picores. ¡Pobre Razas! Esta noche será la última para las pulgas porque no quiero bañarlo y dejarlo mojado toda la noche. La previsión para mañana es buena y, si hace sol, se secará enseguida. Si se nubla, utilizaré todas las toallas que sean necesarias, es decir, todas las que tengo, hasta secar su pelaje.

Me apetece un helado, de nuez y chocolate blanco, pero comeré un

cucurucho industrial de chocolate con nata, porque es lo que vende el supermercado del pueblo.

Sin darme cuenta he terminado sentada en la fuente, mirando la casona como hacía de niña. ¡La gente va a pensar que estoy loca de remate! No me hace falta mala propaganda, así que me levanto, cruzo la carretera y entro distraída. Pero el perro no lo está y limpiamente me arrebató el helado y se lo lleva entre los dientes. ¡Que te aproveche, amigo!

¿Me lo parece a mí o todo está sucediendo a cámara rápida? Tengo casa, dinero, un hombre me ha demostrado su amor este fin de semana, me siento querida y feliz, y ahora tengo un perro guardián. ¡Guauuuu!

Capítulo 18

—¡Buenos días, cariño! ¿Leíste mis mensajes?

—¡Buenos días! —Todavía me avergüenza mostrar mis sentimientos—. Sí, y por eso no te llamé.

—No paré en todo el día. Por la tarde, y después de una larga charla, mi cliente se mostró tan dispuesto a colaborar que cuando propuso ir a cenar con su hermana para intentar llegar a un acuerdo definitivo sobre la herencia de su padre ni me lo pensé.

—¿Y todo salió según lo previsto?

—¡Mejor aún! Se abrazaron, lloraron y se reconciliaron después de dos años de disputas. Terminamos brindando a las doce de la noche por la familia, por los abogados, por la «tata», que los cuidó cuando eran pequeños, y por no sé cuántas cosas más. El hermano estaba tan contento por saber que los coches deportivos que su padre había coleccionado durante años serían por fin suyos que me sugirió, cuando su hermana se levantó para ir al baño, que al salir del restaurante hiciéramos una visita a la casa de unas amigas suyas que se dedican a la profesión más antigua del mundo.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué voy a hacer? ¡Negarme educadamente! El hombre insistió describiéndome los encantos de Katy, una moldava con muchas curvas y los músculos de cierta zona muy desarrollados para masajear al hombre en el momento justo.

—¡Ja, ja, ja! Cuando trabajé en publicidad tuve un compañero madurito y bastante baboso que todo lo solucionaba llevando a los clientes a este tipo de pisos. ¿Que no teníamos una idea brillante para el anuncio de unas nuevas galletas? ¡No pasaba nada! Una cena para los directivos con marisco y un par de horas con unas chicas de vida alegre y el cliente seguro que firmaba con nuestra empresa.

—¿Y le hicisteis caso alguna vez?

—¡Ni locos! Él insistía, pero los demás hacíamos como si no lo hubiéramos escuchado y seguíamos estrujándonos los sesos para encontrar la inspiración.

—A mí nunca me lo habían propuesto, pero para todo hay una primera vez. Anoche tuve ración doble, porque la hermana tomó demasiado vino durante la cena. Ya estaba bastante colorada cuando llegó el postre y las copas de cava que se tomó brindando la terminaron de liberar y me sobó todo lo que pudo.

—¿Cómo? ¿Tengo que empezar a sentir celos?

—No, cariño. En todo caso pena por el mal rato que me hizo pasar.

—¡Ja, ja, ja! Descríbemela, por favor.

—Tiene cincuenta y tres años. Lo sé porque mi secretaria me facilitó un *dossier* con sus datos. Es adicta a tomar el sol y está más arrugada que una momia. Tiene el pelo rubio platino, bastante mal gusto para vestir y unas manos muy largas. En cuanto me descuidaba me agarraba la mano por encima de la mesa del restaurante. Cuando nos levantamos para despedirnos no había modo de controlarla. Al abrazarme me pellizcó el culo.

—¡Pobrecillo! Eso te pasa por ser tan guapo.

—Ummm, ¿te parezco guapo?

—Mucho —contesto ruborizándome.

—Te has puesto roja, ¿verdad?

—Un poco. —Y ahora está aumentando el calor—. Así que mejor cambiamos de tema, por favor.

—¡Ja, ja, ja! De acuerdo. Cuando llegué a casa estuve tentado de escribirte de nuevo, aunque ya te había contado que no era probable que terminase antes de las once o las doce. Me contuve porque pensé que, si estabas durmiendo, el sonido del *wasap* te despertaría.

—Me alegra mucho saber que has resuelto con éxito el problema de tu cliente; de hecho, no tengo dudas sobre tu profesionalidad, yo soy la prueba.

—¿Y qué está haciendo mi prueba favorita?

—Rascarse.

—Me encantaría rascarte la espalda.

—Las piernas también me pican, y los pies.

—¿Y eso?

—Me ha picado una pulga, o unas cuantas, por como tengo la espalda.

—¿Razas?

—Ha sido culpa mía. Jugué con él en la hierba y entré en casa para ducharme. No me di cuenta y me senté en la cama para soltarme los cordones de las deportivas. Alguna debió pensar que mi colcha era un buen lugar donde descansar. He pasado una noche horrible, porque, cuando me he despertado, ya tenía unos cuantos mordiscos. Yo pensaba que era un mosquito y casi me intoxicó pulverizando todos los rincones con espray.

—Y te diste cuenta y cambiaste las sábanas.

—¡Pues no! Ha sido José quien lo ha descubierto. Cuando ha llegado estaba frotándome la espalda contra el cedro. Yo le he enseñado cómo tenía un hombro. Hablando de lo que hice ayer cuando se fueron, ha terminado

detectando mi error. Ahora mismo estoy viendo cómo las sábanas giran dentro del tambor de la lavadora a sesenta grados de temperatura. He desinfectado la estancia y he puesto sábanas y toallas limpias. He fregado el suelo, la cocina y el baño con lejía. He frotado con fuerza todas las superficies de madera, por si acaso había alguna posada en la mesa o en el cabecero de la cama, y lo he metido inmediatamente en la lavadora. Me estoy vistiendo con la ropa más vieja que tengo. Voy a cerrar la puerta con llave para que ni un ácaro pueda entrar y voy a salir a bañar a Razas, o al menos a intentarlo.

—Me gustaría verte. Por lo que pude ver en la foto que me enviaste ayer es un perro muy grande.

—Y yo una mujer muy terca. No tengo prisa. Hace sol y he atado una cuerda alrededor del roble que está cerca de la toma de agua exterior. Ayer lo visitó el veterinario y conseguimos ponerle el collar. José lo va a sujetar mientras anudo el extremo de la cuerda al collar. El resto será cuestión de paciencia.

—¿Y te confirmó la raza?

—Mastín. Llegará a pesar más de ochenta kilogramos.

—¿Vas a cambiarle el nombre ahora que lo sabes?

—¡Ni loca! Ya lo conoce y es un nombre precioso.

—Tú sí que eres preciosa. A la noche te llamaré de nuevo. Dale recuerdos a Razas de mi parte.

—Lo que le voy a dar es una buena reprimenda a este perro.

—¿Qué ha hecho?

—Encargué una caseta, pero no llegará hasta el viernes. Anoche Razas se tumbó en la entrada de la casona, donde hay protección contra la lluvia y el viento, pero el suelo de piedra me parecía muy frío, así que saqué la colcha que había comprado para taparnos en el sofá. La doblé dos veces y se la dejé

a su lado. Al principio no le hizo caso, pero al cabo de un rato salí para ver cómo estaba y no tenía ni el rabo fuera del improvisado colchón.

—¡Qué listo!

—No tanto. Lo acabo de ver pasar con un trozo de tela de la colcha colgado de la boca y el seto está lleno de restos blancos del relleno. Voy a salir a recogerlo antes de que se los trague y tenga que llamar de nuevo al veterinario.

—¡Que tengas buena cosecha!

—Cansancio es lo único que voy a cosechar esta semana. Hay manchitas rojas alrededor de la casona y por la hierba, ha roto la tela en mil pedazos.

—Ya veo que no te va a dar tiempo a aburrirte. Hablamos luego.

—Hasta luego, que tengas buen día.

He aceptado ser la responsable de un ser vivo sin pensar previamente en las consecuencias. Un cachorro que de momento no quiere más que jugar, pero que también podría dedicar sus energías a enfadarse conmigo. Tendré que enseñarle a comportarse bien ahora que, aunque tiene un cuerpo que casi duplica el mío, es pequeño en edad.

Nunca he tenido perro. Vivir en un piso es poco compatible con tener todos los animales de los que me fui encaprichando de niña y que mis padres, con los pies en la tierra, me negaron tajantemente.

Tuve un pollito. Era pequeño, suave y lucía un hermoso color rosa fucsia. Lo vi en un mercadillo. Estaba dentro de una caja de zapatos junto a los que supuse sus hermanos: el verde esmeralda y el rojo pasión. Prometí a mi madre que sería buena, que mantendría limpio mi cuarto, que sacaría sobresalientes en todas las asignaturas... La luna envuelta en celofán si con ello me permitía llevármelo a casa.

«Si lo coges, tendrás que cuidarlo. Si el pollito nos molesta a tu padre o a

mí, lo llevaremos a una granja». Sujeté al animalito prometiéndole mentalmente que iba a estar siempre a mi lado.

Los trocitos de pollo que mi madre cocinaba para la paella de los domingos venían de una granja y mi Esquipi, un nombre que había oído en no sé dónde, pero que se me había quedado guardado por si se daba el caso, no iba a acercarse a menos de cien metros de una, por mucho que me costase mantenerlo.

¡Menuda Semana Santa me dio Esquipi! El pollito era bonísimo, pero solo hacía cuatro cosas: piar, comer, dormir y cagar.

Piaba constantemente si no tenía algo caliente donde apoyarse. Mi madre me dio una bolsa de goma, que se rellenaba de agua caliente. La había comprado hacía años porque en casa de sus padres siempre hubo una y le pareció que era un imprescindible para una familia. En nuestro piso había calefacción central y al entrar a la cama no se notaba frialdad en las sábanas, por lo que la bolsa no se había estrenado y mantenía aún su etiqueta sujeta con una cinta.

Llenamos la bolsa de agua caliente y la envolvimos en un trapo de cocina antes de colocarla en el fondo de la caja de zapatos que mi padre había convertido en su casa haciéndole varios agujeros para que entrase y saliese el aire.

El pollito se quedó quieto en cuanto notó el calor en sus patitas. Ahuecando su suave plumaje, se quedó callado al instante. Lamentablemente, el agua no conservaba su temperatura mucho tiempo y en cuanto se enfriaba el pollito lo anunciaba a bombo y platillo con su monótono «pío pío».

Las fiestas de Semana Santa las disfrutábamos siempre en el pueblo con toda la familia. Esquipi no iba a quedarse solo en casa durante cinco días, por lo que metí en mi maleta la bolsa de agua y su comida. Con la cajita sobre mis piernas hicimos el viaje.

Mis primos se mostraron deseosos de colaborar. Esquipi era una monería y todos querían tenerlo un ratito entre sus manos, pero cuando llegaba la noche desaparecían más rápido que una chaqueta de cuero a diez euros el primer día de rebajas. El trabajo era constante y agotador para una niña de diez años. El pollito dormía las dos primeras horas y cuando yo estaba soñando que saltaba entre las nubes me despertaba de un modo muy poco agradable con su «pío pío» dichoso.

En casa de mis abuelos había una cocina de leña y otra de gas. Mi madre no me dejaba usar ni una ni otra, así que no tenía modo de volver a calentar el agua sin molestar a algún miembro de la familia. La primera noche cogí a Esquipi y le acerqué a mi cuerpo cuando me despertó. Comprobé en mi reloj, regalo de mi primera comunión, que la aguja pequeña estaba a punto de alcanzar el número dos. Se acurrucó, se quedó dormido al instante y yo dos segundos más tarde.

Cuando todavía no había amanecido me moví y mi mano derecha se posó sobre algo húmedo y pringoso. Estuve a punto de incorporar esta sensación al sueño que estaba viviendo en esos momentos, pero incluso dormida supe que algo iba mal. ¡Debía abrir los ojos! Esquipi había dejado sus excrementos por toda la cama. Aquello era asqueroso. Mi madre cambió las sábanas sin contarle nada a mi abuela. Para ella un pollo era alimento y no una mascota a la que cuidar.

La segunda noche mi abuela me dejó a regañadientes una toalla vieja, sobre la cual posé a Esquipi cuando comenzó su serenata nocturna. Tal y como había hecho la noche anterior, se quedó muy quieto en cuanto notó mi calor corporal. Yo dormí profundamente, confiando en que la toalla absorbiese todos sus verdosos excrementos.

A la mañana siguiente Esquipi me despertó pataleando sobre mi cabeza y picoteando mi pelo. Me hacía cosquillas. ¡Mi pollito era un encanto! Pero el olor que comenzó a llegar a mis fosas nasales no lo era. Había pisado su

propia caca y ahora yo la tenía por toda la cara a modo de mascarilla.

Me levanté como un resorte y el pollito salió volando para caer por suerte a los pies de la cama, donde continuó picoteando la colcha tan tranquilo. Me jaboné la cara varias veces, regresé a la habitación y le juré a Esquipi que, aunque se quedase afónico por piar, no iba a salir de su caja en toda la noche.

El cuarto día la temperatura subió doce grados. Parecía verano con el sol, que calentaba con fuerza, y una brisa cálida, que en la televisión anunciaron como vientos del Sahara con partículas de arena en suspensión. Aunque yo no encontré nada flotando en el aire, me pareció maravilloso que un domingo de abril hiciera tanto calor.

Había que ir a misa, eso ni se cuestionaba cuando estábamos en casa de mis abuelos. Mientras me vestía de niña buena, observé que Esquipi estaba muy calladito, aunque hacía horas que le había cambiado el agua. El sol que entraba por la ventana de mi cuarto lo estaba calentando y se había quedado dormido plácidamente. En la calle hacía más calor que en casa, así que saqué la caja de zapatos al balcón y le puse la tapa para que ningún pájaro grande pudiera llevarse a Esquipi. Tenía agujeros para que entrase el aire caliente y estaría muy a gusto.

Terminó la misa y no volvimos directamente a casa. Hacía tan bueno y todo el mundo tenía tantas ganas de disfrutar el día que los vermouths y los mostos para los pequeños pospusieron nuestro regreso hasta las cuatro de la tarde. Cuando llegamos a casa hacía horas que había olvidado a Esquipi. Solo quería cambiarme de ropa, coger la bicicleta y pasar la tarde jugando. Ni me fijé en la caja, ni en cómo madre la miraba de reojo mientras recogía la ropa que yo había llevado a la iglesia.

Volvimos a casa por la tarde para coger la merienda y, al pasar al lado de un gallinero, recordé de repente que tenía un pollito al que no había hecho caso en todo el día. Subí las escaleras de dos en dos para descubrir que la caja no estaba donde yo la había dejado hacía más de cinco horas.

Mis padres me contaron que el pollito había salido volando delante de sus ojos. A mí me pareció eso muy raro. Es cierto que las gallinas de mi abuela revoloteaban cuando las asustábamos, pero nunca alcanzaban la altura de la malla que las tenía confinadas. Se agotaban rápidamente y acababan en un rincón, donde mi abuela escogía a la desafortunada que se convertiría en nuestro almuerzo.

En el gallinero nunca había pollitos sueltos. ¿Cómo saber entonces hasta dónde era capaz de volar un pollito con esas minialitas de color rosa fucsia? Nunca más volví a ver a Esquipi, y no niego que sentí cierto alivio por creer que estaría feliz junto a otros pollitos, y yo más, durmiendo a pierna suelta.

En la comunión del primo Luisín se descubrió la verdad. Había pedido un perrito como regalo y, como no lo había recibido, se negó a comer, manteniéndose con los brazos cruzados y la cabeza baja. Mis tíos trataron de explicarle que no se podía tener un animal solo en una casa todo el día. Tanto mi tío como mi tía trabajaban fuera de casa. Mis primos comían en el colegio y alternaban entrenamientos de fútbol con clases varias como natación, particulares de inglés... ¡Nunca llegaban antes de las siete a casa! Eso no era vida para un perrito, por mucha camita con mantita a juego que le pudieran poner en un rincón del salón.

Mi primo juró más de diez veces que él lo sacaría antes de ir al colegio y en cuanto llegase. Yo tenía dieciocho años y mi madre debió pensar que ya había llegado el momento de descubrir qué le había pasado realmente a Esquipi, y más cuando se trataba de hacerlo por una buena causa.

Mi lindo pollito rosa fucsia había tenido prematuramente el mismo final que le espera a muchos pollos adolescentes: acabar asados. Mi madre levantó la tapa en cuanto me vio salir montada en la bicicleta para comprobar lo que se temía: que Esquipi había muerto asfixiado por el calor que se había concentrado dentro de la caja de zapatos.

¡Y yo tratando de imaginar todos esos años la vida de Esquipi! Sentí dolor,

vergüenza, rabia y ganas de llorar por lo ingenua que había sido.

Me duele recordarlo, era una niña. ¿Tener diez años cuando sucedió me libró de sentir culpa? ¡Sí y no! Debería haber revisado si Esquipi estaba bien, pero mi cabecita loca estaba concentrada en planificar todos los lugares a los que podríamos llegar pedaleando antes de que llegase la noche y olvidé que tenía un ser vivo que dependía de mí.

Ahora soy adulta. ¡Tengo hasta una herencia! Manuel creyó en mí y Razas también lo ha hecho, así que cojo una goma, me ato el pelo, busco una bolsa de plástico y salgo dispuesta a no dejar ningún peligro al alcance de mi nuevo amigo. ¡A ver cómo consigo convencerlo para que abra la boca para retirarle el relleno que le cuelga del colmillo inferior!

—¡Razas! Eso no se hace. ¿Dónde vas a dormir esta noche? Esa era la única colcha que tenía, y era muy suave. Ahora te ríes, pero esta noche vas a lamentarte porque donde ayer tuviste un mullido colchón hoy tendrás un saco de semillas como cama.

¡Uff! Estoy agotada. Me dejo caer sobre las escalinatas de la casona. El sol las ha calentado y es un placer sentir la temperatura de la piedra traspasar mi ropa mojada. Ha sido una lucha titánica: «el chorro del agua contra Razas». Al final, ha ganado el agua. El contador no ha dejado de correr en dos horas, que son las que me ha costado mojar a Razas, jabonarlo y aclararlo.

Empapar su pelo ha sido relativamente sencillo. Razas se lo ha tomado como un juego y ha intentado morder el agua durante un buen rato, hasta que ha tragado tanta cantidad que se ha puesto a toser aparatosamente. Jabonarlo ha sido realmente complicado: he vaciado el bote de champú antiparásito y he tenido que añadir un litro entero de gel con aroma a frutas del bosque para conseguir algo de espuma, porque jabonar sin que salgan pompas es como comer aire.

Me duelen los dedos de frotar. Al muy picarón le gusta que lo acaricien y

lo rasquen y se ha quedado bastante quieto, si no tengo en cuenta los quinientos lametazos que me ha dado para agradecerme la sesión personalizada de *spa* que ha recibido sin pedir cita previa.

Después de lavar a Razas por provincias (lomo, laterales, patas delanteras, patas traseras, rabo y pecho), he decidido, algo reticente, darle una pasada a los bajos fondos. No voy a permitir que todos sus parásitos se resguarden en sus partes íntimas, por mucho repelús que me provoque tocarlo. He sido rápida y directa, pero a Razas le ha debido de parecer el paraíso por cómo ha cerrado los ojos y abierto la boca para dejar caer su gruesa y rosada lengua como señal inequívoca de placer perruno. ¡Hombres, todos son iguales!

El aclarado ha sido una tarea titánica. El champú antiparásito mezclado con el gel ha tardado en penetrar en el pelo del perro y eliminarlo ha sido todavía más costoso. Me he aburrido de apuntar con la pistola de agua. Razas se ha cansado de esquivar el chorro de agua y, aunque el suelo se ha ido llenando de espuma, la del pelo no desaparecía, así que no me ha quedado otro remedio que acercarme y frotar. Alternando de mano cuando el hormigueo aparecía, he masajeadado sin descanso y ¿qué me ha regalado en esta ocasión Razas como manifestación de cliente satisfecho? Incontables gotas de lluvias mezcladas con pelos y babas que me han caído encima cada vez que ha sacudido su enorme cuerpo.

Razas corre ahora libre por el jardín y toma carrerilla para tirarse después sobre la hierba, donde se desliza varios metros. Cuando se queda quieto se levanta, se sacude, me mira, menea el rabo y vuelve a correr. Yo no puedo con mi alma, así que me quedaré quietita un rato hasta que note que los huesos de mi espalda recobran su posición original.

Me retiro los pelos del perro de la cara y apoyo la espalda en la puerta de la casona. Huelo mal, como si hubiéramos hecho un traspaso de olores. Razas huele a frambuesa y a arándanos, y yo huelo a perro mojado. Es bastante desagradable, pero estoy demasiado cansada para levantarme para ir hasta la

ducha. Cierro los ojos, relajo mi respiración y escucho los sonidos de la naturaleza: zumbidos de insectos, pío de pájaros, gruñidos de satisfacción de Razas y el del Whatsapp, que destroza este bonito momento zen.

¿Será Pablo? Este hombre me tiene atontadita perdida. Cada cinco minutos dedico uno a pensar en él. Es inevitable. Añoro su olor, sus besos, sus abrazos, nuestras conversaciones. ¡Todavía es martes! Mediodía y en el mejor de los casos no podría llegar antes del viernes por la tarde. Esto del amor es muy cruel. Bueno, es una delicia, pero duele cuando no tienes cerca a la persona querida.

¡Mi madre con el pelo rubio platino! ¡Hay que jod...! Y hay más fotos: mis padres con sus amigos y otras personas que no conozco alrededor de una hoguera en una playa por la noche; mi madre sentada en un muro con el mar de fondo posando descarada y sonriendo a la cámara; mi padre vestido con ¡una especie de pantalón de rayas estilo juglar que habrá comprado en un mercadillo!; mi madre y su amiga abrazadas con unas copas de cóctel con sombrillitas verdes plateadas; y media docena más de instantáneas que me están dejando con la boca abierta.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. Ya le dije yo a tu padre que ibas a llamar en cuanto recibieses las fotos.

—¡Como para no hacerlo! ¡Menudo cambio de *look*!

—Ya ves, me he lanzado.

—Mamá, te oigo muy mal.

—Espera, que salgo.

¿Es mi madre o me la han cambiado? La música a tope, lleva el pelo rubio, toma copas, posa como si fuera una quinceañera y permite que mi padre se vista como si estuviese en una comuna *hippy*. ¿Habrán caído bajo influencia

de una secta? Son adultos desde hace muchos años y eso solo sucede a las personas cuya personalidad aún no está formada, ¿verdad?

—¿Ahora mejor?

—Sí. ¿Dónde estabas?

—Tomando unos finos con un grupo de amigos en un bar de un pueblo de Cádiz. El dueño es primo de Sebas, uno de la cuadrilla. Hemos entrado a visitarlo y ahora estamos bailando flamenco y friendo «pescaíto» para acompañar la bebida.

—Ya veo que lo estáis pasando muy bien.

—De maravilla, hija. Estamos conociendo a gente, visitando lugares preciosos y seguramente nos quedaremos unos días más.

—Me parece genial, mamá. ¿Papá también está contento?

—Tu padre parece un chiquillo. Este viaje nos está viniendo realmente bien, hacía años que no me sentía tan joven.

—Se nota, pareces una sueca con ese pelo tan rubio.

—¡Sueca de toda la vida! ¡Ja, ja, ja! Nunca me atrevía, pero el otro día pensé: «¡Qué tontería! Yo siempre lo llevo corto y sin nada de gracia. Si no me gusta cómo me queda, regreso al día siguiente a la peluquería y me lo vuelvo a teñir de castaño». ¡Y me encanta!

—Te queda muy bien, mamá. —Todavía estoy alucinando.

—Gracias, hija. Ayer hablé con la madre de Carmen.

¡Ufff! Contengo la respiración. ¿Quién llamó a quién? ¿Y de qué estuvieron hablando? Si mi madre supiese mi situación actual, habría carbonizado el teléfono llamándome hasta localizarme, y no tengo ni una sola llamada perdida suya. Aquí hay gato encerrado.

—¿Te llamó ella?

—No, lo hice yo. Quería que me confirmase que estás bien. Aunque esté lejos y viviendo como si tuviera veinte años, sigo siendo tu madre y te conozco. Tú siempre dices que estás bien, aunque no sea cierto.

—Pero es verdad, mamá.

—Lo sé. Me contó que estás ayudando a Carmen con sus niños y que los tres te adoran, que vais a la piscina, a pasear, al parque... y que tu amiga está encantada porque hacía años que no pasabais tanto tiempo juntas.

—Sí, es verdad. Estamos recuperando el tiempo perdido. —¡Y no cuenta nada del resto! ¡Esta no sabe nada!—. Eso ya te lo había contado yo, mamá.

—Nos han propuesto ampliar el viaje y recorrer el sur de Portugal. Tú siempre me dices que te encuentras bien, aunque estés en el ojo de un huracán, así que busqué otra fuente fiable de datos antes de darles una respuesta.

—¡Por supuesto que estoy bien, mejor que nunca! —Ahí no he mentido—. Estoy muy contenta sabiendo que estáis disfrutando tanto. Tengo intención de quedarme en el pueblo durante una temporada.

—Pienso llamarte todas las semanas.

—Si no lo haces, yo te buscaré. Podrías olvidarte de todo si continúas tomando cócteles y tiñéndote el pelo.

—¿De mi niña? ¡Nunca! Tengo que colgar. Me están diciendo que el *pescaíto* se está enfriando. ¡Te quiero!

—¡Y yo a ti, mamá! Dale a papa un beso de mi parte.

¡Increíble! ¡No saben nada sobre la casona! De los padres de mi amiga nunca he dudado, ya que ambos son muy discretos, pero estoy segura de que, si las dos cotillas del pueblo hubieran tenido el número de mi madre, lo habrían usado para interrogarla.

Sonrío porque me hace feliz saber que mis padres, después de toda una

vida de trabajo, están viviendo una experiencia preciosa. Razas llega moviendo el rabo. Nos conocemos hace un día, pero esa carita con la que me está mirando es de pura alegría. Le permito un último lametazo. Me levanto y lo abrazo con fuerza. Voy a entrar en la ducha y cien pelos más o menos no supondrán ninguna diferencia.

Hoy no voy a meter la pata. El picor me recuerda constantemente que no debo permitir que ningún bichito entre en casa. Me quito la camiseta, el pantalón corto y las zapatillas en la puerta. Dejo todo en el suelo y entro en bikini directamente en la ducha. Quince minutos después mi pelo brilla y mi piel está roja después de pasar la esponja quizá demasiado energicamente.

Me acerco a la ventana frotándome con una toalla la cabeza para retirar la humedad. ¡No me lo puedo creer!

—¡Razas, deja eso!

Me mira y sale corriendo con la zapatilla entre los dientes. Recojo rápidamente el resto de mi ropa y la dejo dentro de la lavadora. Tenía cariño a esas zapatillas, eran viejas, pero podrían haberse utilizado como calzado para estar en el jardín.

Tomo la libreta, el bolígrafo y anoto comprar calzado para hacer deporte y juguetes para Razas. Es un cachorro, nunca ha tenido una pelota ni un muñeco de goma. Es normal que intente recuperar el tiempo perdido y yo lo ayudaré a hacerlo. Tengo que colgar la ropa, a donde yo alcance con mis brazos Razas también lo hará saltando. ¿En qué lugar podría dejarla? De momento, dentro del tambor de la lavadora. Luego lo pensaré, ahora estoy muy cansada y hay tiempo...

¿Cuál es la función de las pulgas en la cadena alimenticia? ¿Forman parte fundamental del equilibrio de la naturaleza o fueron creadas para tocar los cataplínes a los perros y a sus dueños? Mi tío Federico tiene la respuesta: «Las pulgas y los piojos los crían las fábricas que venden productos para

aniquilarlos. Los sueltan delante de los colegios, en los parques...» ¡Mi tío siempre tiene una explicación para todo!

Capítulo 19

¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? Me siento recuperada y con mucha hambre porque hoy no he comido. Me desperezo buscando el reloj. ¡Si son las seis y diez! A las siete hay misa y el cura tiene por costumbre no recibir a nadie a partir de esa hora. A mí no me extraña. Don Julián ya era mayor cuando yo era una niña y debe de haber cumplido los ochenta años hace tiempo.

Recuerdo muy bien mi última visita a la iglesia, cuando acudí al bautizo de Marcos. Nunca olvidaré ese día porque el pobre cura se quedó dormido dando el sermón. Todos creíamos que había cerrado los ojos durante unos instantes para descansar la vista. Cuando empezó a roncar el monaguillo se acercó a tiempo para evitar que cayese al suelo, ya que había comenzado a inclinarse peligrosamente sobre el púlpito.

Al despertar no recordaba cuál era la última frase del sermón que había pronunciado, así que optó por un «podéis ir en paz», que yo interpreté como «podéis ir en paz a donde queráis, hijos míos, pero yo me voy a tumbar porque no puedo con las pestañas». El monaguillo tuvo que volver a intervenir susurrándole que no podíamos irnos al restaurante a comer porque el niño todavía no había sido bautizado.

De haber podido habría soltado un improperio, ya que la mirada que le dedicó al monaguillo no tenía desperdicio. Como es un hombre de Dios, lo resumió con un «¡ay, Señor!». El monaguillo se mantuvo apenas a un metro el resto de la ceremonia, por si volvía a quedar en estado de «meditación profunda». Todos los demás colaboramos a nuestra manera: quien tenía que pronunciar una frase lo hacía a velocidad de rayo; si había que levantarse,

parecíamos un desfile militar; cantábamos a pleno pulmón, y cuando notábamos que había riesgo inminente carraspeábamos ruidosamente.

Don Julián se marchó murmurando un «espero poder verlo en misa antes de que haga la comunión» a los padres. El monaguillo, que parecía su sombra rebelde, le abrió la puerta de la sacristía y el cura entró arrastrando sus ropas por la desgastada piedra.

Una insistente lluvia nos obligó a todos a permanecer dentro del pórtico de entrada de la iglesia durante el tradicional momento de las fotos de familia, con Marcos en el centro.

Allí estuvimos un buen rato porque un bautizo no es razón suficiente para que un niño paralice el normal funcionamiento de su aparato digestivo. Un tufillo muy reconocible que empezó a extenderse por el aire hizo que todos arrugásemos la nariz con cara de resignación. El niño se había vengado por someterlo a tanta manipulación para conseguir que el faldón de la abuela saliese lucido en las fotos. Antes de que se produjera un escape, se hizo evidente que había que buscar un lugar donde cambiar el pañal contaminado urgentemente.

Carmen cogió la bolsa del coche y, acompañada de su madre y de dos o tres niños que se mostraron entusiasmados por ver de qué color había dejado Marcos el pañal, entraron de nuevo en la iglesia para cambiarlo en un lugar sin peligrosas corrientes de aire.

Me quedé de pie, porque estaba helada de frío y porque, entre poner a refrescar mis posaderas en uno de los dos gastados bancos de piedra o mantener insensibles mis pies, decidí que era mejor la segunda opción. La última frase de don Julián me había parecido muy reveladora. ¿En verdad creía que viviría hasta que llegase el momento de la primera comunión de Marcos? ¿Tendría información confidencial del más allá? Era un cura que había dedicado su vida a sus feligreses y eso debería tener premio. Que todavía no se hubiera caído pisándose la ropa para romperse la cadera era un

milagro, insignificante si lo comparamos con las apariciones de la Virgen, pero milagro, al fin y al cabo.

Tuve que posponer mis divagaciones para concentrarme en coger correctamente a Marcos y poder aparecer sonriente en la foto de rigor. Si me hubieran vendado los ojos y si me hubieran puesto en mis brazos al niño sin decirme qué estaba sujetando, nunca lo habría adivinado. No se notaba su respiración, ni si estaba calentito o tiritando de frío como yo. Había tanta capa de tela bordada que habría podido jurar que me habían dejado encima un vestido de novia.

Me concentré en intentar sostenerlo del modo como mi amiga me indicó, para que no se me cayese al suelo y sus vestimentas se mostrasen esponjosas y desplegadas. Yo también fui hace muchos años la protagonista de ese momento. La instantánea de mis padres conmigo en brazos, que hay colgada en su habitación, es prueba irrefutable de que pasé por semejante calvario, aunque por suerte no conservo en mi memoria tan incómoda indumentaria.

Los bebés de cinco meses no saben hablar el idioma de los mayores, pero llorando, que es su modo de quejarse, expresan el cabreo que sienten al estar durante horas vestidos como si fueran un regalo. Cuando están desesperados, porque ni para dejarlos en el cochecito, que es a fin de cuentas una cama, les retiran algo de ropa, es normal que tomen aire y suelten un berrido desgarrador. Lo que sí que es extraño es que a nadie se le ocurra otra cosa que no sea decir: «Pobrecillo, tiene sueño y por eso llora». ¿Desde cuándo lloramos cuando sentimos sueño? He acudido a varios bautizos y en alguna ocasión he estado a punto de decir: «Señora, normal que no se pueda dormir. Si usted se metiera en la cama vestida de Sisí Emperatriz, seguro que tampoco pegaba ojo en toda la noche».

Ya vestida y con un bocadillo de jamón en la mano salgo al jardín. ¡Pues sí que tiene buen olfato este perro! Está babeando y no creo que sea por correr. Ha olido el embutido y me mira suplicante. No tengo fuerza de voluntad y

parto el pan por la mitad. Razas ha pasado, sin periodo de adaptación, de tenerme temor a una confianza excesiva. Interpretando mi gesto, abre su boca para tirar del pedazo más grande que le corresponde por peso. Se lleva su trozo de pan y todas las lonchas de jamón que no han quedado aprisionadas con suficiente fuerza entre mis dedos para desgarrarse.

—Mañana por la mañana me voy a tomar el día libre. Ahora no tengo tiempo, pero recuérdame que añada a la lista un montón de chuches para perros. Disfruta lo que queda del día porque a partir de mañana las cosas van a cambiar, Razas. —Me mira relamiéndose y no puedo evitar tocar su cabeza con mi mano libre porque me tiene ganada y él lo sabe.

Compruebo que su cubo esté lleno de agua y salgo corriendo masticando el pan aromatizado con el jamón que ahora está en el estómago del perro. La iglesia está a doscientos metros. Llego jadeando a las seis y media justas. Tiro el pan que no he tenido tiempo de comer en la papelera porque no me parece correcto entrar masticando y no tengo sitio donde guardarlo.

Las puertas de la iglesia aún están cerradas, por lo que rodeo el viejo edificio y toco la pequeña puerta trasera. Espero. Ni me abren ni me contestan, así que golpeo con más fuerza. A punto de utilizar la llave de la verja de la casona para llamar nuevamente sin dejar mis nudillos insensibles, la puerta finalmente se abre para descubrir a don Julián, que me mira sorprendido.

—Buenas tardes, don Julián.

—Buenas tardes, Silen.

—¿Me recuerda? —¡Milagro confirmado!

—Por supuesto, hija. Aunque estoy hecho un vejestorio, la cabeza es la única parte del cuerpo que aún me funciona. Tú eres nieta del Tranquilu, la que me robaba las hostias.

—Sí. —¡Qué vergüenza, y yo que pensaba que nunca me había descubierto!—. Lo siento.

En la liturgia, cuando don Julián se acercaba a las escaleras con el cuerpo de Cristo, aquel cáliz dorado, y lo ofrecía a los feligreses, todos abrían la boca solemnemente para que el cura les introdujera lo que a mí me hacía salivar de gusto. ¡Era algo tan apetecible! La gente se volvía a sus asientos sin apenas masticar y con cara de concentración.

Cuando por fin pude comulgar me pareció un manjar. Mantuve esa sensación hasta que un día en una tienda de Bilbao descubrí que vendían los restos de las hostias y compré una bolsita. Recuerdo que abrí el paquete y me lancé a devorarlas llenando mi boca hasta que me fue difícil masticar. Estaba encantada, aquello estaba realmente bueno, pero solo al principio. En realidad, era una pasta sosa que me costó tragar y que me provocó una gran desilusión.

—No eras la única. Yo también lo intenté cuando era pequeño, pero el cura de mi pueblo era rápido como un rayo. Si nos pillaba, el coscorrón estaba garantizado y tenía unas manos enormes. Pasa y cuéntame para qué has venido. Si no te importa, me podrías ayudar a vestirme. El monaguillo llegará cinco minutos antes de que empiece la misa porque ha suspendido tres asignaturas y el padre, como castigo, lo obliga a ordeñar el ganado por la mañana y por la tarde. Yo estoy con un pie aquí y otro cerca del Señor, así llevó muchos años, y continuaré todos los que sean necesarios, pero mis brazos se quejan cada vez que me visto.

—Por supuesto que lo ayudo. ¿La ropa está guardada donde siempre?

—Sí. ¿Para qué cambiar lo que ha sido bueno durante sesenta años?

Me acerco al armario y saco las vestimentas. ¡Huele a mi niñez, cuando entrábamos a escondidas, figoneábamos todo y salíamos convencidas de que teníamos un secreto importante que guardar! Habíamos explorado la parte prohibida de la iglesia, habíamos tocado la copa, habíamos ojeado los libritos con el canto dorado y habíamos sentido por unos instantes que vivíamos

peligrosamente.

—Puedes hablarme. Estoy hecho un cascajo, pero todavía puedo hacer dos cosas al mismo tiempo si son sencillitas. Cuéntame para qué has venido, porque no creo que haya sido para confesarte.

—No, don Julián —respondo sintiendo el comienzo de un rubor provocado por el recuerdo de las mentiras que le contaba cuando mi abuela me obligaba a confesarme. Contarle mis pecados al cura significaba descubrir nuestras inocentes correrías. No estaba dispuesta a hacer partícipe a nadie de nuestro mundo secreto y me inventaba actos horribles que ahora me avergüenzan, por lo ridículos que eran y por la paciencia que demostró don Julián al escucharlos como si de algo cierto se tratara.

—Entonces, tú dirás.

—Yo soy la nueva propietaria de la casona de indianos de la plaza.

—Eso ya lo sé. Juani la Floja y Elisa la del Molino deben creer que estoy sordo o que he perdido la memoria. Me lo cuentan un día sí y otro también. Me alegro de que no haya pasado a manos de alguien ajeno al pueblo. Según me han dicho no tienes intención de derribarla de momento.

—¡Por supuesto que no! —¡Qué manía tiene la gente con hablar de derribos! Esa palabra me pone el vello de punta porque me recuerda ese momento de Madrid, el ruido, el polvo, el olor a viejo que durante horas fue lo único que sentí al respirar.

—Me alegro. Es nuestra historia y debemos protegerla.

—De eso quería hablar —apunto estirándole la casulla.

—¿Qué hora es?

—Siete menos cuarto.

—Sentémonos cinco minutos. Necesito coger fuerzas antes de salir.

Don Julián se deja caer con cara de satisfacción. Me siento con cuidado porque la vieja silla con asiento forrado en terciopelo rojo no parece muy fiable.

—Me gustaría saber sobre la casona. Tiene más de cien años y todos los que conocieron a los primeros dueños fallecieron hace tiempo. He buscado en Internet, pero no aparece información alguna sobre ella. He pensado que la iglesia probablemente tendrá documentos porque, según me han contado, los dueños aportaron dinero para hacer reparaciones.

—Así fue. Por eso los dos primeros bancos tienen su nombre, como reconocimiento por su colaboración.

—¿Hay algún tipo de registro de esos hechos?

—Ya no.

—¡Oh! —Pensaba que en algún libro quedarían anotadas las aportaciones.

—Llegué a este pueblo a los tres días de haber sido ordenado sacerdote. El padre Tobías era muy mayor y en la diócesis dudaban de que pudiera soportar otro invierno durmiendo en la fría habitación de la sacristía.

»Cuando me presenté, el hombre que me abrió la puerta me preocupó. Tosía y se llevaba la mano al pecho constantemente. No podía perder el tiempo si quería estar preparado para atender a la que iba a ser mi parroquia en cualquier momento. Empecé por aquello que para mí era más fácil: había estudiado Historia en la facultad y entre libros me sentía seguro.

—No lo sabía.

—Yo ahora tampoco, ¡ja, ja, ja!, pero, si me das un mote, te podría nombrar a todos los miembros de la familia, las fechas en las que se han casado, cuándo han bautizado a sus hijos y si he tenido que celebrar una misa por el alma de alguno de ellos. Mi vida han sido mis feligreses y esa ha sido mi verdadera carrera.

—Y lo ha hecho usted muy bien, don Julián.

—Lo mejor que he sabido, hija. No hay libro donde consultar la vida, solo practicando podemos escribir nuestra historia, confiando en tomar las decisiones acertadas.

En silencio permanecemos los dos unos instantes, don Julián tiene muchos años y mucha historia que recordar, datos que no se pueden cambiar porque sucedieron hace tiempo y quedaron grabados en su camino.

Cierra los ojos. ¿Se habrá quedado dormido? Miro el reloj y son las siete menos diez. Solo nos quedan cinco minutos y me gustaría escuchar un poco más. Carraspeo, en el bautizó funcionó. Ahora estoy muy cerca, así que lo hago suavemente. No quiero que se encuentre con el creador estando yo a su lado, prefiero que escoja un momento más íntimo.

—Estoy despierto. Estaba recordando y para eso no necesito tener los ojos abiertos. El padre Tobías tenía ochenta y tres años. Era un hombre de campo, miembro de una familia numerosa. Le había tocado en suerte ser cura por aquella tradición tan extendida de tener un hijo sacerdote. Había sido un hombre feliz dedicándose a los demás. Los libros no eran santo de su devoción. Cuando me enseñó la vitrina donde guardaba la documentación de la iglesia, casi me voy al cielo antes que él del disgusto que sentí: desorden, hojas sueltas, cartas sin archivar y las anotaciones del padre Tobías, que parecían los gráficos de un seísmo.

»Una prima de tu abuelo, que era muy devota, me acogió en su casa porque en la iglesia no había sitio para mí. Por el día atendía las explicaciones del padre Tobías y por la noche revisaba en el cuarto que me habían prestado los documentos que me llevaba de la vitrina. La noche del derrumbe había cogido el registro de nacimientos y ese fue el único libro que se salvó.

—¿Qué derrumbe? —El tiempo se agota y esto se pone interesante.

—La peor tormenta que yo recuerde. Empezaron a oírse los truenos a la

hora de la cena y no cesaron hasta la mañana siguiente. La teníamos sobre nuestras cabezas y cada vez que caía un rayo la casa entera temblaba. La vivienda tenía contraventanas interiores y recuerdo el sonido del viento, de la lluvia que golpeaba los cristales y cómo con cada relámpago se colaba la luz por las rendijas que la madera no cubría... Terrible.

»Pensé mucho en el padre Tobías. Dormía en un cuartito, con una corriente de aire constante que hacía que la temperatura interior y la de la calle fueran casi idénticas. La tormenta se alejó al alba y me acerqué a la iglesia corriendo porque me temía lo peor. Llamé a la puerta por la que tú has entrado y nadie me abrió, así que rodeé la iglesia. La puerta pequeña del portón de entrada principal estaba medio abierta y corrí hasta el altar, rezando para no encontrarme con el que hubiera sido mi primer difunto y entierro.

»El padre Tobías tenía la sotana llena de polvo y cargada de agua en sus bajos. El suelo de la sacristía aún conservaba restos del agua helada que había entrado por un boquete que se había formado en el tejadillo. Una piedra de la cornisa se había desprendido y con gárgola incluida había caído y había abierto un agujero del tamaño de un coche familiar. Todo estaba hecho añicos. La vitrina se había llevado la peor parte y los libros estaban esparcidos por toda la estancia e hinchados de agua.

Saqué al pobre hombre de allí a regañadientes y lo acerqué hasta la casa más próxima para que lo atendieran. Estaba desorientado y temblaba como un flan. Regresé con la esperanza de poder salvar algún documento. Con la ayuda de la gente del pueblo, que comenzó a llegar enseguida, transportamos todos los libros al altar para que se secasen. De nada sirvió despegar sus hojas para que no se quedasen unidas. Cuando el agua se evaporó, solo se pudieron distinguir algunas palabras, el resto era un gran borrón de tinta. Están guardados en cajas como recuerdo porque no sirven para nada más.

—¡Qué pena!

—¡Una lástima! Me dolió ver el destrozo que probablemente un rayo causó

en los libros y en otros objetos que allí se guardaban, pero mucho más duro fue ver cómo el padre Tobías falleció a los pocos días. La fiebre consumió su agotado cuerpo. Murió lamentándose por no haber protegido mejor el patrimonio del pueblo. ¡Ni que pudiera controlar los rayos!

—Es la hora, don Julián. Deje que lo ayude a levantarse. —Parece tan cansado. Deberían enviar a alguien joven para sustituirlo.

—Gracias, Silen. Te quedarás a misa, ¿verdad?

—Claro.

Bueno, no pensaba hacerlo, pero no puedo negarme. Estar sentada media hora no me hará ningún daño. Tomo la manilla para abrir la puerta que comunica con el altar y casi me desmayo del susto. Un muchacho, que está colorado y tiene el pelo pegado por el sudor como si llegase recién salido de una sauna, ha abierto antes que yo y no he gritado por respeto al lugar en el que me encuentro.

Se disculpa por llegar con el tiempo justo, Don Julián lo mira con gesto resignado y yo aprovecho que ya tiene ayudante para sentarme en un banco de la tercera fila. «Familia Vargas», tal y como lo recordaba, las letras grabadas en la placa dorada es el único dato que ha quedado registrado. Me da pena, me hubiera gustado mucho saber algo más.

Incluyendo al cura, al monaguillo y a mí, hacemos un total de siete personas. Ahí va otra operación aritmética: si sumásemos la edad de las cuatro feligresas y del cura, la cifra resultante estaría comprendida entre cuatrocientos cincuenta y quinientos. Y sumando y restando todo lo que se me ocurre para pasar el rato, me sorprende el «podéis ir en paz» en el momento preciso, cuando mis dientes están a punto de castañear por el horrible frío que estoy sintiendo. Las viejillas han venido preparadas con una gruesa chaqueta negra, porque sabían que estar aquí adentro es como meterse en una cueva. Yo solo venía a preguntar y necesito salir urgentemente al sol, quedarme quieta

como las lagartijas para calentar de nuevo mi sangre.

—¡Silen!

—Voy. —¿Necesitará ayuda don Julián para moverse? Espero que pese poco porque tengo el cuerpo agarrotado.

—Acabo de recordar algo. Ven conmigo.

Lo sigo hasta el pequeño almacén que hay debajo de las escaleras que conducen hasta el órgano. Es un cuarto oscuro que siempre me ha dado miedo y que he evitado incluso mirar. Don Julián mete la mano dentro del bolsillo secreto que tiene su ropa y saca un manojito de llaves. Abre la puerta y busca con la mano lo que resulta ser el pulsador de luz. ¡Eso antes no existía!

—Entra y coge esa bolsa de tela negra que está al lado de los cirios. Ten cuidado, que pesa.

Pero ¿que hay aquí dentro? ¿Una piedra? Lo dejo con cuidado en el suelo y saludo a las cuatro abuelitas, que se marchan despidiéndose con un «hasta mañana, don Julián».

—Por favor, no saques la figura dentro de la iglesia. Estas mujeres son muy duras de mollera y, si lo ven, es probable que no quieran volver. ¡Como para perder público está la cosa! ¿Has traído coche?

—No, he venido andando.

—¿Crees que podrás con ello o prefieres volver mañana?

—¿Tengo que llevármelo?

—Fue un regalo de los dueños de la casona a la iglesia. Querían que se colocase al lado de la Virgen María, algo que de haberse hecho habría causado cierto revuelo entre los feligreses. Tampoco era cuestión de tirarlo, así que el padre Tobías lo guardó por si el año siguiente volvían a la iglesia, pero eso no sucedió. Cuando yo tuve que hacerme cargo, tampoco supe qué

hacer con ello. Tú eres la nueva dueña de la casona y preguntas por ellos. Parece que el regalo ha encontrado por fin su dueño. Ahora, hija, te dejo. Necesito tumbarme unos minutos.

Cierra nuevamente con llave y alejándose con pasos titubeantes me deja con la palabra en la boca y con el saquito negro a mis pies. Las mujeres vestidas de luto, que han simulado estar paseando por la iglesia para no perder detalle de nuestra conversación, pasan nuevamente a mi lado mirando descaradamente la bolsa.

¡Ya no tengo frío! Si fuese fácil hacerme sudar, ahora mismo tendría la frente brillante por el esfuerzo, pero mi cuerpo tiene tendencia al sonrojo y cuando realizo un esfuerzo considerable mis mejillas arden como si me hubiera quedado dormida varias horas al sol boca arriba en la playa sin protección solar.

Recorro los últimos cien metros creyendo que cada paso será el último que podré dar. Dejo la bolsa con cuidado en el suelo, sintiendo los brazos ligeros, y abro la puerta con cuidado. No he olvidado a Razas y podría haber estado cavilando cómo escapar después de la experiencia del baño. Está tumbado debajo del sauce llorón. Por el pausado movimiento de su pecho y por los ronquidos perrunos que está soltando, deduzco que está profundamente dormido. Es un niño, grande pero necesitado de siesta. Con tanto trajín no sería de extrañar que prolongase su descanso hasta el día siguiente.

Poso el pequeño saco de tela sobre el sofá y corro hacia el baño para refrescarme la cara. ¿Qué puede contener para que pese tanto? ¿Por qué don Julián ha determinado que yo tengo que tener ese regalo? He entrado para preguntar y he salido sin respuestas y con algo que no puedo imaginar.

Suelto el nudo y dejo que el cordón se deslice por el dobléz de la tela hasta eliminar el fruncido. Meto los dedos y descubro algo con tacto suave y temperatura neutra. Sin fuerza para sacarlo con un brazo bajo la tela hasta dejar al descubierto el misterioso objeto. Lo que veo me deja perpleja. ¿Se

habrá equivocado don Julián? Lo dudo. El resto de los objetos que había guardados dentro del cuarto del hueco de la escalera tenían una relación clara con la Iglesia. ¿Por qué hicieron este regalo los dueños de la casona? Si hoy en día sería poco probable, por no decir imposible, ver un objeto como este al lado de la talla de la Virgen, hace cien años solicitarlo habría sido calificado de sacrilegio.

—¡Hola, chica guapa!

—¡Hola, madrileño! —Tres palabras de Pablo y ya estoy sonriendo como una colegiala deslumbrada por su príncipe azul.

—Creo que hoy podré irme pronto a casa, pero quería oírte. Pienso constantemente en ti.

—Y yo en ti. —Y me encanta decírselo, no tener secretos, que nuestra relación pueda crecer con la sinceridad como pilar principal.

—¿Y qué está haciendo la mujer más bonita del mundo?

—Estoy observando una figura de madera.

—¿Has ido a ver alguna exposición?

—No, la tengo en casa, posada encima del sofá.

—¿Has comprado una figura?

—Se ha deshecho de ella el cura del pueblo. Le pregunté si existía algún archivo con datos sobre quienes construyeron la casona y me ha dado esto.

—¿Y qué es?

—Voy a mandarte una foto y ahora volvemos a hablar.

Mi teléfono suena apenas un minuto después de enviarle la foto de la curiosa pieza de madera.

—Es tan oscura que no se pueden apreciar muy bien los detalles, pero

están desnudos, ¿no?

—Sí, lo has visto bien, un hombre y una mujer desnudos. Ella con pechos grandes y él con unos atributos enormes.

—¿Y qué están cogiendo con sus manos?

—Nada, tienen sus manos entrelazadas. Ella tiene el brazo libre relajado al lado del cuerpo y él lo tiene levantado como si estuviera enroscando una bombilla.

—¿Y dices que te lo ha regalado el cura?

—No, fue un regalo de los dueños originales de la casona a la iglesia. Lo han guardado durante todo este tiempo. Don Julián me lo ha dado al ser yo la actual dueña. En la iglesia nunca tendría un lugar donde colocarse. Sin tener tiempo a negarme, se ha ido y me ha dejado con esta peculiar obra de arte.

—¿Y qué vas a hacer, lo vas a dejar en casa o lo vas a meter en alguna habitación de la casona? También podrías guardarlo en el sótano.

—¡Uff, pesa mucho! Se quedará aquí hasta que vengas y ya lo bajaremos juntos al sótano. —¿He sonado convincente?

—Yo lo cogeré y tú, si quieres, me acompañarás.

—Sí. —¡Que majo! Reconozco que no tengo motivos para conservar mi temor, pero a mí el sótano ese sigue sin gustarme y ni acompañada me relajo.

—Voy a trabajar un par de horas. Pararé en una tienda que vende unos bocadillos estupendos para cenar delante de la televisión y en cuanto me meta en la cama te daré las buenas noches.

—Yo también cenaré pronto. —Acabo de recordar que ni he comido ni he merendado y estoy famélica—. Jugaré un rato con Razas y me iré pronto a la cama. Estoy cansada y espero poder dormir sin sobresaltos esta noche. Las picaduras me molestan mucho menos y con el perro dentro me siento más

tranquila. Aunque todavía es cachorro, tiene un tamaño importante y con un simple cabezazo podría dejar fuera de combate a quien intentase saltar el muro.

—¡Ummm! Me encantaría poder estar a tu lado, abrazarte mientras te quedas dormida, notar cómo tu respiración se va sosegando. ¡Te echo de menos!

—Yo también cuento las horas, ya falta menos. Si no cambias de planes, tendremos muchos días para disfrutar el uno del otro.

—¿Cambiar ahora que te he encontrado? ¡Ni loco! Se acabó mi tiempo libre. Dile a Razas que se prepare, porque el fin de semana va a salir con nosotros y vamos a dar un largo paseo. ¡Muacckkkssss!

—¡Muacckks!

¿Y qué cenó yo? Me apetece algo dulce y que contenga chocolate. ¿Sustituto del sexo? ¡No! Si Pablo estuviera hoy a mi lado, podría comer chocolate, abandonarme en los brazos de mi amor, compartir después una tarrina de helado de chocolate acurrucados en el sofá y descansar para recuperar las fuerzas que permitiesen hacer realidad las ganas que no hubieran sido aún satisfechas.

Salgo al jardín con un paquete de galletas en la mano. Mañana me pondré firme, pero hoy los dos remataremos el día con algo rico y lo haremos dando un paseo por el jardín, antes de que las sombras conviertan el paisaje en un mundo irreal.

Aunque hace días que duermo en la finca, continúo percibiendo la misma sensación cuando miro la casona: de falsa cercanía. Puedo rodearla, entrar, abrir sus ventanas, recorrer sus habitaciones, pero no la siento mía. Se pertenece a sí misma y yo solo estoy aquí por el azar. Resulta algo extraño tener estos pensamientos. Busco el cobijo de las paredes de mi nuevo hogar dando antes las buenas noches a Razas, que está relamiéndose los bigotes

después de masticar la última galleta.

Me siento en la cama y coloco el portátil sobre mis piernas. La televisión está encendida porque me parece que así no estoy sola, que, si la casona me susurra, no podré oírla.

¿Por dónde empiezo? «Mujeres desnudas con pechos grandes» es mi primer error. Fotos de chicas con tetas más grandes que melones de piel de sapo aparecen por doquier y retorno al buscador asustada ante tanta exuberancia.

«Tallas de madera desnudas» es mi segunda apuesta. Esto es un cajón de sastre. Después de quince minutos buscando, encuentro algo que podría tener relación: santería. Leo durante un buen rato todas las entradas que encuentro y que pueden darme algo de idea. Voy pasando de una página a otra.

No encuentro ninguna figura idéntica a la que descansa en mi encimera. Ni siquiera sé lo que estoy buscando. Voy saltando de un tema a otro hasta que en mi cabeza comienza a forjarse una idea que podría ser una tontería, pero es la única que se me ocurre.

Según contó don Julián, la familia Vargas regaló esta figura a la iglesia del pueblo pidiéndole que la colocara al lado de la talla de la Virgen María. Podría tratarse de algún tipo de símbolo relacionado con la santería, con creencias llevadas por los esclavos, hombre y mujer desnudos y con atributos sexuales muy visibles... ¡Yo qué sé! Está claro que me quedaré en la oscuridad en la que me encuentro a menos que consulte con un experto. No me parece bien destapar los secretos. Es mejor dejarlo todo como está y con este pensamiento cierro unos momentos los párpados, porque yo no tengo sueño. Solo necesito descansar unos segundos antes de apagar el ordenador.

¡Ups, me he quedado dormida! Eso es lo que diría si pudiera, pero como ya lo estoy, no hablo, no me muevo, no abro los ojos. Solo pienso en que no he apagado el ordenador, en cómo pueden dormir esas mujeres con unos pechos

tan grandes, en todas las cosas que quiero comprar mañana y en lo cansada que voy a regresar. ¿Le gustan a Pablo mis pechos?

Capítulo 20

—¿Ya se te ha pasado el disgusto?

—A medias. Anoche tuve pesadillas.

—¿Puedo saber de qué habláis? —pregunta Nacho frotándome el brazo izquierdo a modo de saludo.

—Silen me acompañó ayer a la revisión de pediatría de Alejandra y tocaba vacuna —le informa mi amiga a su marido.

—Cuando llegué a casa al mediodía estaba perfectamente. Me enseñó la marca orgullosa y me dijo que había aguantado como una campeona.

—¡Menuda mentirosa! —responde Carmen riéndose—. Armó una buena y nos hizo pasar un mal rato.

—Me agarró la pierna llorando como una loca diciéndome: «Tía, por favor, ayúdame». A mí se me hizo un nudo en el corazón. —Me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Me apretaba con tanta fuerza que estuve a punto de llorar también yo.

—Cuando la enfermera retiró la aguja y le colocó la tirita dejó de llorar. A los dos minutos ya estaba como si no hubiera pasado nada, es una fantástica. Por la tarde fuimos a la piscina. Al meterse al agua se le despegó la tirita y tuvimos que pedirle al socorrista que le pusiera otra porque quería enseñar a sus amigos dónde le habían pinchado y necesitaba la tirita como prueba.

—¡Ella tan contenta y yo hecha polvo toda la tarde!

—A mí también me afecta mucho verlos asustados, Silen. Si voy al

médico, no siento miedo. Cuando viene el veterinario lo ayudo en todo lo que me pide, pero, cuando alguno de mis hijos acude a mí con una heridita en la rodilla, lo paso realmente mal.

—¡Y yo! Pero alguien tiene que hacerse la valiente. Tú sí que asustas a los niños cuando te enseñan un poco de sangre y te pones más blanco que el papel. Incluso yo tengo miedo de que te caigas redondo y te abras la cabeza contra el suelo de la cocina.

—Las madres estáis más preparadas, las cosas como son —sentencia Nacho dándole un fuerte beso en la boca a mi amiga—. ¿No viene Pablo?

—Sí, llegará enseguida. Me ha llamado hace una hora y acababa de pasar al lado de Aguilar de Campoo. Había mucho tráfico para salir de Madrid. Ha tardado dos horas en recorrer los primeros cincuenta kilómetros.

—¡Aggg! Con lo bien que se vive aquí. ¿Y tendrá que volver el lunes?

—No. —¡Qué alegría siento cada vez que lo pienso!—. Terminó todos sus compromisos y hasta septiembre no regresará al trabajo.

—Y lo celebramos cenando en el bar de Remi. —Nacho se muestra escéptico.

—A mí me gustó mucho la cena que hicimos todos juntos el viernes pasado. Había pensado repetir, pero con Razas suelto es imposible, todo el tiempo está pidiendo comida. Es tan grande que apoya la cabeza sobre la mesa y se queda mirando el plato con ojitos suplicantes. Así no hay quien cene tranquilo.

—Podríamos haberlo atado a un árbol con una cuerda larga. —Para Nacho es así de sencillo.

—¡Ya lo he hecho! Pero no para de tirar de la cuerda todo el tiempo. Cuando se enfada, porque ve que no puede alcanzar la comida, se pone a saltar y se queda sobre sus patas traseras. Como la correa le aprieta el cuello

empieza a toser y tengo miedo de que se haga daño de modo permanente. Yo he pensado otra solución: poner una valla de madera desde la esquina de la casa hasta el ciprés que está al lado de la mesa y desde allí colocar otra que cierre ese espacio hasta la pared de la finca. Tendría entonces un terreno cerrado donde poder secar la ropa o comer un bocadillo sin tener al perro babeándome las piernas.

—Estaría bien que tuvieras unos metros cuadrados donde el perro no pudiera entrar. Una siesta relajada en verano debajo de la sombra de un árbol centenario es uno de los mejores placeres del mundo.

—Este mediodía lo he atado y le he dejado cerca el cuenco lleno con su pienso. «¿Para qué iba yo a querer comer esas bolas tan asquerosas pudiendo compartir la comida de Silen?», habrá pensado el muy listillo, porque ni se ha acercado. He preparado ensalada y la he sacado a la mesa exterior. Ha empezado a lloriquear y a tirar y lo he soltado. En cuanto le ha llegado el olor a vinagre ha reulado estornudando, pero cuando he sacado el plato con la carne me ha puesto la pata encima de la pierna y no sé decir que no a alguien que me lo pide tan educadamente. Para eso quiero la valla, para poder incluir en mi dieta algo más que lechuga y pepinillos.

—No le deberías haber consentido esos caprichos. Come dentro hasta que la coloques.

—Ya lo intenté. Sabe muy bien de dónde sale el olor. Sube las patas delanteras sobre el alféizar de la ventana de la cocina, se pone a lamer los cristales y me los deja llenos de babas.

—Si colocas una valla tendrá que ser consistente para que Razas no la derribe.

—Pablo está encantado. Dice que el lunes se pondrá con ello, que va a ser su primer trabajo del verano. También va a construir un porche sobre la puerta de la casa, para que podamos sentarnos cuando llueva.

—Tu carpintero acaba de llegar —dice Carmen señalando la puerta.

¡Qué guapo está! Pantalón vaquero desgastado, camiseta blanca con el cuello cedido por el uso y zapatillas de deporte blancas. Se acerca a mí con rápidas zancadas y yo, que siento tanta prisa como él, corro y me lanzo a sus brazos.

—¡Cómo te he echado de menos! —me susurra tiernamente—. Estás preciosa.

—¡Y yo a ti! —respondo emocionada—. ¡Por fin has llegado!

Nos separamos y Pablo me da un ligero beso en los labios antes de ir al encuentro de nuestros amigos para saludarlos sonriendo.

—Yo soy la responsable de que vayamos a cenar en este sitio. Espero que no estés muy incómodo, pero con los niños no me atrevo a ir a otro local más pijo. En el bar de Remi todo está tan viejo que un arañazo más o menos en la pared no se notaría.

—¿Bromeas, Carmen? Me encanta la comida de Remi.

—¿Quién está hablando de mí?

¡Jod...! Menudo oído tiene esta mujer. Estamos en una punta de la barra y ha salido de la cocina, que está al otro extremo, secándose sus retorcidas manos con un trapo deshilachado. Remi tiene el pelo blanco, lo lleva muy corto, algo curioso en una mujer de su edad, y viste una camiseta blanca con el logotipo de una marca de cerveza metida por dentro de una falda larga de cuadritos grises.

—Hola, Remi —saluda Carmen agitando la mano—. Te presento a Pablo, el nuevo dueño del *chalet*.

Remi señala con el dedo la casa de Pablo y Carmen se lo confirma asintiendo con la cabeza.

—¡Niña! —chilla a la muchacha que nos ha servido las bebidas—. Échale un ojo a las patatas, no dejes que se doren demasiado. Voy a hablar un ratito con estos chicos.

La barra del bar es igual de vieja que la dueña. Tiene la típica zona de paso con puente levadizo incluido. Siempre está subido y sujeto a la pared por un pasador roñoso. Remi, que tiene una barriga propia de una mamá embarazada de mellizos en su octavo mes de gestación, pasa rozando sus carnes. «Tengo que probar todo lo que cocino», le dice a todo aquel que deja su mirada fija en su protuberancia. «No querrás que sirva un plato soso, ¿verdad?».

Pablo le planta dos besos contundentes que dejan a Remi sin palabras. ¡Y mira que eso es difícil de conseguir! Soltera y sin novio reconocido ha pasado toda su vida entre fogones sin preocuparse por su apariencia. El bigote negro que luce sin pudor está pidiendo a gritos una capa de cera tibia, pero a estas alturas de su vida lo que de joven no la preocupó ahora no va a quitarle el sueño.

—Cuando Silen me contó qué íbamos a cenar aquí empecé a salivar y todavía no he parado.

Remi frunce el ceño, intentando discernir si eso ha sido un halago o un insulto. Carmen interviene antes de que suelte cualquier barbaridad.

—Remi, le encantó tu comida, como nos sucede a todos.

—¡Ahhh! —dice enseñando tres dientes de oro y un puente que le queda flojo y se mueve al hablar—. Me alegro, hijo. Así que has comprado el *chalet* del hijo del indiano.

—Bueno, sí. —Pablo ha optado por la única respuesta que podría entender Remi.

—Mi hermano Víctor, que en paz descansa, pidió trabajo cuando la estaban construyendo. Tenía diecisiete años y ya le gustaba mucho empinar el

modo. Necesitaba dinero y se ofreció como peón a cambio de unas monedas, pero el encargado lo rechazó porque tenía órdenes de no contratar a nadie del pueblo. A mi hermano aquello le sentó muy mal. Recuerdo que cada vez que tenía ocasión maldecía a la casa y a su dueño. Yo tendría unos cinco o seis años cuando lo escuché contarle a mi padre lo que había visto la noche anterior. Me acuerdo perfectamente porque pensé que, si las mujeres de Madrid hacían eso, yo nunca iría a la capital para no tener que sentir vergüenza.

—Madrid es un poco caótico, pero también hay buena gente —añade Pablo conciliador.

—Eso ya lo imagino, hijo, aunque nunca haya salido de la provincia, pero yo era muy pequeña y ni había televisión ni revistas guarras. Todo nos aterrorizaba.

»Victor regresaba a casa después de jugar a las cartas y de beber vino en los soportales del ayuntamiento. Al pasar delante de la casona escuchó unas risas de mujer. Ese día habían llegado cuatro coches, algo bastante habitual y que todavía hoy algunos vejesterios como yo recuerdan.

»Estaría bastante achispado, pero el alcohol todavía no había destrozado su cuerpo y podía trepar como si fuera un mono. Se subió al muro y vio a tres hombres y a ocho mujeres caminando por el jardín en dirección a la casona. Ellas tenían los ojos vendados y se tambaleaban, debían estar borrachas. Aunque los hombres les pedían que se mantuvieran en silencio, se les escapaban palabritas y risitas. Desaparecieron por la parte trasera de la casona y ahí se terminó la primera parte de la película.

—¿Hubo segunda parte? —¡Que lo suelte ya! Se nota que Remi está en su salsa teniéndonos a todos en vilo.

—Le extrañó que no encendieran la luz de ninguna de las habitaciones de la casona. Mi hermano pensó que estarían de excursión, que, si esperaba,

aparecerían por el otro lado de la casona y podría ver mejor a las chicas. Esperó hasta que se quedó dormido y milagrosamente no se cayó de la tapia. Lo despertaron los ruidos de los tres hombres, que regresaban al *chalet* resoplando. Hacían viajes cargando a hombros a las chicas, que parecían todavía más borrachas que antes y que estaban medio desnudas. Los hombres se reían comentando obscenidades sobre lo que habían hecho con las pobres muchachas. ¡Ahí hubo mucho puterío!

—Yo soy un hombre formal —dice Pablo para aligerar el ambiente.

—¡Muchacho! Te aviso que voy a vigilarte. Silen es del pueblo y, si me entero de que la tratas mal, saldré de mi cocina, cruzaré la calle y te atizaré con la sartén que uso para hacer las tortillas. Y ahora sentaos a cenar, que no quiero recalentar la empanada porque se reblandece la corteza.

—Solo una pregunta, Remi.

—Pregunta, madrileño.

—¿El hijo del indiano utilizó la casona? ¿Sabes si se quedó a dormir en ella alguna vez?

—El dueño del terreno de tu *chalet* era primo de mi madre. Solía tener ovejas pastando y no tenía interés en venderlo. Ese hombre le ofreció una cantidad escandalosa de dinero. Mi primo se negó a vender. Esa finca había pertenecido a su familia durante generaciones y no quería deshacerse de ella. Pero el sujeto subió aún más la oferta. Le dijo que quería volver a la tierra de su padre, pasar temporadas con sus amistades y que eran personas que tenían gustos modernos. No se quedarían a dormir en la casona tal y como estaba. Él no quería tocar nada porque era el recuerdo que tenía de su familia. Quería construir un *chalet* moderno, como los que había visto en un viaje a California, y el terreno era perfecto, llano y al lado de la casona. Sus amigos vendrían y él tendría sus recuerdos muy cerca. Y fue subiendo el precio hasta que consiguió convencer al dueño. A sus amigos no les gustaría dormir en esas

camas con dosel, pero no tenían reparo alguno en darle a la jodienda en la casona. Si mi pariente lo hubiera sabido, ni por todo el oro del mundo le habría vendido el terreno. ¡Era un santo!

Remi se aleja recriminando a la chavala de la barra algo que no preocupa mucho a la chica, que debe estar acostumbrada al modo de hablar de su jefa.

José y Paula llegan justo a tiempo de tomar la empanada calentita. Cuando nos quedamos solos, después de que los mellizos se llevan al parque a Alejandra y a Daniel, los pongo al corriente sobre lo que vio el hermano de Remi, ya que estamos deseando hablar sobre ello. Fue y es parte de la historia del pueblo, algo que generó ampollas entre sus vecinos y que dejó al *chalet* de Pablo con una imagen que solo el tiempo conseguirá borrar.

Los ladridos de Razas suenan lejanos. Cuando hemos entrado ha olisqueado a Pablo concienzudamente y se ha quedado muy quieto durante unos segundos, lo cual me ha puesto un poquito nerviosa. Me ha mirado, yo le he sonreído para transmitirle que todo está bien, que si yo estoy contenta al lado de Pablo es porque es una persona a la que no temo. Y me ha entendido, porque ha comenzado a mover la cola y ha corrido en busca de uno de sus juguetes, una especie de boya marina roja de goma diseñada para perros molosos y que tiene a mi amigo perruno entretenido la mayor parte del día. Ha cogido el extraño artilugio por una especie de asa que el diseñador colocó acertadamente, ya que Razas busca siempre esa zona para llevársela, y se la ha acercado a Pablo con tanto ímpetu que sin querer lo ha golpeado en cierta zona y por un momento he temido que el perro echase por tierra nuestros planes para la noche.

Afortunadamente, los reflejos de Pablo para proteger su entropierna son buenos y, aunque ha existido contacto, el movimiento de caderas hacia atrás lo ha dejado todo en un simple susto. A Razas le encanta que le tiren la boya, pero todavía no comprende muy bien que debe soltar para que la bola roja vuele por los aires. Se la acerca a las manos, pero la retira antes de que Pablo

pueda cogerla y así estamos casi un minuto, esperando hasta que el perro finalmente suelta el juguete. ¿Comprensión o casualidad? Habrá que esperar a mañana para averiguarlo porque no tenemos ganas de quedarnos en jardín más del tiempo estrictamente necesario. Pablo por fin puede coger el juguete por su asa baboseada y lanzarlo bien lejos, para regocijo de Razas, que lo atrapa y sale corriendo por el jardín más contento que unas castañuelas.

—Así que esta es la figura misteriosa.

—Sí.

—Un poquito atrevida, ¿no te parece? Nunca hasta ahora había sentido inseguridad, pero reconozco que el tamaño del pene de ese hombre me hace pensar.

—¡Para nada! Yo sí que tengo razones para sentirme agobiada. En la Red hay muchas mujeres que tienen pechos idénticos o incluso de mayor tamaño.

—¡Ni se te ocurra pensar que no es perfecta una sola parte de tu cuerpo! Me encanta cómo eres. Aquí expuesta no tiene mucho sentido. La podríamos dejar dentro de un armario de la casona, tampoco quedaría muy bien en una de las mesillas del salón o entre la vajilla con ribetes dorados del comedor.

—Sitio hay de sobra.

—Si esos muebles hablaran, podrían contarnos muchas historias, Silen.

—¿De todas las personas que se han acostado en ellos para practicar sexo salvaje? Prefiero no saberlo. Me gusta imaginar cosas bonitas cuando entro, como cenas elegantes, bailes, y no a dos hombres que dan rienda suelta a sus fantasías con una mujer borracha.

No quiero hablar, solo sentir. Achispada por el orujo que Remi sacó para acompañar la tarta de queso, me siento libre y poderosa. Suelto el primer botón del pantalón de Pablo, me descalzo y me subo encima del sofá para poder retirar su camiseta sin pedirle que se agache. Centra su mirada en mis

pechos y los nuevo atrevida.

—¿Te gustan mis pechos?

—Me encantan.

—¿No son demasiado pequeños? —Me dan ganas de cubrir con el trapo de la cocina la talla de madera para no ver sus grandes tetas desafiantes.

—Yo los recuerdo perfectos, pero necesitaría verlos de nuevo para confirmarlo.

—Estaré encantada de hacerte una demostración. —Me gusta mucho este juego y en cuanto siento el primer mordisquito me olvido de las tetas grandes, del hermano de Remi y de las orgías que a pocos metros de donde estamos pudieron celebrarse en el pasado.

—¿En qué piensas? —Pablo está recorriendo con sus dedos mi clavícula izquierda.

—En nada. Bueno, sí, pensaba en algo, en que no creía que fuera posible dejar mi mente en blanco y tú lo has conseguido. En realidad, sí estaba pensando en algo, pero que yo tenga una única idea en la cabeza puedes considerarlo como un logro por tu parte. ¿Y tú en qué piensas?

—En ti, en nosotros, en Manuel, a quien siempre estaré agradecido por fijarse en ti, en las lecciones que aprendemos cada día. Pensaba que mi vida era plena, un buen trabajo, amigos, familia... Te conocí y descubrí que estaba esperando, que el prólogo terminaba y comenzaba la historia.

—¡Ummm! Me dices cosas muy bonitas. Me dejas tan satisfecha y relajada que apenas puedo pensar. Tenía entendido que a los hombres os sucedía lo mismo.

—Ese cumplido ha sonado realmente bien. ¡Claro que estoy satisfecho y relajado! ¡No podría encontrarme mejor! Por eso veo con claridad que tú eres mi presente y mi futuro.

Levanto mi cabeza y lo beso. Estoy exhausta. Su hombro será mi refugio esta noche. Me apoyo y busco con la palma de mi mano el lugar en su pecho donde puedo sentir su corazón. Suelto mi mente para que corra libre entre las filas de pensamientos que esperan pacientemente a las puertas de mi conciencia su turno para ser examinados y colocados en sus estanterías.

No quiero tener más información de la casona ni de quienes fueron sus dueños. Cada dato, cada historia destruye un trocito de mis recuerdos, de la película que durante años dediqué a construir con un guion que yo misma había inventado. Recrear muchas veces una mentira la acerca a la verdad. Volveré a pensar que ella espera a su amado paseando por el jardín en una mañana de verano donde el sol brilla, la brisa es suave, los pájaros llenan el silencio con sus canciones y el aroma de las flores crea el mejor perfume imaginable.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—Ir a la frutería.

—¿Tenemos que ir en coche o podemos acercarnos caminando?

Lo miro disimulando la risa. Pablo está tan decidido a mimarme que ni siquiera ha rechistado cuando le he dicho lo que deseaba.

—La tenemos en casa y no necesitamos esperar nuestro turno para que el frutero nos atienda.

—¿Estará ya madura?

—José me dijo que los dos ciruelos están cargaditos de fruta y que también hay un peral de una variedad que se recoge en julio.

—No has ido a comprobarlo, ¿verdad?

—No. —Conoce mi miedo—. Me daba vergüenza confesárselo a José.

—¿Tienes una cesta o un cuenco grande? —me pregunta acariciándome la mejilla.

—¿Bandeja o bolsa?

—Bandeja, así no se dañarán.

Cojo un puñadito de huesitos de galleta para perros, porque es un vicio sano para Razas y porque, si a mí me encanta que me cuiden y me den mimitos, estoy segura de que a mi perro también le gusta. Lo bueno a todos nos agrada, tengamos piernas o patas.

—Se me ha olvidado el trapo.

Me mira y, aunque no me dice nada, siento la necesidad de confesar todos mis miedos.

—Es para ahuyentar a los insectos voladores. Por muchas veces que me digan que, si me quedo quieta, no me picarán no puedo hacerlo. Ni siquiera soporto que se acerquen demasiado a mí. Parece que ellos lo saben y me quieren hacer rabiar.

—Ahora mismo, si yo fuera un insecto, no me acercaría. Tienes cara de guerrillera.

—Las abejas deben ser miopes.

—Se acercarán los abejorros. Eres muy dulce.

—Será por todo el chocolate que he comido. Voy a tener que bajar la dosis.

—¿Y privarme de ver tu cara de placer cuando lo saboreas? Pásame ese trapo, que hoy podrás acercarte tranquila a los árboles.

—¡Oh! Hay muchas ciruelas maduras, algunas ya tienen marcas de los picotazos de los pájaros. Vamos a recoger todas la que podamos, en el almacén hay una escalera para llegar a las ramas más altas. Dejaremos un par de docenas para nosotros. El resto se las daremos a Paula para que haga mermelada.

—Las manzanas todavía están verdes, pero algunas ramas tienen más fruta que hojas.

—Yo sé hacer compota, es muy sencillo. Fresquita está riquísima.

—Habrá que probarla, no te dejes esa de ahí arriba. —Señala con el dedo una ciruela que se había escondido detrás de una hoja.

—La bandeja está llena, necesito otro recipiente. Ahora vuelvo.

¡Es perfecto! El sol, que juega al escondite entre las blancas nubes, el aire, que al pasar entre las hojas de la higuera extiende su olor por el jardín. Razas, que está concentrado siguiendo a una langosta, la pulpa de la ciruela caliente en mi boca... El mejor verano de mi vida.

Regreso con una paellera y una cazuela tarareando la melodía que se escapa por las ventanillas bajadas de un coche que circula con la música peligrosamente alta para los tímpanos de quien esté conduciendo el vehículo.

Pablo está mordiendo una ciruela, merodeando entre el resto de los frutales. Me parece escuchar el primer ruido. Todavía se oye, aunque más baja, la música del coche. Eso me hace dudar de la procedencia del sonido, aunque a mí me ha parecido que venía de la casona.

Observo a Pablo y por cómo me mira sé que él también lo ha sentido. Voy a abrir la boca cuando el siguiente ruido no deja duda alguna. Son cristales rotos. Algo sucede en el sótano.

—¡Esta casa va a matarme con tanto susto! —Me gustaría soltar un par de tacos, acordarme de quien construyó el sótano, quien compró esos muebles, quien los almacenó y de los familiares de todos ellos.

—¿Hay que entrar por la puerta principal?

—Sí, la otra no se ha vuelto a abrir desde que se colocó el pestillo nuevo.

—Si me dejas la llave, bajaré a ver qué ha sucedido.

Pablo recoge la bandeja de las ciruelas y yo la cazuela y la paellera, que se me han escapado de las manos a causa del susto.

Espero sentada en el banco. ¡Puñetera casa! Con lo bien que había comenzado el día, ahora tengo esa extraña sensación que se cuele en mi estómago cada vez que algo sucede en el sótano.

Razas está olisqueando las ventanas y tiene el rabo entre las patas. Eso siempre ha sido mal síntoma en un perro. Ahora lo tiene totalmente escondido. Pablo aparece y, aunque intenta mirarme con normalidad, he visto su semblante serio segundos antes. Me extraña mucho que un mueble roto haya podido provocar ese cambio en su ánimo.

Me levanto y me acerco lentamente. ¿Será algo relacionado con la estructura? ¿Habrá riesgo de desplome? ¡No, por favor! ¿Cuántos derrumbes se producen al año en España? ¿Veinte, cincuenta, cien? A mí ya me tocó uno, y que nuevamente tenga esa mala suerte es estadísticamente casi imposible. ¡Si he jugado a la lotería durante años y no me ha tocado ni una mísera devolución!

—¿Tienes una linterna?

—Tengo dos. Las compré para bajar al sótano la primera vez.

—Una será suficiente.

—Ahora te la traigo.

Se la doy sin hacer preguntas, quizá porque me temo que no me van a gustar las respuestas.

—Enseguida vuelvo.

—Vale.

Mi voz me ha recordado a mí en el momento en el que un policía local de Madrid me comunicaba que tenía que hacerme unas preguntas y yo le

respondía «vale» poseída por una extraña tranquilidad.

Me siento de nuevo y Razas apoya su cabeza sobre mis piernas buscando el cariño al que tan rápidamente se ha acostumbrado. Le gusta que le pase un dedo entre los ojos. Los cierra y se relaja quedándose muy quieto.

—Quiero entrar —digo en cuanto lo veo salir.

—No quiero que te asustes.

—Ya estoy asustada, ahora quiero ver de qué tengo miedo.

Pablo se queda callado. Me levanto, le doy un beso a Razas en la frente y entro en casa para buscar la otra linterna. Me pongo la sudadera porque siempre siento frío al bajar al sótano. He aprendido la lección.

—Lista —comento con una mueca que no se parece a una sonrisa.

—Seguramente no será nada importante.

—No lo será.

—Cariño... —Me abraza frotándose con sus manos mi temblorosa espalda—. Es una casa muy antigua y grande. Tiene su historia y es normal asombrarse ante aquello que no esperamos encontrar. No quiero que te disgustes. Podemos verlo en otro momento, ir ahora a la playa, comer en cualquier sitio desde donde podamos ver el mar y dar un paseo.

—Ese plan es perfecto. Le seguiremos después de que me enseñes lo que has encontrado.

—Está bien, dame la mano.

La mano, el brazo, mis piernas, mi vida, te daría lo que me pidieses. Te diría que sí a todo. Bueno, a casi todo. Hay ciertas peticiones que me costaría mucho cumplir, como tener un terrario con arañas en el salón o cocinar tortilla de patatas con cebolla.

Capítulo 21

La entrada al sótano no parece diferente. Los muebles están intactos y el suelo despejado. Avanzamos hacia la puerta trasera. Sabía que era ahí hacia donde iríamos. Lo que no puedo imaginar es lo que habrá pasado para que Pablo tenga la mano sudorosa.

Ya veo la puerta del armario, que cuelga de una de sus bisagras. Al acercarnos se pueden ver los trozos del cristal biselado que cubría parte de su cara exterior repartidos por el suelo. Una madera astillada asoma desde el fondo del mueble.

No hemos vuelto a abrir las ventanas desde que nos dijeron que este espacio era algo parecido a una cueva, manteniendo los niveles de temperatura y humedad estables todo el año. Si los muebles se habían conservado en tan buen estado, lo mejor era no hacer ningún cambio.

Lamentablemente, durante dos semanas el aire y la humedad entraron y salieron a su antojo, al tener yo la brillante idea de ventilar la casona para eliminar su olor a vejez. El daño ya está hecho. La puerta de entrada exterior se hinchó, el pestillo se oxidó y ahora la víctima es el precioso armario que Carmen alabó por su tamaño y fino trabajo de marquetería.

—Se podrá reparar. Contactaremos con un carpintero, seguro que puede volver a colocar la puerta en su sitio y poner un nuevo fondo. El cristal también podrá sustituirse. Se va a notar la diferencia con el que tiene la otra puerta, pero quizá haya algún sistema para darle aspecto de antiguo. Sería cuestión de preguntar. Colócate frente a la puerta, con cuidado de no pisar los cristales.

Sigo sus indicaciones y una vez más me sorprendo por el tamaño de esta pieza. Es un armario de dos puertas, pero cada una de ellas mide casi dos metros y tienen el ancho de una puerta de habitación de hospital. Difícil moverlo sin dañarlo. El carpintero tendrá que traer aquí sus herramientas y repararlo en el sótano.

La luz de las ventanas no llega a iluminar el hueco. La puerta abierta impide el paso de la tenue claridad que aporta la bombilla que cuelga del techo a varios metros. El hueco es negro y por un momento me imagino unos ojos amarillos que me miran. Disgustada conmigo misma por tener tan absurdas ideas, pestañeo varias veces hasta que mis tonterías de adolescente que ha visto muchas películas de miedo se disuelven y me dejan su poso de terror.

—Enciende la linterna, Silen.

Levanto mi brazo y busco el botón. Pablo enfoca con la suya ya encendida mi mano y aprieto el interruptor. El olor es diferente, es algo conocido, está grabado en mi memoria, pero no consigo recordar qué es. Cuando apunto el haz de luz al interior del armario me olvido de todo porque lo que veo entra en mi cerebro con fuerza, y arrastra cualquier pensamiento coherente.

—¿Has entrado? —consigo pronunciar en voz baja.

—Sí.

—Voy a asustarme más, ¿verdad?

—No lo sé, Silen. Es tu casa, tú decides. Si quieres, compraré un tablón y lo volveré a ocultar.

—Prefiero verlo.

Las cadenas que están colgadas de la pared a modo de pasamanos y las escaleras de piedra que descienden son dos poderosas razones para querer descubrir qué se esconde al final del túnel que el armario ocultaba.

—Voy a tratar de retirar la madera para que podamos entrar mejor. Ilumíname con la linterna, por favor. Tienes muy buen oído. Una de las astillas está incrustada en las cadenas. El ruido que hizo al golpear contra la argolla que la sujeta a la pared es lo que tú oíste.

—No sé si alegrarme por saber que no estoy loca o lamentarme.

—Alegrarte sin duda alguna, cariño.

Pablo comienza a tirar de uno de los pedazos en los que se ha partido el fondo del armario.

—Esta madera no es igual a la del resto del armario, por eso se ha hinchado y se ha astillado. Parece pino y no ha soportado la tensión a la que estaba sometida.

Pablo resopla por el esfuerzo. Después de unos minutos de forcejeo, la pieza empieza a ceder para soltarse finalmente.

—Te ayudo. Deja que pose la linterna sobre una mesilla.

—Ten cuidado con las astillas.

—De acuerdo. ¿No será peligroso bajar? ¿Y si se derrumba el techo?

—Mira —responde Pablo enfocando el techo del túnel—, está forrado de madera y parece en buen estado. Haremos lo que quieras, Silen. Es tu casa.

—¿No es una bodega? —Lo sé, pero quiero confirmarlo.

—No.

—¿Qué sucedería si avisamos a la policía?

—Probablemente acordonarían la zona y enviarían a especialistas.

—¡Y querías que nos fuéramos a la playa!

—No quería que sufrieras.

—Lo sé, pero no puedo darle la espalda a lo que sucede. ¡Bajemos!

¿Quién sabe? Quizá no tengamos otra oportunidad.

—Agárrate a las cadenas, el suelo está resbaladizo. Apaga tu linterna y dame la mano. La reservaremos para usarla cuando estemos abajo.

Me meto la camiseta por debajo de la cinturilla del pantalón y dejo caer dentro la linterna. Toco con aprensión la cadena. En este momento desearía tener guantes, no me siento cómoda posando mi mano donde seguramente también lo hayan hecho personas cuyos actos probablemente odiaría.

Huele a tierra, a humedad, a abandono y a aire cautivo. Cuento veinticuatro escalones. El túnel desciende en línea recta, por lo que, además de profundizar varios metros, estamos adentrándonos en la ladera del terreno, avanzando hacia el bosque de encinas, lo que hace que aumente el número de metros de tierra que tenemos sobre nuestras cabezas.

—Estamos abajo. Enciende tu linterna y quédate a mi lado.

El cuerpo de Pablo ocupa el túnel y oculta lo que pueda haber. Hasta que no dé un paso hacia adelante y pueda también yo salir, no veré dónde nos encontramos. El oído me da un dato: es un espacio grande. La voz de Pablo parece tener eco, pese a hablar bajito.

—¿Una cueva natural? —Solo se ven retazos allí donde el haz de luz enfoca.

—Y grande. Necesitaremos más luz para poder iluminar toda la cavidad. ¿Quieres ver más o prefieres que regresemos? Te advierto que hay algo que no va ser agradable.

—¿Está vivo?

—No, cariño.

—Entonces no puede ser tan malo. Enséñamelo.

Pablo gira a la derecha y comienza a caminar persiguiendo la luz que su

linterna va dejando en el suelo de piedra.

—Es aquí, mira.

—¡Jod...!

—Eso mismo he dicho yo.

Mesas, sillas, enormes candelabros con velas a medio consumir, arcones, estanterías y calaveras aparecen ante mi vista en un recodo de la cueva. Son más de veinte. Sus frentes brillantes y los huecos de los dientes que perdieron cuando tanto los necesitaban hacen que parezcan el decorado de una película de brujas.

—¿Son de verdad?

—Es mi primer contacto con una calavera, pero me parecen auténticas.

—Son horribles. —Y no por ser huesos, sino por el significado que quienes las dejaron alienadas les otorgaron.

—Esta parte de la caverna es bastante profunda. Al fondo hay libros, cruces y un montón de objetos que no he podido identificar alrededor de una especie de altar.

—¿Para qué usarían este lugar? Los muebles son parecidos a los del sótano y todavía están en buen estado, no pueden llevar aquí mil años. — ¿Quién decidió que este lugar era apropiado para reunirse? ¿Por qué lo ocultaron? La casona es muy grande y, si lo que necesitaban era intimidad y espacio, ¿por qué no usaron el sótano?

—Aquí el móvil no tiene cobertura, Silen. Deberíamos retroceder.

—¿Y qué tipo de libros hay?

—No los he abierto.

—Voy a coger los que pueda, una cueva no es un lugar muy apropiado para hacerse un rinconcito de lectura. Podrían estar relacionados con la utilización

de este espacio.

—Quédate quieta, yo los traeré.

—Tranquilo, no pienso mover los pies —digo sintiendo un innegable alivio por no tener que ser yo quien se acerque a la oscuridad. Bastante valor estoy demostrándome, hablando como si estuviéramos visitando una exposición de arte moderno.

Pablo regresa con varios libros encuadernados en piel en los brazos.

—Deja que te ayude a llevarlos.

—No hace falta. Coge mi linterna. Voy a agarrarlos con las dos manos porque están húmedos y se me escurren. Tendrás que ir delante.

Rastreo la pared con la linterna hasta encontrar las escaleras. Asciendo intentando organizar las hipótesis que van brotando. Todas buenas y todas posibles, así es la imaginación; le das dos datos y te crea un mundo, pero no por eso se convierte en real.

El cambio de temperatura es evidente al llegar de nuevo al sótano. Piso el falso suelo del falso armario que ha mantenido este increíble secreto a salvo durante ¿cuánto tiempo? Manuel sabía cuánto me gustaba la casona. De haberlo encontrado creo que me habría informado o quizá habría tapiado el hueco con un material más resistente.

Salimos todavía en silencio al exterior. Razas está esperándonos y lo abrazo para que sepa que todo está bien. Me da un lametazo a traición y sale corriendo con uno de sus juguetes en la boca. ¡Bendita inocencia!

Pablo deja los libros sobre la mesa del jardín y se sienta en el banco. Yo me coloco a su lado y dejo caer la cabeza sobre su hombro. Me abraza, me ayuda a recoger el destrozo que este hallazgo ha provocado en mi recién levantada seguridad. Aunque mi único deseo es quedarme quietecita sin pensar en lo que acabamos de ver, me incorporo. Si algo se aprende de los reveses de

la vida es que nada va a cambiar porque me quede como una estatua de sal.

—Escoge uno y ábrelo.

—Toma, te corresponde a ti leerlo. Eres la dueña.

—Soy tan dueña de la situación como tú, así que no me dejes sola ante el peligro.

—Eso nunca, siempre tendrás mi apoyo.

—¿Me ayudas? —sugiero ofreciéndole un grueso ejemplar.

—Claro, cariño —responde besándome la nariz.

Abrimos por la primera página. Mi libro es un manuscrito y el que tiene Pablo entre sus manos también lo es. Las letras son diferentes, mi escritor tenía una letra redonda y uniforme de fácil lectura, que me recuerda a la de una maestra. Pablo ha tenido peor suerte. Tiene delante unos trazos largos y estrechos inclinados hacia la derecha, que me hacen imaginar a un registrador de la propiedad de los años treinta.

Razas mete la cabeza entre nuestros brazos, no encuentra olor a comida y lo que desprenden los libros no le parece comestible, así que con cara de resignación se acerca a su comedero para meter unas bolitas de su pienso, que mastica con manifiesto desagrado.

Pablo revisa los otros dos volúmenes, que también resultan tener el mismo autor ilegible. Desplazo el mío para que quede entre ambos y paso las gruesas páginas despacio, leyendo incrédula las indicaciones de una especie de mezcolanza de liturgia cristiana con alabanzas a la tierra, a la procreación y a ciertos nombres que no había leído en mi vida.

—Sabemos que primer dueño pasó su infancia y juventud en este pueblo. En aquella época la religión católica tenía mucha influencia en todos los aspectos de la vida. Me parece difícil, aunque no imposible, que las creencias religiosas de los cubanos pudieran sustituir las suyas.

—Pero su mujer sí nació allí. Fueron sus padres quienes emigraron a Cuba. Imagino que desde pequeña tuvo contacto con personas que llevaban generaciones viviendo en la isla.

—Alguien que acogería como algo normal la mezcla de creencias que conviven en Cuba y también la que practicaban sus padres.

—Y que lo compartiría con su esposo hasta llegar a convencerlo. Prueba es la figura que le regalaron a la Iglesia. Si solicitaron que se colocase al lado de la Virgen María es porque creían que era lo correcto.

—Hay que tomárselo como lo que es, Silen, una creencia más. Encontrarían la gruta y para ellos sería un lugar maravilloso donde celebrar sus misas. Para alguien que adore la tierra una cueva puede ser el lugar perfecto. Y para ti es bueno que se haya descubierto la razón de tanto ruido extraño. Ahora ya no tendrás miedo del sótano.

—Sí que lo tengo. ¿Y las calaveras? Hay unas cuantas. ¿De dónde las sacarían?

—Del cementerio imagino. No todo el mundo podía pagar antiguamente un nicho o un panteón de granito. Mucha gente era enterrada directamente en un foso porque eran pobres. Y no lo mires como algo macabro, hay iglesias donde se guardan en urnas restos de santos y los fieles entran a rezar pidiéndole milagros.

—Tienes razón, mi prima tiene la urna con los restos de su suegra en la librería del salón, entre una novela de misterio y un libro de cocina. Ella se ha acostumbrado, pero yo no puedo apartar la vista del jarrón cada vez que voy a su casa, así que me va a costar acercarme a los árboles frutales sin pensar que estoy pisando sobre esa gruta.

—Te acostumbrarás. Ahora propongo que metamos los libros en casa y tratemos de olvidarnos durante un rato de todo. ¿Qué te parece si le damos a Razas su primer paseo?

—El que tiene que atreverse eres tú. Si yo lo llevara y él tirase de la correa, me arrastraría.

—Y a mí también. Tendremos los dos un peso similar y el perro tiene más fuerza que yo. De lo que se trata es de que aprenda a obedecer y eso solo se logrará practicando, así que coge la correa y busca una ruta tranquila.

No estoy muy convencida, pero Pablo tiene razón. Hay que enseñar a Razas a obedecer por su propio bien. A mí no me gustaría estar toda mi vida dentro de la finca revisando los olores de cada piedra o cada árbol. Si yo fuera un perro, querría salir, levantar la pata en otros arbustos, hablar con mis amigos de cuatro patas, encontrar una novia y hacer vida social, antes de regresar para echarme la siesta debajo de un árbol.

Si no lo acostumbramos, el día en que se encuentre la puerta abierta podría salir corriendo y acabar debajo de las ruedas de un camión, o causar un accidente. Son razones suficientes para armarse de valor y llamarlo para que se deje poner la correa.

Razas acude corriendo. Es todavía un cachorro y todo para él es motivo de diversión. Hoy el juguete elegido es un hueso de goma que va a buscar arrastrando la correa. Después de varios intentos y de recibir varias lametadas, he podido enganchar la correa a su collar. Se la ofrece a Pablo, quien aprovecha para coger la correa mientras el perro intenta tentarlo. Le acerca el baboseado juguete y se lo retira bruscamente cuando piensa que ya lo ha incitado bastante.

—¿Abro ya la puerta?

—Asómate para ver si hay perros fuera. Probablemente nos cruzaremos con alguno, pero preferiría hacerlo cuando haya caminado un rato si es posible.

—Espero que haya sido buena idea, Pablo. Hoy ya hemos tenido nuestra dosis de emoción.

—Relájate, cariño. Si Razas te nota nerviosa, él también se pondrá.

Asiento, asomo la cabeza y miro a ambos lados. No veo ningún animal, por lo que mantengo la puerta abierta sonriendo a ambos para que no noten lo nerviosa que me siento.

—Vamos hacia el Ayuntamiento. Hay un camino para carros que no tiene salida y no creo que mucha gente lo utilice para pasear a sus mascotas.

—Tú diriges. Razas y yo te seguiremos.

El perro mueve la cabeza a ambos lados tratando de entender por qué lo está nombrando Pablo. El grito de un niño capta su atención y Pablo tiene que tirar de la correa para explicarle que ahora no puede jugar. Tiene que caminar a nuestro lado.

Razas se revuelve y Pablo tiene que aplicarse a fondo para dominarlo, manteniendo la correa pegada a su cuerpo. Seguimos caminando con normalidad y pasamos al lado del niño, que continúa gritando a pleno pulmón porque no quiere que lo aten a la sillita de paseo.

Lo acaricio pronunciando las mismas palabras que durante la semana he utilizado para alabar su buen comportamiento. Siempre lo he recompensado con una chuchería de carne seca, algo que le encanta. Como mujer previsora que soy, saco de mi bolso una porción que Razas traga sin masticar.

—¿Y a mí no me das un premio? —pregunta Pablo jadeando—. Una chocolatina o una galleta, algo que me dé energías.

—Tu premio te lo daré cuando estemos a solas.

—Razas, tú y yo vamos a salir a dar muchos paseos este verano. A mí también me gustan mucho los premios de Silen.

Mi recompensa es Pablo, lo mejor de mi vida es tenerlo a mi lado. Un hombre que, desde que me conoció, se ha dedicado a cuidarme y a protegerme. Sonríe porque, como siempre dice mi madre, «Menos la muerte, todo tiene

arreglo». Yo me siento muy viva a su lado y ni una cueva ni unas tradiciones diferentes a las mías deben controlar mi existencia. En cuanto regresemos pensaremos muy bien qué solución adoptar y resolveremos esta cuestión.

—Hola, Silen. ¡No me digas que ese perro es el del otro día!

—Hola, Iván.

Nuestra última conversación fue agradable y reveladora, espero que no fuera una estratagema para engatusarme. Me pareció sincero. Ha llegado el momento de comprobar si había verdad en sus palabras.

—¿Recuerdas a Pablo?

—Yo rara vez olvido a un comensal. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias. —Pablo está a la defensiva, pero su exquisita educación le impide ser descortés y acepta la mano que Iván le ofrece.

—¡Menudo cambio! El lunes parecías un pordiosero y ahora estás hecho un pincel.

Iván lo acaricia confiado. Razas también parece sentirse cómodo y le olisquea el pantalón para memorizar a su nuevo amigo.

—Un baño, comida, agua, varios cepillados de pelo, mucho cariño y ha quedado al descubierto toda su belleza.

—¡Está claro que nadie sabe cuidar como lo hace una mujer! Pablo, quiero pedirte disculpas por mi comportamiento del otro día. No sabía que Silen y tú erais pareja. Como ya le dije a ella el día que vimos al perro, me gusta flirtear con todas las chicas, pero nunca me he entrometido en una relación.

Pablo lo mira y su rostro es impenetrable. Es en estas ocasiones cuando los segundos parecen minutos y la energía que flota en el aire lo hace denso e incómodo.

—Y no lo hiciste. Todavía no estábamos juntos. —Pablo le ofrece su mano

—. Ahora sí que lo estamos, así que ni se te ocurra intentar ligar con mi chica.

—¿Para que me domestique como al perro? Ten por seguro que nuestra amistad será casta y pura.

—Se llama Razas y solo le he quitado las pulgas y le he dado un baño. Ya me gustaría haberle enseñado a no pedir mientras estoy comiendo fuera. Estoy cansada de comer y cenar ensalada, porque es lo único que no le gusta.

—Nosotros tenemos un pastor de Berna y es adicto a los pepinos y a las berenjenas. Hemos tenido que vallar la huerta para que no se lo coma todo.

—Razas estornuda en cuanto huele la lechuga, pero también hemos pensado colocar una valla para que no pueda poner su cabeza sobre la mesa del jardín, y que también sirva para proteger el colgador de ropa. En cuanto me descuido se lleva lo primero que atrapa y ya me ha roto dos camisetas y un pantalón corto.

—¿Vais a encargard el trabajo o lo vais a hacer vosotros? —pregunta Iván con interés.

—Me gusta la carpintería. Tengo las herramientas y tiempo, así que el lunes me acercaré a un almacén de madera y compraré lo necesario.

—¡Si quieres te echo una mano! Un cliente agradecido me escuchó quejarme de los atracones de verdura que se daba el perro y me trajo un camión lleno de traviesas antiguas de tren. Todavía hay muchas y, si estás pensando en construir algo fuerte que disuada a Razas, son una buena opción.

—¡Genial! El fin de semana no pienso hacer otra cosa que no sea descansar, pero me gustaría empezar el lunes. —Pablo ha abandonado cualquier rastro de desconfianza; de hecho, está entusiasmado hablando de brocas, puntas y taladros.

—El lunes el restaurante estará cerrado y no tengo compromisos. —Iván también está eufórico—. Tendrás que venir para ayudarme a cargarlas en la

furgoneta.

—Tú dirás. Yo estoy de vacaciones.

—Suelo madrugar. ¿A las ocho te parece bien?

—¿En el restaurante?

—Sí, están en el garaje que hay rodeando la casa. Os dejo, tengo que supervisar a mis ayudantes. Hoy tengo el comedor lleno y hay mucho que hacer.

Iván vuelve a ofrecer su mano y Pablo se la estrecha como si se conocieran de toda la vida. ¡Hombres! Diez minutos hablando de sierras, martillos y destornilladores, y ya son íntimos. Si dos mujeres fueran las responsables de un malentendido, haría falta mucho tiempo para crear confianza. En eso los envidio, son sencillos, directos y claros.

—¡Arriba, Razas! El descanso se ha terminado. ¿Te has dado cuenta de lo tranquilo que ha estado mientras hablábamos?

—Ya me había percatado. Lo que no tengo claro es si estaba interesado por ser una conversación de hombres o porque hablabais de mantenerlo lejos de la mesa.

—Me temo que por lo segundo. No me imagino que Razas clave o pinte nada, sí que desempeñaría muy bien cualquier trabajo donde hubiera que deshacer o arrancar.

El paseo transcurre sin sobresaltos y a ratos olvido que debajo de los frutales hay una bóveda donde cráneos de personas se apilan en una estantería.

—Vayamos a la playa. Seguro que hay algún sitio donde podríamos comer de camino.

—Si lo haces para alejarme de la casona, no es necesario, Pablo.

—Lo hago porque me vuelve loco verte en bikini y porque quiero pasear

por la orilla del mar cogido de tu mano, porque quiero tomar algo en una terraza mientras el sol se oculta y mil cosas más que estoy deseando disfrutar a tu lado.

—¿Qué cosas? —Se coloca detrás de mí, me agarra de la cintura y me besa el cuello. Me giro y busco sus labios muy pegada a su cuerpo.

—Bañarme contigo y después tumbarnos sobre la arena para dormitar escuchando las olas y las voces de la gente en la playa.

—¿Y qué más? —Meto mis manos por debajo de su camiseta y la dureza de sus músculos me seca la garganta.

—Regresar a casa relajados y cansados, meternos juntos en la ducha y jabonarnos mutuamente para eliminar los restos de arena. Te daría crema para calmar tu piel y te haría el amor dulcemente para dormir contigo entre mis brazos.

—No puedo negarme; de hecho, estoy deseando comprobar si entramos los dos en la ducha.

—Le eché un vistazo antes y tiene el tamaño perfecto para que estemos muy juntitos, como a mí me gusta tenerte.

—¡Voy a ponerme el bikini!

—Voy a por mi bañador y a por una toalla doble que vi en un escaparate de una tienda de Madrid.

¡Ha comprado una toalla para nosotros! ¿Necesitabas más pruebas, Silen? Porque ahí tienes una bien clara: que un hombre se fije en un escaparate, que entre y compre una toalla de baño, solo lo hace cuando está enamorado.

Capítulo 22

—¡José va a disgustarse!

—¿No tiene solución?

—¿Has visto cómo ha dejado las hortensias?

Pablo se acerca para comprobar lo que le estoy señalando, que Razas ha destrozado los dos macizos de hortensias que hay plantados a ambos lados de las escalinatas de piedra de la fachada principal de la casona.

—¡Las ha podado! —sentencia Pablo aguantando la risa—. Estaban demasiado grandes y, como no tenía nada mejor que hacer mientras tú y yo estábamos en la playa, ha pensado: «Voy a ayudar a José».

—¿Y esa flor que trae entre los dientes es parte del ramo que está preparando? Menudo jardinero aficionado. Voy a llenar su cuenco de comida y a poner agua limpia. No deberíamos haberlo dejado solo tantas horas.

—Cuando tienes un cachorro las travesuras están aseguradas. No entiendo mucho de plantas, pero estas, al estar orientadas al Sur y protegidas del viento, volverán a estar llenas de flores dentro de pocos días. Voy a mirar si hay fertilizante en el almacén para ayudarlas a recuperarse.

Pablo desaparece en el momento en que la noche se adueña del jardín. Ir a la playa ha supuesto alejarnos del problema, pero está de nuevo muy cerca. Hay algo que ronda mi cabeza y deseo transmitírselo a Pablo.

—Tenemos que bajar de nuevo a la gruta.

—¿Sí? —Me mira mientras vierte un tapón de concentrado de vitaminas en

un cubo de agua.

—Deberíamos comprobar el perímetro de la cueva. Si hay otro acceso desde el exterior, algún día podríamos encontrarnos con un espeleólogo en el sótano.

—No vi nada, pero realmente no miré con detenimiento.

—Además, hay que dejar de nuevo los libros, y la figura. No quiero que nadie la pueda ver.

—También la bajaremos. Necesitaremos más iluminación.

—En la casona hay varios candelabros con velas y yo tengo cajas de cerillas. ¿Mañana después de desayunar?

—Es, sin duda, un plan original para un domingo —me susurra Pablo tirando de mi mano hacia la casa—, pero todavía es sábado y debemos cumplir con el horario. Hemos estado en la playa, nos hemos bañado, hemos paseado y ha llegado la hora de ir juntos a la ducha. Tengo que frotar tu piel y mis manos serán las encargadas.

—Siempre he sido muy organizada y previsor. Te ofrezco gel de frutas del bosque o gel de miel y avena.

Dejamos a Razas, que mastica resignado las bolas de su pienso. Ha intuido que esta noche no va a haber cena en el jardín. Al hambre no hay pan duro, aunque esta comida le parezca similar a las piedras que encuentra en los agujeros que ha excavado en el jardín.

—¡Pásame la mochila, Silen!

—No pesa mucho y tú llevas la bolsa con los libros. ¿Has cogido tu móvil?

—Sí, lo tengo en el bolsillo del pantalón. ¿Y tú?

—Sí, y con la batería cargada totalmente.

—¡Vayamos a explorar entonces!

Desciendo intentando hacerme una idea más exacta de la ubicación de la gruta. Nuestros primeros pasos al llegar al fondo coinciden con los frutales. Nos detenemos y enciendo el primer candelabro de cuatro brazos. El suelo es bastante uniforme y la tierra se mezcla con las piedras y forma una superficie similar a la de los caminos que transcurren entre los pastos y que se mantienen libres de hierba al ser pisados por centenares de vacas y otros mamíferos a diario.

—¿Cuántos candelabros has traído?

—Seis, todos los que entraban en la mochila. —En la casona los había de todos los tamaños y gustos.

—Pásame dos. No te muevas hasta que los haya colocado.

—De acuerdo. —Me encanta cualquier gesto que me recuerde cuánto se preocupa por mí.

Lo observo alejarse, encender las primeras velas a unos veinte metros, posar el candelabro en el suelo, volver a interponer una distancia similar y dejar la siguiente luz que permite ver una cueva que nadie incluiría como maravilla geológica.

El techo de roca grisácea está a cinco o seis metros sobre nosotros. Parece la entrada a una explotación minera. No hay ni estalactitas ni estalagmitas, ni materiales brillantes, solo piedras como las que se podrían encontrar en una cantera.

Avanzo unos metros hacia la izquierda, pero la oscuridad es total, así que dejo mi mochila en el suelo y saco dos nuevos candelabros. Enciendo todas las velas, poso uno de ellos en el suelo y avanzo con el otro en mi mano hasta el límite de la cavidad. Una pared vertical que recorro hasta la subida al sótano buscando un hueco, pero parece impenetrable, como si alguien la hubiera excavado en una veta de roca compacta.

Deshago el camino volviendo hacia mi derecha, pero tampoco se aprecian espacios por donde poder entrar a la cueva. El suelo se vuelve inestable, hay zonas con barro húmedo y dos gotas me caen en la cabeza. Me acerco a Pablo, que está moviendo su candelabro hacía arriba porque es en este lado donde la gruta alcanza su altura máxima.

—Si hubo alguna entrada a esta cueva, lleva mucho tiempo anulada, Silen. Es un espacio cerrado.

—¡Mejor! Así no tendremos problemas con ningún curioso.

Ahora que están iluminados los cuatro puntos cardinales es posible determinar que la caverna tiene una superficie irregular que podría parecerse a un enorme rombo.

—Yo tampoco he visto nada especial al otro lado. Vayamos a dejar los libros y salgamos.

—Bien, voy a coger los candelabros para no tener que volver a por ellos.

—Vale.

Lo imito. Como sigo sintiendo bastante miedo, apago rápidamente las velas y meto los candelabros en la mochila de cualquier manera. Tomo en mi mano el único candelabro que he dejado encendido y voy al encuentro de Pablo, que ha cogido la bolsa de los libros que habíamos dejado en el suelo. Por cada paso que damos hacia la zona amueblada la oscuridad gana el mismo terreno a nuestras espaldas.

El recodo de la cueva elegido para colocar el altar es la zona más confortable. El suelo está cubierto por varias alfombras solapadas y las paredes son bastante lisas. Quiero mirar con detenimiento porque no tengo intención alguna de volver a bajar nunca más a la cueva.

Hay tres muebles idénticos junto a la pared, calzados con tacos de madera para nivelarlos. Parecen mobiliario de salón. En su parte inferior tienen dos

puertas de madera y en la superior hay tres baldas sin puertas donde descansan libros, figuras, pequeños cuencos metálicos y esos huesos tan inquietantes.

Cierro mi ojo derecho para no tener que ver las calaveras al pasar a su lado y me dirijo hacia el altar. Es una copia del de la iglesia del pueblo y sobre él descansa un cáliz dorado y una pequeña cruz de madera que no contiene figura.

Pablo ha posado su candelabro sobre la mesa de este original salón. Yo hago lo mismo, para poder tener las manos libres mientras reviso con mi vista esta especie de sala de usos múltiples.

La mesa es grande y robusta. Está cubierta por un mantel *beige* con dibujos de flores bordadas en hilo dorado. A su alrededor cuento ocho sillas de madera con asientos de cuero granate.

—¿Pablo?

—Dime.

—¿Has abierto las puertas de los armarios?

—No, pero tiene fácil solución. —Y se acerca a la mesa para coger un candelabro que deja en el suelo.

—Son botellas.

—¿De vino? —Si hay un altar, no sería de extrañar que usasen el vino en sus ceremonias.

—Ginebra, ron y *whisky*.

—¿Cómo se cuidaban estos indios! ¡Se pondrían morados a beber y luego dirían que se les aparecía la Virgen!

—El siguiente armario tiene más bebida.

—Y el tercero tendrá lo mismo. Vamos a comprobarlo.

Me agacho, abro las puertas y ¡sorpresa! No hay botellas. Me concentro intentando averiguar qué puede ser la pieza de cuero que he elegido al azar.

—¿Qué has encontrado?

—No lo sé. Cuero y metal. —Me incorporo para enseñárselo a Pablo.

—¿Y qué es?

—¡Joder! —Tengo en la mano una braga de cuero negro con pene tamaño XXL y testículos a juego.

Soltándolo como si quemase, me restriego la palma de la mano contra mi sudadera. ¡A saber dónde ha estado metido! Alejo mi mano jurándole que la jabonaré concienzudamente en cuanto salgamos de nuevo a la superficie.

—¡Es correcta la palabra! —dice Pablo con voz de concurso televisivo—. Látigos, arneses, collares... ¡Parece un catálogo de un *sex shop*!

—Aquí el hijo del indiano y sus amigos estaban seguros para jugar con las chicas que traían. Quizá este fue el motivo de mandar hacer el *chalet*, tener un lugar secreto cerca donde darles uso a estos horribles artilugios.

—Y les tapaban los ojos para que no supieran dónde estaban. Seguramente serían personas importantes de Madrid y, viniendo a la gruta, se aseguraban la discreción.

—¡El hermano de Remi esperaba a que encendieran las luces de la casona! Y las pobres chicas estaban aquí abajo. —Se me revuelve el estómago al pensarlo.

Pablo cierra las puertas de los armarios y yo me siento en una de las sillas a pensar que la casona de mis sueños se ha convertido en la casona de mis pesadillas. Un tintineo me llama la atención. He tocado con mi rodilla algo duro y frío que cuelga por debajo de la mesa. Levanto con dos dedos la tela del mantel y meto la cabeza atemorizada ante lo que pueda descubrir.

Una cadena de varios eslabones está unida un grueso grillete de cuero con hebilla. Tomo la pieza y la poso sobre la madera. Rodeo la mesa y encuentro las otras tres cadenas que se necesitan para inmovilizar las cuatro extremidades de una persona.

—Lo siento, cariño, lamento que hayamos descubierto el otro uso que daban a este espacio.

—Sé que hay personas a las que les gusta este tipo de abusos y me repugna.

—No sabemos si tenían el consentimiento de las mujeres. Hay gente a la que le gusta que la aten y sometan. Todos esos juguetes pueden ser usados en los dos sexos.

—Tienes razón, en las orgías todo es posible. Nunca lo sabremos.

Yo soy hetero y no quiero compartir a Pablo con ninguna otra mujer, ni que otro hombre me toque o me mire mientras hago el amor con él. Pero existen tantos gustos sexuales como personas y me parece estupendo que todos podamos encontrar a otros seres con los cuales satisfacer nuestros deseos sexuales.

—Muy pensativa te has quedado, Silen.

—Vámonos, Pablo, por favor. Ahora ya sé por qué necesitaba volver.

Echo una última mirada antes de que todo quede de nuevo a oscuras. Voy a tratar de no pensar en lo que acabo de ver, de seguir el consejo de mi madre: «Si mirásemos en las cocinas de algunos restaurantes, dejaríamos de comer hasta el pan por miedo. Es mejor no pensar en ello y confiar en que tengan las manos limpias».

Llueve con fuerza y Razas, a quien eso de mojarse le importa y bastante, está tumbado en la entrada de la casona con la cabeza metida entre sus patas, soñando probablemente que salta detrás de alguna mariposa.

Ni se mueve al pasar nosotros. ¡Menudo perro guardián! Confío en que tendrá un sentido similar al de las madres, que solo se despiertan si oyen llorar a sus hijos, y haya detectado que no hay peligro, ya que somos nosotros quienes estamos cruzando el jardín corriendo, en un vano intento de evitar calarnos hasta la ropa interior.

—¿Tienes un paraguas?

—Si te sirve uno plegable, lo tienes en el armario de la televisión.

—Tendrá que servir. Me acercaré al *chalet* a por ropa seca. Necesito revisar los cubos que coloqué en la segunda planta para recoger el agua de las goteras.

—Toma entonces una bolsa de plástico para meter dentro el calzado y la ropa seca. Si te los pones en tu casa, al cruzar de regreso volverías a estar calado.

—Y me enfriaría, y tendrías que cuidarme, y hacerme compañía mientras estoy malito...

—También puedo cuidarte sin que estés enfermo. Para que yo tampoco me ponga mala voy a quitarme ahora mismo esta ropa.

Pablo se aleja con ojitos picarones. Siento calor donde hace unos segundos mi piel estaba helada por la lluvia. Un domingo tormentoso siempre me había parecido una pérdida de tiempo, pero acabo de descubrirle muchas posibilidades: película acurrucados en el sofá, cena relajada y noche apasionada con la estancia iluminada con velas aromáticas que compré pensando en que este momento se produciría tarde o temprano. ¡Lo amo!

—¡Guau! Tengo las zapatillas llenas de agua y los pies helados.

—¿Por qué no te das una ducha caliente? He dejado una toalla seca sobre el lavabo. ¿Y para que traes tantas bolsas?

—Dos ropas de repuesto porque he mirado la previsión del tiempo y

anuncian lluvias intensas durante todo el día. Aunque he dejado los cubos vacíos y hasta la noche no regresaré a vaciarlos, no creo que mi ropa se seque aquí dentro metida. También he cogido lo que compré en la tienda de mi amigo, el que vende productos ecológicos, aunque, si lo prefieres, podemos salir a comer y a cenar fuera.

—¿Con un solo paraguas? Ya lo haremos cuando escampe. Yo también acabo de mirar y hasta el jueves no hay ni un solo lugar donde pongan un sol, solo nubes negras, rayos y un montón de agua.

—Esta es la España verde. ¡Ya escampará!

—Estás comenzando a pensar como uno del Norte, con resignación. ¡Ja, ja, ja!

—¡Por fin sale el sol! Un día más lloviendo y me hubieran comenzado a salir branquias.

—¡Una sirenita en mi cama!

—Tendrás que conformarte con una mujer terrenal deseosa de salir a la calle, de pasear, de bañarme en tu piscina. Me he saturado de cines, centros comerciales y restaurantes para una buena temporada.

—A mí también me gusta salir, sobre todo en verano, pero con todas las calles inundadas quedaban pocas alternativas.

—Lo sé, cariño, y me encantó que hicieras esos planes para nosotros. Ahora me toca a mí. ¿Podremos dejar hoy tapiado el agujero del sótano?

—Por supuesto. El producto que hemos comprado es de secado ultrarrápido. Si pusiéramos ahora los ladrillos, a última hora de la tarde debería estar listo para mover el armario y colocarle el nuevo fondo de madera. Podría haber estado hecho el martes, pero te empeñaste en que esperásemos a que dejase de llover.

—Me preocupa saber que existe ese paso a la cueva y quiero que

desaparezca, pero tampoco era necesario empaparse sacando el material desde el maletero hasta el sótano. Recuerda que acordamos no acercar el coche porque hubiéramos dejado las marcas de los neumáticos en la hierba. Eso, además de estropear el jardín, hubiera también sorprendido a José.

—¿No se lo vas a contar a nadie? ¿Esa es tu decisión?

—Sí. ¿Qué ventajas tendría que alguien lo supiera? Yo creo que sería dañino para el pueblo. Vendría gente a investigar, podrían obligarme a dejar que se visitara, nos haríamos famosos por tener una casona de indianos usada por una secta o por un grupo de degenerados... Es probable que los visitantes dejaran algo de dinero, pero yo quiero abrir la casona a todos, que sea una fuente de ingresos y que sirva para conocer los productos de la zona. Deseo que las personas que vengan visiten las habitaciones imaginando cosas bonitas y no guarrerías.

—Estoy seguro de que tus amigos mantendrían el secreto.

—¡Y yo! Pero ¿para qué disgustarlos? Mejor borrar el rastro y olvidarlo.

—Te comprendo. Vamos a por ello entonces. Ata a Razas y abre las puertas. Voy a meter el coche marcha atrás hasta las escalinatas de la puerta principal y no quiero un disgusto.

—Sacaré entonces un premio para que no oponga resistencia.

Las barritas marrones de carne seca son la perdición de Razas. Cuando tengo una en la mano hace todo lo que le ordeno. Bueno, no entenderá muchas de las palabras, pero su voluntad es clara: hacer lo que sea para que le diga «muy bien» y arroje al aire la barrita, que siempre atrapa al vuelo.

Tomo el paquete, quedan cuatro barritas. Va a estar un buen rato atado y sé cuánto le disgusta sentirse cautivo. Agarro el borde de la cuerda y silbo. Acude corriendo y agito el premio para que su penetrante olor impregne el aire. Su respuesta no se hace esperar: levanta las orejas, mueve la cola con efusión y comienza a babear. El teléfono suena, pero tendrá que esperar

porque estoy haciendo el nudo y resulta difícil saber si hago bien o mal con un animal que rondará los setenta y cinco kilogramos tratando de sacar la bolsa de la comida del bolsillo trasero de mi pantalón.

—Hola, Carmen.

—Hola. Solo una pregunta: ¿tenéis planes para este sábado al mediodía?

—No, le he contado a Pablo que me gustaría hacer alguna ruta por los valles pasiegos, por la zona de Liébana o por la reserva del Saja. Mañana elegiremos cuál será la primera que recorramos, pero el sábado y el domingo nos quedaremos en el pueblo porque es donde mejor se está. Cualquier lugar turístico está abarrotado los fines de semana en verano.

—Vamos a celebrar el cumpleaños de Daniel, cuento con vosotros. Además, te voy a contar un secreto: Nacho lleva días probando con nuevos quesos frescos. Desde que comenzaste a hablar sobre tu idea de promocionar nuestros productos está muy ilusionado.

—Yo también lo estoy y tengo otra idea que espero que os guste.

—Siempre creí en ti, pero ahora comprendo mejor por qué te busqué aquella multinacional para que trabajases en Madrid. A partir de la una del mediodía, venid cuando queráis.

—¡Está bien! Nos vemos el sábado.

Mientras hablaba he dejado las puertas abiertas. Pablo ya ha metido el coche, por lo que al finalizar la conversación dejó el móvil en mi bolsillo y las cerró. Toda precaución es poca tratándose de mi peludo amigo.

—Yo bajaré los materiales; tú coge las herramientas.

—Tengo poca fuerza, pero, aunque sea ladrillo a ladrillo, te ayudaré todo lo que pueda.

—Ya sé que vas a hacer lo que quieras, así que al menos ponte los guantes

que compraste para no lastimarte las manos. Voy a abrir la puerta del sótano.

Me pongo los duros guantes de trabajo, cojo los primeros materiales y los acerco despacio a la parte trasera de la casona. Me he excedido en cargar. ¡Cómo pesan los ladrillos! ¡Parece que tuvieran imán y el suelo estuviera atrayéndolos!

—Vamos a intentar mover el armario para dejar el espacio libre para el trabajo.

—¡No había contado con eso! ¿Crees que podremos entre los dos?

—Se trata de arrastrar. Vamos a intentarlo y, si es demasiado pesado, desmontaré las puertas.

Asiento bajando los cuatro escalones. Pablo ha asegurado un destornillador en el borde inferior de la puerta para que no pueda cerrarse. Y como siempre ha sucedido, la sensación de malestar aparece en cuanto pongo los pies en el sótano.

¿Desaparecerá algún día? El tiempo todo lo cura y suaviza los recuerdos. Quizá dentro de unos meses pueda entrar sin notar ese amargor en la boca, esas ganas de salir inmediatamente de este lugar.

—Hay que mover primero la mesa que está a su lado para hacer sitio. No te quites los guantes y sujétala por debajo. Cuando estés preparada me avisas y la levantamos.

—Lo estoy.

Pablo asiente. Tengo que esforzarme mucho para que las patas de la mesa dejen de hacer contacto con el suelo. ¡No recordaba cuánto pesa la madera maciza! Mi abuela tenía un tocador en su habitación. Me parecía de cuento de princesas. Sus filas de cajones de diferentes tamaños con tiradores de metal con forma de capullo de rosa, la superficie de mármol brillante y lo mejor: el espejo biselado que se podía mover, porque solo estaba sujeto en dos puntos

por unos tirafondos que le permitían cierta maniobra.

—Yo creo que tenemos ya el espacio que necesitamos.

Pablo me señala el lado del armario que ha quedado libre para que me acerque. Tiene sentido que él, que tiene mucha más fuerza que yo, sea quien se sitúe en el punto de empuje. Yo, que parece que no hubiera desayunado aún, lo hago en este lado, desde donde trataré de ayudar guiando el armario hasta el lugar deseado.

Si la mesa me pareció pesada, tratar de mover el armario es como empujar un coche que se ha quedado sin batería. Pablo resopla, yo me quedo sin aire por el esfuerzo y finalmente comienza a moverse. ¡Esto va a tardar su tiempo! El mismo que dedicamos mi abuela y yo a separar el tocador de la pared para aplicarle por todos los lados el producto antipolillas que, en la ferretería del pueblo, habían asegurado que mataba todo rastro de bichejo si después de aplicarse se cubría el mueble con un plástico durante cuarenta y ocho horas.

Me encantaba sentarme y peinarme mirándome en aquel espejo. Era mi único gesto de coquetería y feminidad. Fui yo quien dio la voz de alarma al encontrar varios agujeritos en el cajón donde mi abuela guardaba su cepillo de pelo.

El diagnóstico fue claro una vez que se desmontaron todos los cajones: la madera había sido asaltada y con más de doscientos años de antigüedad no había podido resistir a las mandíbulas de las larvas de la carcoma, que amenazaban con convertir en un recuerdo mi mueble favorito.

Yo ansiaba participar, colaborar en el salvamento del tocador, y propuse a mi abuela hacer el trabajo para demostrarle que con once años ya era responsable.

Mis padres habían ido a hacer la compra semanal y mi abuelo los había acompañado para poder comer algo de chocolate lejos del radio de acción de la abuela. Todavía siento dolor en el dedo pequeño del pie izquierdo al

recordar aquel momento cuando vaciamos los cajones para que el matacarcomas no afectase lo que mi abuela guardaba. Metí mis manos y sujeté el contenido de uno de ellos para dejarlo sobre la cama, pero las prisas no son buenas: el espejo de mano de plata repujada de mi abuela se escapó del grupo antes de tiempo y aterrizó sobre mi dedo. ¿Suerte? Para el espejo, sí, porque no se rompió. ¿Para mí? También, porque mi abuela no se disgustó demasiado conmigo y proseguimos hasta terminar el trabajo. ¿Para mi dedo? Un desastre, porque sentí como si una vaca me hubiera dado un buen pisotón.

Disimulé como pude y corrí al baño en cuanto terminamos para contemplar los destrozos. Tenía el dedo pequeño hinchado, de un tono más cercano al morado que al rojo, y me latía dolorosamente. La zapatilla deportiva había amortiguado el impacto, pero el daño era evidente. Llené de agua fría el bidé y metí el pie. Enseguida sentí un alivio muy placentero. Así estuve media hora, hasta que el frío dejó mi pie insensible para transmitir dolor. Pude ocultar durante un tiempo a mis padres el incidente hasta que la uña negra empezó a desprenderse. Angustiada ante su caída inminente, acudí a mi madre para que me consolase.

«De todo se aprende», dijo mi madre observando mi maltrecho dedo. ¡Y vaya si lo hice! Desde entonces me he pillado los dedos de las manos con puertas, me he golpeado las rodillas, los codos... pero he cuidado mis pies alejándolos siempre de todo aquello que he considerado un riesgo.

Con las piernas tan separadas como si estuviera montando en caballo de raza española, voy tirando del mueble, que se resiste avanzando hacia mí centímetro a centímetro, hasta que, por fin, ni sé cuánto tiempo después de comenzar la maniobra, Pablo me indica que pare porque las escaleras de acceso a la gruta han quedado libres.

—¿Estas bien, cariño?

—Sí. ¿Vamos a por el material? —No pienso quejarme, aunque me arden los bíceps. Ha sido idea mía y quiero hacer mi parte.

Por cada viaje que doy, Pablo realiza uno y medio. La prueba es que hemos empezado a la vez y ahora nos estamos cruzando en el jardín. Dejo mi modesto porte en el suelo cuando noto que algo se me echa encima, Razas se ha soltado y entra corriendo en el sótano con la cuerda atada al cuello. Intento pisarla y lo consigo, pero la presión de mi pie es inútil ante la potencia que tiene el cachorro. Siento cómo se desliza entre la suela de mi zapatilla y el piso del sótano hasta quedar libre.

—¡Razas, quieto!

Algo ha llamado su atención, un olor, un ruido, o quizá sea simple curiosidad, pero desaparece escaleras abajo y, aunque lo llamo, no regresa.

La cueva está muy oscura. ¿Y si no sabe regresar? Es un perro, buen olfato, buen oído y mejor vista que los humanos. Solo es cuestión de tiempo que regrese, pero no lo hace y Pablo tampoco aparece. Es mi cachorrito y no voy a dejar que pase ni un minuto más de temor ahí abajo, así que tomo una de las linternas de nuestra anterior visita y bajo el primer peldaño.

—¡Razas, Razas!

Grito y mi voz suena extraña. Espero concentrándome en escuchar. No se oyen las pisadas de Razas, pero sí que hay un curioso ruido que no puedo identificar. Desciendo otro escalón, varias gotas caen sobre mi cabeza y me causa repulsión desconocer su origen, ya que hace unos días ni al subir ni al bajar notamos nada extraño.

Enfoco la linterna al techo y está empapado. El agua se cuele entre las maderas que apuntalan el hueco y forman charcos en los peldaños, que se convierten en una superficie resbaladiza. Nuevas gotas impactan sobre mi frente y mi nariz. Parece una filtración de la lluvia que ha caído durante días. Más abajo, el suelo está seco, así que desciendo tres nuevos escalones.

—¡Silen!, ¿qué haces ahí abajo?

—¡Pablo! ¡Razas se ha metido en la cueva y no sale! Lo he estado

llamando, pero no me debe oír.

—¡Sal de ahí! Yo bajaré y lo cogeré.

El ruido que había quedado escondido detrás de nuestras palabras se intensifica. Son crujidos y provienen de la madera. Enfoco la cara de Pablo, que me mira muy asustado.

—¡Sal, corre, el techo se puede caer!

Escucho a Razas. Giro mi linterna hacia el fondo de las escaleras y sus ojos me miran alegres. No entiende que no hay tiempo para juegos, que tiene que salir. Saco una de las barritas de carne que guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—¡Toma! ¡Ummm, qué rico, Razas! ¡Ñam, ñam, ñam! —Ven, por favor. Estoy haciendo lo que nunca hubiera pensado hacer. Y es por ti, Razas, así que ten el detalle de acercarse antes de que me desmaye.

—¡Por favor, cariño, sal!

Todo sucede como a cámara lenta. La cara de Pablo desaparece entre los montones de tierra que comienzan a caer mezclados con los tablones y varias rocas. Desciendo gracias a un instinto de supervivencia que mueve mis piernas, aunque mi pensamiento se ha bloqueado por un miedo tan atroz que durante unos segundos me olvido de respirar.

—¡Pablo, Pablo!

No hay respuesta y comienzo a temblar descontroladamente, aferrándome a la linterna con desesperación. Un nuevo desprendimiento me obliga a descender hasta la caverna. Razas coge con delicadeza el premio, ajeno a lo que ha sucedido. Me abrazo a él. Su cuerpo está caliente y no me rehúye como ha solido hacer en otras ocasiones para que lo persiga jugando.

Cierro los ojos. Si mi mente no ve la oscuridad que me rodea, quizá olvide dónde estamos, en un lugar que fue centro de adoración, salón de juegos sado y

mi peor pesadilla. ¿Y si ha quedado hueco entre las piedras y la tierra por donde puedo pasar? Tengo los guantes puestos. Sonríe tontamente recordando que no quería comprarlos porque su tejido era demasiado rígido y le comenté a Pablo que no tenía sensibilidad para realizar ningún trabajo con ellos puestos, pero insistió tanto que acepté al comprender que tenía razón.

Suelto a Razas. ¿A dónde podría irse? Me acerco hasta el hueco de la escalera sintiendo una ligera esperanza. Es difícil, casi imposible, intuir dónde comenzaban las escaleras. Varios metros de la antigua pared, incluyendo la zona de entrada, están ocultos por grandes rocas amontonadas, como si un camión acabase de volcar su carga.

¡No me lo puedo creer! ¿No se solían cumplir las estadísticas? Dos derrumbes en el mismo año. ¡Mira que existe poca probabilidad de que le suceda a la misma persona! ¡A mí, que ni soy bombero, ni ingeniero de campo, ni arqueóloga, ni cazadora de tornados, casi me matan dos derrumbes! Del primero salí viva gracias a la ayuda de mi vecino adolescente enamorado, pero ¿quién va a salvarme ahora?

De repente, Razas echa a correr ladrando y el eco de la cueva multiplica el sonido. Enfoco a diferentes puntos hasta que consigo encontrarlo. Está quieto meneando ligeramente la cola, pero no puedo ver qué tiene delante, así que me encamino hacia él. Entonces veo unos ojos amarillentos que me miran y casi me cuesta un infarto. ¡Es un... ¿zorro?!

Es pequeño y tiene el pelo lleno de barro seco, pero su enorme cola y su hocico afilado lo delatan. Curiosamente, Razas parece querer jugar con él. Le lanza una pata delantera a modo de saludo, moviendo la cabeza a ambos lados como si estuviera bailando *break dance*.

¿Cómo ha llegado hasta aquí este animal? Enfoco hacia el techo y no encuentro ningún otro desplome, así que ha tenido que acceder desde la superficie por algún agujero. ¡Hay tienes tu salvador, Silen! Pero los problemas nunca vienen solos y la linterna decide apagarse, para complicar un

poquito más el día.

¡Te has quedado dormida en la playa, Silen! Y por la pesadilla que estoy viviendo juraría que boca abajo. ¡Ya verás cuando te despiertes! Vas a tener tortícolis y la baba esparcida por la cara. ¡Despiértate, porque se ha nublado y hace frío! ¡Qué extraño! No se escuchan las pisadas de la gente ni la música «lolailo» que siempre pone alguna cuadrilla de chavales. ¿En qué playa estoy?

Capítulo 23

¡Para algo me tenía que servir esta obsesión mía por mantener siempre la batería del móvil al cien por cien! Vuelvo a enfocar al zorrillo. Está tan asustado que se habrá sentido aliviado por encontrar a otro ser vivo y se mantiene cerca de nosotros.

Que un animalito no escape aullando al encontrarse delante del corpachón de Razas debe parecerle a mi perro algo digno de estudio. Se acerca para olisquearle el culo. Difícil propósito porque el zorro tiembla como si estuviera sufriendo un terremoto de grado ocho.

No hay silencio. Además de mi respiración y las aspiraciones de Razas tratando de sacar algo en claro de los aromas de la retaguardia del zorro, se escucha el sonido del agua. La busco con la luz del móvil. Necesito concentrarme para salir de aquí, para no pensar en que quizá el zorro haya entrado por algún agujero por el que yo nunca consiga encontrar y la cueva sea para los tres nuestro destino final.

Razas chapotea y bebe de un pequeño cauce que serpentea por el suelo de la gruta. Apenas hay pendiente y no encuentro nada que arrojar al agua, así que meto la mano para sentir la dirección que tiene. Está fría y, aunque no posee apenas fuerza, noto que se desliza entre mis dedos hacia la parte Sur de la cueva.

En el pueblo no hay cascadas. Estamos en el valle y el agua subterránea no aflora al exterior por donde yo pueda salir con vida. Solo me queda buscar el nacimiento de este arroyo y eso es lo que hago. Mis dos amigos de cuatro patas me siguen chapoteando y bebiendo a lametadas el agua, que seguramente

sea potable al tener como filtro natural las rocas de la montaña. ¡Qué bien!
¡No moriré de sed!

Reviso por última vez la pared donde se situaba la entrada a la cueva. Confirmando que hay muchas rocas, demasiadas para plantearme la más ligera posibilidad de salir por donde entré. Seguramente, las de la parte superior están apoyadas sobre las que tengo a mis pies y, si las tocara, se desplazarían hacia mí y me sepultarían.

Regreso a mi única esperanza: el riachuelo. Antes de llegar a la pared, los primeros rastros del cambio ya se hacen claros: pequeñas piedras sueltas, acumulaciones de barro y un agujero del tamaño de un balón de fútbol por donde mana el agua.

Me separo un par de metros de la pared para examinar mejor la situación. Se trata de un movimiento de rocas reciente. Esta zona la revisó Pablo, así que desconozco qué aspecto tendría. Si no me habló de ello es porque no encontró nada anormal.

El cuerpo del zorro es mucho menor que el mío. Su abundante pelo hace que parezca bastante más grande de lo que realmente es. No puede llevar más de cuatro días encerrado en la cueva. Es posible que haya vuelto a cambiar el paso por el que llegó hasta aquí, pero habrá que intentarlo. Si me quedase quieta, mi cabeza comenzaría a pensar lo peor. Tengo que mantenerla centrada en buscar la salida si no quiero volverme loca.

Observo con detenimiento las piedras. El agua ocupa una tercera parte del tamaño del agujero. Me tumbo boca abajo en la húmeda tierra que hay a uno de los lados y enfoco con el haz de luz el hueco. ¡Hay espacio! No se puede ver a mucha distancia, pero está claro que detrás de estas rocas podríamos caminar a gatas Razas y yo. ¿Será una pérdida de tiempo? ¿Entraremos para tener que volver a los pocos minutos gateando marcha atrás porque no hay espacio suficiente ni para girarnos?

Me incorporo temblando. Mi camiseta de manga corta y mi pantalón largo de chándal desgastado no son suficientes para mantener mi temperatura en esta nevera natural. Pablo habrá pedido ayuda desde su lado, pero podrían tardar días en abrirse paso hasta aquí. Debo mantener el calor, aprovechar el tiempo mientras tenga fuerza y batería en el móvil.

Me quito los guantes para rehacerme la coleta, un gesto que resume mi determinación. Hay tres grandes rocas que nunca podría mover y una cuarta con menor dimensión que sí podría arrastrar, pero parece aguantar a una de las más grandes. Siguiendo la misma lógica que me ha desanimado a tocar las que me han aprisionado en la caverna, decido que no es aconsejable alterar el equilibrio que las rocas han alcanzado retirando las que están al alcance de mi fuerza.

Si consiguiera generar espacio suficiente para que pasásemos sin tocar ninguna piedra sería estupendo. Me quito el guante, meto la mano de nuevo en el arroyo y palpo el fondo. Hay piedrecillas y tierra que puedo apartar con las manos.

—Vamos a probar, Razas. —Necesito hablar, aunque tenga de interlocutores a un perro y un zorro—. Como no sé tu nombre, te voy a bautizar con el nombre de Bolita.

Dejo los guantes dentro de mi camiseta, no quiero arriesgarme a perderlos. Poniéndolos al alcance de Razas correría el riesgo de que me los robase para jugar al pilla pilla.

Muerdo el móvil y busco la posición de mi cabeza que ilumine el cauce. Junto mis dedos dando a mis manos forma de palas y comienzo a amontonar lo que recojo en las orillas. La cabeza de Razas se cuelga por debajo de mi brazo izquierdo. Olisquea curioso y yo le enseño lo que estoy haciendo. Escarba con pasión en el jardín. Quiero demostrarle que aquí también podría encontrar un tesoro oculto.

—¡Muy bien! ¡Buen perro!

Me retiro rápidamente. Razas se lo ha tomado muy en serio y pequeñas piedras, barro y agua salen disparados entre sus patas traseras. Bolita nos mira alucinando. No entiende qué estamos haciendo, pero tampoco se aleja.

—¡Ya está, Razas! Deja de excavar, que ya no queda tierra y vas a partirte las uñas.

Mete el hocico y gruñe. Si continúa haciendo fuerza podría mover las rocas que hay sobre él y dar al traste con nuestra única esperanza. Saco una barrita de mi pantalón y la parto en dos. Razas se gira bruscamente. Muevo el premio mientras camino marcha atrás para alejarlo. Se resiste, así que ofrezco la otra mitad a Bolita, que me arranca la comida, y media mano si me descuido, y provoca a Razas al masticarlo ansiosamente.

—¿Cuánto tiempo llevarás aquí abajo, Bolita? Estás muerto de hambre. — Razas se rinde a su vicio acercándose babeante—. ¡Muy bien! Tienes que obedecerme, esto es un trabajo en equipo.

Y como si lo hubiera entendido, el zorro se mete con delicadeza en el agua y desaparece en el oscuro agujero. Enfoco con la luz y sus ojos ambarinos me confirman que nos está esperando al otro lado.

Tomo el extremo de la cuerda de Razas, la doblo sobre sí unos centímetros y la anudo para tener un asa donde agarrar. Vuelvo a morder el móvil y respirando hondo meto la cabeza suplicando que el nuevo diámetro sea mayor que el de mi cuerpo y el de mi perro.

Nunca había reptado sobre algo tan desagradable. De niña lo hacía por debajo de las cercas de púas de las fincas para robar fruta y no me gustaba la sensación de la hierba en mis brazos. Ahora que estoy raspándome contra las rocas y respirando el olor del barro a escasos milímetros de mi cara, pienso que era una auténtica quejica. Aquello era una caricia de la naturaleza y esto es un abrazo demasiado efusivo.

—¡Vamos, Razas! Ni se te ocurra tirar de la cuerda en estos momentos. Si me obedeces, te daré una bolsa entera de tus barritas cada mañana para desayunar. ¡Te lo prometo!, pero ahora tienes que portarte bien. Te necesito si queremos salir de aquí.

El perro se arrastra animado por el olor de la única barrita que permanece en el bolsillo trasero de mi pantalón. El nuevo espacio es diminuto. De rodillas y con la cabeza inclinada hacia delante recojo el teléfono de mi boca para ver en dónde nos hemos metido. El agua serpentea entre las piedras cuesta arriba. El azar las ha colocado formando una escalera natural que parece accesible.

Pruebo con la primera piedra. Está resbaladiza y busco un buen punto de apoyo, vigilando en todo momento el espacio que hay entre mi cuerpo y las paredes del túnel. Tengo el pantalón calado y el algodón se ha vuelto pesado. Las zapatillas están llenas de agua y piedritas, pero no puedo perder tiempo. La batería ya ha perdido más de una cuarta parte de su carga.

Bolita se encarama con dificultad. Es pequeño y sus patas son demasiado cortas para el tamaño de algunas de las rocas, así que lo ayudo sintiendo que está el pobrecillo en los huesos.

Yo tampoco lo tengo fácil. Me arden los codos, un rasponazo en la espalda me recuerda que debo concentrarme en mis siguientes movimientos. Ayudo al zorrillo en algunas ocasiones y tiro de Razas para que no se lo piense tanto. Vamos los tres avanzando sin tener idea alguna de hacia dónde nos dirigimos.

El teléfono está muy caliente. Lo muerdo con fuerza cada vez que necesito tener las dos manos libres para trepar, pero el metal es escurridizo y tengo que ejercer mucha presión con las mandíbulas para que no se me escape entre los dientes. Siento dentera cada vez que clavo los incisivos, pero no voy a dejar que se dañe golpeándose con las piedras. Prefiero no pensar en qué sucedería si me quedase sin luz en este pasadizo.

¡Acelera, Silen! Has desayunado muy bien, eres joven y estás sana. Si con un jersey de lana y unos metros de cuerda un hombre intrépido pudo escalar hace muchos años el Everest, tú también puedes sacar fuerzas de flaqueza y continuar trepando.

El esfuerzo al que estoy obligando a mi cuerpo me ha devuelto algo de calor, pero el cansancio empieza a hacerse dueño de mis músculos y la ascensión se hace cada vez más lenta. Me concentro en cada paso que doy, hasta que ya no hay nuevos obstáculos. El sonido del agua, que hasta ahora ha estado cayendo entre las rocas, aumenta y su origen se muestra delante de mis ojos.

Hemos llegado a una nueva cavidad, un espacio del tamaño de un gimnasio de instituto, que tiene una piscina natural en su centro, cuyo exceso de agua es la que he estado tocando con mis manos en mi ascenso.

—¡Espero no tener que meterme a nadar en esa agua oscura, Razas! —Mi valentía es limitada y sumergirme dentro de un pozo negro y profundo de agua me costaría incluso borracha. No es cuestión de deshacer el camino para coger una de las botellas de ginebra que los sinvergüenzas esos dejaron almacenadas en los armarios.

Termino mi ascenso irguiéndome delante de la piscina. Me angustia la oscuridad del agua. Es un miedo irracional porque es una simple acumulación de agua en una depresión del terreno. Repito esta explicación, pero continúo sintiendo pánico, por lo que enfoco para alejar mis temores. Parece profunda. No se puede ver el fondo y eso acentúa mis ganas de alejarme de la orilla.

Intentando no mirar al agua reviso toda la cavidad. No existe orilla opuesta ya que el agua lame la pared de la cavidad. No tiene mucho sentido mirar por donde he entrado, estoy buscando una salida. ¡No regresar a la caverna del sótano! Mi derecha es mi única esperanza y voy moviendo lentamente la luz buscando la esperanza.

—¡Hay un paso! —Voy a seguir hablando en alto porque, aunque parezca absurdo, hace que me sienta mejor—. Vamos, chicos, no podemos parar.

¿Podrían ser considerados como un «de acuerdo», un meneo de rabo y una sacudida de cabeza del zorrillo? En este momento determino que sí, y con el apoyo de mis dos compañeros de viaje me quito los guantes, vuelvo a colocar bien mi coleta y me subo el pantalón de chándal, que estaba a punto de sobrepasar el punto sin retorno de mi cadera en su descenso hacia el suelo.

—Este camino no es natural, alguien lo ha acondicionado para poder pasar. ¡Mira, Razas, hay restos de una cadena!

La misma cadena, los mismos anclajes. No hace falta ser demasiado lista para deducir que quienes hicieron la bajada desde el sótano a la cueva también colocaron este metal en la pared de roca para ayudar a bordear el lago.

Esa gente tenían unos gustos muy extraños. Adorar la tierra está bien, dependemos de ella para sobrevivir, pero un río de aguas cristalinas o una playa paradisiaca son lugares muy aceptables para celebrar la vida, no es necesario acercarse a este pozo oscuro y siniestro que me produce escalofríos.

¿Es posible que tanto esfuerzo no haya servido para nada? ¿Subirían para bañarse antes de irse a la cama? El agua que he tocado estaba fría, así que no encuentro placer alguno en venir hasta esta cueva para darse un chapuzón. ¡Escaleras! El camino continúa dejando atrás la poza. Son peldaños creados aprovechando la orografía. Ascendemos ahora más rápidamente y me parece ver algo de claridad. La adrenalina hace que mis músculos tengan nuevas fuerzas. Asciendo con determinación porque estoy segura de que lo peor ya ha pasado.

Apago la aplicación de linterna y ¡es cierto!, la oscuridad ya no es total. Todavía necesito la luz del móvil si no quiero dar un mal paso y caer escaleras abajo, así que vuelvo a conectarlo sin mirar de cuánta batería dispongo.

Prefiero no saberlo, creer que tengo todavía la que necesito para recorrer el final me ayuda. Si mirase y comprobase que me voy a quedar a oscuras dentro de pocos minutos, me paralizaría.

La cadena adosada a la pared continua, pero en la mitad de los tramos está suelta o floja y agarrarse a ella me parece más peligroso que útil. ¿Quién trabajó aquí? Nadie en el pueblo habla de esta gruta, así que es probable que fueran personas extranjeras, quizá cubanos... No lo sé.

¡Un rayo de sol! Estamos más cerca de la salida. Nunca me había sentido tan eufórica. ¡Ya pasó lo difícil y lo hemos conseguido nosotros: una chica, un cachorro de perro y un zorrillo!

¡Noooo! Las escaleras desaparecen debajo del haz de luz. Alargo mi mano con el móvil firmemente sujeto. Aquí también hay rastros de desprendimiento. Yo solo quiero salir de aquí, así que me concentro en mi último obstáculo.

Piedras grandes, pequeñas, hierba y tierra se mezclan sin orden. El terreno se ha hundido hace pocos días, porque la hierba todavía está fresca. Así deben formarse las dolinas, esos agujeros que mi abuelo me señalaba con el dedo cuando acudíamos a los pastos de verano, que me recordaban a embudos gigantes y que ahora tengo la ocasión de contemplar desde su interior.

La lluvia caída desde del domingo ha hecho su trabajo filtrándose. Lo que ha permanecido aparentemente estable durante años se transforma delante de nuestros ojos. ¡Geología práctica al estilo Silen! No recuerdo haberme apuntado a esta materia, pero no olvidaré esta enseñanza.

Bolita titubea. Por aquí cayó y no puede escalar una roca con forma de cuenco de desayuno y tamaño de una furgoneta, que está encajada donde antes había escalones. Guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón. Está tan caliente que me provoca un escalofrío recordándome que continúo helada de frío.

El zorrillo no pudo trepar sin ayuda. Yo tampoco tengo muchas esperanzas.

Ante un muro compacto con la parte inferior rebajada, desisto de hacer un solo intento. Yo no tengo fuerza para izar me a pulso.

Tampoco puedo lanzar al aire a Bolita para que al menos él salga del agujero. Hay demasiada altura y no sabría calcular la fuerza con la que tendría que hacerlo. ¡Pero tengo el teléfono y aquí sí que debería tener cobertura!

Pulso el botón, pero no sucede nada, la pantalla no se ilumina. ¿Me habré quedado sin batería estando tan cerca de la salvación? Vuelvo a dejarlo en el bolsillo y noto la última barrita. ¡Vamos a por ello, Silen, inténtalo! No has recorrido todo este camino para quedarte aquí quieta mirando hacia arriba.

Reviso que mi camiseta esté metida por dentro de la cinturilla del pantalón, rodeo mi cintura con la cuerda y hago un doble nudo bien fuerte. Le ofrezco un trocito de barrita al zorrillo, que a estas alturas de la excursión está tan abatido que no ofrece resistencia cuando lo cojo.

¡No pesa nada! Es solo pelo y ojos, y me mira desconcertado. Estiro el cuello de la camiseta y le cuelo por él. Rezo para que no se asuste ante esta especie de confinamiento y no comience a arañarme, está tan cansado que se pliega sobre sí mismo y forma una bolita, haciendo honor a su nombre, y se queda quieto.

Siento las lágrimas, están próximas y no puedo dejarme vencer porque el zorrillo confía en mí. Razas también me necesita. Yo quiero salir de este agujero antes de que se produzca un nuevo desplome.

—Te toca ayudar, Razas. No sé si serás capaz, pero te he visto saltar detrás de las mariposas y puedes hacerlo.

¿Es cierto lo que estoy sintiendo o es un mal sueño? Me pellizco y me duele, me muerdo la lengua y siento un dolor muy real. Estoy hablando con mi perro, esperando que me comprenda, ideando un plan tan estúpido que yo misma me llamaría tonta si estuviera ahora mismo sentada cómodamente en el sofá de mi casa y pudiera perder el tiempo. Pero no puedo regresar y que

alguien esté ahora mismo a varios metros sobre mi cabeza buscándome es muy poco probable. Tengo que intentarlo, aunque parezca pensado por una niña de cinco años.

Me acerco a otra piedra menor, a la que ambos podemos subir. Desde allí podría intentar pasar a la más grande con la ayuda de Razas. Parece una locura: meter a una cría de zorro por dentro de mi ropa, atarme una cuerda a la cintura, pedirle a Razas que salte y que desde su nueva posición me ayude a trepar tirando de mí.

Pero todo en mi vida últimamente ha sido una locura, así que ¿por qué no? ¿Qué puede suceder, que Razas decida que es el momento de salir rápidamente y no tenga en cuenta que me lleva a rastras? Es posible, pero mejor no imaginar la escena.

¿Y si me quedase quieta y esperase? ¿Y si empezase de nuevo a llover y nuevas piedras comenzasen a caer sobre mí? Pablo estará buscándome, otra gente también lo estará haciendo, pero ¿y si no llegan a tiempo? Estoy muy cansada, tanto que podría dormirme en cuanto cerrase los ojos y entonces no podría gritar, avisar que estoy viva y con esta ropa calada y el frío que hace seguramente enfermaría y moriría rápidamente.

Eso sucede en las películas. Los débiles se quedan quietos y mueren. Solo los fuertes sobreviven, aquellos que no se rinden y que se sobreponen a las adversidades. ¿Son tonterías? Y si lo son, ¿por qué estoy pensándolas?, lo desconozco, yo solo sé que tengo que intentarlo.

—Silen, solo tendrás una oportunidad, así que no la desperdicies. Razas, confío en ti, nos espera una larga y maravillosa vida, estamos a punto de recuperarla y necesito tu fuerza.

Parto en dos el resto de la barrita de carne seca prensada, subo a la primera roca y le ofrezco uno de los dos pedazos a Razas. Que sea un perro tragón tiene también sus ventajas y saltando se sienta a mi lado para que le dé

su premio que toma delicadamente.

—Ahora tienes que concentrarte, Razas. Ha llegado el momento de tu actuación.

Paso el último trozo por delante de sus ojos. Muevo la mano lentamente para que no la pierda de vista y lo arrojo sobre nuestra cumbre, la gran piedra. Razas salta con una ligereza asombrosa y se posan en el centro como si no hubiera realizado esfuerzo alguno.

He pasado a Bolita a mi espalda para que el impacto no acabe con su cuerpecillo. El golpe va a ser considerable, pero las ganas de vivir son mayores. Salto sin pensar, porqué, si lo hiciera, siempre esperaría un segundo más

—¡Ya, Razas, ya, tira! —Tengo los antebrazos sobre la roca, pero las piernas me cuelgan y mis pies no encuentran un punto de apoyo.

Me mira sorprendido. Siempre le digo que no tire cuando me roba la ropa del colgador y quiero que me la devuelva sin desgarros. Ahora la orden ha cambiado, suelto una mano y tomo la cuerda, formando una onda que confío llegue hasta su cuello. Vuelvo a agarrarme y espero, pero no sucede nada. Lo intento una vez más y ¡milagro! Razas muerde la cuerda y comienza a tirar, noto la tensión y lo animo gruñendo.

—¡Agggg!, dámela. La cuerda es mía. Dámela, Razas.

Ahora ya no hay quien lo pare, así que aprovecho la fuerza con la que tira de mí para trepar deshaciendo el nudo en cuanto alcanzo la cima. No quiero descubrir qué sentiría si Razas decidiera, en este momento y con la cuerda aun atada a mi cintura, que los demás nos podemos apañar solitos el resto del viaje y que lo mejor para llegar al sol es hacerlo brincando cuesta arriba.

—Eres mi salvador —le digo aplaudiendo.

Sale disparado ascendiendo los últimos metros eufórico y desaparece por

el agujero. El zorrillo no se mueve. Sin perder tiempo me afano en trepar hasta la superficie, donde los rayos del sol me ciegan momentáneamente.

Me arrodillo, suelto mi camiseta y el zorro cae en la hierba. Sale corriendo hacia el bosque, ni siquiera se gira para mirarme para despedirse de mí. No esperaba un «gracias», pero hemos vivido momentos importantes que es obvio que solo han sido míos. El zorrillo ha seguido su instinto de supervivencia y ha aprovechado el momento. Mi cerebro ha creado una historia de amistad que también me ha servido para sobrevivir y que me ha tenido centrada y ocupada.

Si Razas se ha enterado de algo, será siempre un misterio, porque está corriendo con parte de la cuerda entre los dientes. Quizá lo tenía claro desde el principio y no se ha estresado pensando en qué sucedería si nos quedábamos sin luz o no encontrábamos la salida. ¿Y qué habrá pensado de Bolita?: un acercamiento puntual por necesidad y, si te he visto, no me acuerdo porque es un zorro y ha hecho lo que se espera de él; luchar hasta el final.

La vida podrá ser todo lo sencilla que nosotros queramos que sea. A mí me tiemblan las piernas. Me siento unos segundos a una distancia prudencial del agujero por si acaso. Nunca había apreciado tanto los rayos del sol. Delicioso notar cómo vuelvo a entrar en calor.

Sin darme cuenta he dejado mi mano apoyada sobre la hierba. En otras circunstancias más normales habría levantado la mano y seguramente el resto del cuerpo para interponer espacio entre los insectos y yo. En este momento no me importa lo más mínimo, siento que ha sido el mejor tratamiento involuntario que podría haber recibido contra mis miedos y fobias. Las abejas tienen aguijón y siempre tendré en cuenta ese detalle, porque no deseo averiguar lo que se siente cuando recibes un picotazo, pero creo haber superado la aprensión que cualquier insecto me provocaba.

Saco mi móvil, presiono el botón, pero la pantalla se mantiene negra. Parece que mi batería se ha agotado. Pablo estará muy preocupado, habrá

llenado la casona de gente que seguramente esté muy ocupada retirando escombros para rescatarme.

El sol está alto, han pasado varias horas y, aunque creo que la cantidad de material que taponó la bajada a la cueva era demasiado abundante para que hayan podido abrirse paso, temo que puedan llegar a los muebles, que se descubran las calaveras y que el futuro de la casona haya cambiado. Me incorporo. Los minutos cuentan y debo regresar cuanto antes porque todavía hay esperanzas si aparezco antes de que lleguen a la gruta.

Reviso mejor mi posición colocando la mano a modo de visera para que el sol no esconda los detalles a mis ojos. El terreno donde me encuentro está situado en la cima de la montaña. Se trata de una parcela aparentemente ganada al bosque, del tamaño de un campo de fútbol. Una cabaña de piedra bastante deteriorada se sitúa a pocos metros de la dolina por la que hemos salido.

Las montañas que observo me resultan conocidas. No he podido alejarme mucho de la casona, tengo que estar en la cima del encinar o quizá en otra loma cercana. La flora es impenetrable, los arbustos crecen entrelazándose y las zarzas son las dueñas de la parte baja. Si todo esto no fuera suficiente, la finca está protegida por una valla metálica que está siendo absorbida por la vegetación y que rodea todo el perímetro de la finca.

Tiene que existir una puerta, y bordeando la zona verde terminaré encontrándola, aunque me temo que, si hace mucho tiempo que nadie ha entrado a esta propiedad, la naturaleza también se haya apropiado del paso.

Razas corre a mi lado tentándome con la cuerda. Esta excursión lo tiene feliz, una zona desconocida por explorar y lo mejor de todo es que está suelto. Veo un pequeño claro en una zona de valla y hacia allí vamos los dos; yo, por iniciativa propia y Razas, porque no desiste en su empeño de que lo persiga.

Confirmando que esta propiedad lleva muchos años abandonada. Una

enredadera está tupiendo la malla de la puerta y numerosas ortigas crecen en su parte baja. Hay un camino al otro lado, pero los arbustos están ganando el terreno que hace tiempo cedieron para el paso de vehículos y en algunos sitios las ramas de ambos lados se tocan y forman una cúpula que presagia que dos o tres primaveras serán suficientes para que la naturaleza conquiste de nuevo los metros que le fueron arrebatados. Hay un candado como cerradura, está roñoso, pero no ha perdido su cualidad porque sacudo la puerta, pero ni se inmuta.

Rodeada por más de dos metros de valla y con una puerta cerrada a cal y canto afirmo sin miedo a equivocarme que estoy nuevamente atrapada. ¡No me lo puedo creer!, ¿nada sale bien hoy? Mi única esperanza es la cabaña, dentro tiene que haber algo que pueda usar para hacer un butrón o forzar la cerradura.

Tiene contraventanas, pero las tablas de madera están sujetas a los marcos exteriores de las ventanas por unos pasadores que puedo hacer girar hasta dejarlas libres, ¡por fin algo sencillito de hacer! El interior está demasiado oscuro para poder distinguir algo. Rodeo la cabaña y encuentro otra ventana en la cara opuesta. Al dejar pasar la luz por ambos lados debería poder ver con claridad el interior

¡Jod...! Una figura idéntica a la que el cura me dio está posada sobre la mesa. ¡Despierta de una vez, Silen! Has bordeado una laguna siguiendo un camino hecho por humanos, has subido escalones tallados en la roca y has visto cadenas en las paredes. Ahora tienes delante de tus ojos las mismas formas: hombre y mujer desnudos tomados de la mano. ¡Lo que hay en medio de la finca no es un mojón gigante ni un monolito cubierto por las zarzas! ¡Es otro altar!

Capítulo 24

—¡Pablo, Pablo!

¿Qué sucede? No entiendo qué hago tumbado en el suelo. Tengo que recordar algo, es importante. ¡No, es urgente que recuerde! ¿Qué he olvidado?

—¡Pablo, ¿estás bien? ¿Te duele algo? ¡Pablo! ¿Me conoces? Soy José.

¡José!, te conozco y tú no deberías estar ahora en el sótano porque Silen decidió que ese fuera nuestro secreto.

—¡Silen!

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Miro la entrada a la cueva, no entiendo qué sucede, los escombros la taponan, solo recuerdo el sonido que hicieron al caer.

—Vamos a salir al jardín, estás helado. ¿Qué hora es la última que recuerdas?

—¿Cómo? —No puedo razonar, siento un dolor horrible en la cabeza, palpo con mi mano y encuentro el centro del latido que está entorpeciendo mis pensamientos: un chichón del tamaño de una pelota de pimpón.

—Son las dos menos cuarto, Pablo. Apóyate en mí, necesito luz para ver esa herida en tu cabeza. ¿Cuál es tu último recuerdo, que has hecho desde que te has levantado?

—Necesito agua. —Tengo la boca tan seca que ya no puedo mover la

lengua.

—Siéntate en las escaleras. —José me ayuda a rodear la casona—. Voy a casa de Silen a por un botellín. No te muevas, por favor.

Apoyo mi espalda en la fachada. El sol me molesta, pero necesito entrar en calor. Pongo mis manos sobre mi cara para tener algo de oscuridad y calmar el horrible dolor que barre mi cabeza en rítmicas ondas. Presiento que Silen me necesita y yo estoy sentado al sol como si fuera una lagartija.

—Toma, bebe despacio. Tienes un buen golpe —comenta José pasando sus dedos por mi pelo—, has tenido mucha suerte porque la piedra que te ha caído encima, y que todavía estaba sobre tu cabeza cuando te encontré, es redonda y no tienes brecha.

¡La cueva! Silen estaba abajo llamando a Razas. ¿La vi retroceder a tiempo para no quedar sepultada por el desplome del techo del túnel? Necesito creer que así fue, que está viva, que, aunque esté traumatizada a causa del miedo, está esperando a que yo la rescate.

Me levanto demasiado rápido y el jardín comienza a girar y me provoca náuseas.

—Necesito llamar a Silen.

—Yo la llamaré. Quédate sentado, por favor.

Lo veo marcar y suplico a quien pueda estar escuchándome que ella atienda la llamada, que oiga su voz decirle a José que está bien.

—Apagado o fuera de cobertura.

—Llama a la policía, José. Silen está atrapada en una cueva.

—¿Aquí?

—Sí, en el sótano.

—¿Donde tenías metida la cabeza? —José está sacando de nuevo su

teléfono del bolsillo cuando me parece escuchar el tono de llamada de mi móvil. Debe ser mi anhelo, pero juraría que alguien me está llamando. José me mira interrogante. Me duele mucho la cabeza, pero es un alivio comprobar que mis sentidos continúan funcionando.

—El teléfono está sobre la mesilla de la cama.

—¡Voy!

¿Podría ser Silen? Por favor, por favor, por favor....

José regresa hablando, pero no sé con quién lo está haciendo y los nervios hacen que mi corazón comience a latir tan fuerte que, aunque veo sus labios moviéndose, solo oigo ruidos y no entiendo las palabras que está pronunciando.

—¿Silen? ¿Silen? Se ha cortado. Te ayudaré a levantarte, ¿vas a dejar que te lleve al médico más cercano?

—No.

—Lo suponía.

—¿Has podido hablar con Silen? ¿Está bien?

—Sí, tranquilízate, porque está bien. No se entendía apenas lo que decía, pero creo saber dónde tenemos que ir a recogerla. Necesitamos un coche si queremos llegar rápido e imagino que no querrás quedarte aquí esperando a que volvamos.

—No. —Necesito verla—. Las llaves están en la mesilla, donde estaba el móvil. Tú conduces.

—Tu coche va a quedar un poco abollado, pero, si fuésemos en mi tractor, tardaríamos bastante más en llegar.

—Por mí como si tienes que prenderle fuego. Yo solo quiero ver a Silen, comprobar que está bien. —Corro para abrir las puertas de hierro de la finca y

regreso para subirme al coche de un salto—. Arranca y cuéntame exactamente que te ha dicho.

—Está en la cabaña que hay en la cumbre del encinar —dice José señalando la parte trasera de la casona—. No puede salir porque está vallado. Me ha preguntado por ti y le he contestado que estás bien. Lo del chichón lo he ocultado para no asustarla. Ahora explícame cómo ha llegado Silen ahí arriba, cómo ha podido entrar en un lugar que está cerrado.

Ato el cinturón del coche en un gesto mecánico mientras pienso que no tiene sentido ocultarle a José la verdad. Ya ha visto la entrada al sótano y es imposible formar una mentira creíble que lo deje satisfecho. Los lazos de amistad que estamos construyendo no me permiten mentir, proteger la imagen de la casona no es razón suficiente.

—Uno de los armarios del sótano ocultaba un túnel que comunica la casona con una cueva, una cavidad natural que se sitúa debajo de los frutales. Hace unos días se rompió la madera que tapaba la entrada, la puerta del armario se desenchajó y el ruido del cristal al caer descubrió el secreto.

—Así que esos eran los ruidos que escuchábamos Silen y yo de vez en cuando.

—Exacto, las escaleras que descienden hasta una gruta tienen una cadena en la pared a modo de pasamanos. Encontramos varias astillas apoyadas sobre los eslabones de metal. El ruido que hacían al chocar entre ellos era el que oía Silen y la atemorizaba.

—Yo no quería asustarla aún más, pero me parecían tan incomprensibles algunos de los ruidos que bajé al sótano la mañana que se fue con Carmen de compras al centro comercial. Abrí todos los cajones y las puertas de los armarios, incluyendo el de la entrada a la cueva. Como no encontré nada anormal, me marché convencido de que tenía que existir una explicación para esos sonidos y que tarde o temprano aparecería.

—Yo también revisé el sótano cuando Silen me contó asustada que había escuchado ruidos raros, pero, como encontramos el pestillo en el suelo, pensé que ya teníamos resuelto el misterio. Descendimos las escaleras y examinamos la gruta. En una zona de la cueva encontramos un altar y varios muebles.

—¿Un altar como el de las iglesias católicas de España?

—Sí. Había varios libros escritos a mano, una especie de guiones para celebrar sus misas.

—¿Y por qué lo hacían a escondidas? ¿Practicaban misas negras?

—¡No había pensado en ello! En los libros se nombraba constantemente a la «Madre Tierra» como el origen de la vida, pero no leí nada relacionado con el demonio. Sí que hay una colección de cráneos humanos que resultó bastante desagradable de ver, aunque lo más sorprendente fue descubrir un montón de artilugios sexuales.

—¿Consoladores? —pregunta José desconcertado.

—Sí, y látigos, mordazas, grilletes, fustas...

—¡El hijo del indiano! Por algo no se veía luz cuando llevaban a las chicas a la casona. Las metía en la cueva.

—Eso lo explicaría todo, pero son solo conjeturas. Silen se disgustó mucho, ya sabes lo que significa para ella la casona.

—¿Y queríais tapiar el paso? Cuando pasé esta mañana vi tu coche en la finca con el portón trasero levantado. Al regresar me pareció extraño que después de dos horas tu coche estuviera todavía abierto y lleno de ladrillos, así que entré para ayudarlos.

—Sí, queríamos ocultar la gruta. Silen estaba preocupada, tiene planes para la casona y para su casa. Quiere organizar visitas gratuitas y que eso sirva de gancho para dar a conocer los productos locales, que estarían expuestos en donde ahora duerme ella. De ese modo la gente los probaría,

podría comprarlos allí mismo, hablaría de ellos y se introducirían mejor en el mercado nacional.

—La idea es muy buena.

—Pero tener una gruta que podría ser descubierta en cualquier momento, donde hay restos de adoraciones a la tierra, calaveras y otros objetos bastante desagradables habría sido perjudicial para la imagen de la casona. ¿Estamos cerca?

—Sí, un par de curvas y llegamos. No pensasteis en destruirlos, ¿verdad?

—La verdad es que yo al menos sí lo hice, pero Silen no contó nada y opté por callarme. Revisamos la cueva y no vimos ninguna otra salida al exterior, así que compramos lo necesario para tapiar la entrada desde el sótano. Habíamos empezado esta mañana a acercar los materiales al sótano cuando la cuerda que tenía atado a Razas se soltó del árbol. Se metió en la gruta y Silen también bajó para obligarlo a subir. El túnel se desplomó cuando yo entraba en él para ayudar a Silen a rescatar al perro.

—Esta zona tiene muchas cuevas, algunas permanecen estables durante muchos años, pero otras son peligrosas porque la lluvia que se filtra en la tierra genera arroyos subterráneos que van moldeando el subsuelo. Hace pocos años rescataron a dos espeleólogos que se quedaron atrapados en una cueva que está a tres kilómetros de distancia. Querían recorrerla hasta donde nadie antes había llegado. Al salir comentaron que habían sido arrastrados por una corriente de agua que había aparecido de improviso.

—Son las dos, ha estado más de dos horas bajo tierra y ha conseguido salir. —José me mira con aparente calma, pero mueve su cabeza hacia los lados porque él también comprende el peligro que ha corrido Silen tanto en el momento del derrumbe como al caminar por el interior de la tierra tratando de encontrar una salida al exterior.

Solo quiero abrazarla, sentirla pegada a mí, que su cuerpo contra el mío

haga que disminuya la angustia que siento sabiendo que ha estado de nuevo rozando la muerte.

—Ahí está la entrada.

José avanza despacio cuesta arriba, el nuestro debe ser el primer vehículo que pasa en años porque las ramas de los árboles están tan crecidas que sus puntas golpean los laterales del todo terreno.

—¡Silen! —Tiene la coleta medio deshecha y está pálida.

Me sonrío agitando la mano. Siento orgullo por compartir la vida con alguien tan fuerte, una mujer que ha pasado unas horas angustiosas encerrada en la cueva, pero que en cuanto me ha visto se ha enderezado y me ha ofrecido la mejor de sus sonrisas. Intenta ocultar lo cansada que está, pero yo conozco cada uno de sus gestos y, lo que es más importante, conozco su alma porque la siento unida a la mía y sé que necesitamos consolarnos.

—Silen, ¿podrías alejaros Razas y tú de la puerta? —vocifera José sacando la cabeza por la ventanilla para hacerse entender entre los ladridos del perro—, voy a derribarla con el coche. Pablo, ¿te importa que se abolle un poco el parachoques?

—Me encantará que lo hagas y, si el dueño de esta finca te demanda, además de correr con todos los gastos de las reparaciones, te defenderé encantado.

—No creo que mi padre tenga intención de dar un paseo hasta aquí arriba para comprobar cómo está este prado.

Silen toma la cuerda que está atada a la correa de Razas y lo tienta ofreciéndole el extremo. Cuando el perro lo ve corre hacia ella. José aprovecha ese momento para acelerar y embestir la valla. Nunca me había sentido tan bien rompiendo algo.

—Te dolerá la cabeza durante varios días porque tienes una buena

contusión. No he encontrado nada extraño en las pruebas que te hemos efectuado, pero opino que deberías quedarte esta noche en el hospital. No puedo obligarte, así que te recomiendo que durante dos o tres días guardes reposo. También te he recetado un calmante que podrás tomar si lo necesitas, me gustaría volver a verte dentro de tres o cuatro días.

—Me encargaré personalmente de traerlo, doctor. Muchas gracias.

Salimos del hospital más tranquilos, son las siete y cuarto, el sol todavía tiene fuerza y quedan horas de luz, pero me siento como si hubieran transcurrido días desde que me puse los guantes para llevar los ladrillos.

—Silen, llama por favor a Paula para que sepa que llegaremos en un rato.

—¿Qué le has contado?

—Que Pablo había patinado y se había golpeado la cabeza al caer. Que yo lo había visto casualmente al pasar caminando y, como tú estabas muy nerviosa y no me fiaba de ti como conductora en esas condiciones, os había acercado al hospital.

—¿Le vas a decir la verdad? —pregunta Pablo pasando sus dedos por mi pelo.

—Lo haré si Silen me da su permiso, ni mi mujer ni yo tenemos secretos. Ella guardará silencio como yo y esa parte de la historia se olvidará en cuanto tapiemos el túnel y coloquemos de nuevo el armario.

—Yo se lo contaré a Nacho y a Carmen.

José asiente sin apartar la vista de la carretera. Pablo me da un beso en la frente y, aunque nada me gustaría más que cerrar los ojos y dormir hasta llegar a casa, prefiero aclararme ahora.

—No tengo intención de contárselo a nadie más, ni siquiera a mis padres porque los preocuparía innecesariamente, pero vamos a ser socios, la casona será una parte importante del negocio y me sentiría mal si mi amiga no lo

supiera.

—Me parece lo correcto, cariño —me susurra Pablo.

—Y a mí también. Habrá que rellenar el tramo de túnel que no se desplomó antes de cerrar el paso, de ese modo garantizaremos que no se produzcan nuevos derrumbes.

—Tenemos que revisar que no se haya agrietado el terreno, quizá sea necesario traer tierra y apisonarla.

—Ya has escuchado al médico —le responde José decidido—, nada de trabajo físico en varios días, voy a ayudar a Silen a que cumplas las indicaciones del médico.

—¿Pero me dejaras mirar al menos?

—Siempre y cuando mantengas las manos en los bolsillos.

—«Ja, ja, ja», a sus órdenes. ¿Y la cabaña? Silen nos ha contado lo que vio dentro de la cueva, pero me gustaría rellenar los huecos de esta historia.

—Mi padre sabe que es el propietario porque Manuel se lo dijo, pero nunca ha visitado la finca. El lunes se despertó sintiéndose enfermo. Tiene una dolencia en el corazón y algunas veces nos da un susto. Por la noche, después de cenar, trajo al salón la carpeta donde guarda las escrituras, el testamento y las cartillas de las cuentas de ahorro. Insistió que revisáramos los dos si todo estaba bien y ahí estaba la escritura de propiedad de ese terreno. Nunca había oído a mi padre hablar de ella y le pregunté la razón. Me contestó que su amigo le había regalado muchos terrenos cerca de su casa. Nunca había tenido necesidad de llevar allí a las vacas a pastar, ni de segar su hierba para alimentar al ganado.

—¿Y cómo está tu padre? —No sabía que estaba malo.

—Está bien Silen. Fuimos al médico y le han ajustado la medicación.

—Me alegro, ¿por qué le compró Manuel la finca de la cabaña?

—Eso mismo fue lo que yo le pregunté a mi padre. Fue una imposición del dueño anterior, Manuel solo quería comprar la casona, pero el hombre no era tonto y sabía que este tipo de oportunidades no se suelen repetir en la vida. Necesitaba mucho dinero para mantener sus vicios, no quería conservar ni el *chalet* ni el terreno, por lo que le exigió que hiciera una oferta conjunta por las tres propiedades.

—¡Menuda familia! —Y yo soñando con príncipes y princesas.

—El emigrante que se marchó a Cuba para hacer fortuna tuvo un hijo que era un vividor y un mujeriego. No tuvo descendencia hasta pasados los cincuenta años, un niño malcriado cuyo propósito en la vida fue probar todas las drogas que tuvo a su alcance. Manuel tuvo que seguirlo durante varios días hasta encontrar el momento en que no estuviera borracho o durmiendo después de pasar la noche en casa de alguna mujer de malas costumbres.

—Esa historia también la oí yo —recuerda Pablo dejando su mirada perdida.

—Manuel le contó a mi padre que el día acordado para firmar las escrituras de la compra de la casona fue personalmente a buscarlo a su piso de Madrid. En las reuniones que había mantenido previamente para acordar un precio siempre había llegado tarde y resacoso. Después de tocar su puerta durante un buen rato una vecina salió y le contó que había oído que llegaba de madrugada, la habían despertado, como tantas otras veces, los juramentos que echaba al no acertar a meter la llave en la cerradura. Manuel lo reanimó a base de cafés y consiguió que firmase las escrituras. El nieto insistió en festejar la operación y en el bar le contó a Manuel que su padre había sido un sinvergüenza que nunca le había hecho caso y que su venganza era gastarse toda la fortuna.

—¡Buena disculpa para justificar sus vicios!

—A los pocos días de firmar falleció en una reyerta en una partida de póker clandestina.

—¿Sabría ese hombre que existía el sótano?

—No conocía el pueblo. Le dijo a Manuel que algún día tendría que venir a comprobar qué tenía la casona para que alguien estuviera dispuesto a pagar tanto dinero por ella.

—Nunca sabremos toda la historia, pero está muy claro que practicaron su religión tanto en la cueva como en lo alto de la montaña y que la gruta la usaron como camino secreto para llegar desde el sótano hasta la cabaña.

—Estás hablando de los indios, pero ¿y su hijo?, ¿cree que también usó la cabaña para realizar sus fantasías sexuales? —José ha parado el coche de Pablo delante de su casa. Se baja y yo también lo hago para sentarme al volante y conducir hasta la nuestra.

—Ya no será posible saber si los indios también tuvieron ideas liberales en el sexo, ni si su hijo, además de darle rienda suelta a sus deseos sexuales, también rezaba en el altar del sótano, o si subía con las chicas y copulaban al aire libre con luna llena.

—Y ahora ya no importa, ¿verdad, Silen?

—No. —Ahora solo importa que Pablo está bien, yo estoy a su lado y ya no tengo miedo de la casona ni de su sótano—. Gracias por todo, José.

—Gracias, amigo. —Pablo ofrece la mano a José a través de la ventanilla del coche—. Por rescatarnos a mí y a Silen.

Dejo el coche en el *chalet* de Pablo. Cada día me gusta más esta casa. Si efectuásemos varias reformas, se convertiría en una vivienda preciosa. Estoy pensando demasiado deprisa. Estamos conociéndonos, pero me gusta soñar que sería bonito desayunar en su porche, cuidar sus rosales, escuchar a Pablo golpear con el martillo... Una imagen idílica que deseo se haga realidad.

—Voy a por ropa limpia, Silen.

—¿Deshiciste la maleta?

—No, voy cogiendo ropa de ella según la voy necesitando.

—Entonces, ¿por qué no llevamos la maleta a mi casa? Aquí solo venimos para bañarnos.

—¿Me quieres siempre a tu lado?

—Sí.

—Te quiero, Silen.

—Y yo a ti, Pablo.

—Deseo hacerte feliz.

—Ya lo conseguiste.

Nos abrazamos y, cuando estoy en el paraíso, Pablo me suelta echándome como si fuera un portero de discoteca y yo me hubiera colado con zapatillas.

—Estoy sucio y huelo a sudor.

—Y yo tengo restos de barro en el cuerpo y el pelo duro como si me hubieran arrojado huevos.

—¡Ja, ja, ja! Necesitamos urgentemente una ducha.

—Una bien larga, Pablo. Voy a tener que frotarte muy bien la espalda.

—Sí, y yo necesito hacerte una exploración exhaustiva. Necesitaré tiempo para revisar que no te queda ni una pizca de barro.

—Me arrastré por el río. Tendrás que mirar muy bien, porque no quisiera que manchásemos de barro las sábanas.

—Ven aquí.

Me besa, sus labios absorben los míos. Siento todo el miedo que ha

vivido, su temor a perderme y el mío al no saber si podría escapar a tiempo hacen que lo desee aún con más intensidad.

—Vuelvo dentro de dos minutos. Tienes el tiempo justo para ponerle agua limpia a Razas y darle la cena.

Hoy tendrá barra libre. Se ha ganado un menú a base de barritas de premio, galletitas y su postre será un hueso de cuero prensado para que rumie mirando a las estrellas.

Salgo con los paquetes en la mano y relleno el cuenco hasta el borde, con lo que a Razas debe parecerle el mejor manjar del mundo por la mirada que me dedica, después de comprobar que es cierto lo que su olfato le ha comunicado. Coge el primer bocado y levanta la cabeza para mirarme meneando el rabo como signo de gratitud.

No tengo hambre. Aparecerá en cualquier momento. Todavía no siento como reales las horas que he pasado bajo tierra. Camino hacia los frutales buscando signos de lo que ha sucedido, pero la hierba no parece diferente. Los insectos están recolectando su último alimento y los pájaros revolotean buscando refugio para pasar la noche.

—¡Silen! ¿Qué haces aquí?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Miraba...

—¿Estás bien, cariño? Voy a reservar una habitación en un hotel y nos marchamos en cuanto nos duchemos. Necesitas olvidarte, desconectar y lo mejor será que nos alejemos de la casona.

—Gracias. —Me giro y le doy un ligero beso en la mejilla—. Pero estoy bien.

—Ya he escuchado antes esas palabras y no era cierto.

—No te conocía, cariño. Ahora estás a mi lado y, si me abrazas una vez más, todo estará bien.

—Sabes que siempre lo haré. —Sus brazos me envuelven y suelto el aire sintiendo que no hay rastros de temor, que me siento en paz.

—Vamos a casa. Necesito esa ducha y unas onzas de chocolate.

—¿Y qué más?

—Y meterme en la cama...

—¿Y qué más?

—A ti.

—Me tienes.

—Lo sé.

—¡Increíble! Tienes un ángel que te cuida muy bien.

—Espero no darle más trabajo y que pueda descansar durante una larga temporada.

—¡Ya te digo, amiga! ¿Has podido dormir? ¿Tienes pesadillas?

—Perfectamente, Carmen. No me he despertado ni una sola noche, algo que no sucedía desde que heredé la casona.

—Me alegro. Se te ve radiante, aunque imagino que tener a Pablo a tu lado también ha ayudado.

—¿Qué habláis de mí? Seguro que nada bueno, ¡ja, ja, ja! Me alejo un minuto para ver cómo Alejandra estrena su nuevo columpio y aprovecháis para criticarme.

Me levanto y lo beso entre risas. El resto de los invitados se ha marchado hace media hora. Hemos esperado a que los niños se alejasen de la mesa del

jardín para contarles a Nacho y Carmen lo que ha sucedido. A mi amiga se le han empañado los ojos por la emoción de saber el peligro que hemos vivido en la cueva y me ha dado un abrazo tan fuerte que me ha recolocado las vértebras.

—El paso ya está tapiado. Nacho, necesitaría que me echaras una mano con el armario porque es imposible que una sola persona pueda moverlo, y hay que volver a dejarlo en su sitio.

—Ya estoy recuperado, la cabeza no me ha vuelto a doler. —Apunta Pablo al ver cómo José lo ignora al organizar el trabajo.

—Yo sigo las indicaciones de Silen, amigo. Ha dicho que, hasta que el médico no vuelva a revisarte, no debo dejar que hagas esfuerzos físicos.

—¡Cariño, que me encuentro bien!

—No me hagas pucheros, que anoche, cuando te metías en la cama, escuché desde el baño cómo te quejabas.

—Porque olvidé que tenía el chichón y me tumbé sobre él, pero no me duele si no me toco.

—Mejor que lo diga el médico. Deja que me quede más tranquila.

—Está bien. Mañana iré a que me revise si eso te tranquiliza. Tendré que decirle a Iván que no puedo ayudarlo a cargar las traviesas para el cercado.

—Puedo hacerlo yo —responde José, que no para de comer y esquivar las miradas asesinas que Paula le está lanzando para que suelte el plato de jamón.

—Iremos juntos —propone Nacho—. Las dejamos en el jardín y después bajaremos al sótano para mover el armario.

—¡Está bien! Pero nada de levantar la valla. En cuanto el médico le confirme a Silen que estoy perfectamente, quiero empezar el trabajo.

—Hay algo que me preocupa —añade José, dejando el plato de jamón

limpio—. Cómo ocultar las escaleras de la cabaña.

—¿No habías colocado un nuevo candado?

—Sí, pero, si alguien consiguiera entrar y mirar, lo descubriría. Quizá lo mejor sea derruir la cabaña y echar todo el escombros dentro de las escaleras.

—¿Meter una excavadora en una tierra donde se ha formado una dolina? Eso es muy peligroso. No sabemos si hay más zonas huecas. El peso de una máquina podría hundir el suelo.

—Tiene razón Paula. Me parece un riesgo innecesario. ¿Te llevaste la figura que había sobre la mesa?

—Sí, le prendí fuego.

—¿Qué radical! ¿Y había algo más que pudiera ser sospechoso? Yo no me fijé porque en cuanto mi móvil volvió a la vida avisándome de que tenía una llamada perdida aproveché para marcar el número de Pablo antes de que el aparato decidiera volver a quedarse bloqueado o sin batería.

—¿Además de las escaleras para entrar en la cueva? No, la cabaña estaba vacía.

—Entonces, con ocultar el paso con unos tablones será suficiente. Al agujero no va a acercarse nadie porque es peligroso. Aunque lo hiciera, solo vería piedras y tierra.

—Es cierto, y dentro de un tiempo la naturaleza lo terminará de ocultar. Voy a dejar que los arbustos sigan creciendo. Llegará un día en que no quedará rastro de la finca ni de la cabaña.

—Propongo que no hablemos más de la gruta y de los antiguos dueños de la casona. Es el pasado y nosotros tenemos un presente que exige nuestra atención si queremos que se convierta en nuestro futuro.

—¡Muy bien dicho, amiga! Nacho y yo lo hemos hablado y estamos

decididos. Queremos intentarlo.

—¡Y nosotros! Estamos muy ilusionados. Ya hemos tanteado a varios vecinos sin explicarles de momento nuestras verdaderas razones. Todos nos han dicho que recogerán la fruta de sus árboles a cambio de algunos tarros de confitura.

—Brindemos entonces por nuestro proyecto.

—Yo tengo un nombre para la empresa.

—¿Ah, sí? —me pregunta Pablo intrigado.

—La casona del indiano.

—¡Es perfecto! —aplaude Paula y el resto nos unimos para desconcierto de los niños, que se acercan corriendo intentando averiguar qué ha provocado nuestro alboroto.

—Por La casona del indiano. —Pablo levanta la copa. Los demás acercamos las nuestras en la que será la primera de muchas celebraciones.

Epílogo

—¿Qué tal?

—Muy bien. Me gusta la forma que está tomando. Van a añadir las fotos del pueblo que sacamos el otro día, los videos de las terneras de Nacho que filmamos corriendo por el prado, y los pájaros que comían la fruta mientras Razas perseguía a una mariposa. Cuando efectúen los últimos ajustes, la página web va a ser muy atractiva.

—¿Y las compras *online*? ¿Captaron bien la idea que les facilitaste por teléfono? —Pablo me entretiene con un beso lento y olvido momentáneamente de qué estábamos hablando.

—¡Es genial! —respondo cuando mi mente se vuelve a conectar de nuevo—. Mejor aún de lo que yo había imaginado. Cuando el comprador pinche en uno de los productos y marque «llevar a la cesta de la compra», aparecerá la imagen de un hombre o una mujer que lleva los artículos a una cesta de mimbre.

—¿Sí?

—Te va a encantar. —Estoy emocionada—. Me han enseñado dos ejemplos: queso de nata y confitura de limones. En el primero aparece un hombre fuerte que entra en la sala de curación de los quesos, toma uno y al salir se despide de las vacas, que mugen a modo de respuesta. Camina por el campo y lo deja en la cesta guiñando un ojo.

—¡No me digas! Eso va a gustar mucho. —Otro beso todavía más lento hace que comience a tener bastante calor—. ¿Y cómo es el de la confitura?

—Aquí aparece una chica que lleva un vestido corto de flores precioso y el pelo atado en una coleta.

—¡Como tú! —dice Pablo retirándome la goma para que mi pelo caiga sobre mis hombros—. No me cansaré nunca de tocarlo.

—Camina hasta un limonero, saluda a las abejas que están recogiendo polen de sus flores, escoge varios limones, entra en una casita de piedra y cierra la puerta. El sol que aparece a la izquierda del tejado se mueve hasta colocarse a la derecha para simular el paso del tiempo. Entonces la chica sale con el tarro que lleva hasta la cesta. Cada producto va a tener su pequeña historia. Me gustaría que vinieras conmigo la próxima semana para ver la presentación definitiva.

—¡Por supuesto! Tengo cita con el notario el martes a las diez. Si te parece bien, podríamos pasar el día en Santander.

—Me parece muy bien. Mañana los llamaré para preguntarles si estará listo para la tarde del martes. También he estado en la fábrica de embalajes para elegir los modelos de las cajas donde enviaremos los productos.

—¡No has parado! Ven a sentarte un rato en el balancín. ¿Quieres tomar algo?

—Me apetece un helado.

¡Ummm, qué alivio! Mis pies están acostumbrados a las chanclas y a las zapatillas deportivas que uso para estar en el pueblo. Quitarme las sandalias de tacón hace que sienta un gran placer.

—Yo también cogeré uno. Meteré tus sandalias dentro y tu bolso también. Razas lo está mirando. A mí me ha intentado robar las deportivas y el móvil.

—Se aburre. Yo creo que habría que buscarle un compañero ahora que aún es cachorro. La pastora alemana de los vecinos de Carmen ha tenido cachorros y son una monada.

—Si vamos a hacerlo, es un buen momento. En otoño yo tendré que viajar a Madrid todas las semanas y tú también vas a estar muy ocupada promocionando La casona del indiano.

—Siempre tendremos la ayuda del resto del grupo. Además, los dos perros formarían un buen equipo de vigilancia nocturna para la finca. Me da pena verlo caminando sin rumbo entre los árboles. —Razas me mira con ojitos tristes, sabe que hablamos de él—. Mañana traeré el cachorro. Tiene dos meses y medio, está vacunado y es muy juguetón. Habrá que ponerle un nombre. Te toca a ti.

—¿Cuándo dices que lo traerás?

—Mañana por la mañana.

—Tengo doce horas para pensarlo. Ahora tengo la mente ocupada con otras ideas.

—¿Ah, sí? ¿Y podría saber en qué piensas? —Pablo se ha sentado en el balancín y está acariciando mis piernas por debajo de la tela del vestido.

—En darnos un baño en la piscina. Necesitas relajarte después de un largo día de trabajo.

—Sí, lo necesito.

—Y un masaje.

—¿Con el aceite que compramos el otro día en ese mercadillo?

—Sí.

—Solo te dejaré hacerlo si tú también permites que yo te masajee.

—Ya sabes cómo vamos a terminar.

—Lo sé y me encanta. No puedo imaginar un final mejor para un día estupendo.

—Lo es, cariño. ¿Eres feliz?

—Sí, es el mejor verano de mi vida.

—Has demostrado a Manuel que no estaba equivocado.

—¿Tú crees? —Muchas veces me he preguntado qué pensaría Manuel sobre mí, si lo he defraudado o estaría orgulloso de las decisiones que he tomado.

—No tengo dudas, amor. Me haces inmensamente feliz, has tenido una idea que beneficiará al pueblo y vas a abrir las puertas de la casona. La gente pasará por sus estancias imaginando historias, caminarán por el jardín y durante ese rato serán felices porque sentirán paz. Manuel sabía que no había mejores manos para depositar sus sueños que las tuyas.

—Ni mejor vecino que tú. Manuel nos unió.

Lo miro, me levanto y le ofrezco mi mano. Razas se acerca para llevarse el resto de nuestros helados. Él reconoce estos momentos y enseñará a su nuevo amigo a aprovecharlos, porque como dijo el señor Kundera: «No es la necesidad, sino la casualidad la que está llena de encantos».

FIN

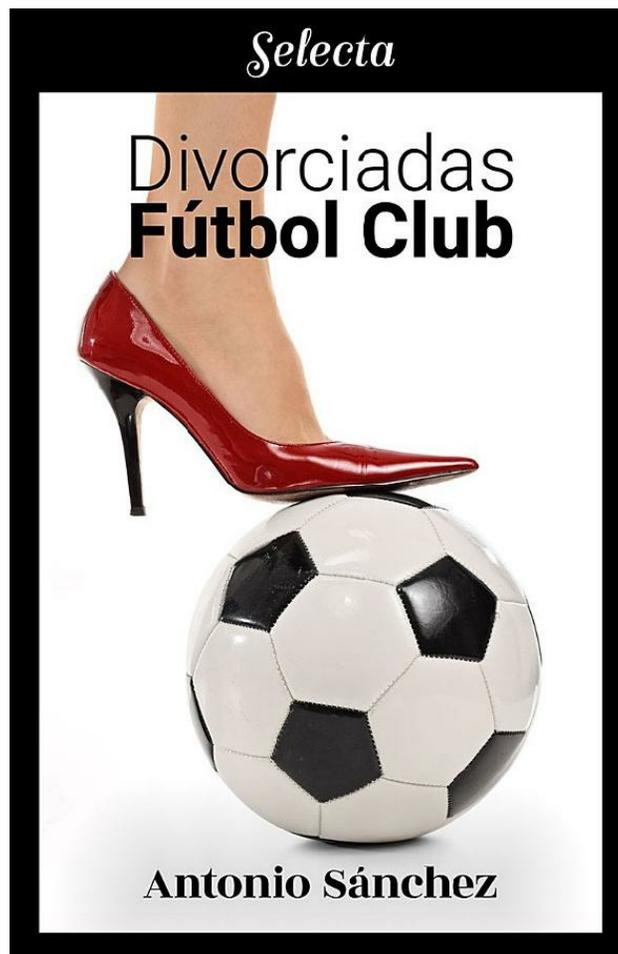
Si te ha gustado

El sueño de Silen

te recomendamos comenzar a leer

Divorciadas Fútbol Club

de *Antonio Sánchez*



Capítulo 1

NO HAGAS ESO

Los gritos en el campo de fútbol del pequeño pueblo de la sierra madrileña eran atronadores. Normal: el equipo local había marcado su primer gol, lo cual no iba a ser decisivo en aquella jornada, ya que los visitantes (el Atlético de Majadahonda) llevaban 12 goles de ventaja. Una diferencia habitual entre equipos benjamines: niños entre 9 y 10 años en la liga de la Federación Española de Fútbol, federación madrileña, grupo 9. 14 equipos. Modalidad: todos contra todos. El Galapagar Fútbol Club acababa de marcar su primer gol ese día, y los padres y madres de la grada lo celebraban. Incluso algún visitante aplaudió generoso teniendo en cuenta el marcador. Bueno, no todos. Si nos fijásemos bien en la grada de esa soleada mañana de domingo de finales de agosto, veríamos a tres madres sentadas inmóviles en sus asientos. Por la ubicación deben de ser madres de los locales. Hay un acuerdo tácito de no mezclar madres y padres locales con madres y padres visitantes. Hay mucha tensión en el ambiente, y el «todos contra todos» de las normas de la federación, que se aplica a los equipos, a veces se extiende a los padres... y los padres no usan balón en ese todos contra todos.

Si concentramos la atención en estas tres mujeres, madres de los aguerridos futbolistas del equipo que acaba de marcar un gol, vemos que no están pendientes del partido. Las tres están más cerca de los cuarenta que de los treinta. Se conservan bien, pero son distintas entre ellas. A la izquierda tenemos a Bárbara. Cerca del metro ochenta, con dos grandes y poderosas razones desde la pubertad para que los hombres nunca consigan fijarse en sus preciosos ojos marrones. A algunos porque les coge muy arriba; a otros porque no consiguen subir la mirada de sus pechos. Viste deportivas, vaqueros ajustados, camiseta roja y esconde su media melena castaña con una gorra del Burger King. Mira fijamente a su izquierda, a la madre del centro. Pero

veamos a la mujer de la derecha: es Nieves. De la misma edad que sus dos amigas, pero parece mucho mayor. Lleva tacones y un vestido verde pistacho, ideal para ir a misa, incómodo para sentarse en unas gradas de cemento. Su cuerpo lucha contra el sobrepeso en una guerra que va perdiendo batalla tras batalla. Sus ojos son azules, casi grises, con demasiadas arrugas a su alrededor que, combinados con su cabello fino y rubio (que, además, tiene recogido en un moño), le acrecientan la edad cinco años. Parece la mayor del grupo, pero no lo es. Alrededor de sus labios también vemos finas arrugas producidas al apretar los labios cuando se enfada... y Nieves siempre está enfadada, o lo parece. Mira con horror, a su derecha, a la madre sentada en el centro. La mujer que está sentada en el centro, la madre de Gonzalito, el niño que acaba de marcar el gol, mira fijamente al campo de fútbol por si su hijo tiene a bien buscarla en la grada para dedicarle el gol. Pero Gonzalito, delgado de pelo y ojos negros, está muy ocupado abrazando a sus compañeros y celebrándolo. Además de que su mente de 9 años es un torbellino de emociones y pensamientos, de los cuales el más preocupante es averiguar cómo el balón entró por la escuadra superior derecha, cuando él apuntó a la esquina inferior izquierda. Luego se lo comentaría a su madre, solo a ella, ni a los compañeros, ni mucho menos al entrenador, ni a su padre; solo a su madre, que seguro le dará una explicación satisfactoria.

Volvamos a su madre, la mujer del centro que acapara las miradas de sus dos amigas. Se trata de María. Delgada, bajita, con botas de senderismo, vaqueros y una camisa a cuadros que lleva por fuera en el enésimo intento de parecer menos bajita y, sobre todo, menos delgada. Tiene los ojos y el pelo muy negros; el cabello apenas sobrepasa los hombros; suelto, liso, rebelde. Sus rasgos son, sin duda, fruto de algún antepasado andaluz, que pincela su rostro de una forma más mediterránea que la de sus amigas. María está muy seria. Mirando al frente. Atenta a su hijo, pero con el rostro tan serio que nadie diría que es la madre del actual héroe del equipo local.

¿Qué les pasa a estas tres amigas?

Volvamos al momento en el que Gonzalito corría como si lo persiguiera un ejército de zombis, pero zombis modernos que corren mucho, no de los antiguos que apenas podían andar y daban más asco que miedo. Allí va Gonzalito; el balón lo tiene su amigo de clase y de equipo, Pedrito, hijo de Nieves, que tiende a una obesidad prematura, de pelo castaño y ojos marrones. Se conocen desde la guardería, así que no hace falta hablar. Los dos corren como locos. Gonzalito se va a la izquierda desmarcándose de los dos defensas que ven en Pedrito el peligro inminente. Pedrito apura hasta el último segundo; está al borde de sus fuerzas, pero aguanta hasta saber que los defensas están pendientes de él para pasársela, en una parábola perfecta, a su amigo Gonzalito, que la recoge, apunta con cuidado a la esquina inferior izquierda de la portería y dispara... Gonzalito abre mucho los ojos porque ve cómo el balón sale disparado a la escuadra superior derecha. Afortunadamente, el portero del equipo rival también creyó que el disparo apuntaba a la esquina izquierda, y se tira en dirección equivocada.

Si nos fijamos ahora en las tres amigas, comprendemos mejor la situación. María, casi en un susurro, aprovechando el silencio previo al gol, ha dicho cuatro palabras que sus amigas han escuchado nítidamente: «Me voy a divorciar».

Tras las palabras vino el gol:
«GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL».

Los gritos, las celebraciones y ese momento extraño de las tres amigas quietas. Las dos de los extremos mirando a la del centro, que mira al frente. La primera en reaccionar es Bárbara, que no dice nada y coge la mano de su amiga estrechándola fuertemente. La segunda es Nieves, que usa su voz más dura, la que emplea con Pedrito cuando lo sorprende a punto de hacer alguna travesura, como meter al gato en la lavadora o ver vídeos de youtube poco recomendables.

«No hagas eso», dice Nieves.

Ficción actual (hay humor, misterio, amor...)



Silen ha admirado esa casona de indianos desde que era una niña.

Cuando la hereda, se encuentra en un momento crítico de su vida: sin dinero y convencida de que tendrá que pedir ayuda económica a sus padres.

Ella no conocía al dueño, la propiedad nunca estuvo habitada y no sabe por qué lo ha hecho. Cuando entra en la casa siente miedo, ¿qué va a hacer con su sueño convertido en realidad?, cada vez que lo intenta el temor aumenta.

Sorprendentemente, el abogado que contrató el dueño también ha heredado la casa contigua a la mansión, otra vivienda que estaba vacía y que compró hace muchos años el propietario de la casona.

¿Por qué?

No entiende nada e intentará averiguarlo... Mientras, la atracción con su ahora vecino aumenta.

Cristina Rodríguez Trueba. Hola, me llamo Cristina Rodríguez Trueba. Nací y crecí en Portugalete y desde hace años resido en Laredo. Me gusta ir al monte, los animales (todos), el chocolate y sobre todo escribir. Si hay que buscar un culpable sería Julio Verne. Sus aventuras me cautivaron cuando con diez años mis padres compraron una colección con veinte novelas mágicas. Han pasado muchos años desde que descubrí que leer es soñar despierta y escribir es compartir mis propios sueños.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, María Cristina Rodríguez Trueba © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-76-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El sueño de Silen

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre María Cristina Rodríguez Trueba

Créditos